



Un blues mestizo
Esi Edugyan

Lectulandia

Estamos en París en 1940. Los nazis, que acaban de invadir la ciudad, detienen en un café a un extraordinario trompetista de *jazz*. Nunca más se supo de él. Se llamaba Jerónimo, tenía veinte años y era ciudadano alemán de raza negra. Cincuenta años después, Sidney Griffiths, miembro de su grupo de *jazz* y el único testigo que lo acompañaba, todavía se niega a hablar de aquella noche. Chip Jones, otro compañero de la banda, visita a Sid y le cuenta que ha recibido una extraña carta. A partir de ese momento, Sid empieza un intenso viaje hacia la redención. *Un blues mestizo* fue uno de los finalistas del Man Booker Prize 2011 y ha obtenido ya más de cinco galardones de primer nivel. La joven escritora canadiense Esi Edugyan es ya considerada una de las voces más potentes de la narrativa joven norteamericana. La novela ha conseguido el famoso Giller Prize y ha quedado finalista del Governor General's Literary Award for Fiction y el Rogers Writers Trust Fiction Prize.

«Sencillamente sensacional, una de las obras de ficción más frescas que he leído. Una historia que nunca había escuchado, contada de una manera que jamás he visto». Attica Locke. Finalista del Man Booker Prize 2011.

Lectulandia

Esi Edugyan

Un blues mestizo

ePub r1.0
turolero 06.09.15

Título original: *Half Blood Blues*
Esi Edugyan, 2011
Traducción: Laura Vidal Sanz

Editor digital: turolero
Aporte original: Spleen
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Steve

PRIMERA PARTE

París, 1940

Chip nos advirtió que no saliéramos. Dijo: «Tíos, no tentéis al diablo». Pero la juerga de la noche anterior había sido fina, vamos, que no nos habíamos sacudido todavía la borrachera de garrafón. La cuestión es que era barato, el garrafón, la bebida de los campesinos franceses, pero se te agarraba a las tripas como si tuviera uñas. Musgoso y oscuro, dentro de la botella ni siquiera parecía *whisky*; era más bien como beber agua de un pantano.

Así que estábamos exhaustos, tirados en el apartamento, con sábanas clavadas tapando las ventanas. Pero el sol pegaba con tal furia que se colaba por los resquicios y nos envolvía la piel como una tela. Hasta un par de horas antes habíamos estado tocando en un estudio perdido intentando grabar un disco. Un cuartucho de mala muerte que parecía más el armario de los fantasmas que un sitio para tocar, con radiadores descascarillados que gorjeaban vapor y botellas vacías rodando por el suelo combado. Las brasas de nuestros cigarrillos brillaban como pequeños agujeros en la oscuridad, por eso sé que íbamos ciegos, aunque el humo de Hiero ni siquiera se movía. Sostenía el cigarro entre los labios como si no lograra escucharse bien al tocar. No hacíamos más que dar vueltas por la habitación, atentos a las ratas que arañaban la pared, más nerviosos que todas las cosas. Es posible que no estuviéramos tan puestos, pero yo por lo menos me notaba hasta arriba. Demasiado nervioso, demasiado cargado, demasiado pendiente de la puerta. Ni el *whisky* ni el estar encerrados en el estudio, nada podía sacarme de mí mismo. Toma tras toma tocaba sin parar hasta el final, para que luego Hiero arañara el disco y lo tirara a la basura.

—Una colección de putas equivocaciones —murmuraba una y otra vez—. Una colección de putas equivocaciones.

—Sonamos como la realeza —dijo Chip—. Eso sí, después de pasar por las manos del populacho.

Coleman y yo no abrimos la boca, sólo dejamos caer la cabeza, cansados.

Pero Hiero, mientras limpiaba la trompeta con un pañuelo renegrido, se volvió y le dedicó a Chip una mirada de verdadera irritación.

—Sí, pero incluso cuando tocamos mal, somos unos genios.

Me dejó helado, oírle decir aquello. El Niño llevaba semanas hablando de lo mal que tocábamos. Cogía todos los discos, arañaba el esmalte con una navaja, los destrozaba. Gritaba que no había nada ahí dentro. Pero sí lo había. Una semilla de belleza convulsa.

Yo no quería pero, no sé bien por qué cuando el Niño me dio la espalda, me encontré quitándome el chaleco, cogiendo el último disco —todavía delicado, con los surcos tiernos— y envolviéndolo con él. Miré a mi alrededor, nervioso, y lo metí en el estuche del contrabajo. Los demás estaban ocupados guardando sus instrumentos.

—¿Dónde está el último disco? —preguntó Hiero con el ceño fruncido. Miró en el cubo de la basura, lleno de discos destrozados.

—Está aquí, colega —contesté—. ¿Lo querías o qué?

Me miró con expresión agria.

—¿Para qué lo iba a querer? Esto no nos va a salir en la vida.

—Niño, ¿qué estás diciendo? —preguntó Chip arrastrando las palabras—. ¿Estás diciendo que deberíamos dejarlo?

El Niño se encogió de hombros.

Alineamos las botellas vacías junto a la pared y cerramos sin hacer ruido. Después, cada uno por distinto camino, nos volvimos de vuelta al piso de Delilah. Había toque de queda y París estaba mustio, todo nubes coaguladas y aire rancio. Caminé sin hacer ruido por los callejones, atento al ruido de posibles pisadas, y me reuní con los demás en el apartamento. Con todos menos con Coleman, claro, que estaba con su chica. Nos desplomamos sobre colchones mugrientos en la habitación oscurecida con cortinas opacas.

Había dejado el estuche con mi instrumento apoyado contra la pared y notaba ahí la presencia del disco de las narices, todavía caliente. La sentía con tal intensidad que hasta me extrañaba que los demás no lo hicieran. La cera reteniendo el calor como una vela de altar.

Vivíamos allí los cuatro. Delilah, Hieronymus, Chip y yo. Un par de meses antes habíamos pasado un día entero clavando sábanas para tapar las ventanas del apartamento, pero, qué quieres, aquel sol terco entraba de todas maneras. Necesitábamos sudar la resaca al aire libre, volver a colocarnos la cabeza en su sitio. Hacía semanas que no respirábamos aire puro.

Hiero estaba arrebuñado en su butaca, con esas piernas enclenques suyas colgando, cuando, de repente, se volvió hacia mí. Tenía el semblante oscuro y liso como una berenjena.

—Dios, creo que voy a vomitar. Tengo las tripas hechas papilla, tío.

—Amén —dije yo.

—Tío, necesito leche.

—Amén —repetí.

La cosa es que, entre nosotros, hablábamos una lengua mestiza, mitad alemán, mitad argot barriobajero de Baltimore. De francés, lo justo, vamos. La única lengua que verdaderamente hablaba yo, aparte del inglés, era *Hoch-deutsch*. Pero una vez empezaba a mezclar palabras, ya no conseguía decir nada a derechas. Además, sabía que Hiero lo prefería así. El Niño había nacido en Renania, eso es cierto, pero llevaba el viejo Baltimore en la sangre. O por lo menos hablaba como si así fuera.

Y es que todavía era un niño. Disfrutaba imitando a los demás.

Aunque algo en él había cambiado en los últimos días. Desde que los botas llegaron a la ciudad no había comido y durante días y días estuvo enfermo, febril y desganado. Cuando por fin se recuperó, lo poseyó un abatimiento que nunca le había conocido.

Eché un vistazo rápido a la funda de mi contrabajo, pensando en el disco

escondido. No eran remordimientos lo que sentía; no exactamente.

Hiero cambió un poco su postura en la alfombra llena de calvas.

—Sid, tío, necesito leche —gimoteó.

—Pues en la despensa, supongo. ¿Tenemos leche, Chip?

Pero Chip... como un hombre a punto de ahogarse sólo abrió medio ojo castaño. Con aquella luz, su cara era del color de la ceniza.

Hiero tosió.

—Lo que necesito es limpiarme el estómago, no destrozármelo. —Noté que tenía un tic en el ojo izquierdo, justo debajo del párpado, como cuando le ves latir el pecho a una mujer delgada a través de la blusa—. Necesito leche, tío. Pero líquida, no esa porquería en polvo que te taladra el estómago. Como si cagaras tierra. Como si fueras un reloj de arena, hostias.

—Bueno, no será para tanto —dije—. Y a esta hora no hay nada abierto, chico, ya lo sabes. Bueno, quizá el Coup, pero está demasiado lejos.

Nos quedamos tumbados y en silencio un minuto. Me llevé un brazo a la boca y ni te cuento cómo me apestaba la piel a vinagre rancio. Era por el garrafón, tenía ese efecto.

Con la escasa luz apenas distinguía las pocas sillas que quedaban en la habitación, amontonadas junto a la chimenea. Tenían un aspecto absurdo, como una bandada de gansos huyendo del hacha. Aquél había sido un piso de lujo en otra época, según contaba Lillah. Lleno de sillas Luis XIV, candelabros de cristal de Murano, tapices de Aubusson y techos más altos que los de una estación de tren. Pero el conde que le había prestado el palacio a Delilah le había urgido a que vendiera todo lo que pudiera antes de que llegaran los boches. Le parecía menos triste así. Y ahora, tan vacío, sólo se percibía su profundidad y era como estar perdido en medio del océano. Aquel lugar era pura oscuridad.

Al otro lado de la habitación, Chip empezó a roncar.

Miré a Hiero, hecho un ovillo en su butaca.

—Niño —le dije con voz espesa—. Oye, Niño —me llevé una mano a la cabeza—, ¿no dirás en serio lo de olvidarnos del disco? Estamos a punto, tío, y lo sabes.

Hiero abrió la boca y eructó.

—Buenos días a ti también —comenté.

No parecía haberme oído. Le vi ponerse de pie con esfuerzo, mientras la butaca se quejaba como una mula vieja. Después se dirigió hacia la puerta medio tambaleándose, o al menos creo que ésa era su intención, aunque en realidad lo que hizo fue dar traspies hasta la chimenea y golpearse un hombro contra la pared. Después se tiró al suelo, a cuatro patas.

—¿Qué haces? —dije—. Pero, a ver, Hiero, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué quieres que haga? ¿Nunca has visto a un hombre ponerse los zapatos o qué? Pues fíjate bien, porque esto se va a poner interesante. Y después viene el abrigo, no te digo más.

Y empezó a pelearse con su abrigo de pata de gallo, que tenía las mangas todas retorcidas. Y aún no se había puesto en pie.

—Necesito ver la luz del día. Ya.

Cogí mi reloj del bolsillo y lo miré hasta conseguir descifrarlo.

—No son horas todavía, Niño. Estás mal de la cabeza.

Hiero no dijo nada.

—Por lo menos espera hasta que se levante Lilah y te lleve.

—No pienso ni siquiera esperar a que se me despierten las piernas, así que mucho menos a Lilah.

—Por lo menos deberías decirle lo que vas a hacer.

—De eso nada.

Un gemido quedo llegó flotando desde la ventana y Chip se incorporó hasta quedar apoyado sobre uno de sus negros codos, como si estuviera posando para una escultura. Tenía los ojos vidriosos y los párpados le temblaban como dos polillas. Después hundió otra vez la cabeza entre los hombros de manera que sólo se le veía la garganta y parecía estar hablándole al techo.

—Ni se te ocurra salir —le dijo al techo—. Acuéstate y duerme un poco. Te lo digo en serio.

—Claro que sí, tío —dijo Hiero sonriendo—. Tú sigue hablando con el techo, que se entere de lo que vale un peine esa escayola cascada.

Pero Chip se había acostado otra vez y ya estaba roncando, tan tranquilo.

—Ve a la habitación de Lilah y despiértala —le dije a Hiero.

Me miró con su cara delgada y leonina desde la puerta.

—Pero ¿qué clase de vida es esta si uno no puede salir a la calle a por un vaso de leche solo, sin niñera?

Se detuvo debajo de la percha para sombreros, inclinándose sobre mí como un fuerte viento que se hubiera levantado de pronto.

—Vamos a ver, Sid. ¿Qué crees que va a hacer Lilah si tenemos un problema gordo? ¿Es que tiene un pintalabios especial, que dispara balas, y yo no me he enterado?

—No seas imbécil, tío. —Hice una pausa y aparté la mirada—. Sabes que no tenemos papeles, parece mentira. ¿Qué vas a hacer si te paran?

Se encogió de hombros.

—Sólo voy a ir hasta la Mosca, no está lejos.

Tiró de la puerta para abrirla y salió al descansillo, tambaleándose en la penumbra. Allí, mirando las sombras, me sentí inquieto, no sé por qué. La Mosca era como llamábamos a un estanco-bar que había a pocas manzanas. No estaba lejos.

—Vale, vale —murmuré—. Espera, voy contigo.

Apoyó una de sus manos delgadas en el pomo de la puerta como si fuera a servir para sostenerlo. Pensé: «Este chico va a acabar contigo, Sid».

El Niño hizo una mueca.

—¿Estás esperando a que te llegue la invitación por correo o qué? Andando.

Me levanté tambaleándome y buscando a tientas mi otro zapato.

—Ahora no hay peligro —añadió—. No va a pasar nada. A esta hora la Mosca estará desierta.

—Él siempre tan seguro de todo —dije—. No hay más que oírle, lo seguro que está.

Hiero sonrió.

—Mira, Sid, a mí no puede pasarme nada, soy como un amuleto, así que mantente cerca.

Pero para entonces ya había bajado aquella escalera de mármol tan amplia en la oscuridad y salido a la calle gris. Ése era el problema del Niño, que no podías negarle nada, con su elegancia desgarbada y solemne, con esa pinta de chiquillo muerto de hambre. Sin ir más lejos, Chip al principio no lo soportaba, le ponía frenético. Y en cambio ahora se mostraba tan protector que parecía, no sé, casi como si fuera su madre. Así que, mientras el Niño se encajaba su raído sombrero de vagabundo y salía a la calle pensé: «En la que me estoy metiendo». Se suponía que yo era el mayor, el responsable. Y allí estaba, corriendo detrás del Niño como un perrito faldero. Delilah me iba a cortar la cabeza, eso estaba claro.

Por lo general, durante el día casi no salíamos. Nunca sin Delilah y nunca dos veces por el mismo camino y, desde luego, jamás en la vida por la rue des Saussaies o la avenue Foch. Pero desde que se intensificó la ocupación, Hiero estaba cada vez más inquieto. Era un *Mischling*, un mestizo, aunque de piel tan oscura que nadie habría adivinado jamás que su madre era una blanca de Renania. Porque la piel le brillaba como aceite, pero había nacido en Alemania y, aunque su cara no parecía tener nada que ver con la madre patria, todo lo demás sí, desde luego. Y encima en aquel momento estaba sin papeles. Vamos, que lo tenía complicado.

En cuanto a mí, soy americano y de piel tan clara que la gente a menudo me tomaba por blanco. Hijo de cuarterones de Baltimore, nací con pelo lacio y ojos verdes. Un pequeño hispano, lo que, viviendo en Baltimore, me hizo las cosas más fáciles que a otros. Y mentiría si dijera que no fue así también en Berlín. Cada vez que salíamos a dar una vuelta por la ciudad, cualquier boche que se nos acercaba venía directo a mí. Después, cuando Hiero se ponía a hablar en su alemán nativo, madre mía, casi les daba algo de la sorpresa que se llevaban. Aunque a la mayoría no les gustaba. Un salvaje hablando como si fuera civilizado. Veías ese destello en sus ojos como una cuchilla.

Huimos a París para dejar atrás todo eso. Pero lo sabíamos, sabíamos que el apartamento desmantelado de Lilah no nos iba a proteger para siempre del caos. Nadie puede escapar a su destino. A veces, cuando observaba entre las cortinas la desolación de la rue de Veron, podía ver el antiguo Berlín. Veía la noche aquella en

que todos los cristales de nuestra calle terminaron hechos trizas. Habíamos estado en el apartamento de Ernst en Fasanenstrasse, dándole a la botella, y cuando nos acercamos hasta las cortinas fue como asistir a un carnaval. Multitudes a la luz del fuego, botellas rotas. Bajamos corriendo y aquello era como pisar grava, los trozos de cristal crujían a cada paso que dábamos. La sinagoga al final de la manzana estaba en llamas. Vimos a los bomberos de espaldas al incendio echando agua a los demás edificios no fuera a ser que el fuego se extendiera.

Recuerdo que la gente estaba muy callada. La luz del fuego iluminaba las calles mojadas y el agua de las mangueras desaparecía por los sumideros. Y, por todas partes, dientes que brillaban como ópalos en el empedrado negro.

Hiero y yo recorrimos sin hablar las calles color gris de Montmartre. En otro tiempo el hogar del *jazz*, tan vivo que no aceptaba un no por respuesta, ahora todos los clubs del barrio estaban tomados por la bota. De un día para otro, prácticamente todos los cafés se habían llenado de tipas rollizas con medias agujereadas canturreando canciones atroces para los soldados de la Gestapo. Fuimos por calles laterales precisamente para evitar esos tugurios, de los que manaba música incluso a esa hora. El aire era frío y Hiero llevaba las manos tan dentro de los sobacos que parecía tener alas. El amanecer llegaba de forma extraña, el cielo estaba correoso y marrón, todo apestaba a barro. Yo iba unos cuantos pasos por detrás comprobando el reloj porque parecía ir, no sé, lento.

—Oye, ¿a ti no te parece que va despacio?

Tiré de la cadena y acerqué el reloj a la oreja del Niño.

Se apartó y me miró como si estuviera majara.

Según caminábamos, a ambos lados de la calle se erguían, amenazadores, oscuros edificios de apartamentos. Las sombras sobre las alcantarillas eran alargadas y yo cada vez estaba más nervioso.

—A esta hora no hay nada abierto. A ver, Hiero, ¿qué estamos haciendo? ¿Me quieres decir qué estamos haciendo?

—La Mosca está abierta —dijo el Niño—. Siempre está abierta.

Yo no le escuchaba. No hacía más que mirar a mi alrededor preguntándome qué haríamos si al doblar una esquina nos encontrábamos con un bota.

—Oye, ¿te acuerdas de aquella chica espectacular del club Noiseuse de la otra noche? ¿La que iba vestida con traje de hombre?

—¿Otra vez con ese travesti? —Hiero caminaba a buen paso para tener esas piernas tan flacas—. Cada vez que le das al garrafón empiezas con la misma tontería.

—De travesti nada, tío. Era una mujer, te lo digo yo.

—¿Me estás hablando de la del traje verde? ¿La que estaba más cerca del escenario?

—Era una hermosura, colega; lo mejor de lo mejor.

Hiero rio, burlón.

—Mira que te lo he explicado veces, tío, era un travesti. Un hombre. Lo llevaba escrito en el trasero peludo, claro como el día.

—Sí, ya, como tú eres un auténtico experto en traseros peludos...

—Tú sigue confundándote así y ya verás, Sid. Cualquiera día te despertarás en la cama con un bota.

Doblamos la esquina y salimos a la plaza grande, cuando de repente me entraron ganas de vomitar. Era de esperar; a ver, hace falta un estómago de hierro para aguantar todo lo que habíamos bebido la noche anterior. Y yo estómago de hierro no tengo, la verdad, pero que nadie se confunda ni llegue a conclusiones sobre otras partes de mi anatomía. Me acerqué hasta un tilo y me apoyé en él para vomitar.

—Eso, tú quédate aquí haciendo amistad con ese rincón —dijo Hiero con una sonrisa de satisfacción— que yo vuelvo enseguida.

De un salto dejó la acera y subió el empinado bordillo cercano a la Mosca.

—¡Que no te timen con el cambio! —le grité—. Con lo mal que ves, la Mosca es capaz de dejarte pelado.

Un sol blanco, tierno como la fruta temprana, empezaba a iluminar las ventanas de los oscuros edificios. Pero el aire continuaba rancio, lleno de una mugre que te quemaba la nariz por dentro. Di una patada en el suelo y me doblé otra vez para vomitar. *Whisky* de mierda.

Entonces oí jaleo que venía por la calle desde arriba y cuando miré vi a Hiero tirando de la puerta de la Mosca como si de verdad quisiera entrar por la fuerza. Como si se creyera capaz de romper todos los pestillos de la ciudad. Cuando vio que no se abría, no se le ocurrió otra cosa que pegar la cara al cristal como si fuera un crío, el muy imbécil. Aunque la verdad es que era un crío. Para cómo tocaba la trompeta, era joven de narices. Una sola nota suya tenía la intensidad de una vida entera.

Corrió hasta donde yo estaba.

—Cerrado —dijo jadeando—. Pero ¿tú lo entiendes? Vamos a ver, ¿qué hora es?

—Deben de ser las nueve y media.

—Míralo en el reloj.

—Las nueve y media.

—Pues no lo entiendo.

Miró a su alrededor con el ceño fruncido. Un coche blanco pasó por la calle en penumbra como un carámbano río abajo y su pálido conductor nos sostuvo la mirada. Tuve un escalofrío y de repente sentí que estaba en peligro. Aquel hombre parecía ir vestido para un funeral, con todo ese despliegue negro y blanco.

—Pero si es que es domingo, imbécil —dije cogiendo a Hiero del brazo—. No va a haber nada abierto. Si queremos leche tendríamos que ir hasta el café Coup.

Los domingos, las calles eran de los botas.

Hiero se llevó las manos al estómago y me miró con cara de sufrimiento.

—Venga, hombre. El Coup está lejísimos.

—Tienes razón —dije—. Tenemos que volver.

Empezó a gemir.

—No me vas a convencer —dije—. Hablo en serio. Pero, bueno, y ahora ¿adónde vas? ¡Hiero!

Se me hizo un nudo en la garganta, viendo al Niño alejarse. Me quedé allí de pie, en la calle. Luego solté un taco y le seguí.

—Vas a conseguir que nos trinquen a los dos —le dije entre dientes cuando le alcancé. Notaba las mejillas calientes y mis zapatos resbalaban en los adoquines húmedos—. ¿Me estás oyendo, Niño?

Se encogió de hombros.

—Vamos hasta el Coup.

—El Coup está a tomar viento de aquí. ¿Estás de broma?

Me dirigió una sonrisa como angustiada y, sin venir a cuento, me puse a pensar en el disco que había escondido en la funda. Al hacerlo sentí algo que se parecía mucho a la culpa, pero que no lo era. Miré a Hiero de reojo.

—Explícame una cosa —dije—. ¿Ibas en serio con lo de olvidarnos del disco?

No contestó, pero al menos esta vez parecía estar escuchándome, con los ojos secos y fijos por la concentración, dos rocas negras.

Por suerte para nosotros, el café Coup de Foudre acababa de abrir. El Niño entró con sigilo, sujetándose el estomago con la mano, como si estuviera a punto de echar la papilla allí mismo. Yo sentía algo extraño, que ya no eran ganas de vomitar pero se le parecía mucho. Dentro, las mesas bajas de madera estaban casi vacías, pero la poca gente que había producía tanto humo al fumar que aquello era como avanzar entre telas de araña. Peste a tabaco de picadura y a *chocolats chauds*. El Niño se subió a un taburete rojo desconchado y apoyó la cabeza sobre los brazos. El camarero detrás de la barra se acercó.

—Un vaso de leche —dije en inglés mientras señalaba hacia Hiero con un gesto de la cabeza.

—Leche —murmuró éste sin levantar la cabeza.

El camarero apoyó sus gruesos antebrazos en el mostrador y se inclinó hacia nosotros. Bastante, la verdad, aunque no daba miedo, porque le conocíamos. Le habló al Niño al oído con su alemán chapurreado.

—¿Leche sola? Pero ¿tú qué eres?, ¿un gato?

Oímos la voz ahogada de Hiero, que seguía sin levantar la cabeza.

—Pero qué gracioso eres, de verdad. Casi tanto como aquí, el amigo Sid. Deberíais hacer un dúo y salir de gira.

El camarero sonrió con aire de suficiencia y susurró algunas palabras más al oído de Hiero, algo que no pillé. Y entonces, sin decir nada, el Niño se puso rígido, levantó la cara y apretó los labios.

—Hiero —le dije—. Vamos, hombre, está de broma.

Mientras se dirigía hacia el refrigerador el camarero me miró un segundo y a continuación miró al reloj. Yo miré el mío. Las diez menos cinco. Volvió con un vaso de leche y su voz resonó en el silencio como bolas de billar entrechocando.

—Pero te lo aviso —dijo—, aunque te bebas toda la leche de Francia no te vas a volver blanco.

Rio con risa extraña, aguda y etérea.

Hiero se llevó el vaso a los labios y bebió con el ojo izquierdo cerrado. Me invadió una sensación de tristeza y de calor. Tosí.

Entonces el Niño se echó hacia atrás y me tocó el hombro.

—Podemos hacer otra toma —dijo—. El disco no es tan malo. Y mi visado no llega, así que no tengo otra cosa que hacer.

Tragué saliva, nervioso.

Entonces me miró largamente y con expresión serena.

—Lo vamos a conseguir. Ten paciencia, tío.

—Claro que sí —dije—, claro que lo vamos a conseguir. Pero ¿de verdad no era bueno el último que grabamos? Quiero decir bueno bueno. ¿No nos haría buenos?

El Niño dejó el vaso en la barra y señalándolo con el dedo gritó:

—*Encore!*

Me vino otra arcada, que reprimí como pude y dije:

—Ahora vengo. Ni se te ocurra irte sin mí.

Una vez en el retrete del sótano me puse a ello. Me encontraba de pena, como lleno de bilis. Durante un instante me quedé allí agarrado al mugriento lavabo de porcelana recubierta de roña reseca con la cabeza inclinada y simplemente respirando. Abrí el grifo y me eché agua fría a la cara. Olía a hierro caliente, el agua, y notaba la cara como si no fuera mía, como si aquélla no fuera ni siquiera mi piel.

Entonces escuché algo que venía del piso de arriba, un ruido súbito y potente. Me quedé muy quieto, conteniendo el aliento. No me lo podía creer, parecían ser Hiero y el camarero. Aquellos días el Niño andaba a la que saltaba, siempre buscando pelea. Inspiré profundamente y me acerqué a la puerta carcomida.

Pero no salí, sino que me quedé allí alerta como un sabueso. Pasado un minuto, agarré el pomo.

La conversación había bajado de volumen. Entonces, todo el local pareció estremecerse con el ruido de algo estrellándose. Ya no oía la voz del camarero. La mano me temblaba tanto que el pomo vibró suavemente. Me obligué a girarlo, a salir al pasillo envuelto en aire cargado. Conseguí subir tres peldaños antes de volver a quedarme paralizado. Una pared de ladrillo tapaba la escalera, lo que me permitía ver el café sin delatar mi presencia.

Todas las luces estaban encendidas. Nunca, jamás en la vida, había visto todas las luces encendidas en el Coup. Y hasta aquel momento no supe que una luz así podía dar tanto miedo.

Entonces el café entero se calló. Los objetos, las personas se volvieron más

nítidos, como resaltados por el silencio. Un hombre se giró hacia mí, despacio. Tenía la cara surcada de arrugas como heridas de cuchillo. Miré debajo de su mesa: una sola pierna. Las manos, nudosas como algo desenterrado del fondo de un lago, le temblaban una barbaridad. Sostenía unos papeles sucios y vi cómo dejaba caer ceniza del cigarrillo en los pantalones.

Estudí el local con atención. Sobre cada mesa ocupada había documentos de identidad. Algunos crujientes como hojas de otoño, otros casi reducidos a polvo de tan manoseados. Una joven de pelo castaño dejó caer los suyos sobre la mesa con tanta brusquedad que acabaron en un charco de café. Miré cómo se empapaba el papel. La chica mordía un hilo suelto del cuello de su grueso abrigo de *tweed*, masticándolo con suavidad. Recuerdo haber pensado: «qué calentita debe de estar».

El camarero empezó a limpiar sin hacer ruido, pasando un trapo de cuadros por la barra.

Pero había otro tipo. Estaba sentado en la luz almidonada de la ventana con una expresión demasiado alegre. Tuve frío.

Entonces oí voces de nuevo y levanté la mirada.

Dos botas con uniformes color claro. Antes eran simplemente negros, así que cuando te cruzabas con ellos por la noche sólo veías un rostro blanco fantasmagórico y un brazalete de tela color sangre caminando hacia ti por el suelo empedrado. Pero sabías que eran botas.

Uno de ellos era alto y delgado, como la rama de un árbol. El otro, bajo y rechoncho. Como me daba la espalda, pude ver un michelín musculoso que le sobresalía de la nuca.

Bajé la mirada y entonces, como si se me hubiera ocurrido en ese instante y no antes, busqué a Hiero. Estaba de pie junto a la puerta principal, mirando a los botas. A su lado había otro chico, judío, supongo, con cara asustada y también desafiante. El bota más alto revisaba los papeles con parsimonia, sin decir ni pío, sólo mojándose el pulgar antes de pasar cada página. Como si fuera a pasarse así todo el verano, vamos. Miré su semblante grisáceo y tranquilo. Era un rostro como cualquier otro. El de alguien que se limitaba a hacer su trabajo.

—Extranjero —decía el bota de menor estatura con una voz tan calmada y queda que casi no podía oírle—. Sin nacionalidad y de ascendencia negra.

Hiero y el chico judío seguían de pie con los brazos colgando a los lados del cuerpo, dos colegiales chulos. Dolía mirarlos, los dos tan impotentes y con el corazón disparado. Con la luz brillante que entraba por el ventanal a su espalda casi no podía verlos. Pero, incluso desde donde estaba, los oía. Oía su respiración.

El bota alto también suavizó el tono de voz. Eso sí que era raro, aquellos dos botas eran tan corteses, tan finos en sus modales que se diría que estaban hablando del tiempo. Nada que ver con cómo se comportaban en Berlín. Incluso parecían estar pidiendo disculpas, como si en el fondo de su corazón fueran buenas personas y sólo las circunstancias las obligaran a actuar así. Y aquella cortesía, aquella amabilidad me

daba más miedo que la violencia pura y dura, porque parecía una forma más de brutalidad, sólo que nueva.

—Extranjeros —dijo con calma el bota más bajo—. Hotentotes.

—Sin nacionalidad —puntualizó el otro—. Extranjero —dijo—. Judío —añadió—. Negro —dijo.

Quería cerrar los ojos. Las piernas me temblaban un poco y no sentía los pies. No te caigas, chico, me dije, ni se te ocurra desmayarte. Concéntrate y sal ahí fuera.

Pero seguí allí, clavado en el suelo.

En cuanto a Hieronymus, miraba a los botas plantándoles cara. Cuando las miradas de ellos le obligaron a desistir de su actitud, bajó la mirada hacia el suelo de baldosas. Ni una sola vez volvió la cabeza hacia el cuarto de baño, y entendí por qué. Intentaba protegerme, era increíble. No podía permitírselo.

Pero justo entonces los botas tiraron de la puerta del Coup para abrirla, haciendo sonar la campanilla. Cogieron a Hiero del brazo y lo sacaron, a él y al otro chico a la calle. Y yo me quedé allí. Me quedé allí con las manos colgando como extrañas pesas contra los muslos y el pecho lleno de algo parecido al agua. Me quedé allí viendo cómo Hiero se iba.

La puerta delantera se cerró con estrépito. En el café, todas las luces seguían encendidas. Silencio total. Nadie hablaba.

Y entonces aquel hombre, al que había visto antes casi sonriendo, se levantó y caminó hasta la barra. Contó unos francos y los dejó sobre la barra de madera de caoba. Después dijo algo en francés al camarero.

Éste se limitó a coger los mugrientos billetes y se volvió para meterlos en la caja registradora. El hombre sorteó las mesas mientras los tacones de sus zapatos arañaban el desgastado suelo. Nadie habló, todos mirábamos. Entonces la puerta cascabeleó alegre y se cerró detrás de él.

SEGUNDA PARTE

Berlín, 1992

Chip llamó para decir que se pasaría y le dije, pues claro, tío, cuando quieras.

Todas las luces de mi choza en Fell Points estaban dadas y la alfombra gruesa y raída del pequeño cuarto de estar parecía enterrada en ropa, carpetas y basura —los detritus de una vida que había ido sacando mientras intentaba decidir qué metía o no en la maleta—, cuando escuché que tocaban fuerte en la puerta. La cosa es que tenía un vuelo al día siguiente. Fui por el pasillo que estaba lleno de pilas de periódicos amarillentos y fotografías enmarcadas y torcidas en la pared. Cuarenta y cuatro años había vivido allí. El padre de Lola nos había comprado aquella casa después de la guerra y, cuando ella murió, cinco años después de casarnos, la heredé.

La puerta se atrancaba siempre y tuve que tirar del viejo pomo de latón hasta que cedió. Y allí estaba, mi más viejo amigo, tan consumido como un colchón desgastado con la cara reseca y toda picada.

Entró sonriendo.

—Pero bueno, Sid, ¿es que nunca vas a limpiar? Vives en un estado lamentable.

Pasó por encima de mi felpudo ralo y lo oscuro de su rostro resaltaba contra la camisa brillante. Tenía un vozarrón increíble y cada vez que abría la boca asustaba al aire, lo ahuyentaba como el aceite al agua. Una verdadera hazaña, teniendo en cuenta lo menudo que era. Sin zapatos y sin sombrero, Chip Jones no llegaba al metro sesenta y cinco.

—Mira quién habla de estado lamentable, tío —dije mientras le cogía el sombrero para colgarlo en el perchero—. ¿Te has mirado la cara últimamente? Porque pareces el bolso de una señora mayor.

—Y qué lo digas —dijo Chip acariciándose las mejillas con sus enormes manos—. Cuando venía, un tipo ha intentado atracarme sólo al verme la jeta.

—Me parto de risa —dije dándole una palmadita en la espalda—. Eres tronchante. Supongo que ya has hecho la maleta.

Se encogió de hombros.

—Para hacer una maleta antes hay que deshacerla —miró a su alrededor con gesto teatral—, aunque supongo que tú eso ya lo sabes.

Le acomodé en mi caótica sala de estar y fui hasta la cocina.

—¿Qué quieres beber? —le grité—. ¿Whisky?

Como no contestaba, me asomé a la puerta y le miré.

—¿Quieres un *whisky*?

Levantó la mirada.

—¿Qué?

—¿Qué pasa, que tanto tocar el tambor te está pasando factura, tío? ¿Te estás quedando sordo?

Sonrió.

—Bah, sólo un poco. ¿Qué decías?

—Que si quieres un *whisky*.

Se pasó la lengua por el grueso morro.

—Nunca digo que no a un *whisky*.

Mientras le miraba, me sentía fatal por él. Sabía que el estado de su cara no se debía sólo a que estuviera cansado. Las drogas por fin habían hecho mella en él. Décadas había estado enganchado al caballo y lo había dejado hacía quince años. Llevaba limpio tanto tiempo que me había olvidado que alguna vez fue drogadicto. Y no conseguía hacerme a la idea, todavía no. Si no habías conocido a Chip de joven, lo de la adicción te resultaba inconcebible. En lo referido a las sustancias ilegales Chip era lo que se dice bastante remilgado, conservador. Un mojigato, vamos. Pero bueno, el caso es que me impresionó ver que una enfermedad derrotada hacía largo tiempo saliera a relucir ahora en sus facciones. Algo así como cuando el pasado vuelve a cobrarse su deuda.

Serví dos whiskys solos, con una mínima esquirra de hielo.

—¿Crees que el Hound seguirá abierto? —dije.

—¿Dónde? Ah, ¿quieres decir en Berlín?

Sonreí mientras me sentaba.

—Qué va —contestó Chip—. Casi no queda nada de todo aquello. No lo reconocerías.

—Bueno —añadí—, tampoco pensé que volvería algún día.

Chip levantó su vaso.

—*Prost* —dijimos a la vez, chocando los vasos.

—¿Has visto la película?

Chip negó con la cabeza.

—Caspars no deja que nadie la vea antes del festival. ¿Cómo de mala crees que será?

—Malísima. Todavía no entiendo cómo he dejado que me convencieras para esto, tío.

Sonrió.

—Supongo que con mi cara bonita.

—Sí —dije—, eso debe de ser.

Nos quedamos un rato sin hablar. La verdad, se me hacía raro ver a Chip allí. Incluso con la cara hecha polvo, era lo más fino que había en mi apartamento. Llevaba un traje azul marino de una hechura tan cara que para comprarme yo uno igual habría necesitado hipotecar mi casa.

Chip solía decir que si uno no era de sangre azul, tenía que vestirse como si lo fuera. Engañar a la gente. Así que, incluso cuando no tenía dinero, se calzaba unos trajes mil rayas y unas camisas tan almidonadas que le dejaban marcas en las muñecas. Hasta sobre el escenario, con la batería, parecía un crupier dando cartas. Sólo le he visto con aspecto desaliñado después de una pelea, y menuda pinta. Como James Bond pasado por la batidora. Aunque, eso sí, siempre sospechabas que el otro tipo había salido peor parado.

—Este *whisky* es muy bueno —dijo Chip dejando el vaso en la mesa desteñida

por el sol.

—Bueno... sé que estás acostumbrado a otros mejores.

—Está muy bien. —Chip miró a su alrededor aclarándose un poco la garganta. Sin pensarlo dos veces y sin pedir permiso, ¿desde cuándo Chip Jones ha pedido permiso para hacer algo?, sacó una pitillera de titanio con sus iniciales grabadas. Cogió un purito, que, estoy seguro, era de la mejor calidad y lo encendió. Me alargó la pitillera.

—No, si empiezo a fumar tabaco del bueno, ya no podré dejarlo. Además, tengo que cuidar mi salud.

—¿Estás enfermo?

—No señor. Pero la jubilación... ya sabes, te da que pensar.

—Lo que tenga que ser, será, Sid, y pensar en ello no sirve de nada. —Chip sonrió—. Me sorprende que te hayas jubilado, yo no me imagino haciendo algo así.

Le creí. Tenía más años que la tos, Chip, pero a sus ochenta y tres se pasaba el día de gira. Le daba lo mismo Buenos Aires que Reikiavik que Baltimore.

En cuanto a mí, no señor. Había sido mi propio jefe durante... a ver, treinta y un años. Transcriptor de textos médicos para un par de doctores, tipos de lo más estirado y engreído, con caras ajadas como un estropajo. Pasaba a máquina los largos y complejos informes de las dolencias de sus pacientes dando gracias a Dios por no estar escribiendo sobre mí mismo. Y, a pesar de toda la enfermedad que me rodeaba, me mantuve como un roble. Había nacido con estrella, como le gustaba decir a mi tercera mujer con bastante mala leche. No sé si tenía razón, porque, desde luego, no es fácil levantarte un día solo, con ochenta y dos años, y dejar de hacer la única cosa que hacías antes. Mantenerte ocupado es un trabajo en sí mismo. Después de dos semanas decidí que quería volver a transcribir. Porque, no sé, algo en mí había cambiado y no me atraía demasiado eso de entrar en el otoño de la vida, como si tuviera una nueva conciencia de mi fragilidad. Prefería mantenerlo alejado. Y es que una vez que llega estás perdido, eso lo sé yo muy bien.

Chip me miraba preocupado y supe que tenía algo delicado que decirme.

—A ver, ¿qué pasa, Jones? —dije—. Larga de una vez.

Soltó una risa de lo más aguda.

—Estás hecho una abuela, Sid. Cojo un palillo para sacarme algo de los dientes y ya estás sacando diez conclusiones distintas.

—Querrás decir de la dentadura postiza —dije.

Se inclinó en la silla, cogió su *whisky* y lo apuró de un solo trago. Tenía unos labios inesperadamente delgados, y con el brillo del *whisky* parecían ostras.

—Tengo razón, ¿a que sí? ¿A que estás pensando en algo?

Chip se aclaró la garganta; parecía irritado. Me miró directamente a los ojos.

—Sidney Griffiths —dijo.

Casi me río. Este Chip, siempre creyéndose el centro del mundo.

—Sidney Griffiths —repitió. Sostuvo el purito cerca de los labios pero sin fumar.

Lo vi consumirse—. No quiero decirte lo que tengo que decirte porque no me vas a creer.

Chip se cree el colmo de la seducción, y, bueno, quién soy yo para poner en duda su teoría. Pero lo único que quiere decir eso es que, en ocasiones, las mentiras salen de su boca vestidas de verdades. No lo puede evitar.

—Sidney Griffiths —dijo por tercera vez y entonces supe que iba en serio—. ¿Te acuerdas de cuando cayó el muro? ¿De que tuve que obligarte a poner la televisión y verlo? Pues esto es igual, chico, sólo que más gordo.

Me reí, irritado. Es verdad. Cuando me dijo que habían tirado el muro no le creí y me tuvo que obligar a encender el televisor del dormitorio. Ese cuchitril había conocido tres novias más desde Lola. Todas seguían vivas y a ninguna había querido tanto como a ella. Me acuerdo de que entonces todavía estaba como lo había decorado la última. Con cortinas de poliéster y baratijas horteras de su infancia en Roanoke. Supongo que entonces no se las había llevado todavía. Ahora sí, gracias a Dios.

Sentado en la cama, me había puesto a ver aquella antigualla de televisor y a los diez segundos ya pensé: «Que me parta un rayo». Porque lo que estaba viendo... vamos, que no parecía real. Gente con hachas destrozando el muro de Berlín, ese feo cemento con su sarpullido de *graffiti*. Se rociaban unos a otros con champán. Había gritos y lágrimas y cámaras que centelleaban como bengalas en la oscuridad mientras la gente se asomaba por los agujeros ya abiertos. Algunos iban a pie, con zapatos desgastados y pantalones vaqueros sucios; otros, en esos coches de juguete, los Trabi, que tenían los techos abollados por los puñetazos de la multitud. Me quedé allí sentado como un monje absorto en sus oraciones, sin dar crédito. Aquello no era la ciudad que yo conocía. Aquello no era Berlín.

Ahora, Chip se inclinó en su asiento, dando una patada con el pie al vaso vacío de *whisky*, que había dejado en el suelo.

—Ya sabes lo que quiero decir, tío. Te niegas a vivir en el mundo real.

—Sí, claro. Porque Baltimore no es el mundo real —negué con la cabeza—. Y Berlín, ¿qué pasa?, ¿no cuenta? Porque ahora me voy a Berlín.

Chip rio. Se enorgullecía de ser el hijo de puta más astuto de este lado del Atlántico. Siempre lo había sido, incluso cuando éramos pequeños. Formaba parte de su carácter, esa locura, la necesidad urgente e impetuosa de ir siempre a contrapelo.

Así que se lo dije, porque, a ver, yo había hecho sacrificios. Había renunciado a cosas por él.

—¿Ves?, a eso es a lo que me refiero —dijo—. Por ejemplo, este viaje a Berlín, el documental. Eso no lo haces por mí. Por lo menos espero que no. Lo haces por Hiero. Lo haces por la historia del *jazz*. Lo haces por ti, vaya.

Le miré con una ceja levantada.

—Recuérdame que tengo que enviarme una factura.

Porque eran ciertos. Los sacrificios que había hecho para complacer a Chip eran

de verdad, eso sin duda. Más o menos un año atrás me habló todo emocionado de un documental. A un tipo que se llamaba Kurt Caspars —un director de cine medio finlandés, medio boche, famoso por denunciar la trata de blancas en Holanda— le había encargado una cadena de televisión alemana que rodara el primer largometraje sobre Hieronymus Falk. Caspars era la elección lógica para el trabajo, me explicó Chip, porque su estilo de rodar, con planos muy rápidos, tenía mucho en común con la manera de tocar del Niño. Pero como cualquier artista, Caspars necesitaba materiales para construir su película. Y nosotros, mira por dónde, íbamos a ser el ladrillo y el cemento.

Caspars quería bustos parlantes que hablaran durante noventa minutos sobre cada detalle de la existencia del Niño. Todos sabemos lo de Buddy Bolden, que murió como una regadera en el manicomio, y de Bix Beiderbecke, que murió de delirium tremens. Pero ¿y Falk? Todo el mundo dice que falleció justo después de ser liberado de un campo de concentración alemán, Mauthausen. Sólo que nadie sabe cómo, o cuándo, o dónde. Saber que murió después de estar en un campo no es lo mismo que conocer la naturaleza de su muerte. Si todo ese sufrimiento acabó con él, o fue la ausencia repentina del dolor, el encontrar el mundo extrañamente gris, con sus rutinas seguras y vacías, al salir. Y desde luego es imposible saber lo que significó para él, si el final fue algo bienvenido o el broche a tanta crueldad.

Y es que ni siquiera había una tumba.

El año pasado no tenía la más mínima gana de que me grabaran y mucho menos de ir a ver la dichosa película en Berlín. Pero Chip, después de haber organizado con Caspars lo de los billetes para ir al estreno, mencionó, como quien no quiere la cosa, que el documental se iba a proyectar en un festival importante, el Festival Hieronymus Falk. Todo un fin de semana dedicado a la vida del gran trompetista. Con el muro ya caído podían ofrecer toda clase de paseos guiados a nuestros antiguos garitos.

—Venga, Sid —había dicho Chip—, todo el mundo va a ir: Wynton Marsalis, incluso Grappelli. Va a ser algo gordo.

Me negué, no faltaba más. Pero después, poco a poco, durante los últimos meses, Chip me había ido convenciendo. Las cosas que hace uno por los amigos cuando es viejo. A lo mejor es porque sabes que no tendrás que aguantarlos ya por mucho tiempo.

—¿Qué pasa? —dije—. Suéltalo ya. Tengo una lista de cosas urgentes que hacer. El televisor me está esperando; lleva dos horas enteras apagado y no está acostumbrado.

Chip se encogió de hombros.

—Es que no te lo vas a creer.

—Eso seguro.

Cambió de postura.

—No quiero que te lo tomes a mal.

—Ahora te estás yendo por las ramas. ¿Qué es?

Pero sabía que había algo que tenía que decirme. Algo gordo.

—¿Quieres saberlo? ¿De verdad quieres saberlo? —Se inclinó hacia mí, muy serio—. Sid, el Niño está vivo.

Fue como si pasara un minuto entero. Y después solté una carcajada y me di con la cabeza contra el respaldo de la silla.

—No estoy de broma, tío —continuó Chip—. Está vivo y vive en el norte de Polonia.

—No tiene gracia, Chip.

—Estoy hablando en serio.

—En serio, no tiene gracia. Dime lo que pasa de verdad.

—No te miento, tío. Es la verdad.

—Pero ¿se puede saber qué pasa contigo? ¿Has vuelto al caballo o qué?

Su rostro se ensombreció y supe que me había pasado de la raya. Pero para entonces yo también estaba cabreado.

—¿No tienes nada más que contarme? ¿En serio?

Se quedó allí sentado con el vaso vacío en la mano. Le miré con la sonrisa congelándose en mis labios. Un leve zumbido flotaba en el aire, como el ruido de una maquinaria distante.

A veces, Chip se pasa con sus bromas. Pero aquella con la que me salía ahora, pura mala leche.

Me miró compungido.

—¿Qué tengo que hacer para convencerte?

Negué con la cabeza.

—¿Qué tengo que decir? Estoy hablando completamente en serio, Sid.

—Te veo mover los labios, tío.

—Dime qué quieres que te diga.

—Lo que quiero es que no me digas nada. Que te calles.

Me levanté y los muelles de la butaca rechinaron. Le miré de arriba abajo con dureza. Le miré las manos, observé las manchas sucias y amarillentas que tenía en las uñas.

—No puedo perder más tiempo, tío, de verdad.

Chip asintió pero continuó sentado. Mientras me miraba, su expresión era inescrutable.

—Supongo que no estás preparado. A ver, ya sé que es mucho, así de repente. Pero piénsatelo, Sidney. Después del festival Falk podríamos alquilar un coche e ir hasta Estetinia. Ya que estamos en Europa. O podemos coger un tren, si no se tarda mucho.

Me entraron ganas de vomitar. Y con su empeño en seguir hablando del tema, tenía los nervios a punto de estallar.

—¿Y cómo es que, con toda la gente que hay en el mundo, sólo tú tienes esta

información? Que Hiero está vivo ¿y en Polonia? ¿No será que estás senil, tío?

De repente me pregunté si no le pasaría algo de verdad. Hace cinco años Chip estuvo un tiempo, digamos, «descansando». Pero no era que estuviera simplemente cansado. Una mujer se lo encontró en pijama y zapatillas de andar por casa sentado en el metro de París a las cuatro de la madrugada. Estuvo tres meses sin decir una palabra y después salió del hospital perfectamente normal y volvió a su vida de siempre. Sí, ya lo sé, nos estamos haciendo viejos.

—Chip —dije.

Se le iluminó la cara, como si hubiera estado de verdad esperando a que le siguiera la corriente.

—Tengo una carta, Sid, no te lo había dicho. Me llegó hace unos tres meses. Acababa de volver de la gira por Italia y Grecia, hecho polvo y me la encontré, un sobre marrón normal y corriente. Lo abrí y era de él, te lo juro, no más de diez frases, pero eran de él. No decía gran cosa, sólo que se había enterado de lo del festival y que por qué no le hacíamos una visita. Escalofriante. Se me pusieron los pelos como escarpas.

—Ya.

—Después me llegó otra, hace dos días, en la que decía más o menos lo mismo. Y entonces me acordé de que no te había hablado de la primera.

—Cartas —dije.

—Eso es.

—¿Y cómo sabes que las ha escrito él?

Chip me miró. De repente parecía muy viejo.

—El purito —dije.

Pestañeó y se miró los dedos, entre los que se consumía el cigarro. Lo apagó en el cenicero.

—Alguien te está gastando una broma, Chip. Eso, o estás puesto otra vez.

—No estoy puesto, Sid.

—Ya, claro. Y las cartas, ¿dónde están?

Chip puso cara de enfado.

—Sabía que me ibas a preguntar eso. La verdad, tío, es que me quedé tan tocado que me las comí. Las hice trocitos y me las comí. De lo nervioso que estaba.

No dije nada.

—Estoy de broma —dijo incómodo—. Venga ya, Sid, por Dios. Las tengo en casa, las cartas. Con una pila de invitaciones para ir a tocar por todo el mundo.

—Pero no se te ocurrió traerlas.

Sonrió nervioso.

—Las invitaciones no eran para ti, colega. Lo siento.

—¿Te crees que tiene gracia todo esto?

—No —dijo—. No la tiene.

Fruncí el ceño.

—¿Sabes lo que creo?

Pero no terminé la frase, porque al verlo allí sentí algo parecido a la desesperación y no fui capaz de seguir. Cogí su vaso del suelo, lo llevé hasta la cocina y lo dejé sobre la encimera. Después fui hasta la puerta de entrada, descolgué su abrigo del perchero y lo sostuve en alto. La tela tenía un tacto de mantequilla.

Chip se levantó despacio de la silla, resoplando por el esfuerzo. Se acercó a mí y cogió su abrigo en un gesto que supuse quería ser digno.

—Supongo que tienes mucho equipaje que hacer —dijo—, así que será mejor que te deje que te pongas con ello.

—Será mejor, sí.

—¿Cuántas veces has estado casado? —murmuró.

No contesté y le abrí la puerta.

Salió al mohoso rellano —con los letreros fluorescentes de salida de emergencia y unas alfombras tan desgastadas que era la pura mugre lo que les impedía deshacerse por completo— y se quedó allí como si esperara algo más.

—Nos vemos en el avión, ¿no?

Era triste, todo aquello, no sé. Le cerré la puerta en las narices.

El puto Chip Jones. Cómo tocaba los tambores, aquel hombre. Incluso en la época de Weimar, cuando era un niño, ya estaba destinado a ser grande. Y en el escenario, a su lado, cuando tocaba el contrabajo con todo el fuego del que era capaz, ¿qué más daba si yo era, como decían los críticos, tan sólo «sólido y fiable en el segundo plano»?

No exagero si digo que, de todos los tipos que tocaron en nuestra banda, yo soy el menos famoso. Nunca llegué a triunfar. Pero Chip es otra cosa. La reputación de Chip como uno de los grandes baterías de Estados Unidos es —por decirlo en el lenguaje comercial tan de moda estos días— bien merecida, pero le costó cara. El hombre casi se echa a perder. Doy gracias a Dios de que entonces fuera tan disciplinado y diera lo mejor de sí en la grabación. Que yo diera lo mejor de mí.

Porque la cosa es que *Un blues mestizo, 3 min., 33 seg.* es prácticamente todo lo que saqué de aquella época. Y no me quejo. La fama no le llega a uno por ser *fiable*. Pero relanzó la carrera de Chip. Lo despertó. Y en cuanto a Hiero, lo convirtió en uno de los trompetistas de *jazz* más famosos de su generación.

De no haber sobrevivido aquel disco, la existencia del Niño podría haber sido una historia que nos hubiéramos inventado entre todos. Hoy día no existe un trompetista que no reconozca su deuda con Hieronymus Falk. Fue uno de los pioneros, el Louis Armstrong alemán, por decirlo de alguna manera. Wynton Marsalis decía que Falk había sido una de las razones por las que se había hecho músico. «Cuando escuché tocar a Falk, te lo digo en serio, aluciné. Yo era un niño, pero incluso entonces supe que estaba oyendo a un genio, tan evidente era su talento». Incluso gente que nunca había tocado *jazz* se daba cuenta de que Falk era EL músico, así, con mayúsculas.

Guitarristas punk, chelistas de vanguardia, incluso cantantes pop de pitiminí decían haberse inspirado en él. El otro día, sin ir más lejos, escuché un riff en la emisora NPR que era puro Hiero.

Pero habría podido perfectamente perderse en la historia, y eso es lo que más me asombra: la importancia del azar en lo que pasó. Todo empezó de nuevo en una pequeña ciudad francesa que en otro tiempo se llamó Vichy. En un oscuro apartamento. Lo estaban reformando —estoy hablando de principios de los sesenta— y, después de días de tirar paredes, el contratista encontró lo que parecía ser metralla hundida en un trozo de escayola. Algo diminuto y brillante que relucía como una moneda de plata en nieve sucia. Era una caja metálica toda abollada y dentro estaban nada menos que los cinco discos que nos habían hecho tan famosos en Berlín además de otro, combado, medio quemado y sin etiqueta. Resultó que al señor de Vichy, que llevaba tiempo muerto pero había sido un mandamás nazi, le gustaba el *jazz* lo suficiente como para esconderlo. El contratista le enseñó la caja a su hermano, que era profesor en la universidad, quien a su vez se la dio a un experto en música clásica francés el cual, por descuido o porque no le interesaba, la dejó olvidada dentro de un armario archivador en el despacho de su casa. Entonces llegó su hija, que vivía en Berlín, según me contaron era mimo profesional, aunque eso no importa, no añade nada a la historia. Pero bueno, el caso es que la hija encontró la caja en el armario de su padre y se la llevó a otro musicólogo, uno de Berlín. Y éste, después de escuchar una sola vez el disco sin etiqueta, declaró que aquella música era genial, algo nunca oído.

Pero ahí no acaba la cosa. Resulta que ese estudioso de Berlín se pone a investigar. Y una vez en ello descubre similitudes entre las grabaciones de los Hot-Time y el disco combado, el genial. En algunas cosas éste parece ser una grabación de la banda, sólo que con menos músicos. Pero es que además la grabación fantasma es mucho más tórrida, más inteligente, distinta, más caliente. No es que los Hot-Time Swingers fueran malos. Hubo una época en que éramos LA banda de *jazz*. Tocábamos en los mejores clubs de Europa y nuestras cinco grabaciones eran famosísimas. Teníamos admiradores en todos los continentes; tocamos en Austria, Suiza, en Suecia y Hungría, incluso en Polonia. Una de las razones por las que nunca actuamos en Francia fue porque Ernst, el muy orgulloso hijo de puta, era enemigo declarado del país desde la guerra. Aunque no tardó en cambiar de opinión, en cuanto la vieja Alemania empezó a irse al garete. Pero antes de aquello nuestra banda era oro puro, los seis lo éramos: Hieronymus Falk a la trompeta; Ernst von Haselberg, *la Boca*, al clarinete; Big Fritz Bayer al saxo alto; Paul Butterstein al piano y, por último, nosotros, los del ritmo, Chip Jones en la batería y su seguro servidor al contrabajo. Éramos como una familia, eso sí, como la familia más desquiciada y disfuncional que se pueda imaginar.

Así que el estudioso descubre todo eso, pero entonces se atasca, duda. Enseguida se da cuenta de que quien toca la primera trompeta es Hiero. Felicidades, premio para

el caballero. Después tarda un par de semanas en decidir que el batería y el contrabajo somos Chip y yo. ¡Bingo! Pero como no tiene ni idea de quién puede ser la segunda trompeta, decide que tiene que ser Ernst, la Boca. Parece que don experto había leído en alguna parte que, a pesar de que Ernst prefería el clarinete, también era un trompetista de talento (mentira y gorda. Ernst tenía de trompetista lo que Monet de agente de cambio y bolsa). Y no tiene ni la menor idea de por qué el resto de los Hot-Time Swingers no están en la grabación.

La verdad es que no andaba del todo mal encaminado. Pronto descubrió que Paul fue arrestado en el 39 y que había muerto en Sachsenhausen. Deduce que Chip y yo volvimos a Estados Unidos, en el SS *St-John* que arribó al puerto de Nueva York. Que el Niño fue arrestado en París y enviado a Mauthausen después de pasar por Saint-Denis. ¿Y qué hay de Big Fritz? ¿Y qué pasó con Ernst después de grabar el disco? Misterios y más misterios.

Los escritos del musicólogo llamaron la atención de John Hammond hijo, aquel Cristóbal Colón del jazz que descubrió a Billie y a Ella. Hammond trabajaba entonces de buscador de nuevos talentos para Columbia y había reclutado a músicos como Aretha, Bob y Leonard. Se puso a rastrear la grabación del disco en Berlín y, si le oyes contar, se diría que casi acaba amnésico por nuestra culpa. De tanto pensar, casi se vuelve majara. Cuando recobró la cordura (me fascina cómo hablan estos ejecutivos) supo que tenía que hacer tres cosas. Una: convencer a los de Columbia de que remasterizaran e hicieran un lanzamiento por todo lo alto de la grabación. Dos: localizar a aquellos de nosotros que no hubiéramos muerto. Tres: montar una gira que nos devolviera, a los Hot-Time Swingers, la fama, el dinero y patatín patatán. Lo de siempre, vamos.

Louis fue quien le ayudó a localizarnos a Chip y a mí. Louis Armstrong, sí. Porque Armstrong sabía lo que se hacía y, aunque no podía ver a Hammond ni en pintura, le escribió una carta dejando las cosas claras. Desde luego el segundo trompeta no era Ernst von Haselberg, escribió, menuda ocurrencia. Puestos a adivinar, lo más probable es que se tratara del mismísimo Bill Coleman, de Kentucky. Le explicó que la grabación estaba inspirada en una canción popular alemana cuyo título no recordaba. También le dijo que seguramente Chip y yo habríamos vuelto a Baltimore y que nos buscara allí. No dijo nada más, no dio ningún detalle explicando cómo sabía todo aquello. Así que, claro, Hammond le volvió a escribir. Pero no habían pasado ni dos días desde que puso la carta en el correo cuando se supo que el viejo Satchmo había muerto. ¿Y cómo nos encontró Hammond a Chip y a mí? Pues en la guía de teléfonos.

Chip no se cortó. Dijo que no sabía de dónde había sacado Armstrong toda aquella información. Y me convenció para aceptar la oferta de Hammond de grabar un disco —siempre que Coleman diera el visto bueno— aunque yo le dije que no había forma humana de que los Hot-Time Swingers salieran de gira. Sabíamos desde hacía años que Ernst, Big Fritz y Paul estaban muertos. Esas cosas acaban por

saberse. Y en cuanto a Hiero... *Un blues mestizo* no podía hacerse sin el Niño, eso estaba claro. Porque el tema era suyo, él era su autor, lo había escrito con su sangre y con su saliva. Y, además, Chip y yo no teníamos cuerpo para resucitar todo aquello. No después de lo que había pasado.

Claro que lo del estatus de grabación de culto tenía mucho que ver con la leyenda asociada a toda la historia. No sólo la leyenda del Niño, sino la de todos nosotros, los Hot-Time Swingers. Y es que, si te paras a pensarlo, es normal. Unos chicos alemanes y americanos que se juntan en Berlín y en París en los años de entreguerras y se ponen a grabar música vibrante y enloquecida para que luego los nazis la destruyan a patadas. Por si eso fuera poco, un día aparece una caja de latón solitaria empotrada en la pared de un apartamento que perteneció a un nazi. Y la leyenda crece, claro. Porque si eso no es una historia de fantasmas, que venga alguien y lo diga.

Pero había una pregunta que todos se hacían. ¿Quién era el tal Hieronymus Falk? Circularon las historias más absurdas, algunas eran incluso ciertas. Se dijo que era un músico capaz de tocar cualquier canción de memoria después de haberla escuchado una sola vez (cierto). Que era el hermano desaparecido de Sydney Bechet (¿no lo somos todos?); se rumoreó que, al igual que el músico de blues Robert Johnson, Falk sólo tocaba de cara a la pared, dando la espalda a la gente (¿un tipo tan guapo como Falk? Venga ya). También, siguiendo con la analogía con Johnson, se dijo que Falk había hecho su propio pacto con el diablo, vamos, que había vendido su alma a cambio de esos labios con tanto talento.

No sé, quizá esto último sea verdad.

Entonces, en el otoño del 81 salieron a la luz nuevos detalles. En una entrevista, Hammond dijo que el Niño había muerto en el 48, después de salir de Mauthausen. Que había pasado a mejor vida en agosto de aquel año de una enfermedad respiratoria, de una embolia pulmonar. ¿Una embolia pulmonar? No sé por qué, el caso es que la gente no se lo creyó. El destino de Hieronymus Falk se convirtió en una especie de concurso periodístico y empezaron a publicarse toda clase de tonterías. Un artículo decía que Falk había tenido pleuresía. Otro, que pleuresía, pero de la suicida, dando a entender que se la había buscado, demasiados paseos bajo la lluvia para un cuerpo tan frágil. Y hubo otro que decía que nada de enfermedad pulmonar, que había sido el corazón, una parada cardíaca resultado del hambre que había pasado. Una versión más romántica, supongo. Nadie parecía saber la verdad y para Chip y para mí cada nuevo artículo era nueva cuchillada en el estómago. Dejád al Niño tranquilo, pensábamos. Dejádlo estar.

Pero durante todo ese tiempo, Hammond se mantuvo en sus trece.

—Fue tal cual lo dije, Sid, una embolia pulmonar —me contó más tarde—. No podía entender por qué no se lo creía nadie. Aunque supongo que es porque pensaban que un hombre como Falk se merecía una muerte con más *glamour*. Una muerte adecuada lo hace a uno inmortal.

Pero ¿qué es eso de un hombre como Falk? Hiero era un niño. Y nadie se merece hacerse adulto de esa manera.

Me quedé un buen rato detrás de la puerta, atento a las pisadas cansinas de Chip en la escalera.

«Chip Jones —pensé furioso mientras volvía por el pasillo—. Chip Jones de los cojones que no sabe cuándo se ha pasado de la raya».

No es que le hubiera creído, ni por un momento. Regresé a mi tranquila sala de estar, apagué las luces y me quedé de pie junto a la ventana sujetando una de las lamas de la persiana, mirando a la calle. Transcurrido un minuto apareció Chip, una silueta menuda en la tenue oscuridad. Cruzó la calle caminando despacio, después se volvió y miró en dirección a mi apartamento. Solté la persiana con un chasquido y di un paso atrás, de vuelta a las sombras.

Después de un rato me senté y me miré las manos. La habitación estaba ahora en penumbra y la luz difusa del atardecer proyectaba sombras en todos los muebles. Todo parecía pesar más y el olor del purito de Chip flotaba como una presencia diabólica.

Entonces me dije: «Seamos justos, vamos a pensarlo un momento». ¿Qué pasaría si ésta no fuera una broma de Chip, si esas cartas existieran de verdad? ¿Qué pasaría si, de alguna manera y como una voz proverbial de ultratumba, el Niño estuviera intentando ponerse en contacto con nosotros? Si eso fuera posible, ¿qué harías, Sid? Me quedé sentado hasta que la luz desapareció del todo, mirando a la calle por entre las persianas torcidas de mi cuarto de estar.

Era inútil, no me lo creía.

Sabía que tenía que levantarme y seguir haciendo la maleta, pero no me moví. Me invadió entonces una sensación extraña. Un cosquilleo en las manos y en los pies como si ya no fueran míos, y la impresión de que una sombra me atravesaba el corazón. Me estremecí.

Debí de quedarme dormido y me desperté con la cabeza completamente girada y un largo reguero de baba mojándome la pechera de la camisa. Todavía era de noche. Me levanté, miré el reloj con una mueca. Todavía tenía unas cuantas horas.

Había terminado el equipaje y estaba peleándome con mi vieja maleta mientras intentaba bajar la escalera. En la calle me esperaba un taxi, estaba allí parado en medio de la fría luz temprana, las nubes blancas inquietantes del tubo de escape en la calle. Verlo me dio escalofríos.

Subí al taxi con un gemido. La tapicería ajada olía mal, a cebolla o a ajo.

—BWI —mascullé—. Y nada de recorridos panorámicos, tengo que coger un avión.

El taxista llevaba una gorra de los Orioles puesta del revés. No entiendo por qué, en estos días, los hombres se empeñan en dejarse el sombrero puesto cuando no están

en la calle.

Se encogió de hombros.

—Muy bien, jefe. Al BWI.

Puso el taxímetro y arrancó.

A esas horas de la mañana siempre encontraba la ciudad especialmente sucia. Las calles mojadas por la lluvia de la noche, el lento corretear de las ratas debajo de los coches aparcados, basura y papeles flotando en los callejones. No siempre era tan lúgubre.

Un hombre de mi edad no debería tener que coger un taxi para ir al aeropuerto. Debería tener a alguien a quien llamar para que lo llevara y le deseara un feliz vuelo. Aunque no me arrepiento de nada.

—Claro que no, jefe —dijo el taxista alegremente—. Arrepentirse no sirve de nada.

Le miré sorprendido, no me había dado cuenta de que había estado hablando en voz alta.

—¿Adónde va? —preguntó.

Le vi por el espejo retrovisor, mirándome y luego apartando la vista.

—Londres —contesté—. Vuelvo a Londres. Vivo allí.

Mejor no ir contando a la gente tus cosas, es lo que digo siempre. Ni hacerles saber que tu casa se queda sola. Tal y como están los tiempos, más vale andar con cuidado.

—¿Londres? —repitió el taxista—. Qué casualidad, yo antes vivía en Londres. Inglaterra no está mal, pero la comida es horrible. ¿Por qué zona vive?

Fruncí el ceño, no tenía la cabeza para charlas intrascendentes, así que era mejor cerrarle la boca cuanto antes.

—No es Londres, Inglaterra —dije—. Sino Londres, Ontario, en Canadá.

La mirada del taxista poco menos que se petrificó. Canadá es perfecto para poner fin a cualquier conversación, es un truco que aprendí hace tiempo.

Miré las calles discurrir por la ventanilla. Baltimore es una de esas ciudades en las que uno siempre quiere estar de paso, no es un lugar donde te apetezca vivir. Ya de niño soñaba con salir. Por la ventanilla seguí con desazón la vista de la pared verde de seto que corre paralela a la autopista. No soy tonto, sabía que era probable que aquél fuera mi último viaje.

Yo nací aquí, en Baltimore, antes de la Gran Guerra. Y si has nacido en Baltimore antes de la Gran Guerra en lo único que piensas es en marcharte. Sobre todo si eres pobre, negro y estás lleno de sueños. Sí, ya sé que Baltimore no es sur, sur; por lo menos en mi familia éramos todos de piel clara, pero quien crea que Jim Crow perjudicó sólo al país del *gumbo* es que está ciego. Los de mi raza éramos tan bien recibidos en una cena de blancos como Byron Meriweather en la marisquería Jojo. Había bastante odio. Parte de la familia de mi madre —dos hermanos y una hermana, que era maestra— se hacían pasar por blancos en la zona de Charlottesville. No

tenían ninguna relación con nosotros. La de veces que soñé con presentarme allí y arruinarles la función. Ahora ya no estoy tan seguro de que hicieran mal, supongo que intentaban salir adelante como podían. Nosotros también podríamos haber pasado por blancos, decir que éramos inmigrantes de Europa del Este, rumanos o algo así, pero mi padre siempre se negó. El Señor nos hizo negros, decía siempre, y no queremos ser otra cosa.

Ya en el aeropuerto facturé y emprendí la lenta marcha hacia la puerta de embarque. Largos túneles blancos, controles, pasaportes. Ni rastro de Chip.

Ni siquiera le vi cuando empezaron a llamar para embarcar. Aleluya. Es posible que fuera a perder el avión.

Volábamos en primera clase, cortesía de Caspars, y en cuanto estuve acomodado en el amplio asiento, me hube quitado los zapatos ortopédicos y reclinado en el respaldo, vi a Chip arrastrando los pies por el pasillo en mi dirección.

—Sid —dijo sin aliento—. Creía que no llegaba. No encontraban mi reserva.

Tenía un aspecto fresco y pulcro, iba impecable con un traje de seda negro y un pañuelo gris doblado en el bolsillo de la pechera.

—Creo que te has equivocado de asiento —dijo mirando su tarjeta de embarque.

Saqué la mía y miré los números en los compartimentos superiores.

—¿No tienes el 2B? —preguntó.

—4D —contesté—. Éste es mi asiento.

Arrugó el ceño.

—Yo tengo el 2A. Estamos separados, no puede ser.

Agachó la cabeza y miró a su alrededor.

—Estoy en la otra punta —murmuró—. Saqué los asientos juntos, tío. Te lo juro, coño.

—No pasa nada, Chip —dije, sintiéndome de repente más sociable—. No te preocupes. Lo más seguro es que me pase el vuelo durmiendo.

Chip asintió compungido.

—Bueno, igual me dejan cambiarme después de despegar. Puede que haya asientos libres.

Y entonces fue a acomodarse al otro extremo del avión. La azafata merodeaba por el pasillo guardando bolsas, maletines y bolsos. Y pronto estábamos dejando el asfalto y volando casi en vertical, ascendiendo hacia el éter. Me agarré a los reposabrazos y miré las nubes por la ventanilla. Estaba demasiado borroso como para ver la ciudad, abajo. Antes de que se apagaran los avisos de abróchense los cinturones, ya me había tragado dos pastillas para dormir y tapado con la manta hasta el cuello.

La verdad, pensé amodorrado, es que no somos nadie.

Veía a Chip asomándose al pasillo tratando de llamar mi atención. Me recosté en el asiento y cerré los ojos. Berlín, pensé. Joder.

Para cuando aterrizamos, Chip parecía consumido. Más túneles largos y grises, más controles, pasaportes y cosas por el estilo. Después nos sentamos en un banco pequeño y duro junto a la cinta transportadora esperando a que apareciera mi maleta traqueteando. Vimos dos bolsas verdes dar la vuelta sobre la rampa listada y después volver.

—La han perdido —dije—. El primer avión que cojo en quince años y me pierden la maleta.

Chip asintió.

—A mí no me han perdido una sola en casi cuarenta años. Y menos mal, porque no son baratas, tío.

Miré sus maletas a juego, todas de marca, piel de primera calidad y dispuestas a su lado por orden de mayor a menor, como si fueran una familia.

—Impresionante, chico, de verdad —le dije furioso—. Señoras y señores, ante ustedes, el mejor viajero del mundo.

Chip rio.

—Venga, Sid, no te enfades. No pasa nada, te puedo dejar ropa para el estreno.

—No necesito tu ropa porque me van a dar mi maleta.

—Pues claro que sí —dijo Chip dándome ánimos. Volví a tener esa sensación en el pecho, oscura, rara, como si algo muy grave fuera a pasar. No era normal que Chip estuviera tan simpático.

En el mostrador de equipajes, un hombre con pulcro bigotillo me dijo que mi equipaje llegaría al hotel antes que yo, que lo habían enviado por equivocación a Polonia, pero que ya debía de estar de vuelta.

—¡A Polonia! —Chip rio mientras hacíamos la cola del control de pasaportes—. Se nos ha adelantado para decirle a Hiero que estamos de camino. —Y después, en el taxi, volvió a la carga—. Polonia, Sid, ¿te das cuenta? Está lo suficientemente cerca como para que tu maleta vaya y vuelva al hotel antes de que llegemos nosotros. Eso es muy cerca, tío. Más cerca que tu casa de Fells Point de Washington.

Fruncí el ceño y miré para otro lado.

En el taxi le dije al conductor que nos llevara hasta la puerta de Brandenburgo. Me había sentado delante para librarme un rato de Chip, pero el tío no hacía más que inclinarse hacia mí y echarme el humo del purito en la nuca.

—Pues no sé, Sid —dijo—. Creo que deberíamos ir directamente al hotel. Faltan menos de tres horas para el estreno.

—A la puerta de Brandenburgo —le repetí al taxista en alemán. Y a Chip le dije —: No pasa nada, relájate un poco y disfruta del paisaje.

Lo reconozco, una parte de mí sólo quería fastidiarle un poco, pero también tenía curiosidad. Me había impresionado lo gigantesca que parecía ahora la ciudad. Berlín siempre había sido grande, pero no tanto: la guerra había hecho enormes destrozos hacía décadas y todavía podía verlos. El verde de los parques rompía el mar de cemento y había muchos solares vacíos con el pavimento invadido por la mala hierba.

También las calles parecían más anchas de como las recordaba. Cuando pasamos junto a la catedral, un leve escozor me subió hasta la garganta. Madre mía, aquella enorme iglesia renacentista con fachada de columnas literalmente había encogido. Parecía tímida, como si pidiera disculpas, como un hombre venido a menos.

Chip apoyó una de sus manos grandes y grisáceas en mi asiento y se inclinó hacia delante mientras el taxista enfilaba la ancha avenida de Unter den Linden.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó con voz queda.

Me sobrevino una sensación extraña. La última vez que estuve en Unter den Linden habían arrancado todos los tilos que daban nombre al bulevar y en su lugar habían levantado columnas blancas. También habían cubierto el suelo de arena para que los puñeteros nazis no se resbalaran.

No quedaba ni rastro de todo aquello. Entonces tuve un *déjà vu*, o medio *déjà vu* y, Dios sabe por qué, me acordé de la noche en que vi el cadáver de mi madre en su ataúd. Cuando me incliné para mirarla me pareció que sus facciones eran las mismas, que transmitían una paz que me resultaba familiar pero había un rastro de algo que no era ella, la marca al agua del enterrador. Como si en el momento de la muerte hubiera aprendido a sentir una nueva clase de ironía, un desprecio hacia lo que dejaba atrás.

—Éste no es nuestro Berlín, Sid —dijo Chip.

Tragué saliva. Algo me pasaba en la voz.

Chip me puso una mano en el hombro.

—Son los años, colega. Lo destrozan todo a base de bien.

Asentí.

—Esta ciudad ha perdido algo, y me apuesto cualquier cosa a que nadie se acuerda de lo que era.

—Excepto nosotros, tío. Excepto tú y yo.

No dije nada.

Chip se reclinó en el asiento.

—Por eso estamos aquí, Sid, para eso hemos venido.

Volví la cabeza para mirarle, allí sentado con sus enormes manos apretadas entre los muslos y su precioso traje sin una sola arruga.

—Tú sigue con lo tuyo —le dije—. Sigue intentando venderme algo.

Río.

—No, si ya sé que no hay manera de convencerte. Si no quieres ir a Polonia, no pasa nada.

—Desde luego que no.

Río de nuevo.

Pero yo no estaba bien y ni siquiera descubrir que nos alojábamos en el Westin Grand, en Friedrichstrasse, ayudó a endulzar mi estado de ánimo. Me quedé en la habitación a oscuras, tumbado sobre una cama del tamaño de una mesa de banquete de bodas, las cortinas de terciopelo corridas y una sequedad terrosa en el aire, como de polvo de siglos.

Estaba cansado, pero de verdad. Demasiado cansado para dormir. Más cansado que hacer la colada, como solía decir mi madre. Me había puesto a hablar alemán otra vez como si fuera mi lengua materna y pensé en lo extraño que es la manera que tiene la mente de aferrarse a un lenguaje, de no dejarlo ir. Me estiré en la cama y exhalé aire despacio. La habitación estaba toda decorada en crema y beis, tan pálida que tenía algo de invisible, como si hubieras entrado en un lugar vacío.

El silencio me engulló, era como estar envuelto en musgo. Ay, Berlín, nuestra hermosa Berolina, nuestra vida dibujada con carboncillo. Qué ciudad, sobre todo después de la primera guerra. Y nosotros, pobres como ratas, ávidos de salir y descubrir qué más tenía que ofrecernos la vida. Yo llegué tarde, no pisé aquellas calles hasta el 27, pero, qué hermosa era. Cientos de músicos de *jazz* que llegaban con sus instrumentos a cuestas. Y aquellas chavalas.

Todos los locales se sentían famosos. El Barberina. El Moka Efti. El Scala. En el Romanisches Café se reunían como uvas en racimo los grandes talentos de la época para intercambiar ideas delante de una jarra de cerveza. Allí vi a Kästner y a Tucholsky, incluso a Otto Dix. Dix, absorto en su vaso cada vez que le venía una idea nueva, quizá soñaba allí las pesadillas para sus cuadros. Como ese tan famoso que hizo de Anita Berber, la bailarina, con el pelo y el vestido rojos como carne desgarrada.

Madre mía, la Berber. Solíamos ir en masa a verla bailar en el White Mouse. Se deslizaba medio desnuda entre las mesas atestadas y cuando llegaba al clímax del número se dedicaba a romper botellas de champán en la cabeza de alguien del público. Una vez rompió una en la de Big Fritz, que casi ni se dio cuenta. También recuerdo haberla visto trabajar en Eldorado, aquel club de sarasas que estaba siempre tan oscuro que casi ni se veía el escenario. Y cómo bailaba esas melodías tan áridas de Camille Saint-Saëns, haciendo contorsiones y agitándose... volvía loco al público.

En la época más desenfundada llegó a haber en Berlín más de veinte *cabarets*. Lo digo en serio. De repente, todos los agentes del mundo del espectáculo eran como Cristóbal Colón, descubriendo nuevos talentos por todas partes. Marlene Dietrich en *The Two Cravats*; Ursula Fuller en el *Red Feather*. ¿Quién habría imaginado que Fuller, tan delicada ella, angelical casi, terminaría cantando en un tugurio de mala muerte? Porque el *Feather* no dejaba nada a la imaginación, pero nada de nada. Sólo estuvimos allí una vez pero nunca lo olvidaré. Las bailarinas salían casi desnudas y después, sentadas encima de la mesa de algún señor del público y abiertas de piernas, se iban vistiendo despacio. Era como espiar a la mujer del vecino, al menos ésa era la idea, aunque, me acuerdo de que Ernst se inclinó hacia mí sonriendo:

—¿Qué mujer de vecino está así de cañón?

Llamaron a la puerta y me levanté con esfuerzo. Suponía que sería mi maleta. Llegada desde Polonia, nada menos, pensé.

Pero no era la maleta, sino un tipo sujetando un traje azul en una percha y metido en una funda de plástico.

—El señor Jones me ha dicho que le trajera esto —dijo en un alemán muy fino— y permítame que me presente.

Hablaba a tal velocidad y en un tono san servil que no entendí su nombre. Pero deduje que era nuestro acompañante para la noche, enviado por el festival. Si no es demasiada molestia, tartamudeó, ¿podría estar preparado para salir en una hora? Pues claro que sí. Después de cerrar la puerta casi temí que se quedara allí en el pasillo durante la hora entera. Eché un vistazo por la mirilla y no, era más sensato de lo que parecía.

Era imposible que me quedara bien un traje de Chip y Chip lo sabía. Pero lo dejé con cuidado en la cama, fui hasta la ventana y descorrí las cortinas para ver la ciudad. La luz se iba haciendo gris y la tarde desaparecía poco a poco. Se encendían las primeras farolas. Estudié el horizonte de tejados, el destello del cristal del Reichstag y, más abajo, la ancha extensión de los árboles en los bulevares.

Una ciudad puede cambiar y seguir siendo la misma. Eso lo sé yo muy bien. Cuando volví de París, casi no reconocía Baltimore. Pero Berlín no es cualquier ciudad. Me acuerdo de que Chip y yo estábamos de lo más solicitados cuando llegamos aquí por primera vez. Las bandas de *jazz* alemanas nos necesitaban para darle autenticidad a la cosa. Lo que quiero decir es que si incorporas un par de yanquis de pura cepa a la alineación, ya tienes músicos de verdad. De hecho, lo del festival era un poco lo mismo, creo yo.

Pero en aquel tiempo la cosa era tan exagerada que hasta había alemanes que se hacían pasar por americanos. *Herr* Mike Sottneck, de Nueva York, anunciaba su banda como «amerikanische Jazz-Tanzkapelle». Y no era el único. Pero al menos así a los boches se les pegó algo de lo que hacíamos. Vamos a ver, nosotros veníamos de la cuna del *jazz* y eso nos daba una sensibilidad especial para esa clase de música. No estoy diciendo que fuera algo racial, tenía que ver más bien con haber mamado el *jazz* desde que eras un renacuajo. Y a eso añádele que a la mayoría de la gente no le daba vergüenza tocarlo en sus casas. Muchos boches tenían formación en música clásica y no lograban quitarse de encima la caspa de esa música europea tipo bailes de salón. Era como una enfermedad, como una infección que se metía en el instrumento y no te dejaba tocar como había que tocar.

No digo que le pasara a todo el mundo, pero cuando oías a gente como Gluskin y Bela, con sus bruscos cambios armónicos y su percusión de pacotilla, tenías la sensación de haber muerto e ido al infierno. Su *swing* no era digno ni de un patio de escuela. No tenían sentido de la improvisación. Ernst me dijo una vez que había pillado a Wilhelm Bosch ¡transcribiendo un solo de Red Nichols de un disco! Chúpate esa. Red Nichols ya es bastante malo de por sí, pero es que Bosch, cuando salió al escenario, se puso a tocar una nota rancia después de la otra leyéndolas de la partitura. A Ernst le dio tal ataque de risa que casi vomita.

A esa clase de músicos, Chip y yo no les dábamos ni los buenos días. Nosotros éramos esnobs, puristas, por eso tocábamos con Franz Grothe y Georg Haentszchel.

Walter Dobschinski y Ernst Hoellerhagen y Stephan Weintraub. Tocamos con Eric Bocharh hasta aquella noche en que, hasta arriba de caballo, estranguló a su novia. Entonces nos fuimos a tocar con otro. Una gozada.

Era una noche fresca y el aire traía el hedor metálico de los tubos de escape. Miré más allá de los jardines de Rosa-Luxemburg-Platz y estudié el resplandor ocre del teatro Babylon. Visto desde lejos, me recordó a un trozo de queso cheddar, con su color lustroso y sus formas geométricas. Qué raro se me hacía estar allí otra vez, en la misma plaza que tantas veces crucé cuando era joven. El edificio capturaba los últimos rayos de sol, que brillaban contra la plaza gris.

Chip estaba de pie entre nuestro extraño y silencioso acompañante, comoquiera que se llamara, y yo. Se arreglaba el pelo, escupiéndose en los dedos y después pasándoselos por la parte rala de los rizos, nervioso perdido. Detrás de él, hacia el Babylon, una multitud llenaba la plaza. Al ver cuántos eran empezó a costarme trabajo tragar. Era como si tuviera la garganta llena de algodón.

—Sid, ¿estás nervioso, tío? —preguntó Chip.

Le hice un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Estoy bien.

Una alfombra de gente llenaba la plaza y avanzaba hacia el teatro situado frente a ella, el Volksbühne, con sus imponentes columnas grises. El Babylon estaba tan lleno que parecía imposible estornudar sin manchar al de al lado. Todo dios estaba allí, como si fueran a pasar lista o algo. Y yo que pensaba que iba a ser algo más íntimo.

—¿Cómo vamos a entrar? —dije—. No hay sitio ni para pasar por la puerta.

—Bueno, ya verás cómo lo conseguimos. —Chip me miraba con sus delgados labios de ostra muy apretados—. ¿Seguro que estás bien? Te veo algo verduoso, Sid.

—No estoy verduoso.

Chip gruñó y me dio una palmada en el hombro. Notar su mano allí me reconfortó. Me sentía de lo más incómodo. El traje de Chip me quedaba tan corto de mangas que me dejaba las muñecas descubiertas como si me fuera a lavar la cara. Y el cuello de la camisa me bailaba, supongo que estaba hecho a medida para su gordo pescuezo.

Pensé en decírselo, pero en lugar de ello dije:

—Tendría que haberte partido la boca en cuanto me hablaste de volver aquí.

Porque me pareció más apropiado para la ocasión.

Chip se reía mientras nos conducía a mí y a nuestro acompañante hacia la puerta principal.

—Pegarme no habría cambiado las cosas. No me queda un solo diente ni un ápice de sentido común en la mollera.

—Pues sí, eso es verdad.

Se volvió hacia mí con una sonrisa extraña.

—¿Preparado para volver al ruedo, Sid?

Y, antes de que me diera tiempo a contestar, abrió la puerta y me empujó adentro.

Y así empezó la locura. Hordas de gente con la cara pegada a las nuestras y sus graznidos resonando por el teatro como pájaros enjaulados. ¡Chip Jones! ¡Mister Jones! ¡Sidney Griffiths! ¡Charles! ¡Sid! Los *flashes* de las cámaras eran como agujonazos de luz en una superficie de agua. Nuestro acompañante, un pobre alfeñique, estaba demasiado asustado o era demasiado pequeño como para intentar manejar la situación. Mientras gritaba a la gente para que se echara hacia atrás, me zarandearon a derecha y a izquierda y casi me caigo por la escalera enmoquetada; la seda de mi traje rozó contra la de Chip. Me sobrevino una necesidad urgente de agarrarme a su abrigo, pero sabía que me haría parecer un tonto, así que contuve la respiración. El aire era tan espeso y bochornoso como una noche de julio en Baltimore y a nuestro alrededor todo parecía ser rojo o amarillo: las paredes, el resplandor de rayos de sol moribundo en las ventanas, el destello de blusas y bolsos, de zapatos. La claridad dorada de todo aquello me asfixiaba. Y había un imbécil de nombre Sidney Griffiths al que no hacían más que llamar a gritos, como si se hubiera perdido.

—Estás un poquito nervioso ¿no? —dijo de repente una voz lechosa a mi oído. Caspars me cogió del brazo.

La multitud empezó a deshacerse a nuestro alrededor y me volví para verle la cara a Kurt Caspars. Tenía las mejillas regordetas sin afeitar y su palidez escandinava chocaba con el negro intenso de su pelo teñido. Sonreía con esa sonrisa a media asta tan típica en él, esa asquerosa sonrisa irónica que te hace pensar que algo muy malo acaba de pasar en alguna parte y que debes de ser un imbécil por no haberte enterado. Nos saludó con la cabeza y se marchó.

Nuestro acompañante nos condujo a Chip y a mí y a través de la pesadilla del vestíbulo hasta el interior del teatro. No dije nada pero, madre mía, aquello estaba lleno hasta los topes. Cada fila de asientos, repleta de gente de toda clase. El follón del vestíbulo... Ésos eran los que se habían quedado fuera. *Cristo bendito*, pensé mientras me hundía en mi asiento, *para qué habré venido*.

Nuestro acompañante sentó a Chip en la primera fila, con los vips. Lo dejó allí tirado, como un saco de patatas, entre dos tipos a los que no habíamos visto en la vida. Después me acompañó al otro extremo de la misma fila y él se sentó a mi lado. Eso me sorprendió, pensé que nos iba a poner a Chip y a mí juntos, por algo éramos un paquete de esos todo incluido.

Empecé a sentirme indispuerto; de la tapicería subía un extraño olor a sulfuro, como si la acabaran de lavar. A mi alrededor las butacas chirriaban como grillos de Virginia. Los otros vips eran todos mayores que yo, con rostros graves y apergaminados. No conocía a ninguno. Ni rastro de Marsalis ni de Grappelli. Me pregunté dónde se habría metido todo el mundo.

Kurt Caspars subió al escenario esbozando su sonrisa de comadreja de siempre.

—Gracias a todos por estar aquí esta noche —dijo. Su acento envarado y raro me recordó, no sé por qué, a Big Fritz. Pobre diablo. Hubo un tiempo en que no podía pensar en él sin enfadarme. Volver a aquel lugar había sido una equivocación.

Me alegró ver que a Caspars le temblaban un poco las manos.

—Lo que hemos conseguido crear aquí esta noche —continuó— es el resultado del trabajo de muchas voces durante muchos años. Un festival en honor de Hieronymus Falk aquí, en lo que en otro tiempo fue la plaza de Horst-Wessel, es un tributo al poder de la Nueva Alemania, a un pueblo lleno de futuro.

Y el público se tragó esa cursilería enterita. Gritos, aplausos, golpes en los reposabrazos de los desvencijados asientos azules. Caspars es lo que tiene, que es un experto en palabras rimbombantes que no significan nada. Pero ese aplomo en la forma de hablar es como un estofado sin carne, no tiene sustancia. Eso lo sé yo desde que era un niño. Miré a mi fila a ver qué cara ponía Chip. Tenía una expresión neutra, alerta, con la mirada fija en el escenario. Traté de llamar su atención, pero no me miro.

De repente, Caspars abandonó el escenario y se hizo un tremendo silencio. Las luces se atenuaron y todo el teatro permaneció callado, a la espera. A mí debía de notárseme que estaba nervioso, porque nuestro acompañante se inclinó hacia mí y me susurró:

—Primero van a proyectar el documental y luego los de esta fila subirán al escenario para contestar preguntas.

—O sea, que se retrasa la guillotina —dije.

El tipo se quedó callado y el silencio se abrió paso entre los dos. Después se inclinó de nuevo hacia mí y dijo:

—Primero van a proyectar el documental y luego los de esta fila subirán al escenario para contestar preguntas.

Tuve un escalofrío y me asaltó de nuevo aquella vieja sensación, el presagio de que algo malo iba a pasar. Me ardía el estómago.

Pero entonces la pantalla se encendió, entró la banda sonora y el público empezó a aplaudir. Dos horas, me dije, dos horas. Eso no es nada.

El documental de Caspars no seguía ningún orden. Cuando una persona no había terminado todavía de hablar, salía otra en la pantalla y las dos se ponían a comentar una fotografía de un tercero. No sé, pero cada vez que el Niño aparecía en pantalla, con su cara a un tamaño de casi dos metros y medio, me entraba un escalofrío. Tanto que era como si me estuviera viendo a mí mismo dentro de la película, con los ojos como platos y las manos sudorosas pegadas a la pernera del pantalón. Dios, ahí estaba, toda nuestra vida en Berlín, las mujeres con las que nos habíamos acostado, los clubs donde habíamos tocado. Y nada parecía real.

Entonces apareció un tipo mayor y enseguida lo reconocí, había sido el primer

manager de nuestra banda. Ya no tenía pelo y sus ojos azules estaban turbios por la edad, casi descoloridos, pero lo reconocí perfectamente. Tenía un aspecto cuidado y campechano, sin marcas de la vida.

«Estos cuatro hombres estaban en París —decía—. Estos hombres que acababan de ver a los nazis entrar en la ciudad. Y en lugar de coger sus bártulos y marcharse, como todo el mundo, ¿qué es lo que hicieron? Pues escribieron una canción de resistencia, le hicieron un corte de mangas colectivo a las autoridades. En un estudio diminuto, donde en cualquier momento podían haberlos arrestado. Un estudio con equipos que llevaban al menos cinco años sin usarse, con los tornos y las lacas cogiendo polvo. La mayoría de los discos patrón se habían quedado inservibles, el revestimiento estaba arañado; en algunos casos incluso se veía el aluminio. Para que se hagan una idea, para conseguir un sonido perfecto sobre el aluminio cubierto de laca, la superficie del disco deber ser absolutamente lisa. Así que la banda disponía como mucho de nueve o diez discos en buen estado con los que trabajar. Nueve o diez oportunidades de hacerlo bien. Y en el centro de todo está este muchacho dirigiendo, Hieronymus Falk, de sólo veinte años de edad. Gritando entre toma y toma, estropeando los discos, cogiéndolos y rayándolos con una navaja. Cualquier cosa antes de conservar una mala toma.

»Y, sorprendentemente, la misma mañana en que Falk es arrestado, Griffiths decide que está harto del perfeccionismo del Niño, así que coge el último disco que han grabado y lo esconde en la funda de su contrabajo. Ya saben, por si suena la campana y resulta que es bueno. Y lo más extraordinario de todo es que hay partes de la grabación que no pudieron remasterizarse, porque desaparecieron, aplastadas por las cuerdas del contrabajo de Griffiths. Así que quedan huecos, porque es un disco absolutamente fresco, literalmente recién salido del horno.

»Y es genial. Lo que, si se piensa, parece imposible. Porque son sólo cuatro músicos, apenas media banda, y como resultado de ello el tema está extremadamente depurado. Es minimalista. Pero Falk tiene tanto talento que él solo, sin ayuda de nadie, consigue que los cuatro instrumentos suenen como si fueran ocho. Su complejidad es increíble... es un tema absolutamente brillante. Incluso con los gritos de Falk a mitad de la grabación. ¿Cuáles eran sus palabras? “Una colección de putas equivocaciones” o algo así. Ni con eso consigue estropearlo. En realidad, la frase se ha hecho legendaria. Una colección de putas equivocaciones».

Qué cabrón, pensé. Pero ¿qué sabía él de nosotros? Se había largado en el primer barco en cuanto entró Hitler. El pobre Ernst tuvo que sustituirlo, hacer de clarinetista y de manager al mismo tiempo.

Más imágenes rápidas. Cerré los ojos un minuto. Entonces empezó a hablar un catedrático, un sabiondo aburridísimo al que no había visto en la vida y que parecía vestido para su propio entierro, con un traje y una pajarita azules. «La vida de los negros durante el Tercer Reich —dijo con voz nasal— era extremadamente contradictoria. Ello se debía a que había muchas clases distintas de negros y el

tratamiento que recibían dependía del grupo al que pertenecieran. Por ejemplo, estaban los hijos de diplomáticos africanos llegados al país durante la época colonial. Estaban también los intérpretes afroamericanos, como la cantante de ópera Marian Anderson, y músicos de *jazz* como Charles Jones y Sidney Griffiths, quienes, como sus homólogos en París (Josephine Baker, Arthur Briggs, Bill Coleman, etcétera) habían venido a Europa huyendo del racismo entonces rampante en Estados Unidos. Las leyes Jim Crow, en vigor desde finales de la década de 1800 y hasta la de 1950, prohibían la participación activa de los negros en la sociedad. En los años veinte, Europa era todavía un lugar donde los negros del mundo del espectáculo podían ganarse bien la vida. Sobre todo Alemania, cuyas fronteras permanecían abiertas a los extranjeros gracias al Tratado de Versalles. Además, la derrota sufrida durante la Primera Guerra Mundial había favorecido un movimiento artístico nuevo. El mercado del *jazz* había crecido enormemente y tenía bastantes seguidores».

Cómo dolía escuchar aquellas cosas. Pero ¿qué sabría aquel tipo de lo que nos había llevado a Alemania? No sabía nada de mi infancia, de mi manera de pensar, de la decisión de último minuto que me trajo entonces a Berlín. Había estado en un tris de quedarme en Londres, donde habría tenido una vida muy distinta.

«Hieronymus Falk —siguió diciendo— pertenecía a un grupo todavía más especial. Era lo que entonces se llamaba un bastardo renano. La cuestión es que después de la Primera Guerra Mundial, una de las sanciones impuestas a Alemania fue que Francia se quedaba con el control de Renania, que, como saben, es una región fronteriza».

Se inclinó hacia delante, como si estuviera llegando al meollo de la cuestión.

«Lo que pasó fue que, en lugar de enviar a soldados franceses a ocupar la región, mandaron a hombres de las colonias africanas. Como pueden imaginar, esta medida no fue muy bien recibida por algunos sectores del pueblo alemán, que llamaban a esos soldados cosas tales como Vergüenza negra, Azote negro o Infamia negra. Con las mujeres que tenían hijos con esos hombres, como la madre de Falk, Marieanne, se daba por hecho que eran prostitutas o víctimas de una violación. Así que, incluso después de que los soldados hubieran sido enviados a casa y de que Hitler reocupara Renania, esos niños suponían un insulto importante para Alemania. Una lacra cultural».

Más imágenes en la pantalla: planos en blanco y negro de soldados negros como el betún más o menos en formación y con los uniformes embarrados. «¿Es esto lo que en Alemania se considera un hombre?», decía una voz alemana en *off*.

La voz del catedrático se superponía a las imágenes.

«Los negros de distintas clases eran tratados de formas diversas y a menudo contradictorias bajo el Reich. Ello se debía en gran parte al hecho de que había como mucho cuatro mil alemanes de ascendencia africana en todo el país. Y al ser tan pocos, era difícil hacer efectiva una legislación coherente contra ellos. A pesar de todo, a muchos les confiscaron los papeles y se convirtieron, a todos los efectos, en

apátridas».

Muchas de las cosas que estaba diciendo yo no las sabía. Cuando estás huyendo no te paras a mirar lo que ocurre a tu alrededor, y entonces yo corría. Así que me quedé allí sentado, escéptico y también dolorido.

«Al final, el destino de Falk resultó absurdo, en el sentido de que fue uno de los pocos afroalemanes enviados a un campo de concentración. Si hubiera sido afroamericano, es probable que lo hubieran retenido de forma indefinida en Saint-Denis, como hicieron con otros músicos negros arrestados en París. Pero Falk era alemán (o más bien, según los estándares nazis, “apátrida”) y por eso fue trasladado a Mauthausen. Claro que es difícil hacerse una idea acertada de cuántos negros terminaron en campos de concentración, ya que casi todos los registros fueron destruidos.

»No olvidemos que entonces no existía una legislación escrita contra los negros, de manera que se los enviaba a campos de concentración con cargos inventados, acusados de delitos varios. Algunos eran encerrados por comunistas o por inmigrantes; estos llevaban una banda azul. O como homosexuales, que la llevaban rosa, o como criminales reincidentes, los de la banda verde, o los indeseables, con una banda negra. Más confuso resulta todavía el hecho de que ese grupo de indeseables incluía a personas sin hogar, proxenetas, carteristas, asesinos, homosexuales y corruptores de la raza, de forma que es todavía más difícil saber quiénes de ellos eran negros. Esas personas han sido engullidas por las oscuras fauces de la historia».

Después subió a hablar un pobre tonto y carcamal, que nos miraba con cara hosca. Y entonces caí en la cuenta, conmocionado, de que el pobre tonto era yo.

Y, joder. Nada, pero es que nada te prepara para la demoledora experiencia que supone ver tu cara en una pantalla de cine. Parecía una de esas casas decrepitas de madera que no se han pintado desde hace décadas. Tenía la piel llena de poros, las mejillas hundidas, los ojos sin brillo, como ventanas, lechosos por las cataratas y llenos de incertidumbre. Cuando salió mi nombre en la pantalla me invadió de nuevo aquella sensación extraña, de que algo malo iba a ocurrir.

—Sí, yo toqué con el Niño; quiero decir, con Hieronymus. Entonces le llamábamos *el Niño* —dije con voz temblona. Entonces, Caspars me interrumpió y cuando aparté la vista de la cámara, me indicó con un susurro que mirara al frente.

El público se rio, pero con simpatía. Yo me hundí un poco en la butaca. Notaba los ojos de nuestro acompañante fijos en mí.

—Lo que más recuerdo de él, aparte de su forma de tocar, es todo lo que leía. —Miré de nuevo fuera de cámara, y después, al acordarme de la indicación de Caspars, fijé los ojos en la pantalla como un tejón deslumbrado por los faros de un coche—. Lo que quiero decir con esto es que estaba obsesionado con Heródoto. Con todas las

narraciones históricas antiguas. Hieronymus leyendo a Heródoto, aquello me daba risa. Pero sí, leía un montón de historias antiguas, de Egipto, de Grecia. Era como si le hubieran faltado esas cosas desde que nació. —Me aclaré la garganta frunciendo el ceño y mirando de nuevo fuera de cámara.

Caspars me susurró algo.

—Muy bien —dije a modo de respuesta y en voz baja—. Muy bien.

Me quedé allí sentado mirándome el regazo sin decir nada durante algunos segundos.

Al verme así, paralizado en la pantalla, todo el cuerpo se me puso tenso y la butaca empezó a rechinar bajo mi peso. Me oía respirar a través de la boca.

Dirigí una risa tensa a la cámara y dije:

—Bueno, la verdad es que fue espantoso, qué otra cosa puedo decir. Salimos a tomar un vaso de leche porque teníamos el estómago destrozado, y terminamos en el café Coup de Foudre con los nazis. Fue horrible. —Me pasé la lengua por los labios y pestañee—. Por mucho que diga, no creo que pueda hacerles comprender lo duro, lo horroroso que fue aquello. —Me detuve como si hubiera dicho algo muy importante y entonces caí en la cuenta de que Caspars no había mostrado reacción alguna ante mis palabras—. Sólo puedo decir que haber estado allí con él durante aquel trago, ser testigo de su valentía, es un honor.

El silencio se hizo en el teatro mientras mi cara desaparecía de la pantalla. El corazón se me había subido a la garganta y tenía la sangre agolpada en las orejas. Aquella extraña sensación se apoderó de mí de tal manera que no me dejaba respirar. Pero qué coño me pasa, pensé. Era un presentimiento oscuro, febril y sigiloso como un animal al acecho.

Entonces apareció Chip en la pantalla y mi mal presentimiento no hizo más que aumentar. Tenía aspecto de hombre duro, mayor y venerable en su traje blanco hielo, como un baptista de Misisipí que se ha pasado la vida predicando en el delta. Allí, con la cara consumida, las mejillas hundidas, los ojos avejentados por el caballo, casi no lo reconocí. Parecía decrepito y, lo que es peor, en absoluto consciente de su fragilidad.

«Cuando arrestaron a Hiero en aquel café —decía— tuvieron que inventarse una razón. Así que lo etiquetaron como contaminador de la raza, un contaminador de raza sin nacionalidad, un inmigrante y un comunista. Todo tipo de cosas. Aunque si alguno de nosotros era comunista entonces, desde luego ése era Sid. Pero a Hiero lo retuvieron dos semanas en Saint-Denis, sin juicio ni nada, antes de mandarlo a Mauthausen. A Mauthausen. Sólo decir el nombre da escalofríos. Encerraron allí al pobre Niño y ni el dinero ni los contactos ni las influencias consiguieron sacarlo. Aunque la verdad es que Delilah entonces ya no tenía apenas influencias, ella misma estaba en una situación delicada.

»En cuanto a Sidney Griffiths —continuó Chip moviendo la cabeza. Algo en mí murió con ese gesto, de tan despectivo que me pareció—. Qué vergüenza, después de

cómo confiamos en él. —Chip tomó aire despacio, reflexionando—. Pero su comportamiento es una lección, en realidad, una lección de lo que la envidia puede hacerle a un hombre. Traicionar a un genio de la música, a un niño en realidad, por una mujer. Pues allí estaba, negando a su amigo, haciendo ver que no lo conocía mientras se lo llevaban a rastras al pobre. No estoy diciendo que Sid lo hubiera delatado. No estoy diciendo eso. Pero entregar a Hiero a los botas, a la Gestapo, como si tal cosa... —Movi6 la cabeza—. Increíble, ¿no? Y no hace falta que les explique la pérdida que fue aquello para la historia del *jazz*. A ver, Hiero estaba a punto de grabar un disco rompedor... Sí, ya sé que tenemos una toma bastante buena, pero imagínense lo que habría podido ser. Así que es un crimen. Un crimen del que Sid nunca se ha responsabilizado».

No puedo decir que no lo hubiera visto venir.

Pero fue escuchar a Chip en la pantalla y de repente aquella opresión que me hacía arder el pecho se esfumó. Era como si yo ya ni siquiera estuviera allí. Como si algo hubiera terminado. Así, tal cual. La sangre atrapada en mi cabeza, su lento y tenue latido en las profundidades de mi conciencia.

Cerré los ojos.

Y entonces me veo entrando en otra habitación, fría y desconocida, con ventanas que dan a una calle de Baltimore que apenas reconozco. Estoy tendido en una cama, sobre las sábanas húmedas de una mujer que no es mi mujer. La habitación blanca como trigo en el sol de la mañana y un olor seco, como a ceniza, que desprende su cuerpo. Quiero volverme hacia ella y acercar sus pequeñas extremidades hacia mí, como he hecho horas antes, besar el hueco de su garganta donde se encuentran las clavículas, sus rizos húmedos y sucios. Pero no lo hago. En mi est6mago algo crece, como una mala digestión. Hay polvo en la mesilla de noche y también un vaso de agua medio vacío. Fuera chillan las gaviotas. Me quedo tendido junto a aquella mujer, desbordado por la tristeza, pensando en mi esposa.

Y entonces regresé. La atm6sfera del teatro estaba cargada y caliente. El silencio escocía. Agarrándome a los brazos de la butaca, me levanté y los muelles rechinaron. La película seguía y el teatro estaba negro como el hollín, pero incluso en la oscuridad veía todos los ojos puestos en mí, sus miradas pesándome como un saco de cenizas.

Nuestro acompañante susurró:

—Primero van a proyectar el documental y luego los de esta fila subirán al escenario para contestar preguntas.

Pero yo no le escuchaba.

Las piernas no me obedecían como es debido y notaba el corazón peleándose con las arterias mientras temblaba de la cabeza a los pies. «Ni se te ocurra mirar a Chip», pensé. Ni de broma. Pasé delante de las rodillas del acompañante, de las de toda

aquella gente, de las de Caspars.

Éste se inclinó en su asiento.

—¿Se puede saber adónde vas? —dijo entre dientes.

Me detuve un momento, algo aturdido y tembloroso. De repente me sentía viejo, allí tiritando sin decir palabra.

«Un cobarde, —pensé—. Eso es lo que eres, Sid».

Pero no dije nada y eché a andar pasillo arriba, despacio. El silencio era afilado como una aguja. La gente me miraba marcharme en lugar de mirar la película, notaba sus ojos puestos en mí. La cara me pesaba como si acarreará un enorme bulto sin dejarlo caer.

Nadie dijo nada. Y entonces, de entre la oscuridad, algún hijo de puta me susurró en alemán:

—Debería darte vergüenza.

Tropecé un poco y miré aquellas caras pálidas en los asientos. Después seguí andando.

Crucé la puerta, salí al vestíbulo y de ahí a la noche. El aire frío de la ciudad me envolvió y me quedé allí, de pie, en la plaza vacía.

Ya a los diez años, Chip era un mentiroso redomado. Un verdadero Pinocho. Me acuerdo del sábado en que le conocí. El clima bochornoso de Baltimore, el aire recalentado y el hedor a cloaca. Las alcantarillas vomitaban vapor caliente y cuando pasabas junto a ellas se te quedaba pegado al gáznate como miga de pan. Yo estaba sentado en el parque al que íbamos los negros con mi hermana Hetty, que llevaba el sombrero de paja de Filadelfia que no se quitaba nunca porque era un regalo de papá. Se estaba metiendo conmigo, pero de qué manera, llamándome bizco y paticojo. Así que cuando vi a un niño a lo lejos hundir sus pantalones color canela en el arenero, le escupí a mi hermana en los zapatos y corrí a reunirme con él.

Era un mico, pequeño y de aspecto cómico, un verdadero cabezón. Cuando lo tuve más cerca, vi que era un chico raro. Aquellos pómulos pronunciados, aquellos bíceps de campeón de boxeo que parecía haber tomado prestados a un hermano mayor. Mientras me acercaba, en ningún momento levantó la vista para mirarme.

—¿Quieres jugar a la pelota o algo? —le dije a su coronilla. Entre los rizos de su pelo había calvas, escamas grises.

Por fin se giró y su mirada desdeñosa fue como una patada en el estómago.

—¿Te parece que esto es un campo de béisbol, pardillo? —dijo—. Esto es un arenero. O sea, para hacer castillos de arena. —Movié la cabeza mientras escupía al aire—. Estoy sentado en la arena y se pone a hablarme de jugar a la pelota.

Me sentí como un perfecto idiota y me ardía la cara. Me di la vuelta y eché a andar hacia Hetty.

—Vives en Peabody Heights ¿no? —gritó entonces el chico.

Me di la vuelta. No parecía más amistoso, pero en su cara había una expresión más calculadora, como si estuviera concentrando su atención en una sola, única cosa.

—Vives en Maryland Avenue.

Aquello me desconcertó un poco.

—¿Cómo lo sabes?

—Pues porque yo también vivo en Peabody Heights —dijo como si se tratara de algo obvio—. ¿No me has visto en la iglesia?

Desde luego, si hubiera visto aquella cabeza de melón en la iglesia me acordaría. Pero no podía arriesgarme otra vez a su desprecio.

—Puede ser. Sí, creo que sí.

Se me cayó el alma a los pies cuando escupió con cara de asco al arenero.

—Eres un mentiroso de mierda —dijo con los labios apretados y la boca torcida—. No me has visto en tu vida.

—Claro que sí —dije.

Negó con la cabeza pero, como no quería que me marchara, cambió de táctica.

—¿Sabías que Charles Street se llama así por mí?

«Mira quién fue hablar de mentiroso», quise decir, pero reconozco que me daba un poco de miedo.

—Ah, ¿sí? —dije—. ¿Te llamas Charles Street?

—No, imbécil. ¿Quién se va a llamar Charles Street? Me llamo Charles Jones. Charles C. Jones.

—¿Y la ce de qué es?

—¿A ti qué te importa? Es una ce y punto. Me llamo Charles C. Jones y un día seré alcalde de esta ciudad.

«Sí, tú como la lechera», pensé. He ahí un niño con años de desilusiones por delante. Sería mejor dejarle salirse con la suya por el momento, al menos le quedaría el recuerdo.

—Pues claro que sí. —Me quedé allí mientras la piel me escocía, deseando que Hetty me llamara para así poder marcharme.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Charles C. Jones sonriendo un poco. Se había dado cuenta de que estaba a punto de irme y quería retenerme el máximo tiempo posible.

—Hetty y yo (Hetty es mi hermana, la que está allí con ese estúpido sombrero) nos vamos a casa.

—¿Por qué no la largas y te vienes conmigo a mi casa? Tengo golosinas, chocolate.

Para mí, el chocolate era la única razón por la que las personas habíamos venido a este mundo. Pero tener que ir a la casa de aquel payaso... gracias, pero no.

—Hetty y yo nos tenemos que ir.

Y justo cuando digo eso, va y se presenta Hetty corriendo, el ala del sombrero agitándose mientras se deslizaba sobre la hierba seca y amarilla. Se detuvo junto a los

columpios para recuperar el aliento, apoyándose en la estructura de madera desnuda. Después echó a correr de nuevo, sujetándose el pecho cuando se acercó a nosotros.

—Me voy a casa de Lucia —me dijo con una sonrisa burlona. Se daba cuenta de que yo no quería quedarme con aquel chico, pero no estaba dispuesta a facilitarme las cosas—. Mamá ha dicho que hoy podemos quedarnos hasta las seis, así que... tú vete por ahí a divertirme, sabandija. ¿Crees que me puedes escupir así? Pasadlo bien y te veo en casa.

La vi marcharse corriendo con el corazón lleno de odio. Ahora tendría que pasarme el día con aquel chico, con sus malas pulgas y su sonrisa hosca.

Cuando se puso de pie, la arena se derramó de sus ropas como agua de una fuente. Me dio un puñetazo en el brazo.

—Venga, vámonos a ver a *tante* Cecile.

—¿A quién? —dije echando a andar de mala gana detrás de él.

—Mi tía abuela. Allí es donde está el chocolate.

Charles C. Jones vivía en una casa de piedra arenisca grande y en mal estado en la esquina de Mace y la calle 26 Este. El porche estaba cubierto de sillones mugrientos que regurgitaban estopa y todo el lugar olía a beicon. Mientras subíamos la escalera dije:

—Bonita casa, Charlie.

Supongo que lo que quería decir es que la mía era mejor, pero él no captó la ironía o la rivalidad en mi voz.

—Gracias —contestó serio—, pero no me llames Charlie, nadie me llama Charlie. Todos me dicen Chip.

—Chip.

—¿Me vas a decir tu nombre o tengo que adivinarlo?

—Sidney. Sydney Griffiths. Me llaman Sid.

En el vestíbulo en penumbra, que apestaba todavía más a beicon y a zapatos de piel sudados, Chip tiró de mí para que me acercara.

—Ahora, cuando subamos a ver a *tante* Cecile, no abras la puta boca. ¿Vale?

Me quedé allí, más conmocionado por la palabrota que por otra cosa. Chip me miró con el ceño fruncido.

—¿Quieres chocolate o no? Entonces borra esa cara de tonto y ven.

Tiró de mí y dejamos atrás habitaciones tan llenas de cosas que se salían por las puertas. Dejamos atrás la cocina con su tufo a beicon, a manteca y a algo dulce; el cuarto de estar, con el suelo cubierto de revistas; una habitación que debían de usar mujeres porque había bragas y medias colgando por todas partes como jirones de piel. Por fin llegamos hasta una puerta abierta apenas un dedo de la que salía un olor rancio. De repente me aterroricé, me daba asco la idea de comer algo que saliera del mismo lugar que aquel olor. Chip me empujó adentro.

Todas las cortinas eran de encaje y un sol cruel entraba como fuego, iluminando todo. Madre mía, en la cama había una criatura tan vieja que por lo menos debía de

ser de la época de Caín. Tenía una piel tan cenicienta que era directamente gris y una cara tan esquelética que se deshacía. Parecía una gigantesca y viejísima tortuga marina.

—*Tante* Cecile —dijo Chip con voz gutural y levantando los brazos—. ¡Somos nosotros, Arnold y Theodore! ¡Hemos venido por tu cumpleaños!

En un primer momento pareció que la vieja se había muerto del susto. Después, poco a poco, empezó a incorporarse en la cama mientras su camisón crujía como papel de envolver. Su rostro ceniciento expresaba asombro.

—¡Qué sorpresa! ¿Es mi cumpleaños?

—¡Sí! Y este año hemos venido los dos, Arnold y Theodore.

Se le iluminó la cara.

—¿Arnie y Theo? Dios mío, ¡no me lo puedo creer!

Yo tampoco me lo podía creer. Chip me rehuía la mirada.

—Sí, ¡Arnie y Theo! ¡Arnie y Theo! —dijo—. Hemos venido a verte por tu cumpleaños.

La vieja sonreía de tal manera que parecía que se le iban a caer los dientes de un momento a otro.

—Entonces será mejor que hagamos una pequeña fiesta —dijo, su espeso acento de Baltimore de repente transmutado en puro Misisipí. Se inclinó hacia delante, buscó debajo de su almohada y sacó una caja preciosa de madera tallada. La puso en su regazo, la abrió y sacó una chocolatina Baby Ruth y unas cuantas gominolas Chuckles.

—Ha venido a verte Arnie y también Theo, *tante* Cecile —dijo Chip guiñándome un ojo.

—¡Sí, se me había olvidado! —Metió la mano en la caja y sacó unos cuantos caramelos Necco y bombones Hershey—. Hoy han venido los dos. ¡Qué sorpresa!

Tan pronto como *tante* Cecile sacaba una golosina de la caja, Chip se la arrebatava. A mí me pasó los caramelos y la chocolatina. A los suyos les quitó el envoltorio a toda prisa y se los metió todos en la boca a la vez, masticando con furia. Yo me quedé allí con los míos en la mano, atónito. Chip me miraba con la boca llena y cara de incredulidad, como si no entendiera por qué no comía.

Me disponía a marcharme cuando Chip me cogió del brazo y, con la misma voz profunda que había usado antes, me dijo:

—Ha venido a verte Arnie y también Theo, *tante* Cecile.

—¡Sí, se me había olvidado! Hoy han venido los dos. ¡Qué sorpresa!

Tante Cecile metió la mano en su caja de cedro y sacó cuatro golosinas más. Chip las cogió con más rapidez que si estuviera sacando monedas del fuego. De nuevo me tiró dos y engulló el resto.

—Tenemos que irnos, *tante* Cecile. Volveremos otro día.

Me agarró del brazo y me sacó de la habitación, cerrando la puerta con fuerza detrás de nosotros.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —pregunté entre dientes.

—Chis, tranquilo, tío. A *tante* Cecile se le fue la olla hace mucho tiempo. Tiene una memoria de mosquito; lo que pasa es que no lo sabe, porque no nos dejan decírselo.

—¿Quiénes son Arnie y Theo?

Chip se rio.

—Sus hijos. Los dos están muertos. Pero es la única manera de conseguir que te dé golosinas y pensé que si entraba contigo nos daría el doble.

Me quedé allí mirándole en el oscuro pasillo. Allí estaba, engañando a su propia familia y encima riéndose.

Me miró interrogante.

—¿No te vas a comer eso?

Me metí los caramelos en la boca. Sabían a tiza.

No sé cuánto tiempo estuve caminando. Estaba tan furioso que las manos no dejaban de temblarme. Maldito Chip. Chip hijo de perra Jones. Salí de aquel teatro horrible y giré por la primera calle que encontré, dejando atrás cientos de coches aparcados y siguiendo el rastro de las farolas recién encendidas.

Me detuve para descansar en un pequeño parque sin árboles. Arrastré los pies sobre el cuidado césped y me senté en un frío banco. Cómo me dolían las rodillas, madre mía, y el viento era helador. Cuántos cambios. Las grúas de construcción colgaban como puentes rotos, recortadas en la distancia contra el resplandor del horizonte de Berlín. Me agaché y me masajé las doloridas piernas. Notaba presión en la vejiga, una sensación que me era familiar. Tenía que ir a cuarto de baño. Me levanté.

Qué mala cosa es esto de envejecer. Y aquella noche en especial, me sentía más viejo que nunca.

Chip Jones era un cabrón, eso desde luego. Pero nunca se había comportado con tanta maldad. Mezquino sí había sido siempre, y un poco loco también, pero no es lo mismo. Porque eso de ahora era como una escaldadura que no te dejaba en paz, que no dejaba de quemar. Recordé algo que solía decir mi madre, algo en lo que no había pensado en siglos. Mi madre me decía: «Sid, ese chico, Jones, no tiene luz en la mirada». A mí aquello me hacía polvo, porque suponía que mi madre me estaba llamando imbécil. Ahora, en cambio, mientras cruzaba renqueando un parque de Berlín setenta años más tarde, por fin entendí lo que mi madre quería decir.

El café que encontré olía a agua de fregar y a repollo. La madera barnizada era barata y los asientos, pegajosos, de cuero falso. Qué más da, pensé y empujé las puertas doradas con resignación. Sólo había dos comensales, un hombre y una mujer, sentados juntos a una mesa oscura, pegada a la pared. Le hice un gesto con la cabeza a la camarera, una mujer delgada con pelo como hierba seca y me senté a la barra.

Abrí la carta. No tenía hambre.

La camarera se acercó y pedí Wurst, Sauerkraut y patatas cocidas.

—¿Dónde está el baño? —pregunté.

Se golpeó los dientes con la punta del bolígrafo, como si pensara. Después lo utilizó para señalar con desgana hacia el otro extremo del local.

En cuanto hube vuelto a mi sitio, las campanillas de la puerta sonaron y vi unas manos grises y grandes quitando el taburete que había a mi lado.

—Cabrón hijo de puta —dije sin levantar siquiera la vista.

—Venga ya, Sid —comentó Chip sujetándose el pecho después de la larga caminata—. No ha estado bien, eso que han hecho.

—¿Piensas sentarte? ¿Aquí? Haz el favor de quitarte de mi vista.

Chip abrió las manos y luego las cerró.

—No sé qué decirte —dijo—. Te juro que yo nunca dije esas cosas.

Le miré a la cara, parecía perplejo. Como si sintiera que debía pedir disculpas por algo pero no supiera el qué.

—Chip, hablo en serio. Haz el favor de largarte de aquí. Tú y yo hemos terminado, ¿te enteras? Hemos terminado.

—Sid, yo no lo sabía —declaró—. No sabía que todo eso iba a salir.

—Me has asesinado. Me has echado a los perros y me has asesinado.

La camarera nos miró con desconfianza.

—Ay, Sid —dijo Chip. Parpadeó y tenía los ojos vidriosos.

Entonces se echó a llorar. La piel del cuello se le arrugó bajo el mentón como si se hubiera anudado un pañuelo negro al cuello y con cada sollozo sacudía los hombros.

Me quedé sentado en silencio. «No voy a decirle nada más», pensé. Pero podía oír mi voz chillona.

—Nunca te creí capaz de hacer algo así —decía—. Pensé: «Este hombre me trae una corbata cada vez que sale de gira, es un amigo. No es capaz de una cosa tan cruel».

—Sid. —Chip se secaba las lágrimas con sus grandes pulgares. Parecía tan, tan mayor—. Sid, ya sabes que estas cosas las editan. Yo no dije ni la mitad de esas cosas, ya sabes que luego cortan partes.

—Cortar todo, es lo que tenían que haber hecho.

—Anda, Sid. Por favor.

—Pero ¿qué te crees?, ¿que sólo por presentarte aquí se me va a olvidar todo? Joder, es que te arrancaría la cabeza.

Pero lo cierto es que algo se empezaba a disipar en mi interior. Chip parecía tan poca cosa, allí sentado, con los estrechos hombros encogidos dentro del traje y sus nudillos grandes, venosos, pelados, sobre la barra.

—Ya sé —dijo— que me dejé llevar. Pero no dije lo que ha salido, te lo juro. Caspars no hacía más que preguntarme, no me dejaba en paz. Conté muchas más

cosas, cosas buenas sobre ti. Sabía lo que quería, Sid, y es con lo que se quedó.

Se calló unos instantes. La camarera se acercó, Chip se encogió de hombros y la mujer se quedó un rato mirándonos. Después de pensar un momento, suspiré y le dije que le trajera a Chip lo mismo que a mí. El alemán de Chip no era ni la mitad de bueno que el mío.

—Eres un cerdo —le dije pero sin gran convencimiento.

Asintió con expresión contrita.

—Lo soy, lo soy, me siento fatal.

—Y peor que te vas a sentir. Mañana me largo en el primer vuelo para el que consiga billete.

Me miró.

—Oye, no me mires así —le dije enfadado—. No me digas que te sorprende. ¿Te sorprende?

—Supongo que no. Supongo que es lógico. Vamos, que lo entiendo.

—¿Te crees que me importa que lo entiendas o no?

—No vienes a Polonia, entonces.

Resoplé furioso, sin decir nada.

—No te lo reprocho —dijo levantando la vista y mirándome esperanzado—. Pero si cambias de opinión... que sepas que he alquilado el coche.

—Estás de broma.

Parecía confundido, sin saber qué contestar. Me bajé del taburete y lancé con fuerza algunas monedas sobre la barra.

—Come —dije—. Cómete lo mío también, termínatelo. Nunca hay que dejar las cosas sin terminar.

Y desaparecí de su vida para siempre.

O lo que supuse sería para siempre.

Me salté el resto del festival, faltaría más. Y como me parecía que Caspars me debía algo, me pasé el sábado dándome masajes y atiborrándome de comida cara e indigesta a sus expensas. El domingo compré corbatas en las tiendas del Westin Grand, también chocolate, un vino que ni siquiera me gustaba y cargándolo todo a cuenta de... ¿a quién va a ser? Del amigo Kurt. Lo único que me daba pena es no estar allí para verle la cara cuando le llegara la factura. Chip llamó a mi puerta dos veces el primer día pero no contesté. Después dejó de venir.

Cuando por fin lo vi, al muy judas, era lunes por la mañana. Me levanté y encontré mi maltrecha maleta a la puerta de la habitación. Ni siquiera había podido abrirla.

Seguí a un botones por el vestíbulo hasta la parada de taxis para el aeropuerto, cuando el chico volvió la cabeza y se paró en seco. A la derecha, en Behrenstrasse, se había congregado una pequeña multitud. Un mercedes color gris pez temblaba y se

movía hacia delante, temblaba y se movía hacia atrás, tratando de alejarse de la acera. Al tratar de avanzar casi golpea una señal de aparcamiento.

Y encogido al volante, mirando atrás y adelante con cara de dolor y susto, estaba Charles C. Jones, aterrorizado como un niño pequeño.

—Un momento, colega —le dije al botones, que me miró confuso. Cambié entonces al alemán estándar—: ¿Podría esperar un momento, por favor?

Le dejé junto a la acera y me acerqué hasta el coche de Chip, golpeé la ventana con los nudillos. Chip miró a todos lados, estaba nervioso de verdad, y cuando vio que era yo, su expresión se endureció. Bajó la ventanilla.

—Déjame en paz, Sid. Estoy bien.

Me habría encantado escupirle la dentadura postiza a la cara.

—¿Que estás bien? Pero qué coño. ¿Sabes la pena que das? Pero ¿es que tú te enteras de algo alguna vez?

—Piérdete —me dijo despectivo.

Negué con la cabeza.

—Pareces un completo imbécil.

Tenía los brazos doblados sobre el volante y la vista fija en el salpicadero.

—Estoy bien —murmuró—. En cuanto salga a la carretera estaré perfectamente.

—Sí, claro, perfectamente. Como *tante* Cecile, ¿no?

Entonces me miró con una expresión parecida a la esperanza y de nuevo me enfadé.

—No me mires así —dije—. No pienso ayudarte.

—No te lo he pedido.

—Ya lo sé.

Me quedé allí apoyado contra su ventanilla mirando cómo me miraba. Tuve otra vez la sensación de que un cuchillo me desgarraba las entrañas.

—Si me lo pidieras —dije—. Si me lo pidieras, a lo mejor lo haría.

—No pienso pedirte que me ayudes.

—¿Por lo menos puedes ver por encima del salpicadero? ¿O necesitas que te ponga unas cuantas guías telefónicas?

No dijo nada e intentó meter la marcha atrás.

—No me digas que es un coche de marchas. Estás todavía más loco de lo que pensaba.

—No estoy loco, Sid —gritó de repente. Otra vez parecía a punto de ponerse a llorar.

Di un paso atrás y crucé los brazos.

—Muy bien. Pues a ver cómo sales de esta.

No dijo nada; sólo se quedó allí parpadeando. Un hombre convertido en una pasa.

Veía al personal del hotel mirándonos por el cristal.

—Qué hijo de puta —dije por fin. Fui hasta el lado del conductor—. Déjame sitio, lo digo en serio. No te voy a ayudar, pero no pienso dejar que te cargues un

coche tan bueno.

Abrí la portezuela. Los mandos del salpicadero tintinearón y aspiré la fragancia a cuero limpio, como de silla de montar nueva, que me llegaba a bocanadas. Madre mía. El maletero seguía en la acera, sujetando mi maleta con los puños enrojecidos. Bajé mi ventanilla y le hice un gesto para que me la acercara.

Chip se cuidó mucho de mirarme. Eché un vistazo a la carretera. De repente todo parecía ir más despacio. También el día, luminoso y frío en un país que ahora me era desconocido. No sé. Supongo que, en el fondo, nadie cambia.

TERCERA PARTE

Berlín, 1939

1

Qué es la suerte sino algo destinado a acabarse.

Paul y yo cruzamos la calle corriendo y, con cuidado, nos subimos al tranvía que bajaba traqueteando por el bulevar, haciendo sonar sus frágiles campanillas. Paul se inclinó y tiró de mí para ayudarme a subir detrás de él. El sol de la tarde le iluminaba como un fósforo, haciendo brillar sus ojos azules y los nudillos pálidos que me sujetaban. Era la última semana de agosto y la luz oblicua que entraba por las ventanas del tranvía era suave y generosa como el agua.

—Tienes que hacer más deporte, tío —rio Paul.

Asentí, jadeando.

Caminamos por el pasillo hasta nuestros asientos. El suelo del tranvía se sacudía y estremecía bajo nuestros pies conforme ganaba velocidad. Los bancos de caoba estaban calientes por las largas horas de sol, me protegí los ojos para mirar entre las cortinillas sujetas a los lados, mientras las farolas de metal tintineaban suavemente. La ciudad discurría junto a nosotros como algo irrevocable, que toca a su fin.

Estaba allí sentado recuperando el aliento y me asaltaba una y otra vez una sensación de tristeza extraña e indefinida.

El humor de Paul, en cambio, era muy distinto. Con una sonrisa cortés, le guiñó el ojo a una chica sentada al otro lado del pasillo. Nuestro Paul era todo un donjuán, lo que se dice un conquistador. Con su pelo rubio ondulado y su cuidado bigote parecía una estrella de cine más que un pianista sin empleo fijo. Mientras le miraba limpiarse el polvo de la calle de su pulcro traje azul le vi de repente con los ojos de todas las mujeres que viajaban en el tranvía: guapo, atlético, con esa mandíbula decidida y esos ojos más azules que la seda griega. El perfecto ario. Y era judío.

—Oye, Sid —dijo—. ¿Decías en serio lo de ayudarme mañana?

—¿Con qué? ¿Con Marta? ¿O con Inge?

Se encogió de hombros.

—No sé. Con Marta supongo.

—Si es con Inge, cuenta conmigo.

—Pues entonces Inge, en realidad me da igual.

El bulevar estaba en sombras, los tilos verde oscuro contra el cielo desnudo. El tranvía se detuvo en una parada. Se vació, se volvió a llenar y echó a andar de nuevo. Íbamos al Hound a practicar algunos temas con el Niño, aunque yo no tenía muy claro por qué nos molestábamos. Nos habían prohibido tocar en directo, lo que equivalía a decir que nos habían prohibido tocar. Punto. De hecho, si Ernst no hubiera sido propietario del Hound —un pequeño y bonito santuario en forma de club que había comprado con el dinero de su padre— seguramente no podríamos ni tocar. Bueno, tanto como eso no, pero casi. El local llevaba meses cerrado y lo habíamos convertido en un lugar donde pasar el rato.

Mis ojos fueron a la ventana, vi a la gente en la calle bajo la lenta luz del verano,

los hombres en mangas de camisa y las chicas en bicicleta. Atravesábamos una plaza concurrida con mesas al aire libre, gente tomando café y comiendo dulces, cuando distinguí una cara conocida.

—¿No es ese Ernst? —dije enderezándome en el asiento.

Desde luego se le parecía mucho, con ese pelo negro azabache y la piel tan clara que parecía translúcida; las venas resaltaban bajo la carne. Gesticulaba a una mujer y entre los labios se le consumía un cigarrillo. No reconocí a la mujer.

—¿Quién? ¿Ése? —dijo Paul—. No, ése no es Ernst.

—Que te digo que sí es. Fíjate bien, tío.

Nos estábamos acercando a ellos, a la pequeña mesa que ocupaban en la acera y al sol. La mujer con la que estaba sentado llevaba un enorme turbante gris, sujeto con una especie de broche de metal, muy feo. Era delgada como un rastrillo y cuando sonrió dejó ver una hilera de dientes muy pequeños y torcidos. Pasamos junto a ellos por los raíles del tranvía.

—¿Dónde? —preguntó Paul frunciendo el ceño.

—Allí. Con esa chica que lleva una jaula tapada en la cabeza. ¿No lo has visto?

Paul se giró en el asiento de caoba escudriñando por la ventana hasta que los hubimos dejado atrás.

—No era él —dijo con firmeza—. ¿Qué pinta Ernst con una chica así?

Sonreí.

—Uno tiene lo que paga, tío.

—Pues si Ernst está pagando por ese adefesio, eso es que las relaciones con su padre no andan bien.

El tranvía se detuvo y la campanilla sonó antes de que volviera a ponerse en marcha. Subió un tipo mayor, era bajo, estrecho de hombros y llevaba un brazalete del partido. Nos llamamos. Al verme su rostro se ensombreció, pero después se fijó en Paul y empezó a sonreír. Paul, el buen chico de raza aria. Mientras se acercaba hacia nosotros el tipo consultó su reloj.

Se sentó enfrente, con las manos moteadas apoyadas sobre las rodillas. El sol entraba oblicuo por las ventanas que tenía a su espalda, de manera que yo no podía verle la cara.

—Como sigamos con este tiempo, el verano va a durar hasta noviembre —dijo en tono amable.

Yo no abrí la boca.

Pasado un momento, Paul sonrió.

—Ojalá. —Notaba cómo empezaba a calentar motores, a hacer acopio de su encanto. Lanzó una de sus asombrosas sonrisas.

—No llevas uniforme, hijo —dijo el hombre.

—Todavía no. —Le miró con complicidad.

El hombre pareció pensar unos instantes y después bajó la voz.

—¿Qué es lo que sabes?

—¿Qué ha oído usted? —preguntó Paul.

—Pues que falta poco, ¿no? —El hombre se inclinó hacia delante desde el otro lado del pasillo—. Ya no hay caballos en los mercados. Mi mujer dice que no pasa nada, pero yo creo que la cosa está a punto ¿o no?

—Puede ser en cualquier momento —dijo Paul—. Hay que estar siempre preparados.

—Los británicos no podrán impedirlo.

—Los británicos son impotentes —añadió Paul.

—Sí —dijo el hombre—. Sí.

Tenía una mancha de perejil en los dientes y la miré; casi me daban ganas de vomitar.

—Nosotros no empezamos las guerras —murmuró—, pero, por la gracia del Führer, las terminamos.

Tenía la boca seca. Levanté el brazo e hice una seña para indicar al conductor que nos bajábamos. Nos pusimos de pie agarrándonos a la barandilla metálica para no caernos. El tranvía dio una sacudida y después tembló hasta detenerse.

—*Heil Hitler* —dijo el hombre.

—*Heil Hitler* —respondió Paul sonriendo.

Nos bajamos y caminamos hasta el Hound. Paul temblaba y yo pensé que serían los nervios hasta que le miré a la cara. Estaba furioso.

No dije nada. Ernst nos había conseguido tarjetas de identificación arias color marrón hacía meses, pero seguíamos nerviosos.

—No hagáis ninguna tontería —nos había dicho—. No hagáis nada que llame la atención. Las falsificaciones son buenas, pero no perfectas.

Así pues, nos hacíamos pasar por otra raza. Pero hay maneras y maneras. Y a mí en ocasiones me parecía que nos estábamos olvidando de quiénes éramos en realidad.

El club de Ernst, el Hound, lo habían cerrado por sus simpatías degeneradas hacía mucho tiempo. Y por «simpatías degeneradas» me refiero a nosotros. No era exactamente un tugurio, al menos no todavía. Seguía teniendo agua corriente en los camerinos, suelos de baldosa e iluminación de lujo. Se entraba por una escalera alfombradas de terciopelo rojo a un pasillo con espejos y dorados. Aunque, bueno, eso era antes, cuando todavía teníamos alfombra, antes de que Ernst la vendiera para comprar combustible para la calefacción. No nos importaba que hubiera ratas detrás de las paredes o que el agua saliera marrón algunos días. Para nosotros, los Hot-Time Swingers, aquel escenario era nuestro hogar.

Cuando Paul y yo entramos, el Niño ya estaba subido a las tablas practicando escalas. Siempre me ponía nervioso tener que tocar a pelo, sin Chip. Claro que se puede sonar muy bien sin la batería, pero no era lo mismo. Un poco como ir andando y, de repente, descubrir que alguien te ha rajado las tripas y sacado el apéndice

mientras dormías. Como si te faltara algo.

Media hora más tarde seguíamos en el escenario, el Niño y yo mirando a Paul por encima del piano. Estábamos los tres en mangas de camisa, fumando y bebiendo *checo*. El Niño no hacía más que pararse, haciendo gestos suaves en mi dirección, marcándome el compás para señalarme dónde debía entrar. Al final dejé de tocar y crucé los brazos alrededor del contrabajo poniendo mala cara.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —Me pasé un pañuelo por la nuca. Hacía calor pero de verdad—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Hiero miró a Paul como si estuviera algo asustado.

—A ver, suéltalo —pedí—. ¿Cuál es el problema?

El Niño se encogió de hombros.

—Hiero —dijo Paul—. ¿Qué pasa? Te advierto que Sid está a punto de coger sus cosas y largarse.

—Lo siento —murmuró—. Estoy intentando que esta frase que estoy tocando pase por debajo de él.

Paul sonrió, cansado.

—Sid, este Niño va a acabar contigo.

Y para subrayar sus palabras, tocó unas cuantas teclas graves.

—Vale, muy bien —dije—. Volvemos al fraseo anterior. ¿Estás contento?

El Niño parecía cortado.

—Volved vosotros —dijo Paul encendiendo un cigarrillo— que yo os espero aquí.

Que hijo de su madre. Así que volvimos los dos solos, Hiero y yo. Y esta vez sí que lo sentí, era como si él se colara entre mis cuerdas y las empujara mientras yo avanzaba. Tenía los ojos fijos en mí. Después frunció los labios, atacó su parte del tema y tocamos hasta el interludio. Entonces, nota a nota, Paul fue entrando.

Pero se me hizo raro, eso de que el Niño me obligara a empezar otra vez. No me gustó.

Seguimos tocando hasta el cambio de frase y entonces, y sin venir a cuento, el Niño bajó la trompeta y se puso a mirar hacia la oscuridad del local con aspecto de estar nervioso.

—¿Se puede saber qué pasa ahora? —ladré. Pero enseguida me callé.

Alguien aplaudía. Aplausos pausados y sonoros.

—¿Ernst? —llamó Paul. Empujó su banqueta y apoyó un codo en una esquina del piano de pared, protegiéndose los ojos—. ¿Eres tú?

Ernst salió de entre las sombras, con el cigarrillo tan consumido que parecía a punto de chamuscarle los dedos. Tenía los ojos somnolientos y entrecerrados y nos miraba con suavidad.

—Chicos, parad un momento. Quiero presentaros a alguien.

Una figura salió de detrás de él y comenzó a abrirse paso entre las mesas, serpenteando. Madre mía, era ella. La mujer con los dientes diminutos. Llevaba un

turbante alto y un vestido azul muy elegante que le caía a lo largo del cuerpo como agua de una fuente. Madre mía. Encaramada a unos tacones más largos que dos tenedores, parecía alta y tiesa como un abeto. Algo le ocurrió entonces a mi respiración, que se me quedó como pegada al pecho. No es que fuera guapa. Su piel era de color marrón amarillento, como la avena. Y era delgada igual que un alfiler, con uno de esos cuerpos escuetos que parecen hechos de tablones unidos entre sí por clavos. Cuando levantó una mano para ajustarse el grueso turbante, vi que le sobresalían los huesos de las muñecas.

—No sonáis del todo mal, chicos —dijo en inglés— para ser un trío de alemanes.

—Sid es de Estados Unidos —murmuró Ernst.

—Conque sí, ¿eh?

Madre mía, qué voz. Era grave, íntima, llena de los matices negros de mi antigua vida en Baltimore. Me encontré mirándola con intensidad. Ese pecho pequeño y erguido. Esos labios color ciruela que se curvaban juguetones en las comisuras. Incluso sus caderas de muchacho. Sonrió y, de repente, los dientes torcidos resultaban de lo más sensuales.

Ernst le puso una mano con elegancia en el codo, como para guiarla hacia delante.

—Caballeros, os presento a Delilah Brown. Viene de París. Tendréis que perdonarla porque no habla alemán, pero tiene unas cuantas cosas que deciros.

Paul se pasó un dedo por el delgado bigote mientras me miraba.

—Seguro que el amigo Sid también tiene unas cuantas cosas que decirle a ella.

—¿En qué idioma? —preguntó Hiero con una sonrisa pícaro.

—En el idioma del amor.

—Sois unos imbéciles, los dos. —Carraspeé y bajé del escenario—. ¿Miss Brown? —dije—. Soy Sid Griffiths. Éste es Paul Butterstein. Y...

—Hieronymus Falk —dijo—. Ya lo sé. —Miraba al Niño con expresión hambrienta. Tenía unos ojos increíbles, de un verde pálido extraño, casi translúcido.

—Le gustas, tío —le dijo Paul al Niño, sonriendo.

Hiero bajó la mirada.

La mujer miró a Ernst de reojo.

—¿Dónde están los demás? Los Hot-Time Swingers eran seis, ¿no? No estáis todos.

Casi me sonrojo al oír aquello. Sonaba como si fuéramos importantes.

—¿Dónde están Chip y Fritz? —preguntó Ernst.

Paul se encogió de hombros.

—Fritz había quedado con alguien y Chip seguramente estará durmiendo la mona en alguna parte. ¿Qué quiere, Ernst? ¿Quién es?

—Han dicho que quedábamos luego —dijo el Niño con la voz algo temblona—. En los baños.

—Primero, siéntate —dijo Ernst. Y luego lo repitió en inglés—: Siéntate, por

favor.

Sacó una silla y la mujer se sentó junto a una de las mesas con manteles azules debajo del escenario.

—¿Qué le apetece beber? Me temo que sólo tenemos *checo*.

Paul ya venía con una botella llena de un líquido turbio en una mano y cinco vasos pequeños ensartados en los dedos de la otra. Levantó la botella hacia la luz y la agitó. Después nos sirvió un dedo a cada uno y apoyó los vasos en la mesa con un suave clic. También le sirvió a ella.

La mujer miró el vaso a la luz tenue con el ceño arrugado.

—Estáis de broma. ¿De verdad os bebéis esto?

Ernst sonrió.

—Chip a veces lo inhala. Pero por lo general, sí.

Sonreí y di un trago de aquella bebida amarga. Era como gasolina arañándote la garganta.

El Niño hacia girar el pequeño vaso entre su largos dedos.

—En realidad no es checoslovaco —dije tosiendo—. Antes lo llamábamos el *cheque*. Ya sabes, bebe ahora y paga más tarde.

—Cuando te llegue el cheque podrás pagar. —Ernst sonrió. Dejó su vaso en la mesa con un escalofrío elegante—. Adelante. —Hizo un gesto hacia el vaso de la mujer.

—Hieronymus no ha tocado el suyo —dijo ésta, desconfiada.

—Te está diciendo que bebes como una chica —dije.

Pero el Niño no reaccionó y se limitó a mirarla.

—Adelante —repitió Ernst.

La mujer levantó el vaso, asintió con complicidad en dirección al Niño y se lo bebió de un trago.

Todos la miramos.

Abrió los ojos.

—¡Por Dios! —exclamó. Tenía los labios torcidos en una mueca y se estremeció un poco. Todos nos echamos a reír—. Es todavía peor de lo que parece. No me extraña que Hitler esté tan enfadado, si está bebiendo esta cosa.

Le lloraban los ojos.

Era una auténtica bazofia, aquel licor checo. Seguro que en Estados Unidos ni siquiera era legal. Entonces el Niño empezó a reír con esa risa aguda y entrecortada que más parecía hipo que otra cosa. Después dirigió una mirada sobresaltada a la mujer desde debajo del ala de su sombrero.

Pero ésta se limitó a inclinarse hacia delante, mientras las luces tenues iluminaban su pálida piel color centeno y entonces lo supe. Aquella chica era una negra blanca. Una *Mischling*, una mestiza. Pero era mestiza de una manera que sólo el ojo más atento podía percibir.

—Chicos —dijo cruzando una de sus largas piernas sobre la otra. Al ver aquel

dobladillo azul subir unos milímetros sentí que me ponía colorado—. Chicos, quiero invitaros a que vengáis a París conmigo. Sería para grabar un disco. Sois exactamente lo que estamos buscando.

Ernst dijo en alemán:

—Quiere que vayamos a París. A grabar.

—A París —repitió Paul con el ceño fruncido.

Yo seguía absorto en aquella parcela de pálido muslo y, cuando levanté la vista, me di cuenta de que me estaba mirando. Me puse colorado.

—¿Trabajas en esto? —pregunté, pero de alguna manera sonó lascivo.

Me miró impaciente.

—Soy Delilah Brown.

—Ah —dije—. Claro.

—La cantante —añadió después de un momento—. ¿Te suena *Black-eyed Blues*?
¿*Dark Train Song*?

Asentí con todas mis fuerzas.

—Claro que sí, por supuesto. Delilah Brown.

Pero miré a Ernst para ver si estaba bromeando. En mi vida había oído hablar de aquella cantante.

—Representa a Louis Armstrong —dijo Ernst.

Coño. Eso era otra cosa. Nos quedamos todos callados.

—¿Qué quiere? —dijo el Niño en voz muy, muy queda—. ¿Es una agente?

—¿Eres su agente? —le pregunté.

—No.

Paul se apartó un rizo dorado de la frente y fijó sus ojos claros en Ernst.

—¿De qué estamos hablando? ¿Se refiere a Louis Armstrong el trompetista? ¿En serio?

Negué con la cabeza.

—No, si te parece está hablando de Armstrong, el bufón de la corte.

—Ése era Archy Armstrong —dijo Ernst, distraído—. Y sí, creo que habla en serio.

Le miré.

—¿Hay un bufón de la corte que se llama Armstrong?

Asintió.

—Del rey Jacobo I.

—Increíble.

La mujer nos miraba sin entender una sola palabra. Por su expresión seria, supongo que imaginaba que hablábamos de su propuesta.

—Bueno, entonces ¿qué va a ser?

Por fin Ernst la miró largamente y despacio.

—Nos está pidiendo que dejemos nuestra vida aquí, *miss Brown*. Es una elección difícil. Si nos vamos ahora a París, nunca volveremos.

La cara de la mujer se puso tensa.

—Con el debido respeto, señor Von Haselberg, si no os marcháis ahora no tendréis vidas que vivir. Aquí os estáis ahogando, eso está claro.

Sonrió levemente para suavizar sus palabras.

Ernst se quitó un hilo de sus pantalones.

—Sobrevivimos.

—Sobrevivir no es vivir y eso lo sabéis muy bien. No tenéis que decidirlo ahora mismo, claro, pero os estoy dando la posibilidad de vivir otra vez, de tocar vuestra música. De caminar por una ciudad sin miedo a que os detengan. O algo peor, por amor de Dios. Berlín ahora mismo es como una habitación cerrada para vosotros, chicos. Y yo os estoy ofreciendo una salida.

Apenas entendí nada de lo que decía, estaba demasiado concentrado en aquel muslo.

El *jazz*. En Alemania se había convertido en algo peor que un virus infeccioso. Los negros y los judíos, canallas de mala vida que tocábamos una música estrepitosa y vulgar arrastrando a buenas chicas arias a una vida de sexo y corrupción, éramos unos apestados. El *jazz* no era una música, no era una moda, sino una plaga enviada por las temidas hordas negras y tramada por los judíos. Y nosotros, los negros, tampoco teníamos toda la culpa, porque era algo que no podíamos evitar. Los salvajes tienen una inclinación natural a los ritmos depravados, carecen de autocontrol. Pero los judíos... los judíos habían urdido toda esta música con un propósito. Todo era parte de su plan maestro para socavar la juventud aria, corromper a sus mujeres, diluir su linaje.

Vivimos así diez años, nada menos. Tuvimos que pasar por la creación del *Reichsmusikkamer* de Pepito Goebbels, que insistía en que todos los músicos debían estar «registrados». Y luego aquella exposición tan fea en Dusseldorf el verano pasado. A ver cómo lo explico. Imaginad la muestra de Arte Degenerado en Múnich en el año 38, sustituid los cuadros por carteles de monos intentando tocar el saxofón, llenad las salas de música «como Dios manda» y os haréis una idea. Éramos oficialmente degenerados.

Y, como una sombra bajo todo aquello, tenías a músicos de *jazz* fregando suelos de piedra, aporreados sólo por sentarse en un café, obligados a alimentarse de lo que encontraban en los cubos de basura. Y en cuanto a los pobres judíos, los mataban a palos en las calles, destrozaban los escaparates de sus comercios, les arrancaban los instrumentos de las manos. Tal cual. Y cuando el pianista Volker Schramm denunció a su representante Martin Miller diciendo que era un falso ario, entonces supimos que Berlín ya no era Berlín. Había sido una década verdaderamente brutal.

Así que París sonaba bien.

El problema eran los papeles. No había manera de que gente como nosotros

consiguiera papeles para ir a París. Hacía años que eso se había vuelto imposible.

Que nadie me malinterprete, yo adoraba Berlín. No estoy diciendo lo contrario. Y durante un tiempo el pintor de brocha gorda no parecía ni la mitad de malo que Jim Crow. Al menos en Europa te sentías algo querido por tu arte, aunque se tratara de un amor clandestino, un magreo rápido en las sombras cuando nadie miraba. No me lo tomaba como algo personal, porque lo cierto es que yo no parecía negro. Y aquellos que sospechaban que sí lo era, pues enhorabuena, que se pidan una copa, paga la casa.

Porque en esos años los negros no eran una prioridad. Supongo que porque no éramos suficientes.

Los baños judíos estaban medio en ruinas, medio a punto de desplomarse y la mayoría de las piscinas estaban cerradas al público. Pero eran los únicos a los que estábamos autorizados a ir y en ocasiones uno necesita ese olor a piedra caliente, sentir el agua ardiendo primero y helada después. Las piscinas verdes y transparentes eran como cráteres en la tierra. Nos tumbábamos de espaldas y flotábamos, desnudos como Dios nos trajo al mundo.

Chip y Fritz nos esperaban en los vestuarios. Chip estaba sin zapatos y movía los dedos de los pies en el suelo de piedra.

—Aún no os habéis bañado, claro —comenté—. Os hemos oído desde la calle.

—Habrás oído a Fritz, a lo mejor —dijo Chip. Levantó la barbilla e hizo como que agitaba el aire—. A no ser que lo que olíais fuera la loción especial número 9 del doctor McMorran.

Paul olisqueó el aire.

—¿Qué es eso? ¿Jarabe para la tos?

—Desde luego es una medicina —respondí—, para cuando estás mal de la cabeza.

—Es la fragancia que vuelve locas a las mujeres —dijo Chip.

—Querrá decir la que las espanta —le susurré al Niño.

Hiero sonrió, encantado de ser incluido en la broma.

Big Fritz estaba medio desplomado en el banco duro de madera, grande, colorado y con aspecto exhausto. Era un bávaro enorme, con dedos gruesos, pelo pajizo y una poderosa nariz aguileña. Se enderezó mientras inspiraba pesadamente el aire caliente de la habitación.

—¿Estás bien, Fritz? —preguntó Ernst acercándose a él. Dejó el sombrero en el banco con delicadeza y empezó a desatarse los cordones de los zapatos.

Fritz hizo un gesto con la mano.

—Estoy bien, sólo cansado.

Su vozarrón grave resonaba en la habitación, casi oías temblar las vigas del techo. Parpadeó pesadamente y la frente le brillaba por el sudor.

—El pobre Fritz no está hecho para el calor —dijo Chip sonriendo.

—No como vosotros, monos de la jungla —añadió Fritz.

Hiero le miró, incómodo.

Yo puse mala cara, aunque sabía que Fritz estaba de broma. Era su forma de ser. A veces decía cosas así, pero no las pensaba.

Chip le preguntó a Paul por sus dos novias. Llevaba saliendo con las dos un mes ya, a veces incluso dejaba a una para irse con la otra en una misma noche. Hasta llegó a quedar con las dos para cenar en el mismo restaurante. Y ninguna se enteró. Chip decía que era por sus manos de pianista, una nunca hace lo mismo que la otra. Lo que yo pensaba era que Paul debía de estar agotado. Chip opinaba que era un cabrón con pintas y más listo que el hambre. Y en cuanto al Niño, bueno, creo que todo aquello le daba un poco de miedo.

—Tarde o temprano tendrás que elegir —dijo Ernst—, aunque sólo sea por una cuestión de salud.

—Chip no opina así —dijo Paul—. Cree que debería presentar a Marta y a Inge y ver qué pasa.

Reí.

—Vale, Marta es un bombón, pero eres tonto si te arriesgas a perder a Inge. Esa chica tiene un chasis que... —Dibujé con los brazos un calentador de agua—. Tío, tienes que sujetarte los párpados con las manos para conseguir verla entera.

—Todavía no entiendo por qué tienes que elegir, tío —dijo Chip.

Fritz rio y le retemblaron las enormes y sonrosadas mejillas. Pero en sus ojos me pareció ver una expresión dura.

—¿Tú qué dices, Niño? ¿Inge?

Hiero encogió los hombros en un gesto tímido.

—Di algo, tío.

—Marta —dijo el Niño sin demasiado entusiasmo—. O Inge. Esto... las dos están bien.

Chip se quitó los pantalones y apoyó un pie en el banco, con lo que sus partes peludas se balanceaban como un badajo.

—¡Marta! —rio—. ¡Pero si no tiene nada por delante y demasiado por detrás, tío!

—Tiene una sonrisa bonita —dijo el Niño evitando mirar hacia donde estaba Chip.

—Inge, en cambio —Chip sonrió—, te pone caliente con sólo echarle el aliento en la nuca. Inge te pone a cien por hora.

—Tú sí que me estás poniendo a cien por hora, tío —dijo Paul desde el otro lado—. O te pones una toalla o vienes aquí ahora mismo a darme unos besitos.

—Mejor la toalla, por favor —dijo Fritz.

Chip los ignoró a ambos.

—Una sonrisa bonita no te abre las cerraduras, chaval. —Se había inclinado hacia delante y, lo juro, le encantaba estar así, con el nabo colgando—. Una sonrisa bonita

no te llevará hasta el tesoro, a no ser que sea una sonrisa muuuy especial. Como la de la Mona Lisa, ésa sí que es una mujer atractiva. Con misterio.

Ernst colgó su corbata en la puerta de la taquilla. Se volvió y examinó a Chip largamente.

—Charles C. Jones —dijo sonriendo con lentitud. Se desabrochó los gemelos—, nunca dejas de sorprenderme.

Chip soltó una carcajada.

—Hablo en serio. No le haría yo un feo a la tal Mona Lisa. No tiene cejas. ¿No os intriga saber si tampoco tendrá pelo en otras partes?

Me saqué la camisa sin molestarme en desbrocharme los botones y me deshice de los calzoncillos, alejándolos de mí con una patada. Cuando levanté la vista, Hiero me miraba.

—Niño, no eres mi tipo —le dije—. Así que no te hagas ilusiones.

Chip nos miró y sonrió.

—Oye, Sid. Tendrías que hacer un poco más de deporte. Tienes las piernas más delgadas que una gallina de Georgia.

Me lancé hacia él con mi toalla y pronto estábamos corriendo por el largo pasillo donde había hombres mayores esperando en bancos, envueltos en sábanas como preparándose para su entierro. La piedra mojada chasqueaba bajo nuestros pies. Pasamos corriendo y aullando junto a dos tipos viejos y arrugados vestidos con albornoces inclinados sobre un tablero de ajedrez, un olor a mantillo emanaba de su piel húmeda y de las toallas. Entonces salimos a las cavernas de los baños apenas alumbradas, sus techos de catedral perdiéndose entre las sombras y el vaho. Enormes y abovedados como un teatro de la ópera, con su acústica sobrecogedora y galerías con arcos recorriendo las paredes.

Chip fue corriendo a la piscina más alejada y saltó, cayendo en plancha.

—Madre mía, colega —dije—, debes de tener un estómago de piedra.

—Me ha dolido, tío —dijo Chip sonriendo y a continuación escupió un gran chorro de agua a través de los dientes.

Me agaché y me metí en el agua. Nuestras voces rebotaban en las paredes. A nuestro alrededor el vapor subía en bloques, distorsionándolo todo y haciéndolo vibrar. Era como estar en el campo en otoño escudriñando a través de una niebla espesa.

Los otros fueron llegando poco a poco. Ernst dejó caer con suavidad la toalla que le envolvía la cintura y entró despacio, su piel pálida brillante como la cera. Paul se quedó un rato como una grúa, apoyado en una sola pierna, antes de meter los dos pies. La gigantesca panza de Fritz, que ya estaba colorada por el calor, se volvió más y más rosa y se la sujetó con ambas manos mientras entraba en el agua. Debajo de ella, su polla parecía una babosa roja.

Ernst cruzó nadando hasta la pared.

—¿Dónde está Hiero? —Se enjugó el agua de la cara.

—Bah, se está haciendo el remolón —dije.

—¿Es que sólo sabéis hablar de él? —preguntó Chip.

—Seguramente estará registrando la cartera de Chip para averiguar cuál es su segundo nombre —opinó Paul a través del vapor.

—Te voy decir yo a ti mi segundo nombre —dijo Chip—, pero con una buena patada en los dientes.

Big Fritz tosió y sus gruñidos resoplaron en las paredes.

Entonces llegó el Niño, apretando la toalla contra su cuerpo. Su piel parecía todavía más oscura en contraste con la tela blanca y el escuálido pecho se le convulsionaba un poco con cada respiración. Parecía nerviosísimo y sin que hubiera razón para ello. Verlo así me hizo sentir mal.

—Estábamos hablando de ti, Niño —dijo Chip.

Hiero entró en el agua con cara de susto.

—Nos estábamos preguntando si de verdad eres negro por todo el cuerpo.

—Oye, Chip, me parece que no te has enterado todavía de que por la boca se habla, no se caga —gritó Paul desde el otro lado de la piscina.

Hiero miró a Paul y de repente rio.

—¿Te parece divertido? —dijo Chip sonriendo. Chapoteó hasta donde estaba el Niño, apoyó sus musculosos brazos sobre la cabeza de éste y lo hundió en un único y violento gesto, formando espuma alrededor. Bajo toda esa agua, el cuerpo del Niño parecía un puñado de cenizas al viento—. Tú sigue riendo, tío —gritó Chip—. ¿Todavía tienes ganas?

—Ya vale —dijo Fritz. Se acercó y, agarrando a Chip por las axilas, lo apartó como quien levanta un bocadillo. Chip se retorció contra la barriga de Fritz—. Déjale en paz. Eres demasiado bruto con él.

Entonces se levantó una ola de agua y el Niño emergió en la superficie, tosiendo y escupiendo. Agitó la cabeza para sacudirse el agua. Sonreía como si no pasara nada, pero parecía aterrorizado y furioso.

Chip luchaba por deshacerse del gigantesco abrazo de Fritz mientras ponía cara de asco.

—Coño, ya noto que te alegras de verme —gritó—. Suéltame de una vez. ¡Que me sueltes te digo!

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres, tío? —reí.

Pero Fritz le soltó y Chip se apresuró a ponerse fuera de tiro.

—Tú ten cuidado —dijo—. Estoy deseando darte de hostias, sólo que todavía no he decidido por qué lado de la cara empezar.

Ernst se detuvo en el borde de la piscina mientras una gran ola de agua le rompía en el pecho. Tenía el pelo negro oscuro peinado hacia atrás, pegado a la cabeza.

—Bueno, venga, vamos a hablar. ¿Nos vamos a París o no?

—¿A París? —dijo Paul—. Pues claro que nos vamos. ¿Por qué no íbamos a ir?

Chip y Fritz miraron a Paul, después a Ernst y por último de nuevo a Paul.

—¿Sabéis de qué están hablando? —preguntó Fritz.

Chip se encogió de hombros.

—Hemos tenido una oferta, señores —dijo Ernst—. Una dama ha venido a vernos hoy para saber si estamos interesados en grabar un disco con Louis Armstrong.

Chip dejó escapar un silbido en voz baja.

—¿Y qué le habéis dicho? —inquirió Fritz.

—Pues que tenemos que hablarlo. ¿Qué querías que le dijéramos?

Chip gruñó y dio una palmada en el agua.

—No me puedo creer que tengas que preguntarlo.

—¿Eso es un no, Jones?

—Es un sí —dijo—. Es más, es un sí, coño. ¿París? ¿Armstrong?

Big Fritz frunció el ceño. Sobresalía de entre el vapor como un oscuro peñasco.

—¿Cómo sabemos que no nos están engañando? ¿Quién es esa mujer? Podría ser cualquiera.

Reí.

—Pero ¿qué estás pensando? ¿Qué los botas se van a molestar en engañarnos para que nos larguemos a París? ¿Te parece eso lo más probable?

Fritz no dijo nada, se limitó a mover su enorme cuerpo en el agua.

—Está con Armstrong, Fritz —dijo Ernst. Con el pelo mojado que empezaba a levantársele, a rizársele con el vapor, parecía una versión más temible de sí mismo. Extendió sus largos brazos azulados por la pared, dejó que sus delgadas piernas flotaran y echó la cabeza hacia atrás para mirar al techo—. No tengo ninguna duda de que es quien dice ser. Ésa no es la cuestión.

Fritz seguía con el ceño fruncido.

—¿Y ha venido hasta aquí para vernos? ¿Ha venido a Berlín por nosotros? ¿Tal y como están las cosas con el Führer?

—Querrás decir con el pintor de brocha gorda —dije.

Fritz me puso mala cara.

—No está aquí por nosotros —dijo Ernst—. Ha venido a recoger un dinero que le deben a Armstrong. Nosotros somos sólo la guinda del pastel.

—De guinda nada, somos la crema —comentó Paul, que se acercó flotando perezoso hasta Fritz—. Oye Fritz, Armstrong es fan nuestro. Tiene nuestros discos.

—¿Cuáles?

—¿Es que importa? —pregunté.

—No se lo hemos preguntado —contestó Paul—. Según ella, Arthur Briggs vio algunas de nuestras actuaciones hace unos cuantos años. Y Bechet le contó a Louis lo bien que sonamos cuando le hicimos de teloneros en la madre patria.

—¿Bechet? —Chip hizo una mueca—. Ese tío todavía me debe cincuenta pavos.

—Es como una especie de manager de Armstrong en París —dijo Ernst—. No sé, le lleva los asuntos, supongo.

—Sí, claro, los asuntos —susurró Chip.

Paul sonrió y la punta de la lengua le asomó entre los dientes.

—Pero tú qué tienes, ¿diez años? —dijo Ernst frunciendo el ceño—. Supongo que Armstrong lleva años siguiéndonos la pista. Cuando se enteró de que seguíamos aquí pero que ya no tocábamos en directo, pues igual pensó que nos apetecería irnos con él.

—Lo que Ernst no os está contando —dije— es lo que dijo esa mujer sobre el Niño. Armstrong está especialmente interesado en tocar con él. Por lo visto se dice que es el mejor trompetista de este lado del Atlántico. Hay quienes dicen incluso que es mejor que Briggs. Eso lo dijo Henry Crowder. Le dijo a Armstrong que Hiero le recordaba a King Oliver en sus mejores tiempos.

Pensé que todos empezaríamos a hacer bromas sobre aquello, pero el caso es que nadie sonrió.

—Pero entonces, ¿nos quiere a nosotros? —preguntó Chip—. ¿O sólo al Niño?

—Dijo que quería tocar con los Hot-Time Swingers —contestó Hiero, nervioso—. Con todos.

Fritz me miró.

Yo me encogí de hombros.

—Sí, claro. Eso es lo que dijo.

—Nos llamó iconoclastas —dijo Paul.

—¿Y no le cruzaste la cara? —preguntó Chip—, ¿por usar esa clase de lenguaje delante del Niño?

—¿Y cuánto nos van a pagar? —inquirió Fritz sin rodeos, como acostumbraba.

Ernst levantó la cabeza.

—¿Cómo que cuánto nos van a pagar?

—Hombre, no voy a irme si me pagan menos de lo que cobro ahora.

—Sid tiene razón —dijo Paul.

—Según algunas mujeres, tiene más cosas —añadió Chip mientras me salpicaba.

—Ja, ja, ja —dije.

Entonces nos quedamos callados, flotando en la cálida luz azul. El agua lamía las paredes de piedra y su suave murmullo resonaba en lo alto, en el techo.

Se oyó una tos leve y entonces el Niño se puso de pie mientras el agua se deslizaba por su delgado pecho.

—Creo que deberíamos irnos —dijo en voz queda. Le temblaba el labio superior.

—Pero si acabamos de llegar —comentó Paul.

—Creo que está hablando de París —dijo Ernst.

Hiero pareció azorado y se sumergió de nuevo.

—¿Crees que deberíamos ir? —dijo Chip—. ¿Largarnos a París para huir del pintor de brocha gorda? ¿Crees que Armstrong es razón suficiente? ¿Crees que caminar por las calles de una ciudad sin miedo a que te puedan matar en cualquier momento merece la pena? ¿Eso crees?

Hiero miró a Chip a los ojos.

—Sí —se limitó a decir.

—Desde luego, Niño, no tienes desperdicio —rio Chip—. Pues claro que merece la pena, tío.

—El problema —declaró Ernst— es cómo hacerlo.

—No tan deprisa —dijo Fritz. Parecía casi enfadado—. Lo siento, señores, pero a mí no me convence el plan. —Vadeó hasta la parte menos profunda y se sentó en los escalones inferiores; cuando dobló las rodillas, el agua se le deslizó por las paredes de los muslos. Los pelos que tenía en el pecho formaban una espesa alfombrilla apelmazada—. Lo siento —repitió— pero no pienso ponerme a saltar sólo porque esa señora me diga que salte.

—No pasa nada —dijo Ernst—. Sólo lo estamos hablando.

—Pero es París, tío —manifestó Chip—. París.

—¿Y dónde viviríamos? —preguntó Fritz—. ¿Para cuánto tiempo nos iríamos? Ernst negó con la cabeza.

—No lo sé. No tengo la respuesta a esas preguntas, ni siquiera sé si podríamos irnos sin más. Necesitaríamos visados.

—Dale una hora —dijo Chip—. A Ernst siempre se le ocurre algo.

—La chica de Louis va a estar aquí toda la semana —dije—, así que no tenemos que decidirlo ahora mismo.

—Bien.

Ernst carraspeó.

—Entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Pero algo en las dudas de Fritz había mitigado nuestro entusiasmo y ensombrecido las aguas en las que flotábamos. Nos quedamos en silencio, chapoteando tranquilos un rato. Entonces, Ernst se aclaró la garganta y con un tono triste dijo:

—Bueno, señores. Creo que me vuelvo al Hound.

—¿Otra vez a trabajar hasta tarde? No entiendo por qué te molestas en escribir esos artículos, tío —dijo Paul—. A nadie le importa un cuerno el jazz ahora mismo.

Ernst se quedó quieto unos instantes.

—A mí sí.

Salió de la piscina blanco brillante, como si el agua le hubiera chupado toda la sangre.

Después de aquello, no nos quedamos mucho rato.

Fuera, a la luz de las farolas de gas, la plaza frente a los baños brillaba como talco. La gente atravesaba los haces de luz como autómatas. Yo todavía tenía la nuca húmeda y sentía el aire frío. Chip me dio un puñetazo cariñoso en el hombro.

—Vámonos, tío. —Parecía tristón.

Yo también lo estaba, la verdad. Asentí con la cabeza.

Las calles estaban oscuras y caminamos con la cabeza gacha y las manos hundidas en los bolsillos, el pelo mojado por la humedad de la noche. Caminábamos despacio, como si temiéramos el momento de volver. Veíamos a Fritz, al Niño y a Paul a unos metros delante de nosotros en la oscuridad, pero luego se perdieron entre las sombras y dejamos de verlos.

Siempre me había encantado Berlín a aquella hora, el silencio, la manera en que las sombras colmaban los escaparates de los comercios. Pasamos junto a una juguetería que tenía en el escaparate balones con esvásticas, junto a una carnicería con el postigo de hierro bajado. En el aire flotaba un fino lodo que sabía a tierra y resoplé para sacármelo de la nariz. Entonces oímos un ruido de voces y al final de una de las calles brumosas vimos cuadrillas de albañiles que trabajaban en medio de la escasa luz. Chavales que sujetaban cubos negros y humeantes y vertían alquitrán entre el empedrado irregular. El vapor subía de las grietas del suelo. Hombres en gruesos monos de trabajo se limpiaban la mugre de la cara.

Volvimos a refugiarnos en las sombras y tomamos otro camino.

Me puse a pensar en lo apocados que Chip y yo nos habíamos vuelto aquellos últimos meses. No hacía ni dos años nos gustaba ir dando aullidos por las calles como si estuviéramos en un desfile. Me acordé de cuando éramos pequeños y escuchábamos discos de Armstrong en Baltimore. Y pensé en la familia de mi madre, en Virginia, claros como franceses y viviendo igual que fantasmas en un mundo blanco. Temerosos de que los vieran como quienes realmente eran.

Entonces lo oímos. Un chirrido agudo que pasó por nuestro lado como una ráfaga de viento.

Chip me agarró de la manga.

—¿No era ése Hiero?

Intenté oír algo más. Nada.

—Mierda —dijo Chip entre dientes.

Y echamos a correr.

Doblamos la esquina casi sin aliento y entonces me detuve. De repente, todo ocurría muy despacio. Bajo las pálidas farolas de nuestro edificio, en medio del callejón, tres botas tenían al Niño cogido por los pelos, como si fuera un novillo e intentaran sujetarlo por los cuernos. Trataban de hacerle caer al suelo, pero, de alguna manera, él se resistía y parecía flotar como basura en el viento. Un cuarto hijo de puta, alto y con cuello de toro, sujetaba a Paul por el cuello. El estómago se me encogió y me di cuenta de que iba a vomitar. Fue como si me estuviera quedando a oscuras por dentro.

—Chip —dije entre dientes—. Joder, Chip.

Éste ya se había quitado el sombrero y estaba forcejeando con su chaqueta. Fue directo al bota que tenía más cerca e, inclinándose mucho, le dio una patada en la rodilla izquierda. Se escuchó un crujido extraño y después un grito agudo y

desagradable. Entonces, Chip empezó a patearle la garganta mientras se retorció de dolor en el suelo. Apareció un segundo bota que, tras tomar impulso, rompió una botella contra el cráneo de Chip. El pobre Jones cayó al suelo sujetándose la cabeza.

—Mierda —dije entre dientes.

—¡Perros judíos! —empezó a gritar el bota—. ¡Judíos cabrones! ¡Judíos negros de mierda!

Me uní a la refriega. Como en un fogonazo, recuerdo haber visto moverse y empezar a palpar las sombras bajo el edificio, cuando de repente pareció que toda la puerta temblaba: era Big Fritz. Cogió por el cogote al bota que estaba enzarzado con Paul, lo levantó del suelo y lo dejó caer sobre el empedrado como si fuera un saco de carne. Después empezó a patearle de mala manera.

Yo por mi parte me dediqué a darle con la botella en los dientes al muy cabrón, que retorció la cara de dolor. Intentaba agarrarle por el cuello de la camisa, pero se me escurría, escupiendo sangre, clavándome las uñas en las mejillas, en las orejas.

—¿Dónde está vuestro orgullo de raza? —gritaba. Tenía la boca como un agujero desgarrado, un pozo de sangre—. ¡Puto simio! ¡Puto simio hijo de puta!

En la débil luz, sus ojos parecían cristales rotos.

Le pegué otra vez. Y otra más. Entonces algo me golpeó con fuerza en las costillas y caí al suelo, tratando de esquivar los tacones de botas que sabía venían hacia mí. Oía al Niño gritar, de hecho no hacía otra cosa que gritar. No hubo patadas. Sorprendido, levanté la mirada. Allí estaba Big Fritz, temblando.

—Fritz, cabrón, eres increíble —grité—. Peleas como un auténtico hijo de puta.

Pero cuando se volvió, vi que estaba llorando.

Por el callejón, a lo lejos, se oyeron ecos de pisadas. Me levanté como pude, gimiendo, incapaz de pensar con claridad. Tres botas más venían hacia nosotros, todos vestidos de paisano pero con el calzado militar asomando debajo de los pantalones largos.

Me movía más lentamente ahora. Con torpeza, intenté dar un puñetazo, pero fallé. Me dieron en el estómago una vez, luego otra, y aun así conseguí encajarle un gancho en la mandíbula al bota aquel y cayó de rodillas. Pero el primero había vuelto y le pegué con todas mis fuerzas en la cara, hasta que mi puño notó un hueso quebrándose.

Cuando me di la vuelta, vi a Fritz persiguiendo a dos de ellos, que corrían a refugiarse en la oscuridad. Había dos botas más retorciéndose en el suelo, gimoteando de una manera espantosa. Yo no conseguía recobrar el aliento y me quedé allí doblado, jadeando y escupiendo parte de lo que había comido aquel día, resollando como un caballo.

Entonces se escuchó jaleo en la puerta de nuestro edificio y cuando levanté la cabeza vi el primer destello. De una botella rota. Apoyada contra la garganta del Niño.

—Conozco a este judío cabrón —gritó el bota—. Eres el solista de esa banda de

jazz, de esa mierda de música de negros. Te voy a reventar las tripas. Te las voy a reventar.

Pero lo que hacía era mirar a Chip, que se tambaleaba delante de él. Tenía la parte de atrás de la camisa cubierta de sangre, como un mandil negro y pegajoso. Se agachó como si tratara de recuperar el equilibrio. Yo parpadeé y me limpié la sangre de los ojos y entonces vi al Niño alejarse a gatas y a Chip y al bota pegándose contra la pared de la entrada y de repente Chip estaba de pie sobre el bota y éste tirado en la escalera que daban al portal, la cabeza colgando sobre la alcantarilla.

Algo negro manaba del pecho del bota, dejando una gran mancha húmeda en el suelo de piedra.

—Chip —dije entre dientes—. Tenemos que irnos.

Chip no se movió.

Fritz sujetaba a Paul por un brazo mientras con el otro ayudaba al Niño a levantarse. Me miró con determinación.

—Sid —me llamó—. Nos vamos.

—Sí, ya lo sé. Chip —dije en voz baja. Fui hasta él—. Tenemos que irnos ahora mismo.

Seguía con el puño cerrado alrededor del cuello de la botella. Vi la sangre rezumar del cuerpo del bota, más oscura que la pez, como si unas horribles fauces se hubieran abierto en el pavimento, la entrada a una fosa.

—Chip —repetí.

Por fin se volvió y echamos a correr.

2

—Van a venir a por nosotros —dijo Chip. Se volvió con una mueca y dirigió una mirada furiosa a Fritz—. ¿Se puede saber qué haces? ¿Estás buscando petróleo o qué?

Con el ceño fruncido, Fritz se apartó del cuero cabelludo de Chip con un trozo de cristal negro en la palma de la mano. Sujetaba delicadamente unas pinzas entre sus grandes dedos.

—¿Qué quieres decir, tío? —pregunté.

Paul se sujetaba un trapo húmedo contra el pómulos, donde empezaba a aparecer una roncha rojo intenso.

—Lo que quiere decir es que tenemos que quedarnos aquí —murmuró a través del trapo—. Que espera que no nos importe tener que dormir en el suelo.

El Niño estaba sentado pellizcándose las manos sin decir nada.

Cambié de postura en mi asiento en un intento por respirar mejor. Me dolían las costillas una barbaridad. A nuestro alrededor el Hound parecía oscuro y de lo más silencioso. No sabíamos a qué otro sitio podíamos ir.

Nos sentamos en la oscuridad en el borde de la pista de baile, el escenario en sombras a nuestra espalda; la única iluminación procedía de la oficina de Ernst, situada encima del rincón donde estaba el bar. Tenía la puerta abierta y la luz proyectaba un rayo canela sobre la escalera. Ernst fumaba en silencio en una mesa junto a la nuestra.

Cuando Fritz dejó caer el trozo de cristal sobre un plato se escuchó un suave clic.

—Van a usar esto de excusa —dijo Chip.

—¿De excusa para qué?

—Para lo que quieran. Para dar palizas a la gente. Para arrestar a músicos. Quién sabe.

Fritz frunció el ceño.

—A lo mejor no es para tanto; todavía hay leyes y uno no puede saltárselas así como así, ahora ya no.

Negué con la cabeza.

—Pero tú ¿en qué país vives? Eso es exactamente lo que hacen.

Chip sorbió entre dientes.

—Coño, Fritz, ten cuidado.

Fritz gruñó.

Otro clic de cristal roto.

Ernst estaba sentado en una esquina de la silla, con una pierna doblada sobre la otra, el cigarrillo encendido y consumiéndose entre sus pálidos dedos. Cuando por fin habló, lo hizo con voz queda, medida.

—Chip tiene razón. Deberíamos quedarnos aquí hasta que se nos ocurra algo.

—Así que supongo que al final no nos quedamos en Berlín —le dije a Fritz—.

Más te vale meter en una maleta unos calzoncillos limpios. ¿Cómo se dice en francés: «Mister Armstrong, tiene usted unas pantorrillas preciosas»?

—¿Te parece divertido todo esto, Sid? —preguntó Fritz.

—No me estoy riendo, tío —contesté—. Me duele demasiado el cuerpo para reírme.

—¿Hiero? —dijo entonces Paul. Se inclinó y bajó la barbilla para mirar a Hiero—. ¿Estás bien?

El Niño temblaba como una hoja. Miró a Paul y después apartó la vista.

—Sí, muy bien. Estaba pensando en París.

—Pues claro que está bien —dijo Chip—, no tiene ni un rasguño. Por Dios, Fritz, que no soy una salchicha.

Fritz hizo un gesto con la mano que tenía libre y después apoyó su gruesa palma en el cuero cabelludo de Chip para dirigirlo hacia la luz.

—¿A ninguno os parece raro que esa mujer se presente con su ridícula propuesta y justo esta misma noche nos ataquen? ¿Cuánto tiempo llevamos viviendo aquí y cuántos incidentes como éste hemos tenido?

—Me parece que te estás imaginando cosas, tío.

Ernst movió su silla.

—¿Qué es lo que sabes y no nos has dicho, Fritz?

Fritz apretó los labios.

—¿Fritz?

—Nada, pero reconozco un mal presagio cuando lo tengo.

—Vale, ya está bien —gritó Chip dando una palmada en la mesa. Uno de los cristales bailó—. Prohibido hablar con Fritz hasta que haya terminado con mi cabeza. ¿Está claro?

—No estoy seguro de lo de París —dijo Ernst—, pero desde luego no podemos quedarnos en Berlín. Ya no.

Fritz miró a Ernst.

—Esto se pasará, ya verás.

Ernst se puso de pie con expresión pensativa.

—Bueno, de momento os quedáis aquí, en el Hound. Al menos hasta que nos hagamos una idea de lo serio que es esto. Igual ese chico no ha muerto. Igual nadie os reconoció.

—Sí nos reconocieron —dije.

—Eso no lo sabes —dijo Fritz—. No puedes estar seguro.

—No hay ni tres tíos en esta ciudad tan grandes como tú, Fritz, y si los hay, no se dedican a pasear por la noche con un par de chicos negros. Saben quiénes somos, eso te lo aseguro.

Aquella noche dormimos doloridos y con las mismas ropas arrugadas que llevábamos

puestas. Dada la forma del club, alargada y estrecha, con una sola pared que formaba un ángulo extraño, era como estar en la bodega de un barco. O quizá era sólo el viejo sofá en el que me acosté, con unos cojines completamente combados. La habitación estaba llena de sillas viejas, un espejo de gran tamaño cubría la pared del fondo y, apoyadas contra él, había un amasijo de mesas desportilladas. En una esquina había un lavabo enorme de cobre, como una tetera antigua, que atrapaba los destellos que emitía el espejo. Una ventana alta y con barrotes estaba cubierta con una cortina dorada, pero la luz de la calle se filtraba, blanca, por entre las costuras.

Me despertó alguien dándome golpecitos en el pie. Abrí los ojos despacio y pensé, no puedo creerlo. Allí de pie estaba Delilah Brown, clavándome la punta de su zapato de tacón alto. Iba vestida con una falda blanca, una blusa también blanca y un turbante del mismo color enrollado alrededor de su cabeza como una gasa. A la altura del codo sujetaba una bolsa de papel.

—Estás horrible —dijo.

—Buenos días —murmuré cerrando de nuevo los ojos. Hasta respirar me dolía, por el amor de Dios.

Paul levantó la cabeza de debajo de la mesa del fondo. El pelo amarillo y engominado formaba extraños picos.

—Mm... esa voz me suena.

Hiero seguía roncando en la butaca grande junto al espejo.

—Sid, ¿dónde está Ernst? —preguntó Delilah en voz más baja, como si no quisiera despertar a nadie más. Se agachó con aquella falda estrecha y las rodillas muy juntas una de la otra.

Yo no pensaba con claridad.

—Ernst —repitió—. ¿Dónde está?

—¿No está aquí? —Parpadeé y miré somnoliento a Paul. Le dije en alemán—: Tío, ¿dónde fue Ernst anoche?

La voz de Paul sonaba espesa.

—A lo mejor se volvió a su apartamento. Creo que dijo que era más seguro, que parecería demasiado raro si no volvía a casa. —Se pasó una mano magullada por el pelo y se sentó entre espasmos, como una marioneta. Estiró el cuello agarrotado. El cardenal de la mejilla le daba un aspecto más rudo y curtido, como un Bogart de aire distinguido. El muy cabrón estaba guapo hasta cuando le daban una paliza.

Hice una mueca de dolor y me masajé las doloridas costillas.

—Así que el muy cabrón ha dormido en una cama como Dios manda.

Se oyó un ruido en la puerta y entró Chip. Tenía la cabeza envuelta en un vendaje blanco.

—Ernst está en su despacho —gruñó en alemán. Miró a Delilah—. ¿Estás buscando a Ernst, niña?

Delilah me miró.

—¿Qué ha dicho?

Pero Chip tenía la cara tan hinchada y llena de cortes que, en lugar de traducir lo que había dicho, sonreí. Parecía un plato de puré de frijoles intentando hablar.

—¿Se puede saber por qué sonríes? —dijo Chip—. ¿Tú te has visto la cara, tío?

—A Sid no le pegaron en la cara —murmuró Paul.

—¿Estás seguro? —Chip hizo una pausa para mirar a Delilah de arriba abajo. Después cambió al inglés—. ¿Qué pasa, que el circo ha venido a la ciudad?

—Eso parece —dijo ella mirándole a su vez de arriba abajo—. El señor Jones, supongo.

Chip hizo un amago de sonreír pero se detuvo con una mueca de dolor.

—Charles C. Los amigos me llaman Chip, pero tú puedes llamarme a cualquier hora del día o de la noche.

—Qué detalle por tu parte.

—Tienes que disculparle —dije—. Demasiados golpes en la cabeza.

—No creo que sea esa parte de mi anatomía la que le preocupe —dijo Chip en alemán y sonriendo.

Paul resopló. Luego hizo un gesto señalando el turbante de Delilah y la cabeza vendada de Chip.

—Sólo os falta el camello.

Delilah no había entendido el alemán, pero sí el chiste.

—Dile al señor Jones que también tengo unas cuantas faldas de sobra, si le interesan —dijo secamente.

—Huy, seguro que sí le interesan. Chip está ideal con falda.

Chip recorrió la habitación y dio una patada a la butaca del Niño casi haciéndole caer.

—¡Hora de levantarse! —gritó—. ¡Es de día!

—Déjale dormir, tío —dije.

Pero el Niño ya había abierto sus asustados ojos y miraba a Delilah, agachada a mi lado. Le guiñó el ojo y el Niño, azarado, apartó la mirada. Al verlo así, tan incómodo, de repente me vino a la cabeza todo lo ocurrido la noche anterior. Me senté frotándome la cara.

—Así que tú eres la famosa Delilah Brown —dijo Chip. Estaba sentado en el sofá del otro lado de la habitación. Apoyó una a una las piernas en la manchada mesa de café y las cruzó a la altura de los tobillos—. Desde ayer no hemos hablado de otra cosa que no sea la famosa Delilah Brown. Delilah Brown, la famosa cantante.

Un asomo de exasperación cruzó la cara de ésta.

—Chip —dije incómodo.

—Cuando hayas terminado —dijo Delilah—, házmelo saber, por favor.

—Huy, pero si no he hecho más que empezar, cariño —sonrió Chip—. Cuando haya terminado, me estarás viendo la parte de atrás de la cabeza.

—Pues espero que sea mejor que la de delante.

Reí.

Sentí la mirada de Chip fija en mí, dura como la piedra, su repentino enfado era tan intenso que lo notaba como telarañas cubriéndome la piel. El corazón me dio un vuelco y miré a Delilah, pero ésta ya no nos miraba a ninguno de los dos, sino a Hiero.

Chip señaló la bolsa de papel que Delilah todavía sostenía.

—¿Qué llevas ahí, Delilah Brown, famosa cantante? ¿Algo de carburante para nuestros gastados motores?

Durante lo que pareció una eternidad, Delilah no dijo nada y se limitó a estudiar a Chip con sus ojos verdes y fríos. Después sonrió dejando ver sus dientes pequeños y torcidos.

—Tú y yo, Charles —dijo—, nos vamos a llevar estupendamente, ya lo estoy viendo.

Chip no supo qué responder a aquello.

Delilah abrió la bolsa marrón y sacó un periódico doblado que envolvía seis cruasanes de mazapán.

—Ahí sí que le has dado —dijo Chip sonriendo—. ¿Cómo sabías que...?

—Por vuestro saxofonista, Fritz. Me lo he encontrado cuando salía del club esta mañana y me ha contado lo de anoche. Me dijo que igual os apetecía comer otra cosa que no fueran cacahuetes salados. —Estaba mirando al Niño, de pie frente al lavabo, girando una espita vieja y esperando a que saliera el agua marrón. Empezó a lavarse la cara, los brazos y el agua brillaba como plata abollada en su piel oscura—. ¿Está bien?

—¿Hiero? —constató Chip—. Perfectamente. Los botas fueron muy considerados con él.

Delilah no parecía convencida y a mí me habían empezado a doler todas las costillas.

—Espera. ¿Has dicho que te encontraste a Fritz? —dije—. ¿Adónde iba?

Pero puede ser que no me oyera.

Chip ya estaba partiendo un cruasán con las manos y metiéndose en la boca trozos de hojaldre, enseñándome contento los dientes cubiertos de pan. Cogió el periódico y empezó a romperlo en trocitos, buscando alguna palabra.

—Siempre tengo más hambre cuando no he dormido —dijo Chip—. ¿Es normal?

—Sí —dijo Paul.

—¿Por qué no has dormido? —pregunté—. ¿Qué hacías despierto tan temprano?

—La pregunta es: ¿qué hacíais vosotros dormidos? ¿No os despertaba el gato?

Hiero se estaba secando usando la camisa. Se volvió con timidez.

—¿Un gato?

—¿Qué pasa, que no hablo claro, tío?

—¿Ha dicho gato? —me preguntó Paul—. ¿Gato?

—Gato —asentí.

Chip nos miraba a todos como si estuviéramos majaras.

—Sí, un gato. Ga-to. Un gato cabrón que ha estado maullando detrás de las paredes toda la puta noche. ¿No lo habéis oído?

Me eché a reír.

—Me parece que anoche te dieron en la cabeza a base de bien.

—Te lo estoy diciendo en serio, tío. No ha cerrado la boca en toda la noche. Era como dormir en un *music hall*, con tanto gimoteo.

—Como sigas bebiendo *checo*, tío...

—Yo lo he oído —dijo Hiero con voz suave.

Paul levantó una ceja desde detrás del periódico que estaba leyendo.

—Ha tenido que oírlo cualquiera en un radio de seis manzanas —dijo Chip.

Paul sonrió.

—Supongo que la chica de Armstrong no es la única que canta aquí.

—Ahora que lo pienso —dijo Chip con una sonrisa— sonaba un poco como ella. ¿Ha dicho dónde durmió anoche?

—*Lady Delilah II* —murmuró Hiero—. Nos está haciendo compañía.

—Y tanto —rio Chip—. No creo que nadie vaya a pegar ojo aquí a partir de ahora.

Delilah carraspeó, a cada mención de su nombre volvía la cabeza.

—Por si no os habíais dado cuenta, sigo aquí —dijo frunciendo el ceño. Apoyó una muñeca cubierta de pulseras a la cadera.

—No estábamos burlándonos —dije en inglés.

—Era un cumplido —aclaró Chip.

—Ya, seguro que sí. ¿Está Ernst en su despacho? —preguntó Delilah. Pero seguía pendiente del Niño mientras éste cogía su trompeta y jugueteaba con los pistones. Se notaba, y mucho, que trataba de no mirarla.

—Calcetines a diez peniques en KaDeWe —murmuró Paul—. Me temo que nos los vamos a perder. —Pasó la arrugada página.

—¿Has encontrado algo sobre lo de anoche? —preguntó el Niño con su voz suave de siempre. Sus ojos pasaron de Paul a Delilah y de ésta de nuevo a Paul.

—Estoy en ello —dijo Paul, distraído.

—¿Crees que eso es bueno? —preguntó Chip.

Me encogí de hombros.

—No es ni bueno ni malo. ¿Qué dice de Polonia?

Paul negó con la cabeza.

—Es un periódico de barrio, tío. No nos va a decir nada que no sepamos ya. Lo sabes. —Seguía pasando páginas—. A Fritz le encantaría leer esto. El corazón del comercio sigue latiendo.

—Eso es, Sócrates. ¿Y qué más dice?

Hiero levantó la cabeza, mirando el periódico con súbita intensidad. Parpadeó dos veces, deprisa. Después alargó el brazo y arrancó un trozo de la última página. Paul tiró del periódico, molesto, pero el Niño no dijo una palabra.

—¿Qué es eso? —dijo Chip—. Oye, tío, contesta. No me obligues a ir hasta allí a quitártelo.

Hiero miró a su alrededor, nervioso. En su hilo de voz aflautada dijo:

—Hay una crítica de Albert Basel de los Golden Seven. Escuchad: «En toda mi vida he asistido a un ejemplo más execrable de hombres nobles intentando encarnar algo abyecto. Los Golden Seven son una parodia de ritmos negroides de tambor que terminan convertidos en algo más despreciable incluso que el mismísimo *jazz* de Chicago».

Chip silbó.

—El amigo Goebbels ya está empezando a tirar piedras contra su propio tejado. ¿Qué pinta encargándole a Albie la crítica de los Seven? ¿Está mal de la cabeza o qué?

—¿Y todavía lo preguntas? —dije—. ¿En serio?

—Menudo cabrón, Albie —musitó Chip.

Albert Basel era un crítico de Leipzig, un bota converso con una pluma estilográfica, según Chip, tres centímetros más larga que su miembro viril. Y resulta que allá por el año 29 estaba loco por nosotros, nos saboreaba como una botella del mejor Merlot. Escribía un artículo detrás de otro sobre «los ingeniosamente complejos ritmos del *jazz* alemán». Con eso se refería a Chip y a mí, que éramos sus favoritos. Pero entonces llegó el 33. Cuando sus años de profesor en el conservatorio de Leipzig tocaron a su fin, de repente cambió de chaqueta. Recuerdo que el primer día que me crucé con él en la calle se cambió de acera como si no me hubiera oído llamarle a gritos. A partir de ese momento éramos para él «alimañas de la música, una frivolidad judeo-negroide».

Chip no había perdonado a aquel hijo de puta.

Pero no tenía sentido que escribiera una crítica de los Golden Seven, porque la cosa es que los Golden Seven eran la respuesta del amigo Goebbels al hambre de *jazz* que seguía teniendo la gente. Y lo cierto es que el *jazz* se negaba a morir. No estoy hablando de los rebeldes del *swing* de Hamburgo, todavía quedaban tipos que no confundían a Whiteman con Ellington. Y que seguían locos por tocar. En la radio se había prohibido el *jazz*, sí, pero Pepito Goebbels tuvo las narices de proponer una alternativa. Y ésa eran los Seven. Algo así como cambiar azúcar por sal. Con músicos de segunda como Franz Thon, Kurt Hohenberger y Erhard Krause, que tocaban directamente leyendo de partituras. Leyendo, sí. Para mear y no echar gota, vamos.

—¿Qué más dice, Niño? —pregunté.

El Niño se volvió hacia la puerta.

Levanté la vista. Ernst nos miraba furioso, su cara pálida resultaba borrosa en la penumbra. Llevaba un traje negro liso y con el pelo negro y los ojos tan oscuros daba miedo.

—¿Quién falta aquí? —preguntó secamente.

Paul bajó el periódico y le miró desde encima de las páginas.

—¿De qué hablas? —preguntó Chip.

—Que quién falta aquí. ¿Quién?

Parpadeé.

—Fritz no está aquí. ¿Te refieres a Fritz?

Ernst frunció el ceño.

—Fritz siempre usa la puerta del escenario —dijo en un susurro. Se volvió hacia Delilah—. ¿Esperas a alguien? ¿Le has dicho a alguien que viniera aquí?

—No.

—¿Qué pasa? —inquirí—. ¡Ernst!

Pero no contestó y se limitó a girar sobre sus talones y echar a andar a toda prisa. Me levanté enseguida y lo seguí hasta el escenario. Caminó hasta la mitad de las tablas y se paró en seco. Nadie se movió. Y entonces todos lo oímos.

Cuatro golpes fuertes en la puerta delantera. Ruido de cristales temblando. Una voz ahogada hablando en alemán.

—Ése no es Fritz —susurré.

Hiero estaba de pie sujetando su trompeta con una de sus largas manos, recorriendo el local con la mirada en busca de una vía de escape.

—Joder —dijo Chip—. Son los botas.

—Lo suponía. —Ernst asintió con la cabeza caminando con calma de vuelta hacia nosotros. En un momento, la furia, el miedo o lo que fuera que hervía antes en su interior parecía haberse disipado, endurecido y transformado en una coraza de acero. Ahuecó las manos, pálidas pero de pulso firme, y se encendió un cigarrillo.

—Salid por el retrete. Desde ahí podéis llegar hasta el sótano, por detrás del almacén de atrezzo. Meteos ahí y quedaos al fondo del todo. Y en silencio. Todos.

El Niño temblaba.

—¿Y por qué no salimos al callejón de atrás? —Podía oír el miedo en mi voz—. Si salimos por ahí, escapamos seguro.

Ernst negó con la cabeza.

—Estarán vigilándolo. —Hizo un gesto con el cigarrillo—. Marchaos.

Así que nos fuimos.

Atravesamos corriendo el escenario, bajamos la escalera, cruzamos las puertas insonorizadas y salimos por el estrecho pasillo de paredes de ladrillo junto al retrete. El Niño seguía con la trompeta en la mano y casi se la arranco. Pero después pensé: «Mejor que no la vean». No sé.

Tenía la sangre agolpada en la cabeza. Alguien había despegado un panel de escayola alrededor de las cañerías del retrete, justo debajo del grifo, y el Niño se agachó y lo sacó. Encogió los hombros y se deslizó por el agujero hacia la oscuridad. El cuarto del retrete era muy pequeño y no cabíamos todos a la vez, así que esperé en el pasillo muerto de miedo, vigilando la puerta baja que daba al escenario.

—Deprisa —cuchicheé—. ¡Paul! ¡Vamos!

Escuché con atención, pero no oí nada.

—¿Qué pasa, te preocupa estropearte el traje? —le dijo Chip a Paul—. Venga, tío.

Paul pasó por fin y Chip se disponía a hacerlo. Entré y cerré la puerta con mucho cuidado detrás de nosotros sin echar el pestillo.

—Menos mal que no está Fritz aquí —me susurró Chip con medio cuerpo ya en el agujero y un hombro fuera, en una postura un poco ridícula. El vendaje blanco que llevaba en la cabeza brillaba como leche en una habitación a oscuras. Me dirigió una sonrisa asustada.

Le seguí por la abertura.

Había tanto serrín que el aire olía a rancio. Me vino un ataque de tos que logré suprimir. Estábamos en un espacio diminuto, la continuación del almacén de atrezo, debajo del escenario. Había tuberías ensambladas unas con otras y estaba oscuro, así que avancé muy despacio, palpando a tientas con los nudillos desollados. Con una mano cerré el panel a mi espalda. Ahora la oscuridad era total.

Noté una mano caliente en el hombro y oí a Chip contener la respiración. Mis ojos se iban adaptando a la oscuridad y vi unas débiles rendijas de luz que se colaban entre los tablones del escenario. Y entonces algo terrorífico surgió de entre las sombras. Dos ojos idénticos y brillantes como monedas de cobre centelleando en la oscuridad. Se fueron casi tan rápido como habían aparecido.

—*Lady Delilah* —dijo Chip—. Mira que te lo dije, tío. Aquí vive un gato.

—Cállate —susurró Paul—. Coño.

Nuestro aliento llenaba todo el espacio. Transcurrido un instante, escuché unos pasos lentos y pesados sobre el escenario, encima de nuestras cabezas, después el suave arañazo de unos tacones. Quienquiera que fuese se detuvo, como si estuviera inspeccionando la pista de baile.

Levanté la mirada muy, muy despacio en la oscuridad.

Entonces el hombre empezó a hablar, con una voz muy suave, muy tranquila. Era una voz apagada y algo nasal. No logré entender lo que decía.

Después de unos minutos se oyó un golpe fuerte, después otro.

—Ya vale, lo digo en serio —gritó Ernst, furioso.

Hubo otro golpe, el estrépito de la caja de Chip volcándose.

Oímos los pasos alejarse sobre nuestras cabezas, luego volver. El hombre seguía hablando con su voz tranquila y nasal. Y entonces pensé: «Dios, no nos habremos dejado nada en el camerino. Algo que pueda hacer pensar que hemos pasado allí la noche, que cuatro hombres han dormido allí». Tenía que haber algo. Seguro.

Noté la enorme mano de Chip agarrándome el brazo.

Las puertas del pasillo a nuestra espalda se abrieron de golpe y el ruido estaba cada vez más cerca. El camerino. El armario con el atrezo. El antiguo guardarropa. Puerta tras puerta, un golpe detrás de otro. Oímos ruido de botas abriéndose paso a patadas a través de los trastos de la habitación contigua. Hubo un silencio. La puerta

del armario se abrió de golpe.

Ninguno respirábamos.

Oí a alguien entrar. Estuvieron registrando la habitación durante lo que me pareció una eternidad.

El hombre sobre nuestras cabezas seguía diciendo cosas con su voz nasal. Algo sobre permisos, horas de ocupación. No le escuchaba bien.

Quien fuera que estuviera en el retrete respiraba muy suavemente. Se oyó un clic y el ruido de algo cayendo en el lavabo. Un golpecito desde el otro lado de la pared. Después sonó como si el hombre se hubiera subido al retrete y estuviera palpando el techo, levantando los paneles uno a uno. Qué hijo de puta.

El panel debajo del lavabo estaba demasiado a la vista. «Si entra aquí, —pensé—. Si entra aquí...».

Entonces habló en una voz sorprendentemente nítida, era como si lo tuviéramos al lado.

—Mi mujer quiere que te pregunte de dónde has sacado esas manzanas.

Hubo una respuesta ahogada desde el pasillo.

—A las seis —dijo entonces el bota—. No, perdona. A las cinco. Pero mañana no.

Hubo una respuesta larguísima desde el final del pasillo. Me acuclillé en la oscuridad conteniendo la respiración, rezando. Sólo rezando.

Y entonces el hombre salió cerrando la puerta detrás de él. Escuché un ruido en la habitación de al lado.

Estaba llorando sin hacer ruido. Me restregué la cara contra la manga de la camisa, avergonzado. Nunca había pensado que el miedo tuviera sabor. Pero lo tiene. En aquella estrecha oscuridad era algo que llenaba las fosas nasales, espeso como tierra en la garganta y a punto estuve de ahogarme con ello.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí. Las piernas me dolían y las tenía como muertas. Pero allí seguíamos, agazapados sin hacer ruido en aquel sótano. Pasado un rato, Delilah nos dijo que no nos moviéramos, que los botas se habían marchado pero que podían volver. Transcurrió más tiempo. Chip, en cuclillas, cambiaba el peso de una pierna a la otra. El Niño dejó escapar un extraño sonido ahogado y balbuceó una disculpa, avergonzado. Mi mente empezó a divagar.

Por fin escuchamos ajeteo al otro lado de la pared y alguien tiró del panel. Ernst asomó la cabeza.

—Venga, salid —dijo secamente.

Salimos como pudimos, con piernas temblonas y cubiertos de mugre. Nadie hablaba. Yo tenía serrín en el cuello de la camisa, que se me había pegado con el calor y empecé a rascarme fuerte. Ernst nos condujo hacia la salida, escaleras arriba, cruzando el escenario lleno de trastos hasta su despacho. Las mesas de la pista de baile estaban volcadas y la batería, desparramada.

Delilah estaba sentada en el sofá de cuero bajo los ventanales del despacho de Ernst. Tenía las delgadas manos cruzadas sobre el regazo de su falda blanca y su mirada era sombría.

La alfombra estaba cubierta de papeles caídos de cajones vueltos del revés.

—Sentaos —nos dijo Ernst. Cruzó la habitación hasta situarse ante su mesa y se alisó la corbata sobre la pechera de la camisa—. Señores, estamos en un lío.

Ninguno nos sentamos, todavía teníamos calambres en las rodillas.

—¿Es muy grave? —preguntó Paul—. ¿Saben quiénes somos?

—Creen que saben quiénes sois —contestó Ernst.

—Vaya mierda —dijo Chip—. ¿Y se puede saber donde está Fritz? ¿Qué hace?

Ernst se encogió de hombros. Las paredes de su despacho estaban pintadas de granate oscuro y los muebles negros le daban un aire tétrico. Cogió una estilográfica de plata y empezó a tamborilear con ella en la mesa.

—Anoche hice una llamada. A Hamburgo.

Todos levantamos la vista y le miramos. Era tal el silencio que habríamos agradecido oír ratas corriendo dentro de las paredes.

Por fin Chip habló.

—¿A tu padre? ¿Lo dices en serio?

—¿Cómo va a ayudarnos? —preguntó Paul, irritado—. ¿Y por qué iba a hacerlo?

—Estamos metidos en un lío, tío.

—Llevamos meses en un lío.

—No estoy seguro de que vaya a ayudarnos —interrumpió Ernst—. Igual no quiere.

Miré a Delilah, a sus largas piernas cruzadas a la altura de los muslos. Con su falda y su turbante blancos parecía fantasmal, un espectro de otros tiempos.

El Niño salió de la habitación, fue hasta la escalera y volvió a entrar, como si sólo hubiera querido estirar las piernas. Luego apoyó con delicadeza una mano en el marco de la puerta. Parecía angustiado.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó.

Ernst hizo un gesto vago con la pluma.

—Y eso ¿qué quiere decir? —pregunté imitando el gesto de Ernst con mi maltrecha mano.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Quiere decir que todavía estoy esperando. Quiere decir que me volverá a llamar. Igual esta tarde.

Chip hizo una mueca de desagrado.

—O dentro de una semana. O de un mes. Y mientras tanto, ¿qué vamos a hacer? ¿Quedarnos aquí a esperar a que vuelvan los botas?

—Además, incluso si nos ayuda —dijo Paul—, ¿podemos fiarnos de él?

Ernst se pasó una mano pálida como la tiza por el pelo engominado.

—Yo creo que sí.

—De acuerdo —dijo Paul—. Entonces, la pregunta es ¿querrá ayudarnos?

Porque al viejo Von Haselberg le dábamos bastante asco. Uno de los industriales más fríos de la Alemania nazi, comerciaba con hierro, acero, carbón y también con armas. Tenía una especie de imperio en Saarland. Nada de mariconadas blandas como el *jazz*. Sus negocios eran despiadados, él era despiadado, su mundo era despiadado. Había salido adelante durante los años de la inflación comprando maquinaria a granel con dinero prestado que, para cuando llegó el momento de devolverlo, ya había perdido su valor. Se enfrentó a los sindicatos y acabó con privilegios como la jornada laboral de ocho horas. Ernst nos contó que en la época de Weimar le habían dado dos palizas en la calle por ganar dinero manchado de sangre a costa de los pobres. Pero a Von Haselberg aquello le había importado un pimiento.

Éste era el hombre que nos había calificado de degenerados. Y al que ahora necesitábamos. Nosotros, los culpables de que su hijo, un buen hijo, se hubiera echado a perder. Desde aquel día en que Ernst, todavía adolescente, escuchó a Ma Rainey y a Rabbit Brown en casa de su amigo Paul y se enamoró para siempre del *jazz*.

Cada vez que nos lo contaba, a Ernst se le iluminaban los ojos. Cómo había escuchado con la oreja pegada al altavoz, como si aquel *jazz* de alma negra le hablara sólo a él.

—Así que nos vamos —dije.

Chip gruñó.

—A Fritz no le va a hacer ninguna gracia —comentó Paul.

—Lo superará —añadió Ernst.

Lo único que podíamos hacer era esperar.

Después de aquello el club parecía muerto. Yo estaba nervioso y dejaba de hacer aquello que estaba haciendo cada vez que me parecía oír ruidos en la puerta. Paul y el Niño se dedicaron a limpiar el estropicio. A Chip no le vi durante algún tiempo y después su cabeza vendada apareció en el bar para desaparecer otra vez. Pasaban las horas.

Fuera, todavía era verano. Pero dentro del club, con todas las luces apagadas, hacía fresco, casi frío y yo vivía con el abrigo puesto. El escenario estaba en penumbra, los focos estaban al mínimo y las sillas rotas yacían apiladas en las sombras bajo el escenario. El aire apestaba extrañamente a rosas rancias. Mientras subía hacia los hombros del escenario levanté la mirada y vi a Delilah sentada en la zona de tramoya, en el borde de uno de los andamios, mirándome. Nada menos.

Atravesé el escenario sorteando cables e instrumentos tirados por el suelo y trepé por la mohosa escalera de mano. Las costillas me dolían cada vez que subía un peldaño hasta llegar a la plataforma de madera sin barnizar. Delilah me miró y después apartó la vista. Estaba acurrucada contra una barandilla y su cabeza tenía un

aspecto majestuoso, envuelta en un gran turbante dorado cuya tela emitía destellos cada vez que se movía.

—Te has cambiado de sombrero —dije.

Se encogió de hombros con gesto desconsolado.

—¿Estás bien? No nos va a pasar nada, no te preocupes.

—Ernst está asustado. Se le nota.

—Que no, niña. A Ernst nunca le asusta nada, sólo cuando Chip coge el clarinete.

Aunque eso nos asusta a todos, la verdad.

Miró hacia otro lado.

—¿De dónde es?

—¿Quién? —pregunté tontamente. La vi mirar al Niño, que arrastraba un gran baúl hacia uno de los laterales del escenario. Desde aquella altura parecía pequeño, vulnerable—. ¿Hiero? Es de Colonia, me parece.

Se volvió y me miró, estudiándome.

—Pero ¿de dónde ha salido? ¿Apareció de repente, de la nada, sin haber tocado nunca con nadie? ¿Se presentó así, tal cual, como si...?

Como si qué, quise preguntarle, pero no quería oír su respuesta.

Sacudió la cabeza, entrecerrando las pestañas delgadas y oscuras.

—Lou era igual de joven. ¿Dirías que Lou tiene talento? ¿Se le puede llamar talento si surge sin que nadie lo haya alimentado? Yo creo que tiene que haber otra palabra.

Tal y como la pronunciaba, la palabra talento parecía un insulto. Sentí algo amargo y terroso en la garganta y apoyé las arañadas palmas de mis manos en los tablones.

—Paul nos lo trajo —dije pasado un momento—. Paul lo descubrió.

—Nadie descubre a alguien así.

Cambié de postura, incómodo.

—¿Qué hacía en Colonia?

Me encogí de hombros.

—La tía de Paul vivía en el mismo barrio y Paul estaba de visita cuando oyó por la ventana a Hiero tocar. Su tía le dijo algo del tipo «Ay, ese pobre niño, Falk. Es negro», o una cosa parecida. Paul fue directamente a verlo, tal cual estaba, sin ni siquiera ponerse antes los zapatos.

—El pobre niño negro —murmuró Delilah—. Dios. Imagínate si no llega a estar tocando justo en ese momento. —Me miró—. Aunque quizá hubiera terminado abriéndose camino en la música de todas maneras. Alguien con ese don ha nacido para solista, ¿no te parece?

—Hombre, bueno es —dije cauteloso—, pero no estoy seguro de que esté preparado todavía para solista.

Entrecerró sus ojos verdes y elegantes.

—Es el mejor intérprete que he oído desde Lou. Y ésa es la verdad. Seguirá

siendo famoso mucho después de que se hayan olvidado de ti y de mí, Sid.

No lo decía exactamente con pena o con pesar, sólo con una emoción que parecía ir en aumento. Sentí náuseas y me froté las doloridas costillas, mientras miraba al Niño. Estaba sacando una peluca rubia, poniéndosela en la cabeza y contoneándose delante de una pila hecha de restos de disfraces. Hizo una pequeña reverencia, levantó una cadera y después se quitó la peluca y siguió rebuscando.

—¿Y a ti qué te pasa con Hiero? —dije consciente de la acritud en mi tono de voz.

Me miró extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Nada. Sólo que le miras mucho.

—Ah. —Le miró otra vez, pensativa.

—A eso me refería.

Me miró y sonrió distraída.

Lo que de verdad estaba yo pensando era que igual el Niño sabía que Delilah estaba allí arriba y se había puesto a hacer el tonto con aquel baúl en el escenario porque quería que le mirara. El muy hijo de su madre.

—¿Sabes que habla como nosotros? —dije de repente, sin estar seguro de por qué.

No me entendió.

—¿Habla en inglés?

—No, quiero decir su alemán; lo habla con esa mezcla extraña, como nosotros. Con el mismo acento mío y de Chip, imitándolo. Como si no tuviera una forma de hablar propia. Y tocando la trompeta es un poco lo mismo.

Mientras tanto, abajo, el Niño se había puesto mi sombrero y lo ladeaba con un dedo, de manera que le daba aspecto chulesco. Pero ¿qué pintaba con mi sombrero puesto? Después se encogió de hombros, imitándome. Tenía el traje lleno de porquería.

—Te admira mucho —me dijo Delilah con una sonrisa.

—Sí, ya. Supongo que lo que quiere es provocarme.

Delilah negó con la cabeza. Apoyó una mano fría en mi muñeca y un fuerte escalofrío me recorrió el cuerpo. Joder.

—Tú eres buena persona, Sid. Me di cuenta nada más verte. Entiendo por qué Hiero va siempre detrás de ti.

Sentí una presión súbita en el pecho y me puse en pie con brusquedad, casi quitándome su mano de encima.

—¿Sid? —me preguntó sobresaltada.

—Espera —dije—. Es sólo un minuto.

Bajé la escalera desvencijada, corrí hasta el bar y saqué una botella de *checo* de su funda. Me metí dos vasos pequeños en los bolsillos del traje y volví a subir la escalera, sujetando la botella con cuidado con una sola mano.

—Pero ¿qué haces? —preguntó con una sonrisa.

—Es para entrar en calor. —Sonreí y nos serví dos dedos a cada uno—. De donde yo vengo, a esto lo llaman reunión de cosacos.

—No irás a ponerte a bailar, ¿verdad?

—¿Aquí arriba? De eso nada. Por lo menos, no hasta que no hayamos bebido bastante más.

Entrechocamos los vasos. La muñeca donde había apoyado sus dedos todavía me ardía, como escaldada.

—¿Cómo es que estás con Louis Armstrong? —dije.

—No estoy con él, no somos pareja.

—Bueno ya, lo que quiero decir es ¿cómo os conocisteis?

—Ya sé lo que quieres decir. Todos los que nos ven lo piensan.

Empezaba a arderme la cara.

—Lou me descubrió —dijo con un leve gesto de indiferencia—. Bueno, el que me descubrió fue Oliver. Lou fue quien supo lo que había que hacer conmigo. Me enseñó a cantar.

—Lou —dije en voz baja moviendo la cabeza—. ¿De verdad le llamas así?

—Lo que le llamo no se puede contar en público —dijo sonriendo.

Reí un poco.

—Sí, claro, no puedo entender que la gente crea que hay algo entre vosotros. Entonces ¿no eres de Nueva Orleans?

—Soy de Montreal. A Lou lo conocí en Chicago. Antes de él me pasaba los días en Little Burgundy, cantando en bodas y cosas así. En el coro de la iglesia.

—Ya —dije—. Te entiendo. Chip y yo tocábamos en las estaciones de tren. No teníamos instrumentos, así que hacíamos el ruido con la boca. Aunque éramos unos niños.

—Entonces llevas mucho tiempo con él.

—No estoy con él, no somos pareja.

Se rio, suavemente y de forma inesperada. Su risa era un poco como pasear por la ribera de un río entre suaves juncos, como aire que mece algo verde.

—Toda la vida. Crecimos en la misma manzana. Chip fue el que me metió en el jazz.

—Así que es su culpa.

—Es culpable, sí. —Sonreí—. Así que Chicago. ¿Cuándo estuviste en Chicago? Seguro que coincidimos. ¿Estaba Eddie Condon? ¿Y Earl Hines?

—¿Conoces a Eddie?

—Bueno, no en persona —me apresuré a decir—, pero es un músico increíble. Chicago entonces era el colmo del *glamour*, ¿no?

Delilah se rio, burlona.

—No si tienes que dormir en un banco del parque.

—A lo mejor dormimos en bancos contiguos.

—Yo tenía dieciséis años y venía de Montreal, Sid. Dormía escondida entre los arbustos. Preocupadísima por seguir siendo una chica decente. —Rio de nuevo, de manera realmente suave. Me fijé en sus dientes pequeños y torcidos, mientras el deseo crecía en mi interior. Pero ¿qué me estaba pasando? Ella siguió hablando—: Estaba convencida, pero convencidísima, de que sólo tenía que encontrar a King Oliver y que en cuanto me oyera cantar mi carrera despegaría. De que me pasaría un brazo por los hombros y me presentaría a su Creole Jazz Band. Una locura, ¿no?

—Bueno... no tanto.

—Pensaba: «El talento sabe reconocer el talento».

—Eso desde luego.

Se inclinó hacia atrás y me estudió, riendo.

—Mírate. Estás colado por mí, ¿a que sí?

Me puse colorado.

—Te estoy tomando el pelo.

Después me dedicó una sonrisita extraña y apartó la mirada.

—En fin, que yo era muy joven.

Luego su mirada se volvió sobre el Niño, que seguía rebuscando en el baúl. Chip había salido y estaba de pie, en mangas de camisa, cubierto de mugre y manchas y con el cráneo envuelto en un vendaje sucio de sangre. Por Dios bendito. Sacó un vestido de lentejuelas y se lo puso por encima al Niño para ver si era de su talla. Él se echó a reír.

Cuando Chip se volvió, vi la sangre de la noche anterior seca y encostrada en su espalda.

Delilah dijo:

—Una noche estaba en el parque Lincoln y salió Lil Hardin. ¿Conoces a Lil, la pianista de Oliver? Bueno, no importa. Lou perdió la cabeza durante un tiempo y cuando la recuperó se encontró con que se había casado con ella. Pobre Lou. Pero eso fue más tarde. El caso es que la vi salir y de repente me entraron todo tipo de esperanzas, a cual más arrogante. Pensé que igual Oliver seguía dentro. Así que me colé.

—Típico. Chica de provincias de dieciséis años que piensa que su ídolo está dentro de un local y se cuela. Me lo imagino perfectamente.

—Nunca he dicho que fuera tímida. —Sonrió traviesa.

Reí.

—¿Y?

—Pues que estaba allí y, bueno, supongo que le gustó lo que vio. —Se reclinó y dio un sorbo a su bebida haciendo tintinear las pulseras en la muñeca.

La miré durante un momento y después me incliné, negando con la cabeza.

—De eso nada, niña. Tú no te quedas sin contarme el resto.

Se rio, esa risa suya traviesa y líquida.

—Venga, Delilah. ¿Qué le dijiste? —Pronunciar su nombre en voz alta creaba tan

sensación de intimidad, de dulce felicidad, y empecé a sonrojarme de nuevo. Bajé los ojos y cogí una mota de polvo que flotaba en mi bebida.

—¿Quieres saber lo que le dije? —preguntó.

—Venga, cuéntame tu secreto.

—¿De verdad te interesa?

—¿Saber cómo fue el salto a la fama de una chica canadiense? ¿A quién no le interesaría?

—Salto a la fama —murmuró, pero había una nota sombría en su voz—. Vivo en París y en Berlín ni siquiera me conocen.

—A ver, mi niña, aquí vivimos como en una burbuja. No nos enteramos de lo que pasa en el mundo. Eso lo sabes.

De nuevo parecía azorada. Apartó la mirada.

—Sigue —repetí—. Cuéntame qué pasó con King Oliver.

Empezó a sonreír de nuevo, poco a poco, como si estuviera recordando algo ocurrido hace mucho tiempo.

—¿Has visto alguna vez a King Oliver? Quiero decir en persona.

—Una vez estuve en su taxi —dije—. Vamos, que me subí a un taxi que lo había dejado a él una manzana atrás.

Me miró burlona.

—Bueno, pues es un tipo bastante grande. Y bastante fofo, un poco como vuestro Fritz. En cuanto lo tuve de espaldas supe que era él, lo supe sólo por la forma de los hombros. Madre mía, es que estaba gordísimo. Pensé: «Dios, es como un bebé gigante».

»Cuando se dio la vuelta y me vio allí, con mis dieciséis años, se rio y preguntó quién había dejado pasar al bebé. Y mi contestación fue: «Yo diría que has entrado tú solito, calvorota».

Sonreí.

—Me estás tomando el pelo. No me creo que le dijeras eso.

—Huy, pues la cosa se pone aún peor —rio Delilah—. No se ofendió en absoluto. Tiene la piel más dura que un timbal, Oliver. Me preguntó si quería quedarme a comer o a beber algo pero yo le miré muy fijamente y le dije: «Comería algo, pero me parece que ya has acabado con todas las existencias del local».

Negué con la cabeza.

—El músico que estaba allí con él empezó a reír sin parar. Bueno, pues resulta que era Louis. Supongo que la cosa tenía gracia, un mico como yo hablándole así a Oliver. El caso es que Oliver no sabía qué hacer conmigo, pero Lou me llevó con él a su casa, me dio de comer caliente y un sitio donde dormir. Como habría hecho un hermano mayor.

Asintió pensativa y miró de nuevo al Niño. Yo tuve un mal presentimiento.

—Así que es así como se consigue, llegar hasta los peces gordos. —Forcé una sonrisa—. Hablándoles claro. Me parece que a Chip le esperan cosas grandes,

entonces.

—¿A Chip? No lo dudes —dijo riendo.

La miré por el rabillo del ojo. Casi no había tocado el *checo*.

—Siempre me han gustado los clubs después de cerrar —dijo transcurrido un momento.

Asentí.

—Cuando se ha marchado todo el mundo, sí. Chip siempre dice que le parecen solitarios, desahuciados, pero yo creo que es todo lo contrario. Hay en ellos algo de inesperado.

—Sí, la sensación de que puede pasar algo en cualquier momento. De que todo es posible.

Sonrió.

Y entonces me quedé sin pensar bastante rato. Qué guapa era.

—¿Qué hacéis ahí arriba? —nos llamó Chip. Estaba con el Niño y los dos tenían la mano en la frente a modo de visera mientras miraban hacia los bastidores. Delilah los saludó con la mano.

—Escondiéndonos de los botas —dije—. ¿Qué creéis que estamos haciendo?

—Lo que creo es que eso no es lo que estáis haciendo —dijo Chip.

El Niño se echó a reír. Yo los miré, violento, pero Delilah no pareció darse cuenta.

—¿Por qué le llamáis Chip? —preguntó.

—Odia Charles.

—¿Por qué?

—Pues... supongo que le suena a nombre de hijo de predicador.

Se quedó callada un instante.

—¿A qué se dedica su padre?

Sonreí.

—Es predicador. —Alargué la mano y le toqué un tobillo—. ¿Te apetece reírte un rato?

Me miró desconfiada.

Sonreí.

—Hablo en serio. Si quieres reírte un rato pregúntale a Chip qué es la ce de su nombre.

—¿La ce?

—De su nombre. La ce. Pregúntale de qué es.

—Charlie —llamó—. ¿La ce de tu nombre de qué es?

Chip miró hacia arriba con cara de tener dolor de muelas.

—Me llamo Chip, cariño. Chip a secas.

—¿De qué es la ce, Chip?

Negué con la cabeza.

—Nunca le ha dicho a nadie su segundo nombre. Jamás.

—Te estoy oyendo —dijo Chip desde abajo—, no eres invisible. —Y después a Delilah—: Mira, encanto, hay cosas que un hombre tiene que guardarse para sí mismo.

—En mi opinión, muchos harían bien en guardárselo casi todo, si saben lo que les conviene —dije—. Y no voy a añadir nada más.

—Pero ¿tan malo es? —dijo Delilah—. A ver. ¿Clayton?

Chip la miró incrédulo.

—Me cago en diez, lo has adivinado a la primera.

—¿En serio? ¿Es Clayton?

Chip soltó una risotada.

—¿Estás de broma? ¿Te crees que soy de Idaho, niña?

Paul subió al escenario, abrió la tapa del piano y empezó a tocar las teclas muy suavemente mientras nos miraba a Delilah y a mí subidos a las barras de tramoya.

—Le está preguntando a Chip por su segundo nombre —le dije.

—Dile que pruebe con Cecil —dijo, bajando un tono.

—Paul cree que puede ser Cecil —dije—. Aunque yo siempre he pensado que es Chauncey.

—De Chauncey nada, tío, lo sabes perfectamente.

—Cecil —repitió Paul—. Me da que va a ser Cecil.

—Chevrotain —soltó Hiero de pronto, al borde de la carcajada.

Paul tocó una nota desafinada y se detuvo.

—¿Chevrotain? —dijo riendo.

Les hice un gesto con la mano.

—Estáis los dos equivocados. Los padres de Jones no son tan finos. Lo más seguro es que sea Christopher. O Curtis.

—¿Y Carolina? —preguntó Delilah—. ¿O Cristina?

Chip la miró, inexpresivo.

—Ésos son nombres de mujer.

Delilah sonrió y le guiñó un ojo.

—Vale, muy bien —dijo Chip—. Se acabó, fin de la historia. Ni siquiera os habéis acercado. Y tú menos que nadie, encanto.

—¿Chloe? —dijo Delilah.

Chip resopló, negando con la cabeza.

—Chloe —musitó—. Chloe. Tiene narices la cosa.

Delilah le regaló a Hiero una sonrisa cómplice y entonces yo reí y me acerqué un poco a ella, empujándola levemente con el hombro. Como para coquetear.

Me miró acercando su cara a la mía. No había en su expresión enfado, odio o precaución, ninguna de las razones por las que una mujer se suele cerrar en banda. No, era algo más impersonal, más seco. Simple falta de interés. Como si estuviera deseando que me largara para que el Niño pudiera subir corriendo a ocupar mi sitio.

Sonreí y aparté la mirada, dolido. Me estaba mordiendo la boca por dentro tan

fuerte que notaba el sabor a sangre.

Al día siguiente deambulaba por el club buscando a Ernst cuando Chip y Paul me llamaron desde el bar. Estaban sentados en las banquetas altas con los brazos cruzados y jugando una mano de póquer del hombre muerto mientras se ventilaban una botella de *checo*.

Chip me sonrió, borracho.

—Eso es, tío, siéntate un minuto.

—Estoy ocupado, Chip.

—Tenemos que hablar.

—Seis de corazones —dijo Paul frunciendo el ceño—. ¿O es un nueve? —Giró la mugrienta carta en varios sentidos mirándola con cara de tonto—. Bueno, digamos que es un nueve.

—Estamos con espadas —dijo Chip—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Paul sirvió otro dedo de licor en el vaso de Chip.

—Tienes que beber lo mismo que yo, si no, no hay juego.

Se remangó los puños de la camisa hasta los antebrazos; las manchas en el cuello y los puños eran de color amarillo pálido.

Sin ropa para cambiarnos, todos empezábamos a tener un aspecto marchito, caduco, como fruta podrida. Chip se restregaba la suya todas las noches en el lavabo, pero la sangre seca no salía y Paul tenía un descosido en uno de los hombros. Nos afeitábamos todos con una misma navaja y teníamos la cara llena de cortes. Por si todo eso fuera poco, en el club hacía un frío insoportable. Era pleno verano y nosotros estábamos helados y atrapados allí dentro.

Paul enseñó su mano.

—Aquí está, pero no seas demasiado cruel.

Chip sonrió.

—Diez segundos en el catre, dos horas de penitencia.

—¿Por qué no juega Sid? Siempre tiene muy buena mano.

—Muy gracioso —dije negando con la cabeza—. Paso.

—Llevas pasando desde el día que naciste, amigo mío —dijo Chip frotándose con cuidado los dientes delanteros con la lengua. La hinchazón de los carrillos le empezaba a bajar, pero aún parecían rellenos de algodón—. Estoy de broma. Venga, ya lo sabes.

—Está de broma, Sid —dijo Paul mientras me servía un vaso y lo deslizaba por la barra en mi dirección—. Anda, siéntate.

Chip se rio.

—¿Sabes cuál es tu problema, tío? Que eres un tonto de categoría. Mirando al Niño como si fueras a asesinarlo cuando esté dormido.

—¿De qué estás hablando?

—De que parece que le quieres matar y sólo por esa loba, por ese cazo.

Paul sonrió.

—No pasa nada, Sid. Que no te dé vergüenza.

—¿Cómo no le va a dar vergüenza con el numerito que está montando? —Pero la cara Chip reflejaba inquietud y me conmovió un poco verlo preocupado—. Mira, vemos lo que está pasando, Sid, y estás a punto de recibir la patada. Te van a rechazar, amigo.

—No se hacen así las cosas —convino Paul pasándose un dedo por el bigote mientras revisaba sus cartas—. ¿A qué vamos? ¿A espadas?

—Corazones.

Paul arrugó el ceño.

—¿Quieres conseguirla? —dijo Chip—. Pero ¿de verdad? Pues primero tienes que quitarte al Niño de en medio. Pero no como un colegial, sino como un hombre.

—Sé un hombre, Sid —murmuró Paul sin prestar demasiada atención—. ¿Estáis seguros de que no vamos a espadas?

—Corazones.

Fruncí el ceño.

—Sí, claro.

—¿Te vas a sentar o no?

Me senté.

—Te lo digo en serio, Sid. No te puedes quedar ahí haciendo pucheros como un niño que ha perdido el autobús. No puedes dejar que ella te vea así, tienes que ser más sutil. A ver, cada cosa que haga el Niño, tú tienes que superarla. Conseguir que se olvide de él antes de que haya terminado de camelársela. Pero tienes que hacerlo como quien no quiere la cosa, que no se note lo que intentas. Con estilo, tío.

Noté que me invadía de nuevo el viejo malestar. Porque lo del Niño con Delilah resultaba algo perverso, la verdad, y sin embargo yo también lo había sospechado. Suspiré.

—¿No me estás sugiriendo en serio que me pelee con un niño de diecinueve años por una mujer de veintinueve?

Chip se encogió de hombros.

—Aquí el amigo Paul rompió dos matrimonios antes de cumplir los dieciséis.

—Eran mujeres muy jóvenes —dijo Paul con una ancha sonrisa, pero no parecía muy centrado. Cogió su vaso.

—Ahí lo tienes. Y Delilah no es joven.

Moví la cabeza y los miré, furibundo. Después me bebí el *checo* de un trago y, tras un escalofrío, me di la vuelta para irme.

—Estáis los dos como cabras. A Delilah no le interesa el Niño para nada, ni de broma. Si siente algo por él, es cariño fraternal.

—He visto cosas muy sucias en la vida, amigo mío —dijo Chip con un silbido—. Y ésta es sólo la guinda.

—Ten cuidado con lo que dices, sobre todo cuando estés hablando de ella.

—Tranquilo —dijo Paul con una sonrisa despreocupada—. Mucha tranquilidad, Sid.

Chip se echó a reír.

—No te pongas en plan austrohúngaro con nosotros, tío. Ni que fueras un mojigato, venga ya. A ver, esta chica no es caviar, pero cada uno tiene sus preferencias en cuanto a especias. A ti te gusta la pimienta normal y corriente. Pues muy bien.

—La pimienta no tiene nada de malo —estuvo de acuerdo Paul.

—Es negra —dijo Chip.

—Y pica.

—Eso mismo, tío. Eso mismo.

Me incliné para mirarlos mejor a los dos y vi las venillas rojas brillando en los ojos llorosos de Chip.

—Madre mía, ¿cuánto habéis bebido vosotros dos?

—Casi nada —respondió Chip como ofendido por la pregunta.

—Casi ni hemos tocado la botella —dijo Paul.

—Por lo menos ésta.

Paul rio largamente y con una risa extraña. Cuando enseñó sus cartas los hombros le temblaban un poco. Chip echó un vistazo a la mano que llevaba.

Aparté la botella.

—Por Dios, tíos. Ernst quiere que toquemos con Delilah en algún momento del año que viene. ¿Creéis que para entonces estaréis sobrios?

Chip se inclinó hacia delante.

—¿Cómo vamos a tocar sin Fritz?

—No podemos tocar sin Fritz —asintió Paul y siguió asintiendo con la cabeza.

Los miré. Paul sostenía la segunda botella de *checo* a la altura de la rodilla y estaba rellenando su vaso y el de Chip a escondidas. Me limité a negar con la cabeza.

—El día en que haga caso de los consejos de tíos así de cocidos será el día que cuelgue las espuelas.

—Va a colgar las espuelas —dijo Paul sonriendo.

—Se acabó el cabalgar para Sid —comentó Chip—. ¿Nos vas a servir otro dedo? Sírvete a Sid también.

—No pienso tocarlo —dije.

Chip me miró con una mueca trágica.

—Vamos a ver, tienes aquí sentado al auténtico genio de Berlín en asuntos de mujeres ¿y no le vas a preguntar nada?

Miré a Paul, con la cabeza inclinada, balanceándola de un lado a otro y pensé: «Vamos a ver, tampoco tengo nada que perder».

—Vale —dije—. Ahora en serio. ¿Cómo lo haces, Paul? ¿Cómo consigues que se enamoren de ti?

—Primero tienes que beber, tío —dijo Chip.

Fruncí el ceño, pero cogí el vaso y me lo bebí de un trago. Después lo apoyé con fuerza en la barra.

Chip me ovacionó con un silbido.

—Así me gusta. Como lo hacemos en Baltimore, o todos o ninguno.

Me dio una palmada en la espalda.

Tosí, tapándome la boca con la mano.

—Entonces, a ver, ¿cuál es tu secreto, Paul?

Éste arqueó una ceja algo temblona.

—No hay secreto. Tienes que dejar que vengan ellas a ti, a una mujer no le gusta que la atosiguen.

—También ayuda ser un adonis, claro —sonrió Chip.

Paul se encogió de hombros, riendo.

—Estáis majaras, los dos. —Pero yo tampoco podía evitar sonreír un poco. Era por el licor, supongo, que me corroía el hígado—. Yo no soy ningún adonis, tío.

—En eso tiene razón.

—Puede —admitió Paul. Se aclaró la garganta y levantó la mirada, como si de repente se diera cuenta de que estaba sentado en un bar oscuro en un club cerrado a cal y canto y de que llevaba dos días sin cambiarse de camisa. Se pasó el dedo pulgar bajo los ojos hinchados—. Vale —dijo—, vamos a ver. Lo primero que tienes que comprender es que las mujeres no siguen ninguna lógica. Ninguna. Si están enfadadas contigo, entonces quiere decir que les interesas. O a lo mejor no. Si te ignoran, significa que no les interesas. O a lo mejor sí.

Asentí parpadeando.

—Vale. No tienen lógica. Entendido.

Chip me sirvió dos dedos más.

—Y tienes que hacer que se sientan especiales.

—Eso desde luego —dijo Paul—. Tienen que pensar que las escuchas, que quieres conocer a la mujer que hay en su interior.

—Y les tienes que comprar cosas, tío. A las mujeres les gustan los regalos. ¿Has conocido alguna vez a alguna a la que no le gusten los regalos?

Paul asintió.

—Les gustan los regalos, eso es verdad.

—Tienes que conseguir que piense en ti antes de que empiece a pensar en el Niño. Ése es el quid.

—Ése es el quid —añadió Paul con expresión sabia—. Sí señor. ¿A quién le toca?

—Pasa la botella, tío.

—Creo que me toca a mí. ¿Me toca a mí?

Pero yo apenas los escuchaba. Porque Hiero acababa de salir de detrás de las pesadas cortinas rojas del fondo del escenario con el lado izquierdo de sus rizos aplastado, como si hubiera estado durmiendo. Llevaba la trompeta colgando del dedo

índice, brillando como una joya fuera de lugar.

Y detrás de él salió Delilah, joder. Se reía, bromeaba y pestañeaba como una tonta, como si no se hubiera dado cuenta de que estábamos allí sentados. El Niño torció una de las comisuras de la boca, como si le hubiera dado un calambre en la barbilla, como si estuviera avergonzado. Después pegó los labios a la trompeta y tocó un do sobreagudo, descendiendo por la escala nota a nota hasta llegar abajo del todo. Su música era tan caliente que al escucharla te ardían las orejas.

Se detuvo, se llevó una mano a los ojos y nos miró.

—¿Qué hacéis ahí?

Paul se echó a reír.

—Nada interesante.

—Estamos hablando de ti —dijo Chip con una sonrisa mal disimulada.

Yo me puse colorado.

Estaba mirando a Delilah, allí subida en el escenario. Llevaba el mismo turbante dorado del día anterior y las lentejuelas de los pliegues brillaban como un millón de ojos.

—Qué cosa más bonita —dije—. Parece una reina.

—Más bien una echadora de cartas —dijo Chip.

—De malas cartas —dijo Paul riendo en silencio.

—Estáis locos los dos. Está preciosa.

Chip me miró con compasión.

—Parece que lleva una pila de basura en la cabeza, tío. ¿Te crees que se pone eso porque le gusta?

Pestañeé.

—¿Cómo?

—¿No reconoces la tela?

Los destellos color bronce, las lentejuelas que centelleaban... Entonces me acordé. La cortina raída de la ventana del camerino. Traté de simular indiferencia, pero estaba tan decepcionado, tan irritado que mis mejillas se negaban a sonreír.

—Entonces, ¿qué? —musité—. ¿Nos hemos quedado sin cortina?

—El Niño ha clavado un trozo de lona —dijo Paul sonriendo—. Es mejor, deja pasar menos luz.

Chip eructó. Dos veces.

Mientras yo no miraba me había echado los posos de la botella en el vaso, esa arenilla horrible que se te agarra a la garganta como el lodo de un pantano, y me dieron arcadas, escupí dentro del vaso. Chip silbó.

—Ánimo, tío —sonrió—, hasta el fondo.

Veía doble. Tanto que me parecía que me iba a quedar ciego. Dios santo.

El Niño seguía con sus gañidos, dale que te pego subiendo y bajando escalas, una y otra vez. Te daba escalofríos. Cerré los ojos, los abrí. Las paredes parecían moverse muy, muy despacio.

Chip gruñó.

—Voy al retrete. No toquéis mis cartas.

Paul ni se movió.

Delilah se agachó y se quitó los zapatos de tacón. Se quedó descalza sobre el escenario y me asombró lo pequeña que era. Como un niño, pensé amargamente.

—Tengo que hablar contigo —me dijo Paul con tono de misterio. Levanté la cara y sus ojos me parecieron muy claros, muy pálidos—. Sid. Oye, Sid.

—Te escucho.

—Necesito ayuda.

—Y que lo digas. Chip también.

Negó con la cabeza.

—No. Hablo en serio, necesito ayuda.

—Ya te lo he dicho —dije inclinándome hacia él para dar más énfasis a cada palabra—. Inge, Inge, no Marta. Marta no es mi tipo.

—Me olvidé una cosa en el apartamento —murmuró—, algo sin lo que no puedo estar. Y no puedo ir, pero tampoco se lo puedo pedir a nadie.

—Pídeselo a Hiero. Hiero hace los sueños realidad.

Le miré furioso mientras seguía con sus escalas, Delilah tenía la espalda apoyada en el piano y le miraba trabajar.

Paul parecía confuso.

—¿A Hiero?

Estaba pensando en el consejo que me habían dado, en lo que puede regalarle un hombre a una mujer que la vuelva loca. Porque desde luego, lo que no iba a darle era un trapo para la cabeza. Tenía que ser un regalo que significara algo.

—¿Me estás escuchando, Sid? ¿Sid?

Mi mente se abrió paso entre la bruma de la borrachera.

—Te has olvidado algo en el apartamento —asentí—. ¿Y qué has dicho que era?

Paul agachó la cabeza. Yo sabía que no me había dicho lo que era.

—Si es tan importante —dije— pídele a Delilah que vaya a buscarlo. Ella todavía puede salir. Pero si te da vergüenza que lo vea una mujer, entonces a Ernst. ¿Cuál es el problema?

Paul asentía muy despacio pero su expresión era tensa, no estaba convencido. No le había preguntado por qué no iba él mismo, rubio y con ojos azules... Tenía miedo, eso era lo que le pasaba. No estaba seguro de por qué Paul había sacado el tema y entonces lo entendí.

—A ver —dije—. ¿Quieres que vaya yo a buscarlo? Si quieres que vaya, voy. Pero dime qué tengo que buscar.

Su cara se iluminó de alivio, pero inmediatamente volvió a ponerse serio. Empezó a mover la cabeza, despacio.

—No, Sid. No puedo pedirte que vayas.

Pero apoyó una mano en mi hombro y me miró largo rato.

—Entonces pídeselo a Delilah. Seguro que no le importa pasarse por el apartamento —pero por el gesto de sus labios, con las comisuras hundidas, supe que no se lo iba a pedir. Paul tenía su propia coraza y no había manera de atravesarla—. ¿No es demasiado fino? Aquí hace bastante frío.

Paul ladeó la cabeza como para aclararse las ideas.

—¿Qué?

—El abrigo de Delilah —dije—. ¿Crees que le abriga lo suficiente? Ha venido de París, y allí es verano, pero me parece demasiado fino. Tiene que estar congelándose.

Paul tenía los hombros hundidos.

—No sé. Puede. A cualquiera le viene bien un abrigo nuevo.

Asentí convencido.

—Eso creo yo.

Fue entonces cuando Hiero, subido al escenario, rompió a tocar una melodía tan nueva que al principio no lo reconocí. Pero sí, sí la conocía. Era *Empty Bed Blues*. Estaba tocando el blues de la cama vacía, pero de una manera tan naïf que parecía otra canción. Su versión era coqueta, casi se podría decir que femenina y hacía pequeñas pausas en las partes en que tenía que entrar la voz del cantante.

Delilah parecía sorprendida, hechizada y con la boca entreabierta. Dio unos pasos perezosos hacia delante con sus pequeños pies descalzos. Después miró a Hiero y levantó los brazos, acercando los hombros a las orejas.

When my bed get empty, make me feel awful mean and blue, gimió. *When my bed get empty, make me feel awful mean and blue. My springs are getting rusty, sleepin single like I do.*^[1]

Paul me sonrió.

Por Dios bendito. Aquella voz vibraba como un músculo. Era grave y con personalidad, con el temblor propio de algo que se prepara para tomar impulso. *When you get good lovin, never go and spread the news. Yes, he'll double cross you, and leave you with these empty bed blues.*^[2]

Jugaba con el hilo de su voz acariciando las cuerdas, atacándolas con fuerza, ciñéndolas juntas. Después las soltaba al aire, altas, como notas de trompeta. Pero su voz tenía alma de marinero, era ruda y masculina; sus graves, graznidos amargos llenos de turbia pena.

Oírlos a los dos, a Delilah y al Niño, me llenó de una extraña energía, una sensación peculiar de estar sin rumbo. No era por el alcohol. Quiero decir, no era sólo por el alcohol. Me sentía exprimido, con la garganta seca, como si me hubieran sacado todo el jugo. Entonces el Niño bajó la trompeta y sonrió a Delilah con timidez. Ella se limitó a mirarlo, sin moverse, emitiendo un resplandor exquisito. Pensé: «No puedo dejar escapar algo así. De ninguna manera».

Entonces noté que alguien me miraba y me volví. Chip estaba en el borde de la pista de baile con los ojos fijos en mí. Me miraba con reprobación, moviendo la cabeza.

El techo daba vueltas. Paul me puso una mano en el hombro.

—Pues sí que vas cargado, tío —dijo sonriendo.

—Como un rifle —murmuré.

Una noche y un día después seguíamos borrachos.

En cuanto a Delilah, había resultado ser un auténtico terremoto. Ninguno estábamos preparados para su extraño sentido del halago, sus ristas de insultos provocadores ni para la forma entre despreocupada y distraída que tenía de dar su opinión. Por no hablar de su desconcertante costumbre de poner fin a las conversaciones de repente, levantándose en medio de una frase y saliendo de la habitación. Nos tenía de lo más intrigados. Por mucho que Chip protestara diciendo que era una pelma, más aburrida que la pimienta negra, se les veía a todos en la cara cómo volvían la cabeza cada vez que se abría una puerta con la esperanza de que fuera ella.

Así que cuando Chip se subió al escenario, tambaleándose pero sólo un poco y empezó a hacer el tonto con la batería supe que estaba mirando a Delilah, por lo menos por el rabillo del ojo.

—No cantas tan mal como yo pensaba —le dijo sonriendo—. Lo digo por lo de anoche.

—Pero bueno, Charlie, me voy a poner colorada y todo.

—Charlie es un nombre de caballo —gruñó Chip. A continuación eructó y sonrió orgulloso.

Ernst se subió al escenario también con el clarinete.

—Chip, eres todo un caballero. La finura personificada. —Estaba en mangas de camisa y con el nudo de la corbata flojo—. ¿Alguien sabe algo de Fritz? ¿Alguna noticia?

El Niño se encogió de hombros.

Delilah estaba apoyada contra la pared de ladrillo visto, acariciando con el dedo pulgar el primer botón de su vestido y con una leve sonrisa en los labios. Madre mía. Ya sé que no pretendía parecer *sexy*, que no estaba intentando seducir a nadie, que no tengo excusa. Pero cuando se volvió de repente y me vio allí de pie, al borde de la pista de baile, tuve que agachar la cabeza y la cara me ardía.

—Hola, Sid —dijo.

—Hola —dije tratando de aparentar que estaba sobrio, estudiando las puntas de mis zapatos bicolor como si tuvieran una mancha e hiciera falta cepillarlos.

Rio y bajó la mano.

Entonces vi algo oscuro y grande salir de uno de los laterales del escenario, cruzar por debajo del tambor sobre el que estaba apoyado Chip, deslizarse bajo el piano y avanzar hacia Delilah. Agité un brazo y le grité para avisarla.

—¡Delilah!

Todos se quedaron quietos, mirándome como si estuviera loco.

La cosa oscura y peluda se enroscó alrededor de las piernas de Delilah y ésta se agachó de manera que el vestido se le levantó hasta los muslos. Con los ojos todavía fijos en mí cogió la cosa en brazos. Ésta empezó a emitir maullidos agudos y quejumbrosos. Era un gato.

—Me parece que alguien ha bebido demasiado —dijo Chip en un falso susurro.

Paul se llevó el pulgar a la boca haciendo como que era una botella.

—Rápido, que alguien esconda la colonia —dijo Chip.

Me ruboricé hasta las orejas.

Era un gato desgreñado, de ojos salvajes y aspecto de estar loco, con una elegante mata de pelo blanco y negro en el lomo, cerca de la cabeza. Delilah levantó a aquel bichoapestoso en el aire y le miró a los ojos.

—Hola, *Lilah* —murmuró—. ¿Cómo estás? ¿Cómo estás? —dijo entre risas.

—Es un gato —dije asombrado.

—Bueno, eso dice ella —Paul sonrió—, pero yo no estoy convencido.

Tropezó con un cable y se echó a reír.

Yo sacudí la cabeza.

—La madre de Dios. Pero ¿se puede saber de dónde ha salido ese bicho asqueroso?

—De París —dijo Chip—, aunque dice que nació en Montreal.

—Pórtate bien —le dijo Ernst en inglés.

Al oír aquello, Delilah levantó la mirada.

—Más os vale no reiros de ella, —su sonrisa era desafiante—. Es una gata guerrera. ¿A que sí, cariño?

—*Lady Delilah II* —dijo Chip riendo—. Sólo come cosas que sean más pequeñas que ella, así que Hiero, ándate con cuidado.

—¿*Lady Delilah*? —repetí—. ¿Y ha salido de detrás de la pared?

El gato maulló y se escabulló de los brazos de Delilah hasta aterrizar suavemente en el suelo. Todos reímos. Yo me puse todavía más colorado y pensé: «A nadie le ha sorprendido esto, es como si ya lo supieran».

El gato corrió hasta Chip y saltó a su regazo. Éste se puso de pie a toda prisa haciéndolo caer en el suelo de tablas.

—Le gustas, Charlie —comentó Delilah riendo.

—Es Chip, encanto.

Pero la gata ronroneaba mientras se abría camino hacia los tambores y se restregaba contra los tobillos de Chip.

—Quitadme esta cosa asquerosa de encima —ladró éste—. Seguro que tiene una enfermedad contagiosa.

—Claro, por eso le gustas tú —dijo Delilah.

Ernst rio.

En cuanto a Chip, me miró con cara de pocos amigos. Movié los ojos despacio de

una esquina a otra y a continuación negó con la cabeza.

Y el Niño... Hiero estaba en uno de los laterales del escenario con expresión de felicidad.

Así que había sido él. Él le había dado el gato a Delilah y yo no me había enterado de lo que había entre aquellos dos. El Niño era tan joven...

Me sentí incómodo y falto de determinación. Era imposible competir con aquello. Imposible. Pero tenía que intentarlo por lo menos. Pensé en los consejos de Paul.

Delilah se sentó en el borde del escenario cruzando una de sus largas piernas sobre la otra mientras abría una lata de sardinas. ¿De dónde habría salido esa lata?, me pregunté. *Lady Delilah II* se bajó del tambor de Chip y fue corriendo hasta ella.

—Sid —me llamó Ernst—. ¿Vienes?

Le sonreí débilmente y eché a andar en zigzag, agarrándome al escenario con una mano, intentando disimular lo borracho que estaba. Me pasé la lengua por los labios. Todavía no tenía decidido lo que iba a decir.

Delilah me miró cuando me acercaba.

—¿Sid? —Parecía preocupada—. ¿Estás bien?

Sus pies desnudos colgaban delante de mí. Levanté la mirada. Oír mi nombre de sus labios me hizo esbozar una sonrisa perezosa.

—Estoy muy bien —dije pensando que mi voz sonaba algo chillona, así que carraspeé para bajar un tono—. Estoy muy bien. —Así estaba mejor. Entonces me acordé de lo que había pensado decir e intenté poner cara seria—. Pero un poco preocupado por ti.

Me sonrió sin convicción y miró nerviosa a su alrededor.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Debes de tener frío. —Hablabas como si tuviera la boca llena de trapos mojados.

Frunció el ceño.

—Es verano, Sid. Estoy bien.

Desde lo más profundo de mi alcoholizado cerebro intenté descifrar lo que quería decirme. No, sabía lo que quería decirme, pero no se me ocurría otra manera de empezar la conversación, quiero decir, de decirlo de manera que sonara aceptable a oídos de una dama y no en ese lenguaje barriobajero que todos hablamos en sueños.

Pero lo intenté:

—¿No estás un poco frígida?

Y según lo decía me daba cuenta de que me estaba equivocando.

Oí carcajadas procedentes del escenario. Chip temblaba de risa, se acercó a los demás y les dijo algo. Hubo risas ahogadas y todos me miraron, incluso Hiero, con su risa aguda que más parecía hipo que otra cosa. A pesar de mi aturdimiento, sentí una punzada de pánico. Estaba lo que se dice como una verdadera cuba.

Miré desesperado a Delilah, que se había puesto colorada como un tomate.

Al notar que se escapaba mi momento, solté:

—Quiero que te quedes mi abrigo, Delilah.

Hice ademán de quitármelo y dárselo. Pero, ay, el *checo*. Tenía los brazos como caucho y se enredaban en las mangas, así que me quedé allí forcejeando torpemente, haciendo movimientos espasmódicos cortos y violentos para liberarme como si fuera el cretino más grande que jamás ha pisado la faz de la tierra.

Me eché a reír. Fue una risa extraña, fruto del pánico y aunque todos los demás se rieron también me dije: «Sid, ¿qué estás haciendo, idiota? Para ya. Ya».

—¿Sid? —dijo Delilah, confusa—. Sid, ¿estás bien?

Chip casi se cae del taburete de tanto como se reía, y el Niño se sujetaba los costados, atragantándose con sus carcajadas mientras que yo seguía, incapaz de liberarme. Entonces noté una mano fría en mi hombro. Era Delilah, ayudándome a meter el brazo otra vez por la manga.

—Sólo quería regalarte algo —dije con voz pastosa.

—Eso seguro, tío —gritó Chip.

Y Delilah, madre mía. Prácticamente tenía la cara verde de la vergüenza.

—Te agradezco tu preocupación, Sid —dijo con gran dignidad—. No tengo frío, pero gracias.

Y tras coger su abrigo y sus guantes de piel, su lata de pescado y su gato pulgoso, saludó con la cabeza a los chicos —el saludo a Ernst fue más solemne y prolongado— y abandonó el escenario.

Me quedé allí mientras una vaga oleada de vergüenza me invadía. Y cuando digo vaga me refiero a una pared de agua arrasando un pueblo y aniquilándolo todo. Tenía una leve sensación de nada, estaba aturdido, con la sensación de que todo a mi alrededor se desarrollaba bajo el agua.

Y los chicos seguían riendo, tanto que se iban a mear en los pantalones. Incluso Ernst sonreía y movía la cabeza como si no creyera lo que acababa de presenciar.

—Sid, tío —dijo Chip recuperando el aliento—. No tienes desperdicio, te lo digo en serio.

—Bueno, vale ya —manifestó Ernst, pero seguía teniendo los ojos húmedos de risa—. ¿Dónde está Fritz? ¿Alguien sabe algo de él?

—¿Vamos a tocar aunque se haya marchado Delilah? —preguntó Chip.

Yo hice ademán de abandonar la pista de baile, pero las piernas no me obedecían. Me desplomé sobre una de las mesas situadas frente a los focos.

—Por Dios bendito —dijo Ernst—. ¿Qué es lo que os habéis bebido?

Paul se puso serio de repente.

—No mucho —dijo articulando las palabras con cuidado.

Entonces, Chip se tropezó con el bombo y dio un respingo, mirando al suelo como si aquello hubiera sido un acto voluntario. Después miró a Paul y soltó una carcajada.

Estaba tan humillado que tenía ganas de vomitar. En mi cabeza no hacía más que oír la risa con hipo de Hiero. El muy cabrón.

Estaban tocando de la forma más chapucera posible. Paul entraba siempre a destiempo y sonreía encantado a Ernst cada vez que éste le hacía una señal con la cabeza. Chip, borracho como estaba, sonaba tan bien como siempre, acariciando los parches con total seguridad. Me quedé un buen rato sentado en aquella mesa, enfermo. Después me levanté y fui tambaleándome entre bastidores.

Delilah salía del camerino justo cuando yo bajaba la escalera y cruzaba las puertas insonorizadas. Al ver que era yo, dejó de sonreír un poco. Pero no me dio una bofetada ni me puso mala cara ni nada, lo que interpreté como una buena señal.

—Escucha, perdóname por lo de antes —le dije apretando fuerte el sombrero delante de mí con las dos manos. Me temblaban un poco los brazos y traté de disimularlo moviéndolos—. No estaba bien de la cabeza. No quería decir lo que dije. Si...

—Si de verdad pensara que eres frígida no seguiría intentando meterse en la cama contigo —dijo Paul, aparecido allí como por ensalmo. Nos saludó llevándose una mano al sombrero y continuó su camino.

Ay, el silencio. Se podía masticar. Me quedé allí tragando saliva sin saber adónde mirar y pensando solo: «Ni se te ocurra mirarla a la cara». Bajé la mirada, pero entonces me di cuenta de que tenía los ojos a la altura de sus pechos, así que di un respingo y miré hacia arriba de nuevo.

Parecía muy incómoda y sonreía de manera tan forzada que pensé que se le iba a romper la cara.

—Vale —dijo con un rápido gesto de cabeza—. Sí, muy bien entonces.

Giró algo insegura sobre sus talones y echó a andar con determinación en dirección opuesta a donde estaba yo. Lo único que había allí era el armario con las cosas de atrezo.

Ni siquiera enfermo es la palabra adecuada. Humillado, avergonzado, abochornado... la sensación era tan intensa que ni siquiera era capaz de definirla. Y encima atrapado en aquel puñetero club. Dios.

La noche siguiente fui hasta el camerino en busca de algo, cualquier cosa, que me ayudara a calmar mi inquietud. Chip estaba sentado mirando pensativo a la pared como si esperara que apareciera en ella algo pintado por arte de magia. *Lady Delilah II* estaba hecha un ovillo en su regazo, ronroneando feliz.

La miró con desagrado.

—Esta gata fea y sarnosa de las narices... —dijo con el ceño fruncido. Parecía seguir borracho.

Me senté a su lado.

—¿Sigue con la ventanilla cerrada? —dijo—. A quién se le ocurre, ponerte a cortejar a una mujer con semejante curda encima. Nunca hay que hacer esas cosas borracho, tío. Estás majara. —Movi6 la cabeza—. Menudo idiota, decirle a la mujer con la que quieres pecar que es frígida.

Levanté un poco los hombros y los dejé caer con un suspiro. Tenía razón. Tenía que controlarme y pensar mejor en cómo haría para seducirla.

—Con las mujeres no se puede ir de listo, no señor. —Levantó la gata de su regazo pero ésta se aferró con las uñas a su traje, así que volvió a ponerla donde estaba. No se le había ido todavía el olor a *checo*, que se desprendía de su aliento a vaharadas—. Pero no pasa nada, ahora por lo menos tienes una ventaja. Ahora tienes que hacerte el contrito, tío. A las mujeres eso las vuelve locas.

Le miré con cara de pocos amigos.

—Mira, Chip, si quisiera tus consejos te los pediría.

—Te estoy hablando en serio, tío. Sube ahí ahora mismo y dile cuánto lo sientes. Funcionará, vas a ver.

Estudí su rostro bajo las feas luces amarillentas de los focos. La luz se concentraba extrañamente en sus labios de ostra y daba la impresión de que me miraba con lascivia.

—¿Está aquí?

—Pero ¿tú dónde te has metido, tío? Lleva arriba una hora. —Rio—. En el despacho de Ernst. Y está so-la, tío.

—¿Y el Niño?

Chip se encogió de hombros.

Mierda, mierda, mierda. Me levanté como quien no quiere la cosa girando el sombrero en los dedos y después salí al pasillo haciéndome el distraído. Pero lo que estaba pensando era: «Voy a hablar claro, que se entere de una vez de lo que pienso y luego que sea lo que tenga que ser».

Ernst había arrastrado una de las sillas hasta el escenario y estaba sentado solo, tocando el clarinete muy bajito. Cuando pasé junto a él ni siquiera me miró, y el instrumento brilló como el filo de un cuchillo. El local estaba oscuro, pero en el despacho de Ernst había luz. Pasé entre las mesas y subí la estrechas escalera. La puerta estaba abierta pero de todas maneras me detuve un momento entre las sombras y toqué en el marco.

Delilah estaba de pie con su vestido de seda azul, sujetaba con las dos manos el turbante dorado y la tela se deslizaba como barro líquido sobre una de sus orejas. De la carne prieta de las axilas salían pelos negros como costras.

—Sidney —dijo volviéndose a mirarme—, qué sorpresa.

—He venido a disculparme. —No la miré a la cara por miedo a irritarla. Pero el silencio era una puñalada. Levanté la vista y me di cuenta de que me miraba, esperando—. No tengo nada para regalarte —dije.

Se quedó un momento mirándome sin comprender.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

—Porque ya he tenido bastante por hoy contigo.

Carraspeé incómodo.

—¿Qué quieres, Sid?

Algo en su pregunta sonaba frágil, vulnerable.

Hice ademán de cogerle la mano, pero se inclinó bruscamente colocándose el turbante dorado. Dejó caer las manos a la altura de los muslos. Yo no fui tan tonto como para intentar acercarme otra vez.

—No tengo nada que regalarte, Delilah —dije con voz queda—, pero ojalá lo tuviera, te lo digo en serio.

Me ardía la cara al oírme a mí mismo hablar así. Nunca le había hablado así a una mujer, ni siquiera en mis primeras citas. Y la belleza, la inteligencia, la pureza del rostro de Delilah, era como si el dolor y la felicidad hubieran dejado su huella en él. Dios.

Se quedó mirándome con esos labios que parecían dos cardenales. No dijo una palabra y me sentí morir.

—Lo siento, de verdad —musité—. No tenía que haberte tratado así.

Me llevé dos dedos al sombrero, saludé y me volví hacia la puerta.

—Sidney. —De repente hablaba con una voz llena de ternura, como si estuviera irritada consigo misma.

Me detuve y el suelo de madera de roble crujió bajo mis pies. Sentí una luz cálida que recorría mis terminaciones nerviosas, todo mi cuerpo invadido por una sensación de doloroso aturdimiento, como una polilla atrapada en la luz de un farol.

—Pasa —dijo— y cierra la puerta.

Se acercó a la ventana de la oficina y corrió las cortinas. Aquel espacio feo y atestado de estufas de las que no salía calor. Su vestido azul era tan fino que podía ver las costuras de su ropa interior a través del satén.

Me pasé la lengua por los labios, nervioso.

Levantó los brazos muy despacio mientras me miraba fijamente. Su mirada era de tal intensidad que yo no sabía muy bien en qué debía fijarme, si en lo seductor del gesto de los brazos o en la tensión que había en sus ojos verdes. Así que hice las dos cosas, sintiéndome asustado y excitado a la vez.

Soltó la tela dorada del turbante y fue desenrollándola poco a poco. Después se la quitó y la sujetó, hecha una bola, con ambas manos.

Joder, era calva. Del cuero cabelludo salían pequeños mechones y la piel entre ellos era pálida y brillaba de forma inquietante.

Su cara no tenía gesto alguno, estaba vacía de toda expresión pero los ojos le brillaban desafiantes y llorosos. Se llevó una mano a la cadera.

—¿Todavía me deseas, Sid? —dijo con amargura—. ¿Sigues loco por llevarme a

la cama?

No dije nada, sólo la miré.

Con voz sombría dijo:

—Me dijeron que era una cosa nerviosa y que me volvería a crecer. —Pero no pudo seguir hablando y me miró furiosa.

Me quité el sombrero mientras pestañeaba despacio.

Después di un paso adelante, me incliné... y la besé.

Ni siquiera se movió, pero noté cómo su cuerpo se relajaba y la tensión desaparecía. Entonces me devolvió el beso, su boca suave y caliente contra la mía. Pensé: «Esta mujer ni siquiera es consciente de lo que es. Lo más asombroso y original que he conocido en mi vida».

Se separó de mí y me apoyó una mano en el pecho.

—¿Qué haces?

Le toqué la cabeza muy suavemente con una mano.

—No. Sid. Es asqueroso. —Apartó la cabeza.

—Eh, oye —dije acariciándole las mejillas húmedas con los nudillos—. De eso nada. Ven aquí, no importa. Vas a pensar que estoy loco, sólo llevas aquí horas, pero tengo la sensación de que te conozco de toda la vida. Creo que me estoy enamorando de ti.

Rápidamente levantó la vista para mirarme y a continuación me dio un fuerte empujón en el pecho. Me tambaleé y di un paso atrás.

—No juegues conmigo, Sid. Te lo digo en serio.

Yo me limité a masajearme el pecho.

—Dilo otra vez —dijo.

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir.

—¿Que me estoy enamorando de ti?

—Ven aquí —dijo.

Con las piernas temblonas me acerqué a ella. Los dedos fibrosos, las muñecas color marfil, ese cuello pálido, espigado como un joven abedul. Era pura esbeltez y elegancia y al ver las sombras posarse en su clavícula, como la huella de un dedo, quise besarla allí.

Me cogió de la mano y me llevó hasta el sofá de Ernst mientras mis ojos seguían fijos en los suyos. Se tendió y, con timidez, tiró de mí hasta colocarme encima de ella.

—Pero ¿qué haces, niña? —susurré—. Puede entrar Ernst.

Sentía su respiración debajo de mí. La besé con suavidad en la cabeza, besé las hebras de pelo de algodón. Murmuró algo, levantó la cara y la besé otra vez. Después me levanté hasta quedarme apoyado en un codo y le abrí el vestido.

Lo que recuerdo mientras descendía por su cuerpo, besándole las costillas, es la paz que parecía sentir. La paz más absoluta.

Al despertarme de golpe a la mañana siguiente me apoyé sobre un codo y escudriñé la oscuridad del despacho de Ernst. Estaba tapado con una manta delgada y mis pantalones, mi camisa y mis calcetines yacían desperdigados a mi alrededor como los tentáculos de un animal. Todavía podía sentir el calor de Delilah en mi piel. Al volverme para tocarla, me encontré con un puñado de nada.

—¡Lilah! —dije en voz baja—. ¿Estás aquí, cariño?

Notaba una sensación rara en el pecho, como si algo malo merodeara tras las vigas del techo. La puerta estaba entreabierta y al mirar vi a aquella gata asquerosa sentada en la rendija, estudiándome con sus ojos amarillos. Después se dio la vuelta y salió.

Tuve un escalofrío.

—¿Delilah? ¿Dónde estás?

Me levanté, me puse los pantalones y bajé la escalera para ver quién había en el local. Chip y el Niño estaban sentados en una mesa sin decir gran cosa. La trompeta del Niño estaba de pie en el centro de la mesa, como en una exposición.

—Mira quién está aquí. El capitán Amor —me dijo Chip mientras bajaba.

Sonreí, poniéndome colorado. Todavía no había terminado de abotonarme la camisa.

—¿Dónde está Delilah? ¿La habéis visto?

Hiero me miró con detenimiento. «Pues sí, tío, —pensé—. La cosa no va contigo ya».

—¿Qué pasa, que también ha desaparecido? —Chip se pasó el dorso de la mano por los labios húmedos—. ¿Me sangran los labios?

Le miré con desprecio.

—¿Qué? Noto como si me sangraran —suspiró—. Paul se marchó temprano esta mañana. Ninguno le hemos visto irse y Ernst ha salido a buscarlo.

—Estás de broma.

—Pregúntale al Niño.

—Pero ¿se puede saber por qué ha hecho esa tontería? ¿En qué estaba pensando?

Pero entonces me sentí como si ni siquiera estuviera en la habitación, de lo agarrotado que me tenían los nervios. Era como tener una mano fría en la garganta.

—¿Qué pasa? —preguntó Chip—. ¿En qué estás pensando?

Carraspeé y me senté. Miré hacia la salida, hacia las puertas que daban a vestíbulo principal.

—Ayer dijo algo de volver al apartamento. A buscar algo que le hacía falta.

—¿Y qué puede hacerle tanta falta?

Me encogí de hombros.

—No lo dijo, le daba vergüenza. —Fijé la mirada en el piano, con la tapa abierta, como una sonrisa blanca en medio de la habitación. Cada vez estaba más asustado—. Le dije que le pidiera ayuda a Delilah —murmuré en voz muy baja.

—No tenía muy buen aspecto —comentó Hiero mientras pellizcaba distraído la manga deshilachada de su camisa—. Le pregunté varias veces si estaba malo y me decía que no, pero... vamos, que estaba claro que algo le pasaba.

Pensé en Paul la noche anterior, con sus mechones rubios erizados como plumas y esa risa floja de cuando estaba borracho. Chip resopló y apoyó sus gruesas manos en la mesa.

—Un momento. ¿Ernst se ha ido también? —pregunté—. Por Dios, como perdamos a Ernst ya podemos darnos por muertos.

—No pasa nada —dijo Hiero—. Si sólo han ido al apartamento volverán enseguida. No está lejos.

—Paul lleva fuera todo el día, tío. Hace horas que se ha ido.

Me sentía algo mareado, flaco, transparente por el miedo.

—¿Qué hora es?

—Ya hemos comido —respondió Chip.

—Ernst iba al apartamento —dijo el Niño con voz queda—. A buscarlos. No te preocupes, Sid, a lo mejor ni siquiera están juntos.

Le miré con desesperación y negué con la cabeza.

—Si los han cogido... —empezó a decir Chip—. Si los han cogido, tendremos que largarnos de aquí. Porque éste será el primer sitio en el que se presenten los botas. Pero si les han cogido... Joder, ¿qué importa todo lo demás?

—Tenemos que mantener la calma —dijo el Niño—. Igual están a punto de llegar, no lo sabemos. —Había en su voz un trasfondo de fortaleza que me resultaba irreconocible. Hasta que lo reconocí. Hablaba como Delilah.

Ernst volvió tarde la noche siguiente. Estábamos tan nerviosos que la angustia nos corroía el estómago. Entró muy despacio y enseguida lo supe, por mucho que llevara el pelo impecablemente peinado y le brillaran los gemelos de plata. Con una mano pálida se alisó la corbata y la metió con cuidado dentro de la chaqueta. Después se limitó a negar con la cabeza.

—Estáis a oscuras —dijo—. Que alguien encienda la luz, coño.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿Nada? —preguntó Chip—. En serio.

—A lo mejor eso es bueno —comentó Hiero—. A lo mejor eso significa que no les ha pasado nada.

—No, Niño —dijo Ernst—, no es bueno. —Se detuvo y miró con dureza al Niño, sus ojos oscuros parecían líquidos—. ¿Y qué quieres decir con lo de «no les»?

—Delilah lleva fuera todo el día también —dijo Chip mirándome de reojo.

La cabeza me daba vueltas.

—¿Has ido a la policía? —pregunté nervioso.

—Sí.

—¿Y no los tienen?

—Dicen que no tienen a nadie que responda a la descripción de Paul. —Ernst tragó saliva—. Por Delilah no he preguntado. Pero como tiene pasaporte canadiense no le habrá pasado nada.

—Y americano. Tiene los dos.

Ernst asintió.

—Pues mejor todavía.

Pero había un tono blando, conciliador en su voz que me hizo pensar que no estaba demasiado convencido de lo que decía.

—Mira quién ha venido. Justo a tiempo —dijo Chip entre dientes.

Levanté la mirada.

Big Fritz se deslizaba en silencio por entre las cortinas manchadas de hollín del fondo del escenario. Llevaba su saxo y, doblado sobre el otro brazo, el abrigo. Por un instante pensé que no era real y me quedé quieto en la silla con los ojos fijos en él. Se detuvo para observar la gata, echada sobre un montón de trapos entre los focos. Después vino hacia nosotros.

Tenía un aspecto verdaderamente horrible, con el traje marrón cubierto de manchas amarillentas, los pómulos ensombrecidos por barba de varios días y sus pequeños y afilados ojos mirándonos a cada uno por turnos. La boca le caía de las mejillas flácidas como masa humedecida. Parecía a punto de decir algo, pero no pronunció palabra.

—Hombre, Fritz —dijo el Niño—. ¿Estás bien?

—Fritz —saludó Ernst con un leve gesto de cabeza.

Pero Fritz no se movió. Todos le mirábamos. Abrió sus enormes manos e hizo un ligero gesto.

—He venido en cuanto me he enterado. —Sonaba triste—. Dios, pobre Paul. ¿Qué hacía fuera?

Me quedé mirando fijamente a Fritz, a su nariz enrojecida y salpicada de gruesos poros negros, pensando: «Joder, qué feo está».

—No sólo Paul —dijo Ernst.

—Tampoco sabemos dónde está Delilah —dije yo con voz suave.

Fritz me miró largo rato.

—¿La chica de Armstrong?

Chip empujó hacia atrás su silla y se levantó con brusquedad.

—La chica de Sid —dijo con asco—. Llevas demasiado tiempo desaparecido, tío.

Fritz le miró con el ceño fruncido. Tenía los labios apretados y blancos en las comisuras.

De repente lo único que quería era estar fuera de allí, abrirme las venas, largarme. No quería oír una sola palabra más de todo aquello. Me quedé sentado muy quieto.

—Delilah Brown —dijo Ernst—, la cantante de Armstrong que vino de París. Estaba con Paul cuando desapareció. No tiene sentido.

Fritz se reclinó en el borde de la barra del bar.

—No he oído nada de una mujer. ¿Es americana?

—Canadiense. Bueno, las dos cosas.

—¿Estáis seguros de que iba con él?

Pero Ernst le estudiaba con sus ojos muy oscuros, como si estuviera dándole vueltas a algo. Por fin dijo:

—¿Qué es lo que has oído, Fritz? ¿Cómo sabías que estábamos aquí?

Fritz movió la cabeza.

—Sólo que han arrestado a Paul.

—Dios —musitó Chip.

Fritz nos miró las caras.

—¿No lo sabíais?

—No. —Ernst se reclinó en la silla y cruzó las piernas. Pero había dureza en sus gestos, como si estuviera de verdad esforzándose en no sentir lo que estaba sintiendo.

—¿Qué quieres decir con que le han arrestado? —preguntó el Niño, nervioso.

—Lo han deportado a Sachsenhausen esta mañana. No sé con qué cargos, supongo que los habituales.

—Los habituales —dijo el Niño con una amargura que no le había oído nunca antes.

—Madre mía —susurró Chip y empezó a restregarse la cara con la mano mirando el suelo arañado.

La gata se detuvo junto a los focos, se estiró, se tumbó de espaldas y empezó a lamerse las pezuñas.

Noté que algo se encogía en el interior de mi pecho, como si los pulmones me fueran a estallar. Respiraba muy rápido y sin tomar aire apenas. Sachsenhausen. Joder. Ninguno necesitábamos preguntar dónde estaba eso. Hasta alguien que viviera encerrado en un sótano sin ventanas conocía el significado de Sachsenhausen.

Un grifo goteaba en el camerino y el suelo tembló ligeramente, como si por la calle pasara un camión de gran tamaño. Oía respirar al Niño.

—¿Y qué pasa con sus papeles? —preguntó Hiero—. Los llevaba, ¿no?

Fritz negó con la cabeza.

—No pregunté por sus papeles.

—¿A quién no le preguntaste? —dijo Ernst—. ¿Cómo te has enterado de todo esto, Fritz?

«Sachsenhausen, —pensé—. Joder».

Fritz no dijo nada durante un rato. Su gran cara rojiza parecía ruborizada, pero siempre la tenía así. Se abrió la chaqueta y metió sus enormes manos en los bolsillos traseros. Por fin emitió algo parecido a un suspiro.

—Albert Basel. Me he estado escondiendo en un apartamento que tiene, esperando a que se pasara el follón.

—¡Albie Basel! —gritó Chip—. ¿Has estado en una casa de Albie Basel?

—Pero ¿cómo se te ocurre? —salté yo—. ¡El año pasado ese tipo nos mató!

—Me parecía más sensato que quedarme aquí con vosotros —dijo con expresión grave—. Mejor que estar todos juntos en el mismo sitio. Os lo tenía que haber dicho, lo siento.

—Ahora dice que lo siente —dijo Chip entre dientes.

Fritz se quedó inmóvil como una estatua de cera.

—Cierra la boca, Chip. Te lo digo en serio.

—Sí, claro. Si no se te hubiera ocurrido salir a plena luz del día, a lo mejor los botas sospecharían menos de nosotros. Vinieron aquí a buscarnos la mañana que te largaste. ¿Lo sabías?

—Y si tú no hubieras matado a ese pobre chaval, ahora no estaríamos en un lío.

—¿De qué pobre chaval estás hablando? —dije yo—. ¿Del que le quería rajar el cuello al Niño con una botella?

Fritz frunció el ceño.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Basta —dijo Ernst.

La áspera luz del club se proyectaba en nuestras caras haciéndolas parecer máscaras, bañándonos la piel de una suave transparencia. Ninguno de nosotros parecía ser quien realmente era.

Yo no paraba de pensar: «Delilah se ha ido». Y a continuación: «Sachsenhausen». Y después otra vez: «Delilah».

Ernst se puso en pie con determinación y se alisó las mangas de la camisa con la mano, un gesto habitual en él.

—Voy a sacar el Horch del garaje y lo traeré a la parte de atrás. Tenemos que irnos. No sabemos lo que Paul y Delilah les habrán contado, pero seguro que lo suficiente. Coged lo que necesitéis llevaros.

«Sachsenhausen».

—¿Adónde vamos? —preguntó el Niño, despacio, como si hablara desde debajo del agua.

Delilah se había ido.

—A Hamburgo. Y, con un poco de suerte, a París.

Por un momento pareció que Ernst iba a añadir algo pero se calló, como si las cosas por decir fueran demasiadas.

«Sachsenhausen».

—Yo no voy —dijo Fritz. Había tensión en su voz. De repente fui consciente otra vez de lo enorme que era. Un hombre con ideas propias. Cruzó el escenario y cogió su abrigo y su saxo alto.

—No te puedes quedar aquí, Fritz. Es una locura.

Fritz esperó un momento antes de contestar a Ernst. Después frunció el ceño.

—Franz Thon me ha invitado a unirme a los Golden Seven —dijo con calma—. Quería contároslo antes de enterarme de lo de Paul. Y luego... bueno.

Se encogió un poco de hombros.

Yo notaba un sabor raro en la boca, una textura como de telaraña. ¿Fritz en los Golden Seven? Pero bueno, qué barbaridad. En toda mi vida había oído algo tan absurdo. Y de repente todo parecía un sueño, ridículo.

Ernst tenía la mirada fija en el suelo cubierto de mugre.

—Vamos, que has aceptado la invitación de Thon.

Todos nos quedamos sentados en silencio, mirando a Fritz.

Pasado un instante, éste se encogió de nuevo de hombros y a continuación se dio la vuelta para marcharse. Se abrió paso por entre las mesas hacia la puerta delantera del club con la barbilla alta. Me imaginaba el ruido de sus gruesos muslos entrechocándose dentro del traje. A medio camino se detuvo.

—Tú deberías venir también, Ernst; seguro que te aceptarían, todavía. No tocan mal, pero lo harían mucho mejor contigo. Piénsalo. Comida, buen dinero y estarías a salvo. —Nos miró a todos con una suerte de tristeza en los ojos.

Ernst se dobló hacia delante y encendió un cigarrillo con cuidado. Me fijé en cómo agitaba la cerilla para apagarla, le temblaban las manos.

—No creo haber estado tan avergonzado de alguien en toda mi vida —dijo—. Jamás. —Dejó salir una larga bocanada de pálido humo—. Buena suerte, amigo.

—¿Le estás llamando amigo? —gritó Chip—. ¿Amigo? ¿A este gordo cabrón?

Hiero miraba a Fritz con una expresión inescrutable.

Fritz asintió dos veces e hizo ademán de decir algo, pero después pareció decidir callárselo.

Chip se puso de pie y se inclinó por encima de la mesa.

—Eres un montón de mierda —gritó—. Lárgate de aquí antes de que te meta ese saxofón por la garganta hasta que salga por el culo. ¡Largo!

—Ya vale, Chip —dijo Ernst levantando la voz—. Siéntate.

Pero Fritz ya se iba, había dejado atrás el guardarropa y estaba en el vestíbulo de entrada.

Los jadeos de Chip llenaban el local. Oímos descorrerse el cerrojo de la puerta principal y después el tintineo de cristales al abrirse y cerrarse la puerta. Después, sólo silencio. El grifo que goteaba detrás del escenario y también un clamor en la distancia, como si la calle temblara y todo el pavimento se estremeciera.

3

Estaba hecho un ovillo contra la ventana del Horch, con la chaqueta del traje doblada a modo de almohada. Kilómetros y kilómetros de baldío en la oscuridad. Recuerdo el sol rojo saliendo por el este. Delilah, el olor de su piel, sus dedos fríos siguiendo la línea de mis costillas. Y a Paul, borracho como una cuba y sentado al piano, su risa color ámbar. Me sentía aturdido, hueco, como si una luz se hubiera apagado dentro de mí. El Horch avanzaba traqueteando por carreteras secundarias hasta que se incorporó a la principal. Y entonces no sentí nada. Ni una punzada de dolor, de asco o de furia. Nada.

Recuerdo al Niño maldiciendo. Ya habíamos dejado Berlín atrás, cuando empezó a soltar palabrotas y a darse con la cabeza contra el respaldo del asiento de Ernst, gritando que se había dejado la trompeta en el Hound. Abrí los ojos. Mi contrabajo estaba entre los dos, amenazante, con el mango tocando el techo de lona. El Niño me puso una mano en el hombro y murmuró unas palabras de disculpa. Yo me limité a cerrar los ojos.

Recuerdo el primer cielo de la mañana, rubio ceniciento, y un viento cálido que olía a carbón y a hojas de abedul. La carretera se extendía, muda, ante nosotros. Chip abrió su ventanilla y al oler aquel aire me entraron ganas de llorar. Cerré fuerte los ojos y enterré la cara en la chaqueta mientras pensaba que tenía que haber algo que pudiéramos haber hecho. Largarnos así de Hamburgo no era leal.

En algún momento y en medio de toda aquella niebla escuché a Chip y a Ernst discutiendo en la parte de delante. Dejábamos atrás kilómetros que no parecían tener fin y recuerdo ver a Chip desenrollar la venda manchada de la cabeza, retirar la gasa del cuero cabelludo cubierto de costras, hacer una bola con todo y tirarlo por la ventanilla. Estábamos llegando a Hamburgo. Entonces, el coche se hizo a un lado y se detuvo. Levanté los ojos, sin entender muy bien lo que ocurría, y vi a Ernst en el arcén de grava hablando con dos botas armados.

—No pasa nada. No pasa nada —me susurró Hiero, apretándome el brazo—. No te preocupes, Sid, no nos va a pasar nada. Ernst lo tiene todo controlado.

Uno de los botas de cara rojiza se agachó y nos miró. Ernst le gritó que se mantuviera lejos del Horch, como si fuera a mancharlo. Hubo un rato más de conversación y después arrancamos entre una polvareda de grava. Ernst se reclinó en el asiento, sus delicadas manos apoyadas en el volante. Sonreía un poco pero parecía enfadado y no dijo nada, sólo pisó el acelerador.

Volví a dormirme.

Me desperté sintiéndome exhausto. Enseguida me asaltaron pensamientos de Paul y Delilah, que intenté suprimir. Tras las ventanillas discurrían sombras.

—Sid —me dijo el Niño en voz baja—. ¿Qué tal estás?

Me volví y le miré. Los agujeros en el asfalto hacían traquetear los guardabarros y mis zapatos temblaban contra el suelo del coche. El Niño tenía las rodillas dobladas y apoyadas en mi contrabajo.

—Hiero —dije y empecé a toser.

—¿Tienes sed, tío? —preguntó sacando una cantimplora con agua de debajo de su asiento—. Toma.

Anochecía. Fuera, una suave luz verde recorría el bulevar y se filtraba entre los árboles. Dejamos atrás puertas altas sostenidas por columnas, tejados a dos aguas y abovedados de grandes mansiones que se elevaban por encima de las paredes de cemento. Había mujeres caminando por la calle, doncellas perfectamente uniformadas paseando rehalas de perros con correas de cuero.

Ernst parecía incómodo y conducía muy despacio. Ninguno hablábamos.

Excepto Chip, claro.

—Coño, Haselberg —dijo sonriendo—. No me digas que te has criado aquí. ¿Con mayordomos, jardineros y niñeras que te limpiaban el culo?

—Uno no elige dónde nace —contestó Ernst.

Chip soltó una carcajada.

—Imagino que uno necesita no tener que ensuciarse las manos para poder tocar el clarinete.

Podía oler el mar por la ventanilla abierta. Ernst enfiló una carretera arbolada que discurría entre pálidos tilos. Entre los troncos atisbé una extensión verde de césped y entonces caí en la cuenta. Aquello no era una carretera, sino el camino de entrada a una casa. Madre mía.

Ernst detuvo el coche sobre la grava rosa.

—Hemos llegado —dijo con cara de mal humor y salió del Horch, dejando la puerta abierta.

No daba crédito. Era una mansión gigante, toda de piedra, con columnas y dos escalinatas gemelas que conducían a la galería delantera. La balaustrada de piedra daba al jardín. A ambos lados de la gigantesca fachada se extendían dos alas laterales acristaladas que parecían no terminar nunca. En el césped vi figuras trabajando, dos tipos agachados sobre parterres y una mujer que se dirigía hacia ellos con algún tipo de cubo. Aquello parecía una institución psiquiátrica.

—¿Creciste aquí, tío? —musitó Chip—. Pero tu padre no es de esos que llevan una bata blanca, ¿no?

Ernst apoyó una mano en la capota todavía caliente del Horch y nos observó, allí subidos en los estribos del automóvil mirando con asombro aquella propiedad.

—Mi familia... Bueno, no son como yo. Por favor, no lo olvidéis.

Hiero asintió.

—Te conocemos, Ernst. No pasa nada.

—Y no —le dijo Ernst a Chip—, no crecí aquí. Mamá compró esta casa hace dos años.

—Pues debéis de ser una familia bastante grande —dijo Chip con una sonrisa—. Tío, no creo que los botas nos encontraran aunque estuvieran viviendo aquí con nosotros.

Un hombre alto salió al porche y nos miró, mientras su sombra alargada se doblaba y se extendía hacia nosotros. Algo en la forma en que sus dedos grisáceos se aferraban a la barandilla me hizo sentir de lo más incómodo. Ernst se puso la mano en los ojos a modo de visera, estudiándolo.

—¿Ése es tu padre? —dijo Hiero.

Ernst negó con la cabeza.

—Es Rummel.

El hombre bajó por una de las escaleras moviéndose con una elegancia estirada. Cuando se acercó pude ver cuán alto y delgado era. Debía de medir cerca de dos metros, pero era flaco como un tallo de apio, su rostro enjuto y huesudo no denotaba expresión alguna y sus ojos entornados eran de color claro. Nos saludó con un gesto de cabeza seco y rápido, los fibrosos músculos del cuello parecían nudos.

—Señor Ernst —saludó—. Es un placer verlo.

—Hola, Rummel —dijo Ernst sonriendo—. Éstos son Sid Griffiths, Chip Jones y ese de ahí, Hieronymus Falk. ¿Puedes prepararles una habitación, por favor? Mejor en el ala oeste.

Rummel asintió.

—¿Informo a su madre de que están aquí?

Ernst le miró extrañado.

—¿Dónde está mi padre?

—¿Su padre, señor?

Pero Ernst movió la cabeza mientras echaba a andar hacia la casa.

—Dejad los instrumentos, chicos —nos dijo—. Rummel se ocupará de ellos. ¿Tenéis hambre?

Por Dios bendito. El vestíbulo de entrada subía por lo menos siete metros hasta las molduras del techo. El suelo era de mármol color perla y las paredes, adornadas con ventanas de vidrio emplomado, estaban bañadas de luz. En el centro del vestíbulo había una única mesa oscura y sobre ella, un cuenco de cristal con agua en la que flotaban lirios, los capullos meciéndose con suavidad. Había pasillos que salían a la derecha, la izquierda y de frente. Detrás de las cortinas descorridas de terciopelo verde se veía un jardín de invierno. De ambos lados del vestíbulo de entrada arrancaban amplias escalinatas que conducían a los pisos superiores.

Hiero miraba a Ernst con expresión de extrañeza.

—Sí, ya lo sé —dijo Ernst—. Es grande. La mayor parte ni siquiera la usan, es igual que un cementerio. Vamos, odio entrar por esta puerta.

Chip silbó por lo bajo.

—Es increíble, tío.

—Sí, ésa es la cosa —dijo Ernst, cortante.

Nos condujo por el pasillo de la derecha y se detuvo ante una estancia pequeña y circular que daba a un recodo del vestíbulo. Había un gran ventanal en la pared contraria desde el que se podía ver el Horch aparcado y cubierto de polvo.

—No sé si estarán en el jardín trasero o en la solana.

Junto a la pared había un banco bajo de madera de caoba y el Niño se sentó con el ceño fruncido. Levantó la cabeza y escuchó.

Alguien venía desde el vestíbulo. Sonaba a pliegues de un vestido rozándose entre sí y suaves pisadas de tacones. También escuchamos un tintineo, como de bandeja con bebidas. Me pregunté si no estaríamos interrumpiendo la hora del té o algo por el estilo.

Pero entonces apareció una señora mayor vestida con un elegante traje color crema. Empujaba a una niña en silla de ruedas. Vaya por Dios. Me restregué una mano sudorosa en los pantalones. La niña era una preciosidad, toda ojos negros y pelo castaño cobrizo. Parecía fuera de lugar en aquella silla, con sus facciones tan delicadas, y cuando sonrió fue como si una onda recorriera la superficie de un lago en calma.

—¡Ernie! —exclamó—. Lo sabía. ¡Lo sabía!

—Hola, Buggy. —Ernst sonrió y se quedó muy quieto, esperando a que se acercaran. Chip me miró con expresión de asombro.

La señora mayor apoyó la punta del pie en el freno de la silla y lo pisó hasta que ésta se detuvo. Después se enderezó y alisó las mangas de su vestido con las manos mientras miraba a Ernst con cuidado.

—Bueno, bueno —dijo—. Pero ¿tú te ha visto? Tienes un aspecto horrible.

Ernst rio.

—Liesl pensó que había oído un motor de automóvil.

La niña sonrió.

—Te lo dije, madre.

Frau Von Haselberg enlazó las manos y se volvió para mirarnos. Era pálida como una berza y tenía la cara surcada de arrugas diminutas como las venas de una hoja. Sus ojos castaños eran lo único oscuro en su rostro. Tenía un aspecto enfermizo y extrañamente blanco, como algo regurgitado de las entrañas de la tierra.

—Vosotros debéis de ser los americanos de Ernst —dijo—. Hemos oído hablar muchísimo de vosotros. Desde luego, no sé cómo Ernst no os ha traído antes de visita. Y tenemos todos vuestros discos, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Ernst, irónico—. Pero ¿los habéis escuchado alguna vez?

—¡Ernst! —exclamó su madre como si estuviera escandalizada. Pero sonreía.

Chip se quitó el sombrero cuando Ernst nos presentó. Me fijé en sus nudillos desollados, las costras de la pelea de aquella noche, siglos atrás. Sus labios de ostra seguían maltrechos, cubiertos de heridas y sangre seca y con uno de los ojos no enfocaba bien, lo tenía entrecerrado y lo guiñaba todo el tiempo. «Qué feo es el cabrón, —pensé—. Parece Frankenstein».

Ernst hizo un gesto de suave elegancia señalando a las dos mujeres.

—Ésta es mi madre, la señora Von Haselberg. Y ésta es mi hermana Liesl. La llamamos Buggy y es una lianta y una frívola.

Liesl nos regaló una sonrisa espectacular.

—Es verdad. Ya lo veréis.

—¿Vais a quedaros un tiempo? —preguntó *Frau* Von Haselberg.

—No.

La madre pareció algo decepcionada.

—¿Habéis venido en coche desde Berlín? ¿En un día? Tenéis que estar agotados. Os quedaréis a dormir, claro. Le diré a Frieda que prepare las habitaciones.

—¿Agotados, madre? —exclamó Liesl con una sonrisa de lo más traviesa—. ¿Unos chicarrones como ellos? Espero que no.

—Yo no estoy tan cansado —dijo Chip sonriendo.

Liesl le miró fijamente y su sonrisa se ensanchó.

Los miré a los dos, preocupado.

—Me ha dicho Rummel que padre no está —comentó Ernst pasados unos instantes.

Su madre suspiró.

—Está cerca de Saarbrücken, trabajando. Espero que vuelva pronto. ¿Has venido para verlo? No hay ningún problema, espero.

Ernst la miró de reojo.

—¿No os ha contado nada?

—¿De qué?

—Ya sabes cómo es, Ernie —dijo Liesl—. Rummel tiene siempre más información que nosotras.

—Ah, sí, las frágiles mujeres Von Haselberg. No se las puede preocupar.

—Bajo ninguna circunstancia —puntualizó Liesl.

Frau Von Haselberg se limitó a negar con la cabeza.

Yo miraba por la ventana al sol que caía sobre la inmensa pradera verde. Qué paz había allí.

—Déjame que los ayude a instalarse —dijo Ernst a su madre—. Te vemos en un ratito. Y tenemos hambre. Si Anke puede preparar algo más de comida...

Frau Von Haselberg asintió.

—Anke ya no está con nosotros, pero seguro que la chica nueva encuentra algo.

Ernst dijo que sí con la cabeza.

—Muy bien. Estupendo.

Nos condujo hacia el interior de la casa, por una escalera corta y después por una galería con puertas cerradas a un lado y vistas a la gran sala de estar del piso de abajo por el otro. Chip se apoyó en la barandilla, me puso los ojos en blanco y luego siguió caminando.

—¿Qué le ha pasado a tu hermana? —preguntó Hiero con suavidad mientras

caminábamos.

—La polio. Cuando tenía cuatro años. —Ernst carraspeó—. Está paralizada de cintura para abajo.

—Vaya —dijo Chip—. La verdad es que parece estar bien.

—Pues no lo está —dijo Ernst secamente—. Ninguno lo está. Son unos esnobs falsos y llenos de prejuicios y os echarían a la calle a patadas antes de tener que miraros a la cara. Lo mismo que Rummel.

—¿Rummel? ¿El mayordomo?

Ernst frunció el ceño.

—Rummel no es mayordomo. Rummel es... eficiente, digamos. —Aminoró el paso y nos miró pensativo, como si tratara de decidir algo—. Cuando hay que hacer algo, Rummel se ocupa. Sin falta.

—Doy por hecho que no estás hablando de la colada —murmuró Chip.

Ernst le sonrió con amargura.

—No. De eso se ocupan otros.

Al día siguiente dormí hasta tarde en aquella cama mullida. Cuando por fin me desperté, ya entrada la mañana, encontré un traje limpio preparado, casi de mi talla. Me pregunté dónde habrían dormido Delilah y Paul y qué se habrían encontrado al despertar.

Chip y el Niño estaban en uno de los jardines laterales, donde el Horch había quedado aparcado durante la noche. Los dos llevaban trajes limpios también y alguien le había quitado el polvo al coche, que relucía como un hueso al sol.

Me quedé ante las puertas acristaladas, mirándolos. Hiero estaba sentado en los escalones de piedra, de espaldas a mí miraba cómo Chip acariciaba el Horch reluciente. Parecía de lo más normal, aquella escena. Entonces, Hiero se volvió y me miró como si me estuviera viendo, aunque yo estaba de pie, entre sombras.

—¿Sid?

Desde lo de Berlín algo había cambiado entre el Niño y yo. No lo entendía muy bien, pero era como si estuviera pendiente de mí, como si me vigilara de cerca. Vamos, que parecía mi hermano, enseñándole los dientes a Ernst o a Chip o a cualquiera que se metiera conmigo. Como si tan sólo unos días antes no nos hubiéramos peleado por Delilah. Pero yo no debía de estar en plenas facultades porque, mientras todo eso ocurría, no sentía nada.

Mientras bajaba los escalones hacia la blanca luz del sol vi algo moverse bajo el ventanal. La hermana de Ernst impulsaba su silla de ruedas despacio hacia Chip.

—Es un automóvil precioso —le dijo.

Chip se encogió de hombros y contestó algo que no oí.

—Un Horch 853 modelo deportivo descapotable. —Rio—. En 1938 hicieron unos modelos muy bonitos, sí señor.

Chip la miró perplejo.

—Se me dan bien los coches, señor Jones —dijo Liesl.

Éste la miró como si fuera una criatura de otro mundo y después se echó a reír.

—Llámame Chip.

—Muy bien, Chip. Y tú llámame Buggy. Liesl es demasiado... comatoso.

El Niño me miró melancólico cuando me senté.

Liesl seguía riendo. Era obvio que era una de esas chicas a las que no les gustan los silencios en una conversación, que hacen cualquier cosa por llenarlos. Parecía tan frágil, tan delicada. Hermosa como una estación a punto de dar paso a otra, como algo que sabes que no va a durar.

—Es por esto —dijo dando una sonora palmada en el brazo de su silla de ruedas—. El mío sería un destino muy triste si ni siquiera pudiera reírme de ello, Chip.

—Sí, un destino muy triste —murmuró el Niño frunciendo el ceño—. Esa silla debe de costar más de lo que mucha gente gana en un año.

—Pero ten en cuenta —dije yo en tono de suave reprimenda— que las piernas no le funcionan.

Hiero frunció más el ceño todavía.

—Estoy segura de que Ernst no bromea. Parece buena chica, sí, pero Ernst conoce a su familia y esa niña puede ser peligrosa.

Le miré, sorprendido por la ira en su voz mientras miraba a Liesl en su silla de ruedas pasando los dedos entre los desaliñados rizos de Chip.

—Nunca me ha gustado Hamburgo —dijo con furia contenida—. Mi madre venía algunas veces, supongo que le recordaba a mi padre. Pero yo siempre lo odié. Era de Colonia, mi madre.

Al oír aquello levanté la mirada.

—¿De Colonia? ¿Me estás diciendo que nació aquí?

—¿Qué otra cosa voy a querer decir?

—Entonces ¿eres un *Mischling*?

—Claro. Pensé que era evidente.

—Pero ¿tú te has mirado alguna vez en el espejo?

Se miró las tersas palmas de las manos.

—Negro como una noche sin luna.

—Ser negro no tiene nada de malo, tío.

—Mi padre era de Camerún.

—¿De Camerún? Venga ya.

El Niño sonrió con timidez.

—Allí era de la realeza. El káiser Guillermo II en persona lo invitó a venir a este país para que fuera a la universidad, a estudiar medicina. Llegó a Hamburgo en un barco de la Wöhrmann en 1899. Conoció a mi madre durante una vacaciones. En abril. Mi madre estudiaba para enfermera. Después mi padre se licenció, se fue a vivir a Colonia y se casaron.

—Te sabes todos los datos de memoria —dije, mientras pensaba: «Estás contándolo como si quisieras que nadie te creyera»—. La realeza, joder.

Me sonrió.

—Ya te digo. Parece increíble, ¿a que sí?

—Desde luego.

Chip fue hasta el Horch, sacó el clarinete de Ernst del asiento trasero y lo llevó hasta donde Liesl había aparcado su silla, al sol. Empezó a enseñarle cómo se sujeta el instrumento y luego se lo quitó. Con una sonrisa, se lo llevó a los labios y tocó un do agudo brusco y provocador. Después le limpió la lengüeta y se lo devolvió.

Hiero me miró arqueando las cejas en un gesto de amargura.

—¿Sabes lo que pienso cada vez que la miro?

—¿El qué?

La estudió con sus ojos pequeños y oscuros.

—Te lo voy a enseñar —dijo en tono inexpresivo—, pero tenemos que ir en coche.

Me pasé una mano por los ojos para protegerme de todo aquel sol. Me sentía muy cansado. Aquella pesadumbre, de nuevo.

—Es peligroso, Niño.

—No lo es. —Me estudió mientras me cogía el brazo con fuerza—. No va a pasarnos nada, te lo juro.

Le miré sorprendido.

Sin embargo nos quedamos un rato más sentados al sol, sin movernos. El Niño miraba a Chip empujar la silla de Liesl hacia el camino de baldosas.

—Mi segundo nombre es Thomas —me dijo—. Quiero que tú lo sepas, no es ningún secreto.

Le sonreí a medias, tristón. Como ofrenda, aquello parecía poca cosa.

—Roscoe —dije—. Yo me llamo Sidney Roscoe Griffiths.

Hamburgo. No significaba nada para mí, una lúgubre ciudad alemana más. Recuerdo que era lluviosa, de cielos gris turbio, como un reflejo constante en el agua. Habíamos estado un par de veces tocando en clubs para los rebeldes del *swing*, esos guapitos de cara que se habían dedicado a desafiar al pintor de brocha gorda. Todos y todas sin excepción vestidos con trajes príncipe de Gales y zapatos de ante con suela de crepé, faldas cortas y medias de seda y el pelo largo y tan graso que se podía asar un cerdo en él. Como si la ropa importara. Sabía que su intención era buena, que eran nuestro público, pero la verdad es que ninguno sabía un pimiento de *jazz*, venían a los conciertos sólo por desafiar la prohibición. Eran chicos que creían que Whiteman, Gluskin y Bela podían compararse con un Armstrong o un Basie. Ni siquiera sabían bailar, sacudían los brazos todos a la vez como un ciempiés gigante, moviendo la cabeza, agitando sombreros de fieltro o paraguas cerrados. Sé que nos querían y que

se llevaban palizas en las calles por nuestra culpa. Y de verdad que yo también quería quererlos a ellos. Pero nunca pude.

Pensé en aquello mientras conducíamos por la ciudad. Toda la cultura de los rebeldes del *swing* se estaba muriendo.

Por el camino, el Niño y yo apenas hablamos. Quizá él estaba pensando en lo mismo que yo. Por fin dio un golpecito en el salpicadero con sus dedos largos y suaves indicándome que entrara en un aparcamiento. Detuve el coche, que ronroneó con suavidad y miré por la ventanilla el letrero de gran tamaño que había en la valla.

—¡No me digas que vamos al zoo!

—Hagenbecks no es un zoo —dijo el Niño—. Es un parque para animales, que se supone que son mejores que los zoos. No tienen jaulas, los animales están en fosos y tienen espacio para moverse y hacer lo que quieran.

—Mira Niño, no estoy de humor. Te lo digo en serio. —Crucé los brazos y los apoyé en el volante con un suspiro.

Me miró secamente.

—Quiero que veas una cosa. El Hamburgo que yo conozco.

Salió del coche y cerró la puerta de golpe. Le miré durante un minuto por el parabrisas recién limpio y después salí detrás de él con un suspiro de resignación.

A la luz de sol, las puertas de entrada eran altas e imponentes. Cruzamos la plaza de cemento y fuimos hasta la taquilla. El hombre que había allí miró cortésmente a Hiero, quien le sostuvo la mirada, desafiante.

Al entrar nos cruzamos con una mujer y su hijo, muy pequeño. El chiquillo tiró de la mano de su madre y nos miró con ojos de susto.

Hiero no dijo nada, pero esbozó una sonrisa sombría y de satisfacción.

Hagenbecks era un parque verde con abundantes sombras. El aire traía olor a mierda, meados y barro, como si estuviéramos en una granja. En el cielo vi pájaros pálidos gritando como viudas desconsoladas, después el camino rodeaba un estanque. También vi lomos de hipopótamos pastando, su piel reluciente como roca pulida. El Niño parecía nervioso, escrutando el camino.

—No pasa nada —dije—. No hay nada que temer aquí.

Me miró.

—No es eso.

Entonces vi una hilera de cabañas de barro con techumbre de paja. El Niño echó a andar hacia ellas y yo más o menos le seguí. Casi no había gente en el parque aquella tarde. Me detuve en el camino, después me acerqué.

En aquella zona no había foso, sino una alambrada que nos llegaba a la altura del pecho.

—Aquí tienen a los animales peligrosos —dijo Hiero.

Yo estaba perplejo, al principio sin entender muy bien lo que veía. Después maldije por lo bajo.

Y es que allí había personas. Gente negra. Iban descalzos y vestidos con harapos

y huesos. Un grupo de hombres estaba acucillado sobre unas rocas planas entre el barro fumando en pipas rudimentarias y de los gigantescos lóbulos de sus orejas pendían discos. Las mujeres estaban sentadas formando un círculo más al fondo, con telas de estampado de leopardo atadas firmemente alrededor de sus partes íntimas. Machacaban maíz con un mortero y el polvo les manchaba los pies. Y a pesar del barro, a pesar de la mugre y las moscas, la piel les relucía extrañamente de un negro plateado, como si los cuidadores les sacaran brillo igual que se pule un camafeo.

El pecho me empezó a doler.

—¿Tienen a personas aquí?

—Es la sección dedicada a África —murmuró Hiero—. Tienen otras para samoanos y para esquimales.

Trataba de sonreír, como si aquello no fuera tan horrible. O, como si, de tan horrible, resultara divertido. Pero sus ojos no sonreían.

—Un zoo humano —musité—. Joder.

Estaba demasiado asombrado para decir nada más. Una mujer mayor salió de las cabañas con un bebé en los brazos. Las escuálidas piernas le brillaban al sol. Atravesó el suelo embarrado donde daba el sol cantándole algo a su hijo en voz baja. Éste empezó a berrear.

—Mi padre nunca se perdonó haber venido aquí —dijo el Niño.

Yo no dije nada.

—Era jefe de tribu en Douala, pero aquí no era más que un salvaje vestido con ropa civilizada. Pero te lo juro, Sid —me dirigió una mirada llena de rabia—, jamás le oí hablar mal de Alemania. Ni una sola vez. Heródoto tiene una historia sobre el rey Darío de Persia. Resulta que el rey convocó a los griegos y les preguntó: «¿Cuánta pasta tengo que pagaros para que os comáis los cuerpos de vuestros padres cuando mueran?». Los griegos le contestaron que no lo harían ni por todo el dinero del mundo. Entonces, Darío llamó a unos indios, unos tipos que se comían a sus padres, y les preguntó, delante de los griegos: «¿Cuánta pasta tengo que pagaros para que queméis los cuerpos de vuestros padres cuando mueran?». Y los indios dijeron que de ninguna manera quemarían los cuerpos de sus padres. Y es que cada pueblo cree que sus costumbres son las mejores del mundo y no hay manera de hacerles cambiar de opinión. Pero mi padre no era así. Vino a Alemania y se acabó. Se hizo alemán.

Tampoco contesté nada a eso.

Nos quedamos largo rato ante aquella valla mientras caía el sol. Cuando le miré, el Niño tenía la mirada fija en uno de los hombres, un tipo de pelo cano con el blanco de los ojos vuelto amarillo. Se miraron uno al otro largo rato. Sobre nuestras cabezas los pájaros graznaban. Algunas personas aparecieron en el camino y pasaron de largo, charlando entre ellas.

Hiero ni siquiera parpadeó. No había curiosidad en aquella mirada, tampoco conmoción. Sólo tranquila resignación, como cuando un hombre ve un retrato de sí

mismo en otra época.

Cuando salimos de Hagenbecks era como si el Niño hubiera perdido algo, como si se hubiera despojado de su furia, y ahora sólo parecía cansado. No fuimos directamente a casa de Ernst, sino que me llevó hasta los muelles y una vez allí aparcamos despacio, salimos del coche y caminamos hasta el final de la pasarela para sentarnos un rato bajo la fresca luz del sol, con las piernas colgando sobre las oscuras aguas. Una bandada de gaviotas nos sobrevoló entre graznidos. El aire hedía a sal y al puerto, situado al otro lado.

Un barco gris de gran tamaño entró lentamente en la dársena. Hiero se sacudió el barro seco de los zapatos y miró hacia el vasto manto de agua.

—Parece increíble que al otro lado de toda esta agua haya argelinos.

Asentí, deprimido.

—Y también islandeses.

Hiero sonrió.

—¿Canadienses?

—Indios.

—Y algún pobre tipo en Baltimore mirando hacia aquí —dijo el Niño balanceando sus grandes pies.

Fruncí el ceño.

—Puede que incluso lo conozca. Podría ser mi tío Henry.

—América —dijo Hiero. Y había algo en su voz...

—Se habla de este mar y de ese otro —dije—. El Atlántico, el Pacífico. Pero en realidad es la misma agua, ¿no? ¿Por qué dividirla?

Hiero miró las gaviotas con los ojos entrecerrados.

—Eres todo un poeta, Sid. Un puto Heródoto.

Pero mis pensamientos vagaban ya hacia el día en que el Niño entró en nuestras vidas. Cómo Paul lo trajo al Hound una noche. Llevaba la cara medio tapada por una gorra vieja encajada hasta los ojos. Recuerdo que sonreí a Chip, pensando que tenía el aspecto de un niño de no más de doce años. No podía ser, Paul no podía hablar en serio. ¿De verdad nos teníamos que creer que aquel mocoso era un trompetista de verdad?

Le bailaba la chaqueta por todas partes y tenía aspecto de torpe, todo rodillas y codos. Estaba vestido como un vagabundo, con enormes pantalones caqui sujetos con unos tirantes azules y un abrigo raído de pata de gallo. Y aquella gorra costrosa en la cabeza, que parecía que la llevaba no tanto para protegerse del frío como para esconderse. Para ocultar un mundo que no tenía ganas de ver. A juzgar por sus ropas, podía ser un niño vagabundo, aunque la manera en que se movía dentro de ellas resultaba conmovedora. No pavoneándose exactamente —era demasiado tímido para eso— pero con un ritmo que daba que pensar. Como si fuera cojo o algo.

Paul no hacía más que repetirnos que era un genio, un verdadero talento. Un virtuoso, coño, aunque yo no podía apartar la mirada de sus escuálidas muñecas.

Pero cuando cogió la trompeta nos llamamos, respetuosos. Era una corneta de aspecto barato, abollada, como una chocolatina envuelta en papel de plata que alguien ha llevado demasiado tiempo en el bolsillo. Apoyó sus dedos conejunos en los pistones y ladeó la cabeza, entrecerrando el ojo izquierdo.

—*Buttermouth Blues* —le dijo Ernst.

El Niño asintió y empezó a soplar. Los demás nos limitamos a quedarnos de pie allí con los instrumentos preparados. Nada ocurrió. Miré a Chip, quien negó con la cabeza. Pero entonces empecé a oír algo: era como una aguijonazo de tan sutil, la voz de un colibrí cantando en un timbre y a una velocidad casi imperceptibles para el oído. No se parecía a nada de lo que había escuchado hasta entonces. Tocaba la melodía desde un ángulo extraño que hacía brillar las notas como cristal. Entonces se detuvo, tomó una gran bocanada de aire y atacó una escala atronadora que enlazaba con la frase casi invisible que acababa de tocar.

El resto entramos detrás de él y, lo juro, no me llevó ni un minuto comprender qué clase de músico era. Sonaba melancólico, lento, estirando cada nota más allá de cualquier lógica. La música que tocaba debería haber sonado como la sirena de un barco surcando el agua: fuerte, brillante y clara. Pero el Niño la volvía turbia, logrando que las notas atravesaran no sólo mares, sino también tierra. Era un sonido saturado, algo que habría resultado normal para un músico mayor, pero que en él quedaba falso, y el lento diálogo que estableció con nosotros recordaba en cierto modo al de un predicador y un coro. Pero no había piedad, la suya era la voz de un predicador demasiado verde para convencer a su rebaño. Nos daba la réplica como exhortándonos a que lo escucháramos. Se lamentaba, gemía, nos suplicaba, hervía de furia. Arrancaba todo tipo de sentimientos a aquella trompeta, todos excepto odio. Era una manera de tocar despojada, conmovedora, como volviendo la melodía del revés y dejándola reducida a puro nervio flotando en el aire. Alargaba las notas, las arrastraba de una manera que nos resultaba difícil darle la réplica. Y cuanto menos le acompañábamos, más suplicaba. Pero sus súplicas no pedían nada, sólo se limitaban a estar allí, por sí mismas. De alguna extraña manera sonaba al mismo tiempo como un músico veterano y un novato que toca el instrumento por vez primera.

Le odié. Tocaba tan falso, tan para lucirse... Mantuve la cabeza baja, fuera de la luz de los focos mientras llegamos lentamente al final y la música se iba desintegrando.

Cuando levanté la mirada Ernst tenía los ojos húmedos. Estaba llorando. Nada menos.

Paul se limitó a inclinarse hacia delante y a pasarle un brazo por los hombros al Niño.

—¿Qué os había dicho, chicos? Es la voz de Dios.

Me acordé de aquello ahora, allí sentado en el muelle con el Niño y, de repente,

no importó que no fuera, en mi opinión, tan buen músico como todo el mundo decía. Sentado allí en el muelle, mirando las aguas mansas y grises parecía tan pequeño, tan vulnerable... Como algo que el viento ha traído. Y entonces supe que eso era lo que Delilah veía en él cada vez que le miraba.

Puse una mano en su hombro y noté sus afilados huesos bajo la camisa.

Me miró con timidez y sonrió.

—Vamos a estar bien, Sid —dijo. Y a continuación agachó la cabeza, avergonzado, y miró hacia otro lado.

Un par de días después salía de los jardines caminando sobre la grava crujiente, cuando, al volverme, vi a Ernst andando hacia mí.

—Sid. —Tenía el traje de lino arrugado por los codos. Se alisó el pelo y miró hacia la casa, a su espalda—. Mi padre ha vuelto.

—¿Y los tiene? ¿Ha conseguido nuestros papeles?

—Espero que sí. —Ernst apoyó una mano en mi hombro y echó a andar—. Ven, quiero que lo conozcas, que vea que sois gente de verdad, a la que está ayudando.

Me condujo hasta un patio de piedra con una parra que trepaba por una vieja fuente también de piedra y resquebrajada. Lo seguí por un corredor abovedado y una larga escalera que no conocía. Había grandes águilas doradas encaramadas a las molduras del techo y sus alas desplegadas daban miedo. Todos los muebles eran estrechos y dorados y de las paredes colgaban espejos y cortinas de suave color crema. El aire olía a lirios recién cortados.

—Ésta es el ala este —dijo Ernst con una sonrisa amarga—. Nuestra Polonia particular.

Rummel estaba en el recibidor. Cuando nos acercamos, saludó a Ernst con una breve inclinación de cabeza. Con su expresión avinagrada, su semblante serio y cetrino en el traje negro, se dio la vuelta sin decir nada y nos guio por el amplio corredor, interrumpido por vidrieras emplomadas que daban al jardín. Hiero me había hablado en una ocasión de Caronte, el encargado de acompañar a los muertos al inframundo. Bueno, pues Rummel me recordaba bastante a él, con esos ojos tan pálidos que habría podido pasar por ciego.

Llegamos hasta la puerta del estudio. Ernst le dijo a Rummel que podía irse y éste saludó, se volvió y desapareció silencioso de vuelta al recibidor.

Ernst me puso una mano en el hombro.

—Sid, mi padre no es como los otros hombres. Es muy, muy sutil.

—¡Rummel! —llamó una voz de hombre—. ¿Es usted?

—No, no soy Rummel —dijo Ernst y me miró—. Ten cuidado con lo que dices.

Después irguió los hombros, abrió la puerta y entró.

Le seguí. Notaba la gruesa alfombra azul bajo mis pies. La luz del sol que entraba por uno de los altos ventanales se reflejaba en los pliegues de la tapicería,

proyectando alargadas sombras ambarinas en las paredes. Un hombre de pequeña estatura estaba sentado detrás de un escritorio oscuro y de gran tamaño, escribiendo con esmero. No se detuvo cuando nos oyó entrar. Su piel era pálida y recordaba a la cera y el traje gris plateado emitía destellos por la luz de las ventanas. Me fijé en su pelo gris corto, su bigote delgado y pulcro, los marcados surcos en la piel de la cara.

Levantó la mirada y frunció el ceño con desagrado. Por un momento me quedé sin respiración. El iris de sus ojos era azul y daba miedo.

—Maldita sea, Ernst. Estoy ocupado. ¿Qué pasa?

Ernst se sentó en el sofá blanco situado frente a la mesa.

—Yo también me alegro de verte.

Su padre hizo una mueca de desagrado, se quitó los lentes y los sostuvo colgando de una mano.

—Sí, sí, yo también me alegro. Tienes buen aspecto. Un poco delgado, quizá.

—He engordado.

—Ah, entonces no estás demasiado delgado. —Volvió la mirada al papel que tenía delante y garabateó unas cuantas líneas más. Después nos miró arqueando las cejas—. Bueno, ¿qué es lo que quieres?

—Ya sé que estás ocupado —dijo Ernst— con la guerra que estáis empezando y todo eso.

El padre hizo un gesto despectivo con la mano.

—Por favor, no empieces a ponerte dramático.

—Hemos venido a por los documentos, padre. Para París.

—Sí. —Von Haselberg asintió y después fijó la mirada en mí. Yo di un respingo—. Tú debes de ser uno de los músicos de Ernst.

Me había quedado de pie como un tonto en la puerta de entrada, junto a la pesada librería llena de volúmenes encuadernados en cuero marroquí y con cortes dorados. Tragué saliva sintiéndome como un objeto de exposición.

—Sidney Griffiths —dije.

—Sí, claro —dijo Von Haselberg—. Tocáis una música bastante peculiar, vosotros.

—Siéntate, Sid —dijo Ernst señalando el sofá donde estaba él—. No tienes que esperar a que mi padre te invite a hacerlo.

—¿Dónde está Rummel? —preguntó Von Haselberg con tono distraído.

—En el recibidor, donde está siempre. Y con aspecto de cadáver, por cierto.

—Sí, pobre Rummel —sonrió Von Haselberg—. Voy a necesitarle un momento.

Ante eso, Ernst no dijo nada.

Miré a Von Haselberg deslizar el papel en el que había estado escribiendo dentro de un cajón y cerrarlo con llave. Se puso de pie y, cogiendo su cigarro, rodeó la enorme mesa. Tenía esa pulcra elegancia que su hijo había heredado, esa fluidez de movimientos. Me estrechó la mano con firmeza, sonriendo.

—¿Qué te ha estado contando mi hijo de mí? —preguntó entre risas—. Seguro

que me ha pintado como un ogro.

Me encogí de hombros y miré a Ernst, quien estudiaba los jardines a través del ventanal con expresión hosca. Así, de perfil, su piel parecía casi translúcida. Después de tomar asiento, Von Haselberg se desabotonó la chaqueta del traje y estiró las piernas. Miró a su alrededor buscando un cenicero y después frunció el ceño y tiró la ceniza en la alfombra.

—Esta Frieda, se pasa el día vaciando los ceniceros y luego se olvida de ponerlos en su sitio. Cualquiera diría que quiere que deje de fumar.

—Es que deberías dejar de fumar, padre —dijo Ernst—. Es una costumbre asquerosa.

—Tonterías.

Pero Ernst había cruzado la alfombra, se había arrodillado y, con una suerte de dignidad herida, se había sacado el pañuelo del bolsillo de la chaqueta y estaba limpiando las cenizas.

—Déjalo, por Dios. —Von Haselberg me miró con las cejas arqueadas, asombrado por el grado de estupidez de su hijo—. Ya pagamos a chicas para que hagan eso.

—¿De verdad les pagas para eso?

—Déjalo, Ernst. Lo digo en serio.

Ernst frunció los labios, dobló el pañuelo sucio y se lo volvió a meter en el bolsillo.

El viejo Von Haselberg rio y sus ojos azul oscuro se arrugaron.

—Supongo que no has venido para hacer tareas domésticas. Aunque no me ofendes en absoluto. —Me miró—. Cualquier cosa, con tal de que mi hijo haga lo que le gusta.

Ernst sonrió también.

—Qué gran padre eres.

En fin, yo empezaba a encontrarme bastante incómodo. Pero Von Haselberg se limitó a encoger los hombros con gesto hastiado. Se pasó las pequeñas manos por los muslos, como si empezara a cansarse.

—Señor Griffiths, ¿ha estado usted viviendo en el apartamento de Fasanenstrasse? Espero que estuviera usted cómodo.

—No empieces, padre.

—Por el amor de Dios —dijo empezando a perder la paciencia—. A esto se le llama ser educado.

—Ahora viene cuando te recuerda que estás viviendo de su caridad.

—No seas ridículo. No quería decir nada de eso.

Ernst se limitó a arquear las cejas, en una imitación perfecta del gesto que acababa de hacer su padre.

—¿Y qué opina usted del asunto de Polonia? —dijo Von Haselberg.

—No contestes a eso —dijo Ernst.

Pero se hizo un largo silencio, como si los dos esperaran a que yo dijera algo. Hice como que carraspeaba y miré a Ernst, que tenía la mirada fija en sus zapatos.

—¿Qué asunto de Polonia? —pregunté de mala gana.

Von Haselberg soltó una carcajada abrupta y áspera.

—Excelente respuesta, sí señor. ¿De dónde me has dicho que era? ¿De Baltimore?

—Baltimore —asintió Ernst.

—Pues sí, excelente respuesta para un americano. ¿Le apetece beber algo?

—No —dijo Ernst—. No queremos nada.

—Vaya, qué lástima. —Von Haselberg se puso de pie y tras deslizarse hacia una estantería sacó una botella de clarete. Sirvió tres vasos y los llevó tintineando hasta las mesas bajas que había junto al sofá.

—He dicho que no, padre.

—Pues no te lo bebas —dijo éste—. No está envenenado, os lo aseguro. —Me sonrió con el cigarro en la boca—. De verdad que siento un gran respeto por las artes. Por todas ellas. No acabo de entender el *jazz*, pero sí admiro la pasión que vosotros, los jóvenes, le ponéis. La dedicación puede ser genial en sí misma.

Asentí incómodo, mientras hacía girar el vaso entre las manos.

—Mi padre es un gran mecenas de las artes —dijo Ernst—. ¿No es eso lo que nos estás intentando decir?

El viejo tomó asiento de nuevo con un quejido.

—No tan grande, me temo. El trabajo me quita demasiado tiempo, pero sin las artes éste sería un mundo mucho peor. Y no me hago ilusiones, señor Griffiths. Soy un hombre mayor, mi sentido del arte es anticuado, pero sé que las cosas que amo, en su momento también les resultaron escandalosas a hombres como yo. Mozart, Schiller, Goethe, Paul Hindemith, incluso.

—Ah ¿sí? ¿Hindemith? ¿Sus primeras obras o las últimas, padre? Siempre supuse que preferirías a Kurt Eggers o a Arno Breker. Hans Pfitzner. Y Richard Wagner, claro. Estaba menospreciando tus gustos católicos.

—Wagner —dijo Von Haselberg sacudiendo su cabeza cana con expresión contrita—. Es extremadamente teatral, ¿verdad?

—¿Le gusta Wagner? —pregunté cortésmente.

—Dios mío, no. Sólo en opinión del infeliz de mi hijo.

Ernst frunció el ceño.

—¿Y qué? ¿Pensabas que íbamos a quedarnos esperando en Berlín, como si fuéramos unos críos?

Se padre se revolvió en su silla y algo en su expresión se endureció, por fin. Yo tragué saliva. Su mirada se oscureció y dijo secamente:

—El cómo eligieseis esperar no me importaba en absoluto. Pero sí, teníais que haberos quedado en Berlín hasta que os llamara por teléfono.

Ernst levantó la vista.

—Quieres decir hasta que estuvieran los papeles.

Su padre inspiró el humo azul de su cigarro, lo acarició con la lengua y después lo expulsó formando un gran bucle. La ceniza cayó de nuevo sobre la alfombra. «Dios, —pensé—. No te levantes otra vez, Ernst». Por favor.

Pero Ernst permaneció sentado y se limitó a mover la mandíbula atrás y adelante.

Con una expresión extraña, una sonrisa irónica, casi, Von Haselberg se levantó. Fue detrás de la mesa y sacó un grueso sobre marrón del primer cajón.

—Sólo faltan vuestras firmas —dijo dirigiéndose a mí—. Está todo, fotografías, documentos, «padrinos». Para los alemanes incluso hemos pagado el impuesto del Reich. Sois libres de marcharos a Francia —sacó con dos dedos una estilográfica con sus iniciales del bolsillo de su chaqueta y miró a su hijo—. Incluso le regalo mi pluma, señor Griffiths. En calidad de padrino.

Se acercó hacia mí y me alargó el sobre y la pluma con una sonrisa.

Contuve el aliento. Madre mía. Así de fácil, allí estaba todo. Nuestras vidas en un sobre sin nombre. Saqué los papeles y fui pasándolos con el dedo. Al menos eran treinta páginas, todas llenas de letra mecanografiada. No estoy seguro de qué es lo que esperaba encontrar.

—El señor Falk —dijo Von Haselberg— tiene un pasaporte alemán nuevecito.

Levanté la mirada y asentí.

—Déjame verlos —dijo Ernst. Revisó los pliegos y sacó los papeles de Fritz Bayer y los de Paul Ludwig Karl-Heinz Butterstein—. Éstos no los vamos a necesitar —murmuró.

—Ah, sí, el pianista judío. Supongo que ha sido víctima de los acontecimientos.

—¡Acontecimientos! —Ernst clavó la mirada en su padre—. Si nos hubieras conseguido esto antes, seguiría vivo.

Su padre asintió.

—¿Tenía mucho talento?

—Era un ser humano, padre. ¿Qué más da eso?

—Tenía muchísimo talento —dije enfadado—. Y no está muerto.

Ernst me miró y me devolvió los papeles. Conté los tres pliegos que quedaban y los metí en el sobre. Ernst miraba a su padre con una expresión determinada e inescrutable.

—Gracias —dijo por fin—. Sé que no ha debido de serte fácil.

Von Haselberg rio secamente, como si buscara esconder las palabras debajo de la alfombra.

—Señor Griffiths —dijo poniéndose en pie—, un placer conocerle. Le deseo mucho éxito con su música.

—Gracias.

—Una cosa más. —Me miró con atención—: Querrán marcharse inmediatamente. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Sí, claro. Desde luego.

Nos dio la espalda y volvió a su mesa a sacar los papeles que había guardado antes. Le miré una vez más y salí de la habitación.

Ernst cerró la puerta con suavidad.

Ya en el pasillo me volví y le miré furioso:

—¿Se puede saber dónde están tus papeles? —cuchicheé—. No hay nada tuyo aquí.

Exhaló despacio y sus hombros se hundieron un poco bajo su chaqueta. Después contuvo el aliento y emitió un sonido casi imperceptible, como si buscara vaciar de aire sus pulmones.

—¿Ernst?

Pero apenas podía mirarlo. Con un gesto delicado, se abotonó la chaqueta del traje y se alisó la corbata, como quien acaba de cumplir con su obligación. Su expresión era muda como una copa llena de agua.

—No voy con vosotros —dijo con voz queda.

—¿Qué dices?

—Que no voy con vosotros —repitió en el mismo tono de voz.

Tragué saliva. Me costaba trabajo pensar.

—Pero ¿qué quieres decir? A ver, tío, es Louis Armstrong.

Se limitó a arrugar un poco el ceño y a mirar por la ventana. Aquélla fue la vez que más cerca estuve de verle demostrar cualquier clase de emoción intensa. Y entonces lo comprendí todo.

—Mierda, lo sabías. Así es como conseguiste que nos ayudara. Accediste a quedarte para que nosotros pudiéramos salir.

Negó con la cabeza.

—No digas tonterías.

Pero era como si fuera incapaz de inventarse una mentira alternativa y se limitó a quedarse allí con la cabeza gacha y sus largos dedos colgando, vacíos. Luego me sonrió débilmente.

—Has visto quién soy, Sid. Aquí voy a estar perfectamente, de verdad.

—Sí, claro.

—Debajo del asiento delantero del Horch hay mapas y también un sobre con francos, lo suficiente para que os dure un tiempo, si gastáis con cuidado. También están las instrucciones para poneros en contacto con Armstrong, en Montmartre.

—No vamos a irnos sin ti, Ernst. Dios.

—Id por carreteras secundarias. En el mapa viene indicado por dónde debéis cruzar. Tened cuidado.

Negué con la cabeza.

—No vamos a quedar ninguno.

Pensé que me iba a poner a llorar allí mismo, y me mordí fuerte la lengua.

Así que lo dejamos allí.

Maniobramos el Horch hasta situar su morro fantasmal en el camino de entrada, enfilamos la puerta de salida y giramos hacia la oscuridad, que venía a nuestro encuentro. Los faros del coche se abrían paso entre las sombras.

Condujimos en silencio en dirección este apesadumbrados, melancólicos, cada uno absorto en su propia incredulidad, hasta bien entrada la noche. Apenas nos detuvimos, excepto para reponer combustible de los bidones que nos habíamos llevado o para perdernos entre los arbustos y aliviar nuestras necesidades.

El sol estaba aún bajo en el horizonte y las primeras sombras se proyectaban alargadas sobre el asfalto irregular cuando vimos la frontera a unos tres kilómetros.

Pensaba que Chip y el Niño seguían dormidos, cuando de repente este último carraspeó y dijo:

—No va a venir. No va a venir. Ya es seguro.

Chip se volvió y observó al Niño, pero éste no dijo nada más.

Empezaban a distinguirse campos amarillos y más adelante, en la fría luz de la mañana, los oscuros bosques de Francia. Pasamos junto a grandes letreros escritos con pintura negra, Achtung, Achtung y más Achtung, debajo de cada uno de los cuales había instrucciones que no leí. Entonces vi las empalizadas y el alambre de espino y pisé el freno. El coche dio un bandazo y una sacudida y aminoró la marcha.

—Vaya mierda —dijo Chip. Se pasó las manos por la cara y bostezó.

Pisé de nuevo el acelerador y, con la suavidad de un pura sangre, el Horch se deslizó entre las dos empalizadas, girando lentamente. Por el polvoriento parabrisas vi dos botas armados de pie ante una caseta de seguridad a la izquierda, apuntándonos con sus ametralladoras. Sus uniformes verde sucio estaba bien planchados y con el cuello limpio, como si acabaran de empezar su turno.

—Mierda —susurró el Niño con los ojos muy, muy pequeños.

—No digas una palabra —dijo Chip—. ¿Me has oído? Nada.

Yo tenía la mirada fija en el bota armado que había salido de la garita con la mano en alto y un rifle colgado del hombro. Intenté poner cara de normalidad, de despreocupación, pero el corazón estaba a punto de salirseme del pecho. Detuve el coche con cuidado.

El bota que estaba entre las dos empalizadas dio un paso adelante y se acercó al coche con el ceño fruncido.

Yo tenía los nudillos blancos de tanto apretar el volante, pero me daba miedo soltarlo por si me empezaban a temblar las manos. Me aclaré la garganta.

—Dadme vuestros papeles —cuchicheé con voz aguda que más parecía el chisporroteo de una hoguera.

Me incliné hacia delante y bajé la ventanilla. El aire de finales de verano olía a tierra y a humo.

Los pantalones verdes de uniforme del bota se reflejaban en el metal del Horch. Le miré guiñando un poco los ojos y le saludé con la cabeza. Era joven, de pelo castaño y rostro bronceado, con los labios agrietados por exceso de sol. Miraba con los ojos algo entornados.

—Documentación —dijo con brusquedad.

Le pasé los papeles. La mano me temblaba como a un pensionista, como si tuviera ochenta y dos años.

Gruñó y empezó a pasarlos con el dedo. Tenía los ojos muy negros, como los de Ernst. Caminó despacio hasta la parte delantera del Horch, estudiando la parrilla y los faros plateados como si nunca hubiera visto una cosa así. Después volvió con nosotros.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó sin entonación alguna mientras seguía pasando papeles.

—A París —contesté y a continuación tosí. Me aclaré la garganta—. A París —repetí con voz más firme.

Me miró y después metió la cabeza en el coche y escrutó largamente a Chip y a Hiero. Sus ojos se posaron en el contrabajo que estaba de pie en el asiento trasero.

—Somos músicos americanos —le dije nervioso—. Estamos de paso, camino de una actuación en París.

Al oír aquello levantó la vista y miró por encima del techo del coche, hacia algo que había al otro lado. Después dijo:

—Esperen aquí, no se muevan. —Caminó hasta donde estaba el otro guardia y se puso a hablarle en voz baja.

El sol oblicuo de la mañana entraba por el sucio parabrisas, calentando los asientos de cuero. Un hilillo de sudor me bajaba por las costillas.

Chip apoyó una mano oscura en el salpicadero, como para notar el calor del sol.

—No pasa nada. No te pongas nervioso, Sid. Es precisamente lo que quieren. Seguramente están hablando de fútbol.

Yo no estaba tan seguro, a mí aquello me parecía bastante serio. Porque, a ver, ¿y si el cabrón del padre de Ernst nos había dado papeles que se notaba que eran falsos? Por lo menos en los de Hiero debía de haber algo raro; el Niño llevaba años sin nacionalidad. Traté de no tragar saliva.

El bota se volvió, se protegió los ojos del sol con una mano y nos miró.

Justo delante de nuestro coche, detrás de un montón no muy alto de sacos de arena tirados como perros muertos de un disparo, había un bota apostado y apuntándonos con una pesada metralleta, vigilándonos. El casco le tapaba los ojos.

Entonces volvió el primer bota, todavía pasando papeles con el dedo. Se inclinó hasta ponerse a la altura de la ventanilla y miró largo rato a Hiero. «Tranquilo, chico, —pensaba yo—. No se te ocurra perder la calma».

El bota me dio los papeles con un gesto de cabeza desdeñoso, se apartó del coche e hizo una señal a los soldados que estaban de pie junto a la zanja. Éstos se acercaron

y retiraron las empalizadas; el de la derecha, que era más delgado, con evidente esfuerzo.

Después, aquel mismo bota se apartó del Horch y nos indicó que pasáramos con la mano.

Era una trampa. Simulaban dejarte pasar y después te disparaban. Esperaban a que estuvieras entre las dos líneas fronterizas, de manera que ningún país fuera responsable. Era así, nos lo habían contado. Pisé nervioso el acelerador y avanzamos despacio, dejando atrás los sacos polvorientos, más empalizadas con alambre de espinos y al tipo de la metralleta.

—Tranquilo —dijo Chip—. Tú tranquilo.

Conduje muy despacio hasta el lado francés. Un soldado franchute se nos acercó agitando ambas manos en señal de que debíamos parar. El Niño se volvió para mirar a los boches armados a nuestra espalda. Chip le dijo bruscamente:

—Date la vuelta ahora mismo, Niño.

Había una nueva metralleta en un lateral, sobre un pequeño promontorio y que apuntaba directamente a nuestro parabrisas. Se me erizaron los pelos de la nuca.

El soldado franchute que se acercó nos miró con verdadero desagrado, como si estuviera deseando mandarnos de vuelta al otro lado. Tenía una mirada vieja, esquiva y hastiada. Su formidable panza y su bigote cano hacían pensar en la masacre de Verdun.

—*Papiers* —dijo con voz cortante y largando una mano carnosa y enrojecida.

Palpé con torpeza el salpicadero y saqué la documentación por segunda vez.

—*Vous-allez où? Votre destination.*

Miré a Chip, quien a su vez miró nervioso al soldado.

—No hablará usted inglés, ¿supongo? —Hice ademán de levantar una mano del volante y alargarla hacia él. Se separó rápidamente y me apuntó con el rifle.

—*Tes mains, dans la voiture; mains dans la voiture* —ladró.

Me quedé paralizado y levanté las manos, muerto de miedo.

—No, no iba a hacer nada.

Movió la cabeza cana mientras me devolvía los papeles.

—*Non* —dijo con el ceño fruncido—. *Vous devez retourner. Ce n'est pas correcte, ça.*

Apuntó con el rifle hacia el lado alemán, indicándonos con la mano que regresáramos.

—Ay, no —dije—. Por favor.

—Somos americanos —le gritó Chip inclinándose sobre mí hacia la ventanilla—. Me cago en la mar, somos americanos. A-me-ri-ca-nos. Vamos a París. No des la vuelta, Sid. Ni se te ocurra.

El soldado de pelo gris me miraba furioso, como si lo que más le apeteciera en el mundo fuera agarrarme del cuello y empujarme contra una pared. Yo temblaba.

—*S'il vous plait* —le dijo Chip—. *Monsieur, s'il vous plait. Americanos.* —

Cogió el montón desordenado de documentos y los agitó ante el soldado por la ventanilla. Éste se negó a cogerlos y permaneció de pie, moviendo la cabeza.

Un segundo soldado francés cruzó la barricada gritando enfadado alguna cosa. Empecé a sudar. Dios, pensé, esto es el fin. Es el fin.

El segundo soldado se inclinó y nos gritó algo que no entendí. Cogió los papeles de la mano de Chip y empezó a pasarlos con furia.

El soldado cano de mirada severa dijo que no con la cabeza, comentando cosas sobre los papeles en voz baja mientras el otro los hojeaba.

—*Oui, oui* —decía éste con el ceño fruncido.

Me pasé la lengua por los labios. No nos hagas esto, por favor, Dios, no nos hagas esto.

Cuando de repente el segundo soldado nos devolvió los papeles y, tras darse la vuelta con rapidez, hizo un gesto a sus compañeros. Entonces se levantaron las empalizadas y nos dejaron pasar, pasar hacia las oscuras colinas francesas cubiertas de bosques. Atónito, miré a Chip, mientras seguía aferrado al volante y me costaba trabajo respirar.

—Venga, tío —dijo entre dientes—. Vámonos de aquí ya.

Pisé el acelerador y seguimos adelante, hacia el occidente libre.

CUARTA PARTE

Berlín, 1992

Había pasado un minuto cuando Chip dijo:

—Sigues enfadado. ¿A que sí? Sigues dándole vueltas.

No contesté y me limité a pasar de segunda a tercera con gesto serio mientras sentía el Mercedes ronronear en mis manos. Nos deslizábamos como jarabe por las relucientes calles de Berlín, sin que el sol blanco nos hiciera daño a los ojos gracias a los cristales tintados. Y envueltos en aquel seductor olor a cuero.

Chip sacó su pitillera de titanio y la abrió con un chasquido. Le miré con cara de pocos amigos.

—Aquí dentro no vas a fumar eso —le dije— y, ponte el cinturón.

—Venga ya, Sid, no te pongas así. Podrías demostrar un poquito de ilusión; no está prohibido, que lo sepas.

—El cinturón —repetí.

Se colocó uno de sus elegantes puritos entre los labios y después levantó la mano y sacó el cinturón de seguridad. Entonces se volvió hacia mí y me dirigió una mirada incómoda, dolida.

—Para que conste en acta —dijo—, que sepas que no te guardo rencor.

Me tuve que morder la lengua y casi me parto un puente de la boca en dos al oír aquello. Empecé a toser.

—¿Sid? —dijo Chip pasado un momento.

—¿Qué?

—He dicho que no te guardo rencor. —Cambió de postura y el asiento de cuero ribeteado rechinó bajo su peso—. Y tú, ¿no tienes nada que decirme?

—¿Qué es exactamente lo que se supone que tengo que decirte?

—Pues... yo qué sé. —Hizo como que se quitaba un trozo de pelusa de la manga—. Podrías decirme que tú tampoco me guardas rencor. Venga ya, tío, eres mi más viejo amigo.

—Eres un hijo de puta, Chip. Eso es lo que tengo que decirte.

Se quedó callado un minuto, pero después me miró con su sonrisa sardónica de siempre.

—Eso es bastante probable —dijo—. Bastante. Pero que sepas que tú sigues siendo la niña de mis ojos.

Chip Jones de los cojones. Igualito que un bull terrier; cuando enganchaba algo con los dientes no lo soltaba.

Pisé el freno y el coche casi se detuvo, se apoyó en la tracción trasera, levantó el morro y giró, así de suave era la conducción. Un conductor furioso se puso a tocar la bocina y nos gritó algo al pasar a nuestro lado. Con las ventanillas subidas casi no le oímos. Pero cuando Chip bajó la suya, todos los rugidos, aullidos y el fragor de la ciudad entraron de golpe. Olía a chamusquina, como a petróleo quemado. «Demasiados tubos de escape, demasiada polución,» pensé.

Entonces fue cuando Chip silbó entre dientes.

—La hostia —murmuró.

Y es que allí estaba. El muro. O lo que había sido el muro. Desparramado, roto y desmontado. A lo largo de los restos de cemento agujereado que aún quedaban en Potsdamer Platz había surgido una especie de bazar. Un mercado polaco, parecía. Hombres rechonchos de semblante mustio y manos ágiles ofrecían a voces naranjas relucientes, radios portátiles, jerséis de punto tan apretado que parecían cotas de malla. El aire olía a pimienta. Me detuve en el semáforo justo cuando un Trabi nos adelantaba a toda velocidad, con su carrocería de plástico traqueteando.

—Ya no hay marcha atrás, supongo —dijo Chip haciendo castañetear sus dientes postizos.

No estaba seguro si se refería al festival o a los viejos tiempos.

—No la hay, no —contesté a ambas cosas.

—Sid —dijo de pronto muy serio—. Lo siento mucho, tío.

Me quedé callado un minuto y por fin dije:

—La próxima vez haz las cosas bien, Chip.

—Lo haré, te compensaré por esto.

Asentí y después dije enfurruñado:

—Sube la ventanilla.

No sé, pero me parecía indecente, lo de nosotros dos circulando por allí.

Así que Chip y yo hicimos las paces una vez más. No sé qué me pasa con este hombre, es como una debilidad que tengo, incluso hoy, después de setenta años. No es idiota, al menos no más que la mayoría. Aunque tampoco es que tenga ningún encanto especial, pero parecemos destinados a ser amigos hasta el final. Por qué, no lo sé. Sólo puedo decir que es como un defecto más que tengo. Por ejemplo, tengo un desgarró en el manguito rotador que me obliga a usar más el brazo izquierdo. Pues esto es lo mismo, hay en mi cerebro como un interruptor estropeado que me impide decirle no a Chip Jones.

Salíamos despacio de una rotonda camino a las carreteras vacías que conducían al aeropuerto cuando Chip abrió los ojos y puso cara de desconfianza.

—Estamos en el aeropuerto —dijo.

—Mira qué bien te han venido las gafas bifocales —dije—. A eso lo llamo yo una buena inversión, sí señor.

—Sid, ¿qué hacemos aquí?

—Lo que suele hacer la gente en un sitio como éste. Subirse a un barco —dije moviendo la cabeza.

Pero Chip no estaba para bromas. Miró las filas de taxis, los autobuses de los operadores turísticos y las puertas automáticas que íbamos dejando atrás.

—Creí que íbamos a Polonia, tío —dijo. Y a continuación añadió—: ¿Sabes que tu vuelo a Baltimore ya ha salido?

Aparqué en el área destinada a coches de alquiler y le miré con dureza.

—Ya lo sé.

Me miró nervioso. Encima.

—Mira, Chip, estás listo si crees que voy a conducir hasta Polonia este camión del tamaño de un... Pero ¿cómo se le ocurre a un hombre tan pequeño alquilar un coche tan grande? En qué estarías pensando... Y además, no estoy seguro de que ni siquiera sea legal cruzar la frontera a otro país en un coche de alquiler. Así que, si quieres ir a Polonia, tendrá que ser en avión.

No tengo palabras para definir su expresión de alivio.

—Pensé que igual no querías venir —dijo Chip mientras facturábamos el equipaje: él, su colección de maletas marrones de marca, y yo, mi cochambrosa bolsa de viaje que no había llegado a abrir. Y luego, más tarde, mientras hacíamos la cola en los controles de seguridad, me dijo otra vez—: Pensé que me ibas a dejar tirado, tío.

—Todavía estoy a tiempo —dije.

—Eso desde luego —dijo con una sonrisa—. Siempre se está a tiempo mientras se está vivo.

—Muy bonito. ¿Vas a imprimir la frase y hacer una pegatina?

Chip rio.

—Pero, Sid, ¿te das cuenta? Aquí estamos los dos, como en los viejos tiempos. Hiero se va a llevar tal sorpresa que es capaz de comerse la trompeta y todo.

Pero yo no le escuchaba. Caminábamos arrastrando los pies hacia la puerta de embarque.

—¿Se va a llevar una sorpresa? —pregunté.

—Pues claro, tío. Como una gorda delante de una nevera llena de comida.

Y entonces lo entendí todo. Dejé de andar, me llevé una mano a la cabeza y suspiré. Miré hacia el pasillo ante nosotros y después a Chip.

—Chip —dije.

Seguía sonriendo y se volvió sólo a medias.

—Venga, vamos. ¿Qué pasa?

—Hiero sabe que vamos, ¿no?

Fue impresionante cómo se le borró la sonrisa de la cara. Lo veía mirándome, tratando de decidir algo y se me erizaron los pelos de la nuca.

Entonces Chip carraspeó y extendió sus enormes manos hacia mí, como para apaciguarme.

—Pues claro que lo sabe. A ver, exactamente cuándo no, pero lo sabe.

—¿No sabe exactamente cuándo vamos?

Chip parpadeó, confuso.

—¿Chip?

—Te estás olvidando de que nos ha invitado a ir.

—¿No me estarás diciendo que no le has avisado de que íbamos a visitarle?

—Vale, no. No lo he hecho. Pero es que, ¿qué le iba a escribir? ¿Qué le digo?

«¿Querido Hiero, vamos a ir a verte para comprobar que no eres un fantasma? ¿Sentimos mucho que hayas tenido una vida tan decepcionante? O ¿nos alegramos mucho de que no te hayas muerto todavía?».

—¿Y qué tal: «Hiero, iremos a visitarte la segunda semana de octubre. Hasta pronto?».

Chip agachó la cabeza y sonrió un poco.

—Algo así no habría estado mal, no.

Varias personas pasaron a nuestro lado y nos miraron con cara de superioridad, pero me importó un bledo. Me quedé allí sacudiendo la cabeza como si no me quedaran músculos, como si esperara que tal vez, si la agitaba lo suficiente, se desenroscarían los tornillos y saldría sola.

—Pero, Sid —dijo Chip pasado un minuto y con cara de estar verdaderamente perplejo—. Cuando nos vea se va a poner contentísimo.

Madre mía, me puse enfermo imaginando que me presentaba en casa de Hiero y éste me daba con la puerta en las narices. O me cogía por las solapas y me echaba a patadas. Dios mío, si hasta lo imaginé cogiendo un hacha del cobertizo y partiéndome el cráneo en dos. Y mientras tanto yo, quizá lloraba, o le suplicaba que no me matara. Yo qué sé.

Pero me subí al avión, con las piernas temblonas, eso sí. Chip no pareció darse cuenta. El vuelo hasta el aeropuerto de Estetinia fue corto, no como el viaje en taxi hasta la estación de autobuses. No vi nada. Estetinia parecía sólo un lugar muy oscuro y muy frío. Por mucho que me frotara las manos no conseguía que dejaran de temblar.

Nuestro autocar no estaba aparcado junto a los otros, sino detrás, junto a una alambrada y a la sombra de un lúgubre edificio de cemento con grietas que recorrían sus muros como una tela de araña.

—No lo dirás en serio —dije al verlo.

Chip me puso una mano en el hombro.

—Vaya —dijo—. Bueno, al menos supongo que nos llevará hasta allí. Tiene pinta de llevar en funcionamiento al menos cincuenta años.

—¿Eso? Con eso no salimos ni del aparcamiento —musité.

Era lo que se dice una verdadera reliquia, aquel viejo autobús blanco por el polvo. Tenía grandes ruedas de vehículo del ejército y el chasis lleno de muescas, como salido del campo de batalla. La carrocería soviética le daba un aspecto de criatura extraña, de insecto, y al verlo así, con las puertas del maletero desplegadas como alas, me puse nervioso de verdad. Por las ventanas costrosas no se veía nada. «Parece un trasto abandonado», pensé.

Pero Chip ya estaba metiendo nuestras maletas en el portaequipajes.

—Chip —le dije estudiando el autobús.

—¿Qué?

—¿Cuánto se supone que dura el viaje?

—Medio día, creo —contestó.

—¿Medio día; es decir, doce horas? ¿O medio día del tipo, échate una cabezadita y enseguida habremos llegado?

Se encogió de hombros.

—Qué más te da, ya, total, a estas alturas... ¿Vienes o qué?

—Como nos subamos a ese cacharro ya no habrá marcha atrás.

Pero Chip me empujó para abrirse paso, se agarró a la barandilla de la puerta con una mano y, tomando impulso, trepó al interior del autocar. Era tan alto que no estaba seguro de poder subirme. Una escalera de mano no habría estado mal.

Dentro estaba oscuro. Empecé a subir los cortos peldaños pestañeando y tratando de orientarme. El conductor estaba sentado frente al gigantesco volante con expresión encallecida y hosca. No podía verle los ojos. Le dije hola entre las sombras y apartó la mirada.

—¿No nos pide los billetes? —le pregunté a Chip.

Éste se encogió otra vez de hombros.

Mis ojos empezaban a adaptarse a la oscuridad. El interior era amarillo como un retrete, los asientos no estaban acolchados y apestaban a pis. Pasajeros aferrados a paquetes de formas extrañas, tapados con bufandas y capuchas, sus rostros borrosos e indistinguibles unos de otros. En una de las filas de la parte de atrás, una mujer tosía.

Era como si nos estuvieran esperando, porque en cuanto subimos el conductor se bajó, cerró el portaequipajes de un portazo y volvió a subir con cara de pocos amigos. Gritó unas cuantas palabras en polaco, pero nadie pareció prestarle atención. Entonces se sentó, tiró de varias palancas, arrancó el motor con un rugido y abrió de golpe su ventanilla polvorienta. Los frenos chirriaron y las bielas silbaron como aspas bajo nuestros pies.

Y entonces oímos un ruido, como si una enorme presión se liberara, y aquel mamotreto empezó a dar sacudidas sobre sus ruedas, avanzando lentamente hacia la carretera muerta.

Circulamos por las lúgubres calles de Estetinia, dejando atrás fachadas grises de cemento desconchado, ventanas con postigos, gente con abrigos oscuros llevando bolsas de la compra. Las farolas estaban encendidas, aunque no podían ser más de las doce del mediodía. Las carreteras tenían un aspecto desolado y desnudo, como si se prepararan para el invierno.

No llevábamos ni diez minutos circulando cuando el autobús se detuvo. Un hombre mayor recorrió lentamente el pasillo y, tras bajarse, echó a andar hacia los oscuros prados. Llevaba un saco de cebollas al hombro y le miré arrastrar los pies hacia el crepúsculo y desaparecer.

Nos pusimos de nuevo en marcha. El asfalto de aquellas carreteras estaba en malas condiciones y el autocar avanzaba entre sacudidas, chirridos y chasquidos. Habíamos dejado atrás la ciudad y atravesábamos un paisaje marchito, de prados yermos y amplias extensiones de tupidos bosques. Empecé a preguntarme si todo aquello sería real. Al principio no estaba del todo seguro, pero después sí, y llegó un momento en que me daba igual. El caso es que allí estaba, convencido por fin de que Hiero estaría donde Chip decía que estaba.

—*Un blues mestizo* —dijo éste de repente, mientras se frotaba la barba de las mejillas como si quisiera afilarse los dedos—. Siempre he pensado que la canción trataba de él.

—No empieces, Chip. Dejemos el tema por un rato.

—Pero no. Yo creo que le puso ese título por Delilah.

Cerré los ojos. De repente no quería hablar de nada de aquello, ni entonces ni nunca más.

—Deberíamos haberle traído algo —dijo Chip—. Un regalo.

Resoplé.

—¿Como qué, por ejemplo? ¿Una botella de vino? ¿Un llavero?

—No sé, algo. No me gusta ir de visita con las manos vacías.

Yo seguía con los ojos cerrados, pero los abrí para mirar a Chip.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿No llevar un regalo?

Pero Chip seguía tan pancho.

—Yo lo único que digo es que un poco de cortesía nunca está de más, Sid.

Pasaron las horas. Al cabo de un rato, Chip se durmió. Yo me dormí y me desperté. Le miré, muerto como el invierno a mi lado. Su cara estaba ahora tersa, las arrugas se le habían retirado como la marea de modo que casi se le veía la forma de los huesos debajo de la piel, su verdadera esencia.

Pero entonces abrió un ojo e hizo una mueca con sus labios delgados y húmedos.

—Oye.

Le miré somnoliento.

—Oye —repitió—. Sid.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de Panther Bronstowne?

—Eh...

—El músico. El que me dio la primera oportunidad con la batería.

Hice una mueca.

—Sí, con la batería y otras cosas también. ¿Cómo se llamaba la chica aquella?

—Coño —Chip sonrió, pero parecía pensativo. Después se enderezó y entonces sí se le iluminó la cara—, me había olvidado de eso. La tuya tenía un chasis que te daban ganas de comprar el coche entero.

—Aquella chica fue mi primer amor —dije.

—Y qué me dices de cómo tocaba el trombón.

Reí.

—¿Por qué te has acordado de eso ahora?

Se encogió de hombros.

—No sé, por todo esto, supongo. —Señaló la extraña grisura que discurría por la ventanilla, las largas extensiones de prados y campos de cultivo—. Te hace pensar.

Asentí.

—¿Qué pasa con él? —dije pasados unos instantes.

—¿Con quién?

—Con Panther Brownstone. ¿Qué pensabas?

—Nada. Que tenía pinta de ser un hijo de puta, pero luego no lo era.

—Ah ¿no?

—No.

Pero sí que era un hijo de puta, de eso me acordaba perfectamente. Era un martes lluvioso y en Baltimore hacía bochorno y olía a pis. Yo temblaba como una hoja mientras entraba detrás de Chip en aquel club. Nunca había visto algo parecido. Tenía trece años y aquel garito apestaba a alcohol desinfectante y era más oscuro que mi camisa, con sus mesas de madera barata repartidas de cualquier manera y entre sombras por el suelo ajedrezado. Y Panther Brownstone, delgado y huesudo como una escoba que se levantó de una mesa y subió al escenario tras guiñarle un ojo a Chip.

—Esta noche tenemos un invitado especial —anunció—. Señoras y caballeros, recién llegado de los Heights, ¡un aplauso para Charles C. Jones!

—Chip —recuerdo haber cuchicheado—. ¿Qué es esto?

Pero él se limitó a sonreírme.

—Cierra el pico y presta atención.

Y entonces se subió al escenario sacudiendo piernas y brazos como para quitarse la lluvia de la ropa. Casi me da algo, lo digo en serio.

Se sentó ante la batería. De entre el humo de las mesas llegaron algunas risas. Y es que no te creías que fuera en serio, parecía una broma. Pero, a una señal de Panther, Chip entrechocó las baquetas y empezó a tocar.

Yo sabía que le daba un poco a los tambores, pero vamos, aquello sí que no me lo esperaba. Le miré boquiabierto pasar suavemente a los timbales mientras pegaba el muslo flaco al tambor para marcar el ritmo con el pedal. Qué manera de tocar. Los brazos y las piernas eran puro ritmo y cuando golpeaba los parches con fuerza parecía que la piel se le iba a despegar del cuerpo. Fue uno de esos momentos en que te parece ver por primera vez a alguien que conoces, que descubres que hay dentro de él otra persona completamente distinta. Me quedé sin palabras.

Cuando terminó la pieza, la gente pareció volverse loca de lo que les había gustado. Gritaban y aporreaban las mesas, las señoras agitaban sus servilletas manchadas de alcohol. Cuando Chip bajó del escenario, le abracé tan fuerte que casi se cae al suelo.

—¿Dónde has aprendido a tocar así, tío? —grité—. ¿Quién te ha enseñado?

Entonces llegó Panther con su traje tres piezas color ciruela y apoyó una de sus grandes manos en el hombro de Chip. En la delgada muñeca llevaba un reloj de oro de gran tamaño y tenía las uñas perfectamente cuidadas. ¡Y limpias! En mi vida había visto yo a un hombre con las manos tan limpias.

—Chicos —dijo con voz despreocupada—. Os invito a una ronda.

Yo me había enamorado. Tal cual. De aquel lugar, con su peste a sudor, a drogas y a perfume; de aquella gente toda emperifollada a pesar de la que estaba cayendo fuera. Eso era vida y no lo demás: el colegio dominical y las niñas vestidas de blanco, entrar a robar en la tienda de la esquina, todo eso no eran más que tonterías comparadas con aquellas mujeres meneando las caderas enfundadas en vestidos de lentejuelas, aquellos tipos bebiendo licor barato de garrafón. Y aquella jerga de tugurio clandestino. Por fin sabía lo que quería hacer con mi vida.

Panther Brownstone nos condujo hasta una mesa en una esquina que sus ocupantes abandonaron nada más acercarse él. «Esto sí que es poderío», pensé. Nos sentamos en las sillas con la tapicería rajada mientras él se sacaba del bolsillo de la chaqueta un pañuelo color tostado y limpiaba la mesa de colillas y cáscaras, echándolas al suelo. Los ojos le brillaban como dos escarabajos.

—*Whisky* solo —le dijo a la camarera que se acercó—. Y para los chicos, dos limonadas.

Ella nos sonrió, me recordó a la hermana de mi madre. Joder.

—Os invitaría a una copa como Dios manda —dijo son suavidad—, pero no soy ningún Sócrates que va por ahí corrompiendo a chavales. Me limito a corromper al resto del mundo.

Y nos dedicó una terrorífica sonrisa llena de dientes.

—Vamos al grano. Charles, no tocas mal, aunque tampoco bien, la verdad. Pero a la gente le ha encantado verte, supongo que lo mismo que les gustaría ver a un perro conducir un coche. Así que, por lo que a mí respecta, me gustaría que vinieras a tocar todos los sábados. ¿Qué te parece?

Chip casi lloraba de la emoción, pero cuando habló no le tembló la voz.

—¿Los sábados? —dijo como si repasara su agenda mentalmente—. Sí, creo que puedo. De acuerdo, me parece bien, Panther.

Panther me miró de soslayo antes de volver los ojos hacia Chip, mientras un atisbo de sonrisa se asomaba debajo del fino bigote.

—¿Cuántos años tienes? Y no me refiero a años perrunos.

—Dieciséis —respondió Chip.

—Trece —dije yo.

Me dio una patada debajo de la mesa y di un respingo. Me agaché y me froté la pantorrilla. Pero Panther ni se dio cuenta.

—Trece —repitió despacio—. Trece años. Te echaba menos todavía.

—¡Menos! —gritó Chip.

Entonces Panther se echó a reír, era una risa que le salía desde el fondo del pecho.

—Tranquilo, chico. De todas maneras, no podéis venir demasiado por aquí. Ni aunque tuvierais dieciséis. Si se enteran de que vienen niños nos cierran el local. ¿Está claro?

Chip no dijo nada, pero tenía las pupilas muy pequeñas. Mucho.

—Mira, chico, no te mosquees. Para la edad que tienes le das muy bien a los parches, pero que toques bien ahora no quiere decir que vayas a ser bueno siempre. A no ser que seas Bolden, o Jelly Roll, o alguien por el estilo. Y músicos así los encuentras una vez cada mil años. Mira, el *jazz* no es sólo música. Para tocar *jazz* necesitas haber vivido. Jamás he conocido a un músico de menos de dieciocho años que supiera qué hacer con un instrumento en la mano.

—Yo sé perfectamente lo que me hago —comentó Chip.

Panther levantó las manos.

—Ya lo sé, chico. Lo sé.

Llegaron el *whisky* y las limonadas.

—Aquí tienes, cariño —le dijo la camarera a Chip dándole su vaso.

Éste no dijo nada.

Panther le miró pensativo. Después levantó uno de sus brazos largos y huesudos y chasqueó los dedos. Apareció una mujer con una amiga detrás. Madre mía, eran unos vejstorios. Por lo menos debían de tener veinte años. Los pechos se les salían por el escote del vestido.

—Chicas —dijo Panther—, hacedme el favor de cuidarme a estos chavales.

—Eso está hecho, Panther —aseguró la primera. Luego esbozó lo que supongo era una sonrisa seductora, levantando el labio superior.

No me lo podía creer; no se me ocurría nada que decir.

Panther miró a Chip con un súbito brillo, frío y feroz, en los ojos.

—Nos vemos, chaval —dijo—. Y sigue así.

A continuación se levantó de la mesa, cogió su vaso y se perdió en la nube de humo.

—Gilipollas —dijo Chip en voz alta.

—Cariño, has tocado pero que muy bien —le dijo la primera mujer a Chip.

Éste la miró cabreado.

—¿Y tú cómo te llamas, pichón? —me preguntó a mí la segunda.

—Sidney Griffiths, señora —contesté.

—El que ha tocado he sido yo —dijo Chip mirándome a mí ahora cabreado. Al verle esa cara de satisfacción me dieron ganas de pisarle todos los dedos del pie.

—Y además muy bien, cariño, pero que muy bien —repitió la primera mujer.

—Seguro que tú también tocarías muy bien, si te pusieras —continuó hablándome la segunda. ¡La Virgen!, pero si es que me había tocado la más guapa de las dos, con esos ojos rasgados como pipas de melón, piel color café y labios como fruta partida. No había nada en ella que no me recordara a algo de comer.

—¿Qué estáis tomando? —preguntó la primera.

—Limonada —contesté yo.

—Limonada con alcohol —saltó Chip.

La segunda mujer se rio.

—¿Qué tal si nos invitáis a una copa, cariño? Dos sidecars.

—¡Así me gusta! —exclamó Chip, como si la idea de las copas hubiera sido suya—. Sid, acércate a la barra y tráenos algo que te haga crecer pelo en el pecho de una vez.

—¿Y por qué no vas tú? —cuchicheé.

—Vamos —me contestó entre dientes—, que nos están mirando.

Las copas me costaron la paga de tres semanas y el barman casi se parte de risa mientras me las servía. Me abrí paso como podía entre la cortina de humo, de vuelta a la mesa, cuando me encontré con que mi chica de ojos de gato había ido a mi encuentro. Me quitó los dos vasos de la mano y los dejó en la primera mesa que encontré, de forma que la mitad del licor se derramó.

—Pero ¿qué haces? —le dije—. ¿Ni siquiera os lo vais a beber?

Se limitó a cogerme de la mano y a guiarme entre cuerpos sudorosos hasta una escalera tan oscura como una cavidad cardíaca.

—¿Dónde está Chip? —le pregunté—. Tengo que decirle que nos vamos.

Fue sorteando parejas que se magreaban hasta llegar al primer rellano y, una vez allí, abrió una puerta y me empujó adentro. Me quedé de una pieza. ¡Era un dormitorio! Me fijé en las sábanas de satén amarillo, rotas y machadas por algunas partes, las ventanas oscurecidas con algo que parecía pintura gris pero que seguramente eran años de humo de cigarrillos. El corazón me empezó a tartamudear dentro del pecho.

—¿Vives aquí? —pregunté sorprendido.

Cerró la puerta, se acercó y me agarró del cuello de la camisa de manera que casi me ahoga.

—¡Eh! —grité—. Oye, ¿qué estás haciendo? Como intentes hacerme algo, llamo a Chip.

—Ay, pichón. —Me sonreía.

Fue entonces cuando se inclinó y me dio un beso.

Madre mía de mi vida, aquello no fue un beso cualquiera. Me metió la lengua en la boca y se me pusieron cachondas hasta las uñas de los pies. Tenía los labios calientes, como las asas de una fuente de horno y apretaba sus pechos contra el mío. Toda ella olía a almendras, hasta el pelo.

Después se separó y me miró con cara de niña mala.

—No sé qué decir. Eres guapísima —susurré.

Sonrió.

—Ah ¿sí?

Asentí.

Cuando se arrodilló no lo entendí e hice ademán de imitarla, pero me detuvo y me obligó a ponerme de pie otra vez. Me besó en la bragueta, después fue tirando de los botones hasta abrirlos y me bajó los pantalones, los calzoncillos. Antes de que fuera consciente de lo que estaba pasando, ya estaba dentro de su boca, caliente y húmeda, terciopelo puro. Aquella imposible suavidad me hacía cosquillas por todo el cuerpo, era como si me echaran por encima agua fría y caliente al mismo tiempo. Casi dolía.

Después no supe qué hacer. Me sentía un poco avergonzado, cortado. Todavía jadeando, me arrodillé delante de ella en el suelo e intenté levantarle el vestido, buscando complacerla.

Empujó mi mano con suavidad.

—Esto ha sido gratis, porque eres una monada, cariño. Pero si quieres joder tienes que pagar.

No la comprendí. Hasta que la verdad empezó a llegarme despacio, como entre capas de humo.

—¿Eres una puta? —inquirí.

Frunció el ceño, inclinó el cuerpo hacia atrás y me miró con frialdad.

—¿Así es como me llamas? ¿Después del favor que te acabo de hacer?

Me puse colorado. La verdad es que no sabía con qué otra palabra llamarla.

—Perdón —dije.

—Eres un niño, chico. Pensé que eras más mayor.

—Lo siento —repetí intentando que sonara mejor.

Se puso en pie con el ceño todavía fruncido.

—Si me vas a llamar puta, pues entonces soy una puta. Olvídate de lo de gratis y págame. Págame o llamo a Vaughn.

Pero ¿a qué venía todo aquello? De repente la cosa se había puesto de lo más fea, nunca en mi vida me había visto en una igual. Presa del pánico, me subí los pantalones y crucé la habitación dando traspiés para coger mi abrigo.

—Ni se te ocurra largarte, cabrón —me dijo con los labios húmedos y apretados.

—Tengo que coger mi cartera —dije aunque sabía de sobra que por mucho que la cartera estuviera en mi abrigo, dentro no quedaba un centavo.

Me abroché la bragueta y me estiré la camisa mientras la mujer me miraba con ojos de halcón. Después me metí la mano en el bolsillo al tiempo que tiraba de la puerta, abriéndola de golpe. Bajé como pude la escalera con el corazón que se me salía del pecho. La oí gritar a mi espalda: «¡Que no se escape ese negro!», pero lo cierto es que, si la situación lo requería, yo podía ser rápido como una liebre, así que nadie pudo darme alcance. Empujando a todos los que me crucé en mi camino, logré salir a la calle y recuperar el aliento a pesar del bochorno que hacía. Bajé corriendo por South Broadway, giré en East Pratt y después volví en zigzag hasta South Bethel y Eastern Avenue. Cuando me detuve para recuperar el resuello, rodeado de luces de coches por todas partes, caí en la cuenta de que me había olvidado del pobre Chip. «Mierda», dije entre dientes y, con un suspiro de resignación, eché a correr de vuelta.

Por suerte para mí, Chip acababa de salir del club. Por desgracia para él, yacía tirado en la acera de South Broadway.

—Coño, Chip —dije agachándome para ayudarle. Le habían dejado la nariz fina y la sangre le manchaba su chaqueta bitono. Jadeaba.

—La mía desde luego era puta —dijo Chip con aire de satisfacción.

Me eché a reír. Una risa alta e histérica, como un chisporroteo. En cambio, Chip trataba de poner cara seria, de adulto, pero al final no lo pudo evitar y empezó a reír también. Allí estábamos, sentados en el suelo de South Broadway aullando como dos fugados del manicomio de Spring Grove.

Ay, el jazz. Estaba enganchado.

Pasaron las horas y dejamos atrás campos muertos, vallas improvisadas enredadas con oxidado alambre de espino. Viejas casas de madera pudriéndose como montañas de basura. He conocido sitios así, apestando a jabón malo y tabaco barato, sus cuartos de estar llenos de mantelitos de croché, de telarañas, de viudas.

Cada hora, más o menos, nos deteníamos en algún cruce de carreteras abandonadas o en un área de descanso polvorienta y se bajaba un pasajero, que sacaba el equipaje del maletero y, con él a rastras, desaparecía en el paisaje. Se habían bajado ya cerca de la mitad de los viajeros y todavía no había subido ninguno nuevo.

—Polonia —musité.

Le di con el hombro a Chip y éste gruñó.

—¿Por qué Polonia?

—¿De qué hablas? —Chip intentaba apoyar los pies en el asiento delantero, pero tenía las piernas demasiado cortas. Su rostro parecía cuero dado de sí, la piel fatigada y la boca torcida—. ¿Por qué Polonia qué?

—¿Que por qué se vino aquí precisamente?

Chip se limitó a hacer una mueca.

—A ver, tío. Todo el mundo hace cosas porque sí.

—Ya lo sé, ya lo sé. Pero es que me parece raro.

—Pues aleluya, hermano, y alabado sea quien sea. Pues claro que es raro.

Seguimos sentados en silencio un rato, pero yo no dejaba de darle vueltas. Las ruedas vibraban rítmicamente bajo mis pies. Al otro lado del pasillo, una mujer mayor con una bufanda pelaba un huevo duro, sosteniendo el globo blanco entre sus artríticos dedos, uno de ellos el pulgar. Sólo tenía tres dedos e intenté no mirarla cuando, succionando, se metió el huevo entero en la boca y empezó a masticar.

Imagino que Chip también seguía pensando en lo mismo porque, pasados unos minutos, dijo:

—Creo que sólo Hiero puede contestar a esa pregunta. Al porqué, quiero decir. Le miré impaciente.

—Pero, piénsalo. El Niño sale de un campo de concentración y ¿por qué no se va al oeste? ¿Por qué Europa del Este? Si eres un hombre negro y te han arrestado por llamar la atención como si fueras un monstruo de dos cabezas, ¿no te irías a alguna parte donde resultarás menos visible? Entonces había gente desplazada por todas partes. ¿Por qué ir al este? No tiene sentido.

—No lo sé, Sid. Tendrás que preguntárselo a él.

—Podía haberse ido a Francia, por lo menos la conocía. O al sur. Al sur no había ido nunca. Pero ¿al este?, ¿a territorio soviético?

Chip negó con la cabeza.

—No tiene ninguna lógica —dije.

Se encogió de hombros.

—A lo mejor era comunista.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Ahora de repente todo el mundo es comunista?

Se acordó del documental y pareció avergonzado. Yo me quedé un momento pensando.

—Es como si quisiera seguir sufriendo.

—Hay formas más fáciles de sufrir, Sid.

—Ya lo sé.

Chip frunció el ceño.

—A mí lo que me resulta más raro es que lo dejaran quedarse aquí. Quiero decir, después de la guerra. Porque los polacos estaban deseando librarse de los boches. Vamos, es que casi ni esperaron a la conferencia de Potsdam.

—Señoras y señores, con ustedes Charles C. Jones, la enciclopedia humana — dije.

Chip se metió una mano en el bolsillo y sacó una delgada guía de viaje.

—Hay una cosa que he aprendido en la vida, Sid, y es que hacer turismo es una pérdida de tiempo si no sabes lo que estás mirando, si no conoces por lo menos la historia.

Apenas le escuchaba.

—Igual estamos haciendo demasiadas suposiciones. A lo mejor se acaba de venir a vivir a Polonia. El año pasado, por ejemplo, y ha vivido toda su vida en otra parte, en algún país del oeste de Europa. Pero entonces ¿por qué no nos enteramos de que estaba vivo?

Chip se encogió de hombros, como si de repente hubiera perdido el interés. Guardó el libro, se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Le miré durante un rato y después volví la vista a la ventanilla y miré Polonia pasar, con sus riscos y sus ríos. No dejaba de pensar en el documental y en lo que habían dicho sobre Hiero. Que había mentado en lo de que su padre era rey, que se había sentido desplazado toda la vida. Cuando era pequeño, en Colonia, la gente no pudo ser más cruel con él, llamándole deshollinador, hombre mono, labios de sebo o negro amarillo, por ese tic que le hacía guiñar los ojos todo el rato.

Y volver a todo aquello después de la guerra. No tenía ningún sentido. Claro que Hiero nunca había hecho lo que se habría esperado de él, ni siquiera cuando era un crío. Cuando se metían con él se refugiaba en algún lugar tranquilo de su interior a esperar a que amainara la tormenta. Yo le había visto hacerlo, me acordaba perfectamente. Nunca llamaba la atención y rara vez contestaba. Lo mismo que una sombra.

Una sombra de su padre, quizá. Florian se llamaba. Florian Falk el rubio, si es que la película de Caspars no era un hatajo de mentiras, no era en realidad su padre, no señor. Típica historia de guerra, pero con una particularidad. Y es que Florian volvió de luchar en la Gran Guerra y se encontró con que su novia se había casado con otro. Así que Florian terminó casándose con la hermana, Marieanne, que estaba embarazada de otro hombre. Era una preciosidad, la mujer, pero un poco tocada. Ya desde que nació, algo le pasaba, aunque nunca supieron qué era. El caso es que su hermana le contó a Florian que a Marieanne la había violado un soldado francés y le preguntó si estaría dispuesto a sacarla del apuro, a casarse con ella. Y Florian... ya tenía roto el corazón, así que, qué más le daba. Supongo que pensó que le dirían al niño que él era su verdadero padre. Total, para qué complicar las cosas con la verdad.

Pero ocho meses después de la boda nace Hieronymus y resulta que es negro.

Caspars decía saber quién era el verdadero padre, un tipo de casi dos metros de altura y más negro que un apagón. No era ningún violador, sino un soldado de las colonias, de Senegal, de los que el Gobierno francés envió a ocupar Renania. Y, al parecer, Marieanne Falk se había enamorado de él.

El autocar decrepito aminoró la marcha y las ruedas crujieron contra el barro reseco del aparcamiento de un restaurante. O lo que supuse era un restaurante. Me fijé en un niño pequeño sentado con su abuelo en la parte delantera, el cuerpo del anciano tembló y se balanceó cuando el autobús enfiló la curva. El crío no hacía más que darse la vuelta para mirarnos, como si fuéramos algo llegado de otro mundo. «Di que sí, —pensé—, tú míranos todo lo que quieras».

Ya no quedaban más pasajeros, sólo ellos dos y nosotros.

El conductor detuvo el vehículo con una última sacudida y abrió las puertas automáticas. Después se reclinó en el asiento y ladró unas cuantas palabras en polaco con voz aguardentosa.

—¿Qué crees que habrá dicho? —le pregunté a Chip.

Éste se rio.

—Parada de descanso. ¿Tienes hambre?

Fuera había unas cuantas mesas de madera desvencijadas bajo un toldo de lona sujeto con postes desconchados y torcidos. Nos dirigimos a ellas con las piernas entumecidas, como patas de palo, y nos sentamos. Un papel con el menú escrito en polaco. Los zapatos de ante de Chip estaban manchados de barro y moví la cabeza

sonriendo. Se lo tenía merecido. Había unos cuantos edificios de madera desvencijados, con porches también de madera. Apoyé las manos en la mesa y miré a Chip, que me sonrió.

—Menudo paraíso —dijo.

Las moscas eran gigantes, bichos acorazados que volaban en enjambres en el aire frío. En el cielo no se veía el sol, tan sólo una bruma blanca. Me di palmadas en el cuello y en las muñecas para tratar de espantarlas. Tenía puntitos de sangre donde me habían mordido.

—Déjalas —dijo Chip—. Algo tendrán que comer.

—Pero ¿éste es un restaurante para personas o sólo para moscas? —Miré al conductor, sentado dándonos la espalda a la mesa más alejada de la nuestra—. ¿Crees que nos está evitando?

Chip se encogió de hombros.

—No. Supongo que es que no le gusta la gente.

—Y este sitio, ¿qué es? ¿Una antigua comuna soviética?

—Ahí me has pillado. Pero, fuera lo que fuera, ahora no es gran cosa.

Sobre la puerta del edificio más alejado de nosotros colgaba un gran letrero rojo y parecía que habían borrado las letras con un soplete.

—¿Qué crees que sería eso? —pregunté señalándolo con la cabeza.

Chip ni se volvió.

—A ver, Sid. Ya te lo he dicho. No tengo ni idea.

No contesté. Los dos estábamos cansados y lo sabía. El abuelo y el niño no estaban por ninguna parte pero, cuando me volví en mi asiento, los vi caminando despacio carretera abajo, cada uno con un saco en la mano.

—Ya sólo quedamos nosotros. —Me sentía deprimido, no sé por qué.

—¿Qué dices?

—Que sólo quedamos nosotros. Todos los demás pasajeros se han ido.

Chip se encogió de hombros.

—Mientras que el autobús siga, por mí como si se baja el conductor.

—Pero, a ver. ¿No tienes la impresión de que todos saben algo y nosotros no?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué somos como las ratas en un barco hundiéndose?

—No sé. A lo mejor.

—Se han bajado porque era su parada, Sid. No le des más vueltas.

Pero había algo más. Lo sentía, aunque no era capaz de explicarlo. Cuando te haces viejo empiezas a fiarte de tus instintos cada vez más. O por lo menos empiezas a hacerles caso. Me levanté, algo vacilante.

—Me voy al autobús un rato —dije—. No te preocupes por mí.

Chip me miró.

—¿Te pido algo?

—No tengo mucha hambre.

—Da igual —dijo—. Te pediré lo mismo que a mí. Vete, escóndete de las moscas.

El autobús parecía más bajo, no sé, también más largo, y los costillares de su chasis, más delgados. Me subí.

Y entonces algo llamó mi atención y guio mi mano hasta la bolsa de Chip. La saqué de debajo del asiento y recorrí con el dedo las eses y uves entrelazadas, la piel de calidad. Abrí la cremallera.

No tardé ni un minuto en encontrar el sobre. El papel de cartas que había usado Hiero era marrón como agua de fregar y encima de la dirección estaba escrito «Mr. Charles C. Jones» en mala caligrafía. Esa letra. La reconocí enseguida. Con manos temblonas abrí el sobre, el papel era áspero como madera recién lijada. «Mi querido amigo:» empezaba:

Espero que no te impresione demasiado recibir esta carta. Si te sirve de consuelo, también a mí me da impresión escribirla. Y es que, hasta hace poco, no sabía que estabas vivo. Por favor, no te ofendas. La semana pasada alguien me habló de que estaban organizando un festival en Berlín dedicado a Falk —¡imagínate!— y que tú eras uno de los invitados de honor. También me enseñaron reseñas tuyas y lo digo en serio, me puse contentísimo al comprobar lo bien que te van las cosas. Tú y yo sabemos que esta vocación tuya no es fácil. Así que felicidades por todos tus éxitos, por la medalla del presidente y el ingreso en el salón de la fama. No quiero parecer presuntuoso, pero me siento muy orgulloso de ti, de verdad.

Tengo que pedirte un favor. Puesto que vas a venir a Europa por el festival, si no es demasiada molestia, me encantaría que nos viéramos. Si te fijas en el sobre, sabrás que vivo un tanto apartado ahora. Y como no puedo viajar, porque mi salud me lo impide, te pediría que vinieras a visitarme cuando te venga bien. De hecho, desde que sé que estás vivo siento la urgente necesidad de verte.

Espero ansioso tu respuesta.

Tuyo,

THOMAS FALK (HIERO)

P. S.: Te agradecería que no le dieras a nadie mi información de contacto. Ahora llevo una vida tranquila, de otra manera no la soportaría.

Me quedé allí sentado con el áspero papel raspándome los dedos. Dios, era verdad que estaba vivo. Vivito y coleando. Cuando Chip me lo dijo le había creído, pero al mismo tiempo no.

Con la garganta seca bajé la mirada hacia el papel. *Thomas Falk*. Se había quitado el nombre de pila. Y no sonaba como Hiero: sus alabanzas tan medidas, la invitación que le hacía a Chip, en tono cálido pero no infantil.

La invitación que le hacía a Chip. A Chip. Fue entonces cuando caí en la cuenta.

El Niño no había preguntado por mí.

Y entonces fue como si el autobús se volcara hacia un lado y yo no podía respirar. Estaba mareado, tenía calor, ganas de vomitar. Me levanté y la bolsa cayó de mi regazo. El aire que entraba por la ventanilla apestaba a barro y a caballos.

El autocar crujió y se balanceó cuando me senté de nuevo. Chip subía despacio los escalones, apoyando su enorme mano en la barandilla grasienta.

—Se te está enfriando el papeo —me dijo—. ¿Sid?

«Cabronazo, —pensé—. Hijo de puta».

—Sid, ¿qué haces? —En cuanto me miró se detuvo.

Yo casi no tenía voz.

—Hiero no ha preguntado por mí. En la carta no dice nada sobre mí.

Chip recorría el autobús con la mirada.

—En la carta —dije ahora un poco más alto y agité el sobre ante él—. El Niño no dice que quiera que yo le visite. Sólo te invita a ti.

—Hombre, Sid. —Chip pareció tranquilizarse—. Pues claro que me invita a mí. Tu dirección no la tiene.

Yo estaba a punto de llorar, fuera de mí de tan disgustado.

—Eso no lo sabes, no tienes ni idea. Lo único que sabes es lo que dice esta carta.

No había entendido nada.

—Pero ¿y qué más da? Pues claro que quiere verte a ti también. Coño, Sid, lo más seguro es que no sepa que sigues vivo. —Se acercó despacio por el pasillo—. Tienes que relajarte. ¿Por qué no iba a querer verte? Piénsalo, tío. Éramos todos amigos.

No era capaz de mirarle.

—Pero ¿qué has hecho? —balbuceé.

—Sid. —Se sentó en el asiento delante del mío y me miró por encima del reposacabezas—. Sid, tienes que tranquilizarte. Te lo digo en serio.

Yo temblaba.

—¿Qué es lo que te preocupa? ¿El documental? Pero si Hiero estaba allí, tío. Él sabe lo que pasó de verdad.

—Ya lo sé.

Gruñó.

—Pues eso. Y entonces ¿qué? ¿Comemos? La última vez que vi al conductor se estaba zampando un engrudo tipo gulasch, así que supongo que en cuanto termine nos largamos. Este autobús no espera.

—No —le dije sin apenas escucharle—. No, supongo que no.

Miré al poblacho destartado y gris en el que nos habíamos detenido. Me pareció que habíamos dejado algo atrás, algo muy importante, y que no hacíamos otra cosa que alejarnos de ello. Cada vez más.

QUINTA PARTE

París, 1939

1

La primera noche dormimos como troncos en el coche, tiritando, eso sí. En la madrugada, Montmartre parecía enfermo, exhausto. Cuando, una a una, se fueron apagando las farolas y empezaron a pasar los basureros con su estrépito habitual, yo apenas estaba despierto. Veía la cabeza de Chip colgando a mi lado, con el cuello totalmente torcido. Hiero gimoteaba dormido. Tiritando de tal manera que me castañeteaban los dientes, me dormí otra vez.

Por la mañana, Chip tenía el cuello más tieso que la melaza fría.

—Dios —me dijo entrecerrando los ojos. Se veía su aliento—. Pero ¿cómo puede hacer tanto frío?

Miré por el espejo retrovisor.

—¿Niño? —Sentía la boca llena de algodón—. Niño, ¿estás despierto?

Levantó la cabeza y me hizo una mueca.

—Dios —repitió Chip frotándose las manos para entrar en calor—. París, tío, la ciudad de la luz. ¿Tenemos algo de pasta?

—Algo —dije bostezando—. Ernst nos dio un poco.

—Bien por Ernst. —Chip sonrió castañeteando los dientes—. Bien por el amigo Ernst, sí señor.

Hiero forcejeaba en el asiento trasero. Intentaba meter los brazos por las mangas de su grueso abrigo y al hacerlo dobló las rodillas y dio un golpe contra el respaldo del asiento delantero.

—¿Qué pasa, Niño? ¿Que te has traído al elefante? —gruñó Chip.

Hiero se detuvo y le miró.

—Sí, me has oído —dijo Chip volviéndose hacia él—. Venga, vamos a probar la famosa *cuisine* francesa.

—*Déjeuner* —dije distraído—. El desayuno se llama *déjeuner*.

—Mira tú qué finolis. Si ahora va a resultar que hablas gabacho.

Me encogí de hombros. Estaba pensando en Delilah y en algunas de las cosas que me había enseñado, pero fue acordarme de ella y ponérseme mal cuerpo otra vez. Negué con la cabeza y, después de pelearme con la puerta, salí del coche. Me sentía triste, deprimido. No hacía más que pensar en Ernst con su traje marrón y su frente pálida arrugada cuando apartó la mirada de mí para perderse en el jardín. No me quitaba de la cabeza el dolor mudo en su cara, como si, aunque supiera desde hacía semanas que el final estaba cerca, llegado el momento, el dolor lo hubiera paralizado.

Encontramos un café pequeño con terraza que ya estaba abierto y nos sentamos debajo de un toldo verde. No había más clientes, salvo un señor mayor leyendo del periódico, vestido todo de gris con un sombrero de fieltro gris encajado rígidamente en su cabeza también gris. Igualito que una estatua de cera. El frío del duro metal de la silla me traspasaba los pantalones y, aunque ya no hacía tanto frío, no conseguía entrar en calor. Cuando pasó un coche levanté la mirada y vi palomas diseminadas

por la plaza desierta como trozos de papel que arrastra el viento.

—¿Dónde se ha metido la gente? —pregunté—. ¿No es día laborable?

—Tío, aquí en París nadie trabaja —dijo Chip—. París es la ciudad del amor.

Entonces llegó una camarera. Tras aclararse la garganta, Chip le pidió tres cafés haciendo gestos y le miró las caderas mientras volvía a entrar en el bar.

—Siempre me ha gustado Francia —comentó con una sonrisa.

—Ya te lo puedes ir quitando de la cabeza —dije—. Por Dios, tío, ¿después de por todo lo que hemos pasado?

El Niño estaba inclinado hacia delante y con las arrugadas mangas del abrigo apoyadas sobre la mesa.

—¿Creéis que Ernst podrá salir? —preguntó casi en un susurro.

—No hace falta que hables en voz baja, Hiero —le dije con otro susurro.

—No va a venir, Niño —aseguró Chip—. Ni de broma. Ése ya ha aparcado el coche.

—Dijo que lo iba a intentar.

—Como si dijo misa.

—Dijo que cuando su padre volviera a Saar, igual podía. A lo mejor tiene sus propios contactos.

Chip le fulminó con la mirada.

—Vale ya —dije, repentinamente harto—. Dejad ya el tema.

Entonces volvió la camarera con tres cafés con leche y Chip le dedicó su más radiante mirada de dieciocho kilates.

—*Bonjour* —dijo—. *Allô*.

La camarera se rio.

Cerré los ojos. Aquella risa resonando en la plaza me pareció de lo más lúgubre.

—Eso, amigo mío —dijo Chip—, es lo que yo llamo *cuisine* francesa de calidad.

—Tiene edad para ser tu madre, Chip.

Me miró pensativo, como si estuviera asimilando la información.

—Bueno, entonces seguro que es de las agradecidas. Miel sobre hojuelas.

Hiero tosió.

—Entonces ¿qué hacemos?

Chip seguía mirando a la camarera.

—Hay que llamar a Louis. ¿Quién le llama? ¿Sid?

Se me había dormido el pie, así que me levanté y empecé a moverlo. El viejo del periódico me miró alarmado. Se revolvió en la silla, cambió el cruce de las piernas y empezó a pasar páginas. Había estado temiendo ese momento. ¿Louis Armstrong? Sabía que por fin había llegado nuestro momento, la oportunidad de nuestra vida. La gente piensa que la vida es algo que dura muchos años y no es así. Puede durar tan poco como la luz de una cerilla en una habitación a oscuras.

Hiero me miraba y supe que los dos estábamos pensando lo mismo. Que Louis nos preguntaría por Lilah.

—Bueno, pues ya llamo yo. ¿Dónde está el teléfono?

—Creo que debería llamar Sid —dijo Hiero—. ¿No le dejó Ernst a cargo precisamente por eso?

—Mira, tío —contestó Chip con mala cara—, Sid no puede hacerse cargo ni de sus esfínteres.

Rebusqué en mi bolsillo y encontré un gurrño de francos, billetes arrugados y papeles de envolver. Alisé uno de ellos y lo deslicé sobre la mesa hacia Chip, quien al momento estaba de pie y preguntando dónde estaba el teléfono.

Miré al Niño. Daba la impresión de que algo se había desgarrado en su interior. Como si le hubieran arrancado toda certidumbre, dejándole sólo huesos y nervios. Con los ojos gachos se estudiaba las manos y no me dijo una palabra mientras esperábamos.

Al cabo de un rato Chip volvió y se apoyó sobre la barra para sonreír a la camarera. Desde luego, chulería no le faltaba. Por fin vino hacia nosotros y tomó asiento después de hacer una reverencia de autosatisfacción. La silla de metal arañó el ladrillo cuando la acercó a la mesa. En la plaza, las sombras parecían cada vez más profundas.

Hiero le miró.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

—¿Quién?

Reí enfadado.

—¿Cómo que quién? ¿Qué ha dicho?

Entonces, Chip sonrió como el gato que acaba de zamparse al canario.

—Muchachos, no olvidéis estas palabras. Cuando nos oiga tocar a ese hombre se le van a poner los ojos a cuadros.

—Entonces ¿quiere vernos? ¿En serio?

Pero Chip se limitó a volverse hacia el Niño y dedicarle una sonrisa lenta, larga. Después se puso a remover su café *au lait*, dejó con cuidado la cucharilla en el plato y dio un sorbo. Sus ojos se encontraron con los míos a la altura del borde de la taza.

—Creo que voy a hacer una intentona con la camarera. ¿Qué os parece? ¿Merece la pena el esfuerzo?

Por un momento pensé que el Niño se iba a arrancar un brazo de un mordisco.

—No tiene gracia, Chip —soltó—. Venga, ¿qué te ha dicho?

—¿Qué me ha dicho sobre qué?

—Chip, por favor —dije.

Me miró y suspiró de mala gana.

—Vale, está bien. Louis ha dicho: Montmartre.

—¿Cómo que Montmartre? Estamos en Montmartre. ¿Qué hay que hacer?

—Un poquito de paciencia, Niño. Tenemos que quedarnos en Montmartre, unas cuantas horas solo. —Me miró levantando las cejas—. Te va a encantar este día, tío.

El corazón me dio un salto.

—¿De qué hablas, Chip? —preguntó Hiero—. ¿Qué pasa? ¿Louis ha dicho algo de Sid?

Pero Chip se limitó a reír por lo bajo, como cuando éramos niños.

Subimos las cuestas de empedrado roto de Montmartre cuando la mañana empezaba a aclararse. Yo estaba histérico, tanto que las manos me temblaban dentro de los bolsillos del abrigo. Louis Armstrong, joder. Caminábamos sumidos en una suerte de silencio exhausto y miré de reojo al Niño. La esperanza te corroe como un cáncer, supongo. Yo iba pensando: «Si hubiéramos salido antes de Berlín, si le hubiéramos insistido más a Ernst, si hubiéramos tratado de recuperar a Paul. Si simplemente hubiéramos sido mejores personas...».

Las calles empinadas estaban tranquilas y no conseguía sacudirme la sensación de que nos habíamos equivocado de ciudad. Ya había gente en los cafés, esperando a la puerta de comercios, y todos leían periódicos y murmuraban para sí mismos.

—¿Qué pasa? —preguntó Hiero, nervioso.

Al oírle hablar, un hombre levantó la vista y le miró con frialdad. Seguimos adelante, buscando los edificios, evitando las calles abiertas.

—Es casi como estar otra vez en Berlín —dijo Chip.

Le miré irritado.

—En Berlín precisamente no.

Nos condujo hacia una iglesia alta que se dibujaba contra el cielo nublado, con una aguja afilada y de aspecto hostil, como algo salido de una pesadilla. Acortamos por un parque oscuro y arbolado y subimos una estrecha escalinata. Hiero iba el último, agarrado al pasamanos y resoplando. Chip se volvió y le sonrió.

—Creía que los trompetistas teníais buenos pulmones —dijo riendo.

Cuando nos alcanzó, el Niño se dobló en dos, jadeando y tosiendo, pero a mí no me engañaba. Sabía que no se había quedado rezagado por la subida y al mirarle pensé: «En Berlín parecías muy seguro de ti mismo, pero ahora estás a punto de conocer a un genio, tío. Y también de enterarte de que tú no lo eres. ¿A que da miedo?».

Expectoraba como un loco y escupía los gargajos al empedrado.

—Oye, me parece que acabas de echar un trozo de apéndice —dijo Chip—. Fíjate, Sid, te juro que en mi vida he visto algo igual. Creo que hasta ha echado los dientes.

Pero yo no tenía ganas de decir payasadas. Me acerqué a la baranda y apoyé las dos manos en el frío hierro mientras miraba los escalones a nuestros pies.

—Venga, Niño, siéntate un poco. Todavía tenemos que esperar un buen rato.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí arriba. Vi un gato oscuro cruzar el empedrado pavoneándose. Después, una figura solitaria dobló la esquina y empezó a subir la calle. Sus brazos y piernas parecían grises y flacos en la acuosa luz del día y tenía la

cabeza abultada por un turbante. Y entonces fue cuando el corazón se me hundió en lo más profundo de algún recodo del pecho. La figura se detuvo al pie de la escalera y se cruzó de brazos. Parecía más delgada, cansada y apagada. Pero era ella.

Era Delilah.

Empecé a temblar, así tal cual. Empecé a temblar, palpitando igual que el corazón de un pajarillo en la palma de una mano.

Chip se me acercó.

—Te dije que hoy iba a ser un día brutal. ¿Vas a quedarte aquí o vas a bajar a demostrarle cuánto la has echado de menos?

No le comprendí y le miré asustado e impotente mientras notaba el aire frío colarse por el cuello de mi camisa. Delilah miraba hacia un café al otro lado de la calle y el enorme turbante azul de su cabeza parecía algo llegado de tierras lejanas. Aquello era como un espejismo, lo juro. Y entonces de mi interior empezó a brotar una oleada de resentimiento.

«Tranquilo, Sid, —pensé—, todavía no sabes nada. Así que tranquilo».

Pero Chip ya se me había adelantado y empezado a bajar la escalera.

—La niña perdida y hallada en el templo —dijo con una sonrisa—. ¿Qué pasa, Lilah, guapísima? ¿Que ya te has olvidado de nuestras caras y no nos reconoces?

—¡Charles! —gritó con una risa aguda y chillona—. ¡Charlie Jones!

—Es Chip, niña, ya lo sabes. —Pero Chip también sonreía.

Delilah se levantó la falda y echó a correr escaleras arriba, sus altos tacones resonando como balazos en los peldaños gastados, y antes de que Chip hubiera bajado media docena de escalones ya lo estaba abrazando como una loca. Me apuesto cualquier cosa que a Chip nunca le habían abrazado así, ni siquiera su madre. Después y por encima de su hombro, Lilah levantó la mirada y me vio.

Y yo... pues no dije nada. No me sentía capaz.

Delilah soltó a Chip y se quedó allí respirando con fuerza.

—Delilah, cariño. —Era consciente de cómo me aferraba al frío pasamanos.

Me miró con timidez.

—Hola, Sid.

Ninguno de los dos se movió ni intentó acercarse al otro. Y entonces, de repente, se escuchó un chillido penetrante y una nube de palomas explotó a mi espalda. Me sobresalté. Y Lilah apartó su hermosa cara de la mía para seguir el vuelo de los pájaros y, al ver al Niño algunos escalones más arriba, echó a correr. Lo estrechó contra su pecho en un abrazo tan feroz que parecía que era la primera vez en su vida que abrazaba a alguien que amaba.

No nos entretuvimos casi. Delilah nos condujo al interior de la iglesia, donde dejamos atrás los bancos de madera y salimos por una puerta trasera que daba a un patio pequeño con hierba. No había nadie. Una verja afilada detrás de un seto, un banco de piedra bajo un manzano, una mesa con tres sillas de mimbre desvencijadas. Nos llevó hasta una puerta situada en la esquina y la abrió. Daba a un callejón en

pendiente horadado con escalones de piedra que descendían.

—Venga —dijo—, ya estamos llegando.

—¿Vamos a ver a Louis? —preguntó Hiero en alemán.

Yo estaba demasiado ensimismado para contestar. Me sentía flojo, extraño, incómodo en mi propia piel. Aquello no eran nervios ya. Cada tanto la miraba de reojo. Madre mía, Delilah. Me resultaba increíble. Al verla allí, bajar aquellos escalones con su esqueleto de pajarito y ese olor a roble y a aire puro, como si viniera de pasear por el campo, como si aquél fuera un día cualquiera y no un auténtico milagro, se me removía todo por dentro. Por un instante atisbé sus tobillos escuálidos debajo de la falda y luego ya no estaban.

Sólo había pasado una semana y media, pero me parecía una completa extraña. Los nervios de aquellos últimos días, la añoranza... Era como si hubieran transcurrido veinte años.

—Contádmelo todo —dijo—. Quiero saberlo todo.

Se llevó una delgada mano a la nuca como para comprobar que el turbante seguía en su sitio.

Chip pasaba los dedos por la barandilla de hierro.

—Se supone que estabas muerta, niña. ¿Cómo es que no estás muerta?

Sonrió.

—Mucho ojo, Charlie. Te vas a arrugar el traje.

—No empieces otra vez con lo de Charlie. Te lo digo en serio.

Hiero nos seguía, lo más lejos posible de Delilah. Ésta se volvió y le guiñó un ojo.

—Creo que le doy miedo otra vez —dijo riendo.

—Porque eres un fantasma —dijo Chip—. Nos das miedo a todos.

—Y Louis, ¿dónde está? —pregunté irritado.

Pero Delilah casi ni me miró. Llegamos a una puerta al final de la cuesta y, tras descorrer el pestillo, la abrió para que pasáramos. Cuando por fin me contestó, su voz tenía un tono diferente.

—Está pasando aquí una temporada. Todavía no se encuentra bien.

Chip soltó una palabrota.

—¿Está enfermo? ¿Louis está enfermo?

—Ya lo sabes —contestó Delilah.

Me di la vuelta mientras andábamos y le dije a Hiero en alemán:

—Dice Lillah que Louis ha estado enfermo.

—Pero ¿vamos a verle?

—El Niño quiere saber si puede recibir visitas —pregunté.

—Sí —fue toda su contestación.

Nos guio por una calle estrecha con pastelerías de las que salía olor a pan blanco, bistrós medio escondidos y puestos de pescado apestando a agallas y a vieiras.

—Tenéis pinta de estar muy cansados, chicos —comentó Delilah.

—No tanto como para no darle un rato a los parches —dijo Chip.

—¿Estáis preparados para tocar otra vez? —Sonrió—. ¿Tan pronto? ¿Todos?

—Menos Hiero, que ha perdido la trompeta.

Me miró a los ojos.

—¿De verdad?

Me encogí de hombros.

Armstrong estaba alojado en un hotel pequeño al principio de la rue Lepic. Empujamos las grandes puertas de cristal y el vestíbulo de entrada casi nos ciega, de tanto como relucía, todo bronce y dorados con espejos y baldosas blancas. Las ventanas interiores eran de cristales ahumados, nada menos, y al final del pasillo había un ascensor de bronce resplandeciente. El conserje saludó a Lilah cuando pasamos junto a él, levantándose un poco la gorra con una mano blanca enguantada.

Cuando entrábamos, la cogí del brazo con tanta fuerza que yo mismo me sorprendí.

—Sid —dijo—, aquí no.

Pero apenas la escuché.

—Pensaba que estabas muerta —murmuré—. Lilah, cariño. Pensábamos que te habíamos perdido.

Pero Hiero ya empujaba la puerta de cristal y miraba a su alrededor, nervioso ante semejante opulencia. Delilah se soltó de mi brazo.

Chip nos esperaba ya junto al ascensor, girando el sombrero entre las manos, impaciente.

—No he querido preguntar. —Delilah tragó saliva y le miró—. Pero ¿dónde están? ¿Dónde están Ernst y Fritz?

—¿No te olvidas de alguien? —pregunté.

Me miró dolida.

—Ya sé lo de Paul —contestó con voz tranquila—. Estaba allí.

Hiero nos miraba, nervioso.

—Ernst sigue en Hamburgo —explicó Chip—. Se ha quedado con su familia. No le va a pasar nada porque su padre es un tío muy poderoso. Lo que pasa es que no tiene visado. Supongo que el viejo cabrón nos consiguió los papeles para que desapareciéramos de la vida de su hijo.

—También nos podía haber denunciado —dije yo—. Y no lo hizo.

Chip se encogió de hombros.

—Si hubieras visto la cara de Ernst —dijo dirigiéndose a Delilah—. Si la hubieras visto, te habría roto ese corazón de canadiense que tienes, niña. Adoraba a Louis. Y cuando nos dijo adiós renunció a esto.

—Tú ni siquiera estabas allí, Chip. ¿Cómo vas a saber la cara que tenía?

—Me lo contaste tú. A ver, Sid, estoy repitiendo lo que tú dijiste.

Negué con la cabeza.

—¿Y Fritzie? —preguntó Delilah.

A Chip se le mudó el semblante.

—Ese judas se ha pasado a los Golden Seven. Ya no es de los nuestros.

Delilah parecía triste de verdad.

—Si por mí fuera, tacharía su nombre de todos los discos que hemos grabado. Y borraría su música fofa, como si no hubiera nacido.

—Es horrible —dijo Delilah—. Horrible. Pobre Ernst. Pobre Fritz.

—¿Fritz? Por mí como si se pudre en el infierno con esos nazis cabrones —escupió Chip—. No malgastes tus energías compadeciéndote de él.

Nos callamos. Yo me sentía purgado, destripado.

Pero Chip se limitó a mirar a su alrededor y soltar un gruñido, como si cambiara de emisora en la radio.

—Entonces, ¿Louis está enfermo? ¿Nos va a recibir en la cama?

—Eso por un lado —dijo Lillah—, y también he pensado que vernos en su habitación sería más seguro para Hiero.

—¿Más seguro que qué?

Delilah frunció el ceño y miró a Chip como si a éste le faltara un tornillo.

—Que quedar en un café. ¿No estás preocupado por él?

No entendíamos nada.

—¿Por Hiero? —dijo Chip—. ¿Qué pasa, que aquí en París tampoco les gustan los negros?

—Lo que no les gustan son los alemanes.

Pero entonces se interrumpió y nos miró como si de verdad no diera crédito.

—Pero ¿no os habéis enterado? ¿De verdad?

El ascensor se abrió de golpe y la puerta de tijera contestó con un rebote. Yo apenas prestaba atención, estaba sólo pendiente de los labios de Delilah.

—Estamos en guerra —dijo—. Hemos declarado la guerra a Alemania. Ayer por la tarde.

Lo miraras por donde lo miraras, aquello no tenía ningún sentido. Ayer por la tarde atravesábamos la campiña francesa, con sus graneros desvencijados, vacas moteadas al borde de la carretera y paisanos en bicicleta con la compra envuelta en un paño de tela dentro de la cesta. Aquello era como el paraíso en la tierra, una pastoral, coño. Estábamos mudos de alivio, cargando con la culpa como una bolsa de viaje escondida debajo del asiento. Convencidos de habernos adelantado a los oscuros trenes que circulaban de noche. Los papeles garabateados hasta arriba de mentiras, la radio y sus terroríficos discursos, las sombras de Berlín. Pero aunque habíamos dejado toda aquella locura kilómetros y kilómetros atrás, no nos sentíamos más seguros. Quizá es que sabíamos, ya entonces, lo que estaba por venir.

Salimos de aquel ascensor y Delilah hizo un aparte con Chip mientras nos hacía a Hiero y a mí una señal de que entráramos.

—¿Qué hacéis? —pregunté.

—Pasad —dijo Delilah—. Louis os está esperando.

Pero las piernas no me obedecían. Madre mía, Louis Armstrong. Vi el reflejo de mi cara en un aplique de bronce y casi me muero. Un pobre músico con la mandíbula desencajada de terror.

La puerta del número 301 estaba entreabierta. Hiero se detuvo bruscamente justo delante, mirándola. Yo cada vez tenía más miedo, como si no estuviera preparado para lo que iba a ocurrir.

—Sid —cuchicheó Hiero.

Me detuve y le miré.

—Necesito que me hagas un favor, antes de entrar.

—¿El qué?

—Pero no te rías.

—No me río. ¿Qué quieres?

—¿Me das un pellizco?

Ya se estaba arremangando y yo creí que le había escuchado mal. El antebrazo le sudaba como un jarrete de jamón caramelizado.

—No te pienso tocar ahí —dije.

—Anda, venga —susurró—. Dime que esto es de verdad.

—De eso nada. Te lo dices tú.

Pero me miraba con esa expresión suya, tan asustada. Eché un vistazo a la puerta y a Chip, a nuestra espalda. Qué coño.

Le pellizqué.

Retiró el brazo como si le hubiera picado una avispa.

—A ver —dije con un suspiro—, ¿estás soñando o podemos entrar ya?

Sonrió y se restregó la piel dolorida.

—Bueno, un poco sí me siento como en un sueño, la verdad.

—Esta clase de sueños son los mejores, tío —dijo Chip acercándose y apoyando una mano en el hombro del Niño. Miró la puerta abierta—. Sobre todo cuando sale una chica.

—Si a ti te parecen reales, entonces es que no salen chicas —comenté.

—Muy gracioso —dijo Chip.

—Como mucho, un par de tipos —dijo el Niño.

—Míralos, el Gordo y el Flaco en persona. ¿Le vais a hacer una actuación a Louis?

—Trescientos uno —dijo Delilah por el pasillo. Al vernos aminoró el paso—. Ah, ya estáis. Pues, venga, entrad. No seáis tímidos.

Ninguno nos movimos.

—¿Crees que habrá alguna enfermera francesa ahí dentro? —preguntó Chip sonriendo. Pero parecía nervioso.

De la habitación llegó una tos seca y una voz que llamaba:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

Lo juro por Dios, aquella voz... era como grava bajo las ruedas de un coche.

Delilah nos miró moviendo la cabeza.

—Le gusta hacer creer que está más enfermo de lo que está en realidad, así que no le hagáis ni caso.

—Sabes perfectamente quién es —dijo por la puerta entreabierta—. Alégrate de que no sea tu mujer, porque con el dinero que tienes no te la puedes permitir a ella y a los médicos a la vez.

Nos apartó y entró, dando una patada a la puerta con el tacón del zapato.

Aquella habitación, madre mía. Vibraba, empapada en la luz que entraba por las grandes ventanas. Nos quedamos allí parpadeando como imbéciles. Las cortinas color melocotón, rematadas con encaje, estaban descorridas y sujetas con un cordón. A lo largo de una pared había sillas anchas de color marfil y un tocador amarillo cobrizo —tan antiguo que parecía pedir a gritos su peluca empolvada— relucía junto a una segunda puerta. Toda la casa olía vagamente a flores mojadas. Y allí, junto a un ventanal opaco como una catarata, con la piel oscura como rastros quemados sobre sábanas blancas, estaba Louis Armstrong.

Su risa era cálida.

—Venga, pasad todos —dijo—. Dejadme que os vea. Venga, vamos. —Y a continuación a Delilah—: Pensaba que igual no volvías.

Ésta resopló, todo pañuelos y cuentas tintineantes.

—No he estado fuera ni una hora, Lou.

Armstrong hizo una inspiración profunda, casi un estertor. «*Sweeeet Delilah Brown* —cantó—, *My sweet Miss D. Brown, she's my flower, my roset of roses. My Isle of Delilah, I goin to be your Samson...*».^[3]

Delilah se limitó a sacudir las borlas de su turbante en su dirección.

—Chitón ahora mismo. Sólo porque cantes bien no quiere decir que debas hacerlo. A ver, ¿qué te han dicho los médicos?

Armstrong se enderezó un poco en la cama.

—Nada bueno, cariño. Nada bueno.

—Pues claro que no. Como siempre.

Nos miró.

—Chicos —dijo tan sólo—. Éste es Louis.

Uno no ha visto la grandeza hasta que conoce a alguien como Armstrong, ésa es la verdad. Esos párpados caídos, esa sonrisa que te cegaba... Aquel hombre era inmenso, mayestático. Pero tenía algo más, un aire brutalmente humano, como si supiera muy bien lo que es sufrir. Su boca era asombrosa. Tenía los labios destrozados por el esfuerzo de tocar aquellas notas tan agudas durante tantos años. El inferior le colgaba un poco, como un cajón abierto forrado de terciopelo rojo. Se llevó un pañuelo a la boca para limpiar un hilillo de saliva y entonces vi algo en él, una suerte de paciencia devastada, un inmenso cansancio. Conocía esa mirada. Mi madre la tuvo durante toda su vida.

—Debo de estar hecho un cromo, ya lo sé —dijo Armstrong sonriendo hasta que se le arrugaron los ojos—. Pero no soy el rey de España, así que borrad esa cara de bobos y acercaos.

Madre mía, esa voz. Era enorme, explosiva. Llena de rocas y astillas, espesa como el merengue. Uno a uno empezamos a sonreír.

—¿Tienen hambre, señores? —Hizo un gesto señalando el tocador—. Tengo *matzá*.

—¿*Matzá*, Louis? —preguntó Delilah—. ¿Lo dices en serio?

No sonaba muy contenta.

—Te acabará gustando —contestó Armstrong, riendo—. Lo que pasa es que lo has probado poco.

Delilah arrugó toda la cara.

¿*Matzá*? Chip y yo nos intercambiamos una mirada. ¿Lo tenía porque sabía que en la banda había un judío?

—A Louis le gusta tomarlo por la noche, de tentempié —dijo Delilah—. Desde siempre.

—Desde que tengo dientes. Bueno, entonces vamos a ver. ¿A quién tenemos aquí?

Delilah carraspeó.

—Louis, éste es Sid Griffiths, el contrabajo.

—Venga ya, ¡qué va a ser éste Sid Griffiths! —dijo entre risas. Me miró a los ojos—. He oído unas cuantas cosas sobre ti. Cosas que no me gustaría tener que contarle a tu madre.

Delilah se puso colorada.

Yo me había quedado sin voz. Dios.

—Es un honor conocerle, señor Armstrong —dije, incómodo—. Siempre ha sido usted un ejemplo para mí.

—Louis —me dijo con los ojos muy apretados y expresión arisca, como si le hubiera ofendido—. Llámame Louis.

—Louis —repetí, tragando con dificultad.

—Oye, que te estoy tomando el pelo. —La risa le salía del fondo del pecho—. Tienes la misma cara que un gato al que acaba de atropellar el camión de la leche.

Me limité a sonreír y a seguir sonriendo, como si fuera demasiado imbécil para hablar.

Delilah estaba apoyando una mano en el hombro de Chip con mucha suavidad, como si le tocara ahora a él ser presentado, cuando de pronto éste se levantó y, con el sombrero ladeado como una vela sobre su cabeza, tomó asiento en una silla junto a la cabecera de la cama de Armstrong. Dijo:

—Nos han dicho que ha estado usted enfermo, Louis, muy enfermo.

Armstrong miró a Delilah.

—Bueno... nada que no pueda curar un poco de *matzá*.

—Me alegro de oírlo, me alegro mucho.

—Tú debes de ser el otro chico del ritmo.

Al oír aquello, Chip emitió algo parecido a un carraspeo. Se colocó bien el sombrero y alargó una de sus enormes manos para que Armstrong se la estrechara. Y después la retiró igual de deprisa.

—Lo que tiene no es contagioso, ¿verdad?

Armstrong rio.

—Pregúntale a Delilah. Lleva diciéndome lo enfermo que estoy desde que la conozco.

Chip pareció reflexionar sobre aquello un minuto y a continuación extendió de nuevo la mano.

—Bueno, entonces supongo que no hay peligro. Soy Charles C. Jones, Louis. Llámeme Chip.

—¿Chip?

—Sí señor. Si alguna vez busca baterías, si necesita subir de categoría la sección rítmica de su banda, nosotros somos sus hombres. Sid y servidor.

Miré a Chip horrorizado. Pero ¿qué se creía aquel idiota, hablándole así a Louis Armstrong, por el amor de Dios? Aquel hombre podía tocar con quien le diera la gana y Chip estaba poniendo nuestro talento a su servicio como si quisiera hacerle un favor. Me estaba poniendo enfermo.

—Ya está bien, Chip —dijo Delilah—. Vas a cansar al viejo.

Armstrong se echó a reír, una risa rasposa, como si quisiera aclararse la garganta.

—En lo de viejo tienes razón, niña. Tan viejo como la luna.

—Louis —dijo Delilah—. ¿No había algo que querías preguntar?

Armstrong tosió.

—¿Qué significa la ce?

Chip, que se estaba levantando de la silla, se quedó inmóvil.

—¿La ce?

—Sí. De tu nombre. ¿Qué significa?

Aquella sí que era buena. Yo desde luego no me lo esperaba. Sonreí a Hiero.

—Quiere saber qué significa la ce.

El Niño sonreía con su sonrisa torcida de siempre.

—Bueno, Louis —dijo Chip—. En realidad no tiene tanta importancia, ¿no le parece?

Pero yo estaba pendiente del Niño, que tenía la cara toda contorsionada como si estuviera haciendo fuerza con todo el cuerpo, como si necesitara salir corriendo al cuarto de baño, vamos.

—Oye, Niño —le susurré—. ¿Estás bien?

Debió de estar por lo menos un minuto sin respirar.

—¿Niño?

Y entonces, joder. Soltó la carcajada más rara que había oído en mi vida.

Me eché a reír.

Delilah nos miró sonriendo.

—Hiero, ¿estás bien?

—Oye, tío —dijo Chip—, haz el favor de controlarte un poco.

El Niño se tapó la boca con la mano e hipó.

Armstrong sonreía con los ojos casi cerrados.

—¿Seguro que está bien?

—Sí, no es nada —dije—. Le pasa a veces.

Pero el Niño se sentía avergonzado. Se volvió hacia la puerta y agarró el picaporte. Cada pocos segundos, sus hombros se estremecían.

—Bueno, Chip —dijo Armstrong con su voz grave y rasposa—, todavía no has contestado a mi pregunta. —Miró a su alrededor simulando cara de frustración y después tiró de la colcha color crema hasta que le cubrió el pecho.

Delilah esbozó media sonrisa.

—Charlie... quiero decir Chip es muy discreto sobre su segundo nombre.

Del rincón llegó un hipo ahogado.

—¿Cuánto tiempo llevas tocando con estos músicos que ni siquiera saben tu verdadero nombre? —dijo Armstrong—. Tú estás mal de la cabeza. Venga, suéltalo ya.

Se podría haber oído un iceberg resquebrajándose en Alaska, del silencio que siguió. Chip se puso a mirar por la ventana como si buscara una manera de escapar. Como si, bien mirado, la caída no fuera tan grande. Le vi mirar a Armstrong y de nuevo apartar los ojos mientras con los dedos jugueteaba con los gemelos. Después se quedó sin expresión, como si la cara se le hubiera desinflado. Se inclinó y murmuró algo en voz tan baja que sólo Armstrong pudo oírlo.

—¿Cómo dices? —dijo éste.

—Tienes que hablar más alto, Chip —dijo Delilah.

Chip la miró con amargura.

—Chippewah —dijo de manera que todos le oyéramos—. La ce es de Chippewah.

—¡Chippewah! —exclamó Delilah.

Hiero casi se cae al suelo, se agarró tan fuerte del picaporte que la puerta se abrió. Avergonzado, la cerró de golpe y después me dirigió una mirada de placer atónito. El nombre le había quitado el hipo, pero de un plumazo.

Yo moví la cabeza.

—¿Todos estos años has sido un Chippewah?

—Muy bien. Charles Chippewah Jones —dijo Armstrong—, recibe mi más sentido pésame.

Aquello hizo reír todavía más a Lilah.

Pero, para entonces, Armstrong se había puesto a mirar al Niño con una luz diferente en los ojos.

—Lo he sabido desde que entraste por la puerta —dijo—. Tú eres Falk.

El Niño dejó de sonreír y me miró con los ojos como platos.

Delilah dijo:

—No habla inglés, Lou. Pero sí tu idioma. Te aseguro que los rumores no mentían. Es auténtico, uno de los mejores músicos que he oído en mi vida.

Ay, niña. Te había vuelto a encontrar y sin embargo allí estaba de nuevo como antes, luchando por no perder la sonrisa.

—Estoy deseando oír tu *swing*, papi —dijo Armstrong sonriendo.

Hiero no le entendió. Soltó el picaporte e hizo un tímido saludo con la cabeza.

—Sid... —dijo Delilah—. Traduce.

—Louis quiere oírte tocar —dije inexpresivo.

El Niño asintió e hizo una pequeña reverencia a Armstrong con gesto grave. Y aunque aquello pudiera parecer ridículo, no lo fue. Fue... no sé, elegante.

Armstrong rio.

—Tú y yo tenemos mucho de que hablar, me parece. —Miró a Delilah—. ¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Hieronymus. Lo hemos estado practicando, Louis.

Armstrong ahogó una carcajada y negó con la cabeza.

—¿Cómo?

—Hieronymus, Lou. ¿Qué pasa, que también te estás quedando sordo?

—Hurronius —dijo—. Hiero... Mira, vamos a dejarlo en Pequeño Maestro. Este cachorro se va a llamar Pequeño Maestro. Todavía no le he oído tocar, pero hasta entonces me voy a fiar de lo que dicen.

—Tienes mi palabra —dijo Delilah—. ¿Es que necesitas algo más?

—No, señora —dijo Louis—. Entonces, ¿cuándo tocamos?

Chip se encogió de hombros con cara de estar encantado de la vida.

—Cuando tú quieras, Louis.

—Hiero necesita una trompeta, Lou, perdió la suya durante todo el follón que tuvieron que armar para salir de Berlín.

Pero Armstrong se limitó a encogerse de hombros.

—Eso no es problema. Que se quede la mía vieja, si la quiere.

No me lo podía creer. Miré a Hiero.

—Venga, explícale —dijo Delilah, impaciente.

—Dice Delilah que puedes usar la trompeta de Armstrong hasta que te consiga otra.

Hiero agachó un poco la cabeza y sonrió.

Delilah me miró como si acabara de hacerme algún favor. Yo estaba tan concentrado en sonreír que me parecía que se me iba a romper la cara, de tanto como me esforzaba por ignorar el fuego que me abrasaba por dentro. ¿Cómo que Pequeño Maestro? ¿Y la trompeta de Armstrong? Vale, el Niño tocaba bien, pero ¿a la altura de Armstrong? Sonreí y sonreí y después seguí sonriendo.

Todo aquello no era más que palabrería. El Niño todavía tenía que escalar unas cuantas montañas para ponerse a la altura de Louis cuando grabó *West End Blues*.

Pero Delilah... Ay, Delilah. Dulce como limón en las heridas.

Los muertos no vuelven a la vida y el duelo no desaparece así como así. Aquel dolor que sentía en mi interior parecía grabado a fuego. Pensé: «Sid, déjalo estar. No vas a volver con Delilah. No como antes».

Más tarde, fuera, en el empedrado gris frente a la pensión de Armstrong, estudié las estrechas calles de Montmartre sin poderme creer que de verdad estuviéramos allí. Chip me dio una palmada en el hombro, una suave sacudida.

—¿Estás despierto, tío? —Me metió un papel con una dirección en el bolsillo—. Es su apartamento. Te vas ahora para allí, a ayudar a llevar nuestras cosas.

—¿El apartamento de quién? —pregunté estúpidamente.

—¿Qué quieres?, ¿qué te haga un croquis? Lárgate de una vez.

—Pero, a ver. —Negué con la cabeza—. ¿Nos vamos a quedar en su casa? De eso nada, tío. Ni hablar.

Pero una hora más tarde me encontraba subiendo el polvoriento Horch de Ernst al bordillo y forcejeando con un enorme baúl de metal, tirando de él dando tumbos calle abajo. Cuando levante la vista allí estaba ella, mirándome desde detrás de un cristal de pavés con ojos sombríos.

Era una casa de apartamentos destartada. Un ladrillo mantenía abierta la puerta que daba a la calle y entré con el baúl a rastras. Dentro había un patio abierto con el suelo de baldosas y atravesado por un camino ajedrezado que conducía a una escalera. En los dinteles de la mampostería exterior se agazapaban leones y en la esquina había una fuente seca, con la pila manchada de excrementos de paloma. Arrastré el baúl por el pequeño recibidor y lo dejé en el suelo de ladrillos, justo en el borde. Las paredes estaban amarillas, desconchadas y agrietadas y cuando me apoyaba en una de ellas salió Delilah. Se inclinó sobre la balaustrada y me llamó:

—Es aquí arriba. Segunda puerta por la izquierda.

La miré, resentido. ¿Así van a ser las cosas, entonces? ¿Ni siquiera va a bajar?

—¿Dónde está Hiero? —preguntó.

Dios.

—¿Qué? —dijo.

Me encogí de hombros.

—No he dicho nada —contesté.

—¿Qué? ¿No te oigo? Sube.

Con un suspiro de resignación cogí el baúl por las asas de cuero. Estaba decidido a no preguntarle nada sobre Berlín. A no hacer ningún tipo de acercamiento, ni de broma. Cuando entré, el apartamento me sorprendió con sus colores pálidos y suaves, las paredes color crema con molduras de escayola, los techos grises y la larga galería

acristalada detrás de los muebles. Todavía arrastrando el baúl, la llamé, pero no apareció. Molesto, volví abajo y empecé a subir los instrumentos por la escalera. Lo dejé todo en el suelo de madera de roble pulido de la sala de estar.

Entonces se abrieron las puertas de cristal del comedor y entró Delilah, sujetándolas con ambas manos. Llevaba un vestido azul que le ceñía las caderas y un turbante dorado. Bajo aquella luz pálida su piel parecía suave, purpúrea, de terciopelo. Me llegó un leve aroma a almendras garrapiñadas, como si viniera de hacer un pastel.

—Hola, niña —dije con un súbito ataque de timidez.

—Tú como si yo no estuviera —sonrió, distraída—. Me estaba cambiando. ¿Estaréis bien aquí? Uno puede dormir en el sofá, me imagino. —Miró a su alrededor—. Yo duermo aquí al lado —dijo, pero sin mirarme a los ojos.

Me senté y me levanté. Y decidí que me importaba un bledo lo que había decidido antes.

—Lilah —dije—, escucha.

Carraspeó y se llevó una mano al turbante, nerviosa. No se acercó.

—Sé que no es gran cosa, pero...

—No estoy hablando del apartamento —dije—. El apartamento está muy bien.

Me miró confundida, sonriendo a medias.

Y notaba la cabeza espesa, extraña.

—Oye, Lilah, ¿me lo vas a contar o tengo que preguntártelo?

—¿Preguntarme el qué?

—¿Cómo que el qué?

Entrelazó las manos apoyándolas en los muslos y me miró sin decir nada.

Solté una palabrota.

—Si alguien me dijera que no eres Lilah, sino su hermana gemela, te juro que le creería. Si me dices que pestañeaste en Berlín y volaste hasta aquí a lomos de una paloma, también te creería. Eres un auténtico misterio, niña, por lo menos para mí.

Al oír la palabra Berlín su rostro se ensombreció.

—Te cogen los botas —dije— ¿y desapareces? ¿Tal cual? ¿Terminas en París, como si tal cosa? ¿Sabes a qué suena eso? —Me volví y caminé hasta la ventana, después volví a su lado—. ¿No tienes nada que decir?

—Tenía un billete, Sid. No me detuvieron. ¿No te lo contó Hiero?

—¿Hiero?

—Sí, Hiero. Tu amigo. ¿No te dijo que me iba?

—¿Él lo sabía?

—Pues claro que lo sabía. ¿Qué te crees? ¿Que iba a largarme así como así? —De repente me miró con tristeza—. Ay, Sid —me dijo pensativa, como si empezara a comprender, justo entonces, de qué iba todo aquello.

Negué con la cabeza.

—¿El Niño sabía que te ibas?

Me senté de golpe en una silla de mimbre. El Niño sabía lo que estaba yo sufriendo. Lo sabía, me había visto, lo había vivido conmigo. Y no había hecho nada por aliviarlo.

Se me ocurrió que tal vez había algo equivocado en todo aquello. Algún tipo de error. Pero entonces recordé sus miradas huidizas, su expresión de preocupación, su repentina protección fraternal. «No, si al final iba a resultar que era un boche frío y calculador».

—¿Sid? —dijo Delilah—. ¿En qué piensas? ¿Sidney?

Seguía allí de pie mirándome. Algo oscuro me invadió entonces, algo que no soy capaz de explicar. No eran celos, tampoco me sentía traicionado. Ni siquiera era desconfianza exactamente. No sé. Era como si hubiera sufrido demasiado por Lilah como para empezar otra vez.

Empujé la silla e hice ademán de levantarme e irme.

Pero Delilah se me acercó, apoyó una mano delgada y fresca en mi garganta y me quedé quieto. La luz pareció atenuarse.

—Sid —dijo como desde muy lejos—. ¿Se puede saber adónde vas?, ¿eh?

Y entonces se inclinó, muy, muy despacio, y me besó.

Dios.

Fue entonces cuando empecé otra vez a no poder verlo ni en pintura. Al Niño, me refiero. A Hiero, ese pequeño Judas.

A Chip no le dije nada, no sé por qué. Quizá es que me regodeaba pensando en lo que el Niño era realmente capaz de hacer. Aquella noche nos envolvimos en mantas y nos acostamos en el suelo del cuarto de estar de Lilah. Todos menos el Niño que, no sé cómo, se había agenciado el sofá. Pero en cuanto se hubo dormido, Chip se levantó y lo arrastró por un tobillo. El Niño cayó al suelo como un saco de patatas. Con un bostezo, Chip se repantigó en el sofá.

Entonces me llamó Hiero. Estaba de pie, sujetando las mantas a la altura de la barriga.

—¿Le vas a dejar que me haga esto, Sid? —se quejó—. No es justo. ¿Le vas a dejar que me quite el sofá?

—Traga, Niño —le dije con frialdad—. Traga y procura no atragantarte.

Chip rio para sí.

—Todavía eres joven, Niño. —Casi podías oírle sonreír en la oscuridad—. Te puedes permitir levantarte con el cuello tieso. Yo, en cambio, sólo tengo un hueso que pueda ponerse tieso.

Me tumbé de espaldas y entrelacé las manos debajo de la nuca.

—Oye, Sid, y tu novia ¿dónde está? —preguntó Chip—. Tiene una cama estupenda.

—Cierra el pico, Chip.

—Todavía no ha vuelto —susurró Hiero en tono de confidencia—. Se ha ido de juerga y aquí el amigo Sid se ha quedado solo.

—Bueno, siempre puede hacerse un solo de zambomba.

Pasó un taxi y las luces de los faros atravesaron la ventana, los fríos haces recorrieron las vigas del techo hasta la pared situada enfrente. En la calle alguien gritaba. Esperé a escuchar el ruido de la llave de Lilah en la cerradura sintiendo algo muy negro en mi interior.

—O a lo mejor con un beso ha tenido suficiente —dijo Chip con voz de estar sonriendo.

—O le da miedo lo que pueda venir después —dijo Hiero con una risa infantil.

Chip tenía tal ataque de risa que parecía que se iba a mear encima.

Me apoyé en un codo y miré hacia la silueta oscura del Niño.

—Como digas una sola palabra más te tragas la puta trompeta. ¿Me has oído, Niño?

Siguió un silencio incómodo.

—¿Estás bien, tío? —preguntó Chip—. Sólo te estamos tomando el pelo.

Fruncí el ceño.

—Te lo advierto, no empieces otra vez.

—Que no empiezo nada. Si te gusta la chica tienes que darle espacio. Como la sigas atosigando va a perder el interés, pero así. —Chip chasqueó los dedos.

Pero yo estaba pensando en aquel beso suave y frío que me había dado. En sus manos en mi garganta. Me quedé despierto largo rato pensando en ello. Después me acordé de Berlín y de Ernst y Paul. El Niño empezó a roncar con suavidad.

—Chip —susurré—. ¿Estás despierto?

—No.

—¿Piensas alguna vez en el bota aquel? ¿Al que pegaste?

Gruñó y se revolvió entre las mantas.

—¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a si me arrepiento o algo así?

—No sé. Sí.

—Pues no —dijo—. Nunca.

Seguimos tendidos en silencio y Chip se durmió con un fuerte ronquido. Miré el techo alto y magnífico sintiéndome nervioso, enfadado. Puto Niño.

En cuanto a Lilah, ni apareció por casa. En toda la noche.

Delilah nos había prometido que Armstrong estaría listo para tocar en dos días. Dos días. Todos sabíamos que aquello era mentira.

Pero París, como nosotros, también esperaba. La ansiedad colgaba sobre las calles como ropa tendida. Cuando caminábamos por el suelo adoquinado veíamos a familias encerradas en sus casas, encorvadas alrededor de la radio. También los camareros estaban doblados sobre las barras de los bares pendientes de un transistor. En aquellos

primeros días frágiles, todo el mundo parecía pendiente de la radio, no importaba dónde, inmóviles, como si por moverse fueran a perder la guerra. Primero los franchutes que avanzaron hacia el Saar. Después los franchutes y los rosbif avanzaban hasta la línea Maginot. Luego los boches, que avanzaban también. Chip se limitaba a negar con la cabeza. Delilah decía que se rumoreaba que había escasez de comida, pero después de los días negros de Berlín toda esa mantequilla, todo ese vino en los cafés nos decían que no era cierto. Era sólo miedo, lo sabíamos. De todo cuanto oíamos, sólo nos fiábamos de la radio.

Hiero dejó de hablar por la calle, en los cafés. Menudo alivio, pensé, el Niño cabrón. Pero luego hasta los cielos parecieron despoblarse y yo le pedía a Dios dormirme un día y despertarme en una realidad distinta. Porque ya había visto de lo que eran capaces los boches y no soy tonto. Querían zamparse Francia y no dejar ni las migas. Otros días me acercaba hasta el Sena e, inclinado sobre las aguas marrones, pensaba en Paul y en Ernst. Por todas partes empezaban a aparecer carteles, tipos andrajosos los pegaban en las paredes con rodillos chorreantes: chavalitos con máscaras antigás, llamas, madres rubias acompañando a un rebaño de niños a los refugios antibombas. Vi a tenderos colgar cortinas negras de los escaparates y mi inquietud no hizo más que aumentar.

Aunque lo cierto es que parecía que no pasaba nada. Los boches seguían en Polonia y los franchutes esperaban. Empezaba la guerra del confeti, que se iba a prolongar todo aquel invierno crudo y también la primavera.

No nos alejábamos nunca de Montmartre, del apartamento de Delilah, y pasábamos el tiempo merodeando por el café Coup de Foudre o deambulando sin rumbo por las calles grises con el cuello del abrigo subido. Algunos días llegábamos a caminar más de treinta kilómetros. Después de todo, aquellas calles eran el hogar del jazz. Hubo un tiempo en que esta música se había instalado allí y atraído a prácticamente todos los músicos. Había pensiones baratas, casas abandonadas donde los hombres del jazz solían reunirse a tocar. Pasamos por La Rat Mort, antiguo club venido a menos, vimos la estrecha puerta del Big Apple, ahora cerrada con clavos, y el viejo Bricktop, desde el cual Bechet y McKendrick habían salido a la calle pegándose tiros, los dos borrachos como cubas. Por la rue Pigalle y la rue Fontaine sólo el sonido de nuestras pisadas marcaba el paso del tiempo. Nos quedamos delgados como galgos, con el cuerpo reducido a huesos y esperanza.

Y llegó un día en que ya no me acordaba tanto de Paul o de Ernst. Ahora mis pensamientos se centraban en Armstrong, en tocar con él y también en Lilah. No es que mi miedo hubiera desaparecido; seguía allí. Pero así son las cosas; uno se preocupa, se preocupa y se vuelve a preocupar y de repente un día deja de hacerlo. Y ni asomo de culpa. Supongo que la gente no está hecha para seguir atada demasiado tiempo a nada, ni siquiera al dolor. Ni siquiera cuando se trata de *su* dolor.

Delilah y yo habíamos quedado en cenar juntos la noche siguiente, pero lo cierto es que yo estaba temiendo el momento. Claro que lo que hiciera las noches que salía no era asunto mío. Pero aquel beso...

Y, lo que era aún peor, le había dado otra vez con el Niño, preocupándose por él y brindándole toda clase de atenciones. Intentando sacarlo de sus puñeteros silencios. Y él no se había hecho demasiado de rogar. Me lo contó Chip un día comiendo, que aquella misma mañana, en el mercadillo, el Niño le había estado comprando a Delilah chucherías, anillos baratos de latón, pañuelos para la cabeza y cosas así.

Mientras le escuchaba me comía las uñas hasta casi dejarme muñones.

—Delilah te estaba buscando, tío —dijo.

—Pero ¿estaba allí?, ¿en el mercadillo?

—En carne y hueso.

—Mira tú por dónde —dije con el ceño fruncido.

Aquel mismo día por la tarde nos la encontramos. Estábamos en la tienda de música de Jean, lugar de peregrinación de todos los músicos de *jazz* de París, buscando no sé qué disco raro que quería Chip. La tienda estaba en un sótano oscuro y polvoriento y la débil luz del día se filtraba a través de unos sucios ventanucos. Había instrumentos de viento por todas partes, colgando como una cortina hecha de animales muertos.

Entonces la puerta se abrió y allí estaba ella, bajando la escalera con sus tacones altos, riendo y agarrada a uno de los brazos famélicos del Niño. Empecé a ponerme malo otra vez.

Chip se agachó y los miró entre las trompetas.

—Hiero, tío, me parece que tienes algo en la manga.

—Ay, chicos —dijo Delilah—, todavía estoy temblando.

—¿Tan bueno es Hiero? —sonrió Chip.

Al oír su nombre, aquel Judas canijo se soltó del brazo de Delilah y se separó de ella. Parecía incómodo. Yo me alejé también, hacia el piano.

Lilah se rio y sus dientes apoltonados brillaron como granos de arroz en una boca negra.

—Estábamos en la place Pigalle y a quién creéis que...

—Pero ¿qué hacíais ahí vosotros dos? —dije forzando una carcajada que sonó un tanto ahogada. Empecé a tocar dos teclas, nervioso.

Chip me dedicó una de sus miradas.

Delilah arrugó el ceño.

—¿A quién creéis que nos hemos encontrado? —terminó de decir.

Chip se encogió de hombros.

—A George Washington. No, espera, a Abe Lincoln.

—Jo Baker —dijo—. A Josephine Baker.

«Mira qué suerte, —pensé con un retintín que me sorprendió—. Qué importante y qué especial eres, niña».

Delilah jugueteaba nerviosa con las pulseras que tintineaban en sus muñecas. Llevaba unos guantes blancos, largos. Al verla así, tan cohibida, sentí una punzada de ternura. Pero me deshice de ella, quería estar enfadado.

Cerré la tapa del piano con un golpe seco y Delilah se volvió un momento hacia mí, después miró a Chip.

—Esa Josephine Baker es capaz de amargarle el día a cualquier mujer. Hacerte sentir insignificante como una pelusa. La pelusa de Lou.

—Mira, niña —dijo Chip—, tú puedes ser muchas cosas, pero desde luego una pelusa no.

La miró para asegurarle que no hablaba en broma.

—Pavoneándose por toda la ciudad con ese séquito ridículo de cisnes, leopardos y Dios sabe qué más. No sé quién se cree que es, mirando a todo el mundo por encima del hombro. ¿La has oído cantar alguna vez, Chip?

—La he visto cantar, que es distinto —dijo Chip, sonriendo.

—¿Y qué te parece?

Rio.

—Por lo que pude ver, tiene mucho talento.

Lilah hizo una mueca de desagrado.

—No es más que una imitación barata de Addie Hall. ¿Has oído alguna vez a Addie en directo? Lleva años haciendo lo que hace ahora Jo. No le llega ni a la suela del zapato.

Y entonces, muy despacio, levantó sus ojos azules y me miró, dolida.

Aquella era mi señal, el momento en que yo tenía que decir: «Sabes de sobra que tú eres cien veces más mujer que ella, Lilah, cariño. La fama te va a llegar en cualquier momento, sabe perfectamente dónde vives».

Pero no lo dije. No sé, supongo que la compasión es un músculo como cualquier otro. Si no lo ejercitas, se agarrota.

Aquél fue el día en que el cónsul ordenó que nos volviéramos a casa, todos los yanquis que no pudiéramos demostrar que teníamos algo importante que hacer en Francia. La noticia estaba en la radio, en los periódicos, en la boca de los tenderos y de los repartidores. Parecía que hasta el último americano en París estaba comprando recuerdos para llevarse de vuelta a casa pero, para nosotros, no había nada más importante que tocar con Louis.

Quedé con Delilah para una cena tardía, los dos solos, en un bistró situado en el sótano de un edificio junto al Sena. El local había sido en otro tiempo una bodega de vino y el suave olor a barrica tostada se colaba por entre las grietas del suelo. Mesas desvencijadas, luz de velas, sobre nuestras cabezas un emparrado con una apretada

mata de vides. El aire de la noche era fresco. Lo primero que hizo fue preguntarme por lo del cónsul.

—Yo no me pienso volver, desde luego —dije—. Y Chip tampoco.

—Pues deberíais —dijo—. Quedándoos aquí no ayudáis a nadie. No tiene sentido.

—¿Louis se va?

Se encogió de hombros.

—Estoy segura de que sí; todavía no, pero terminará por irse.

—¿Y tú te irás con él?

—Como siempre.

Le puse mala cara.

—¿Y qué pasa con el Niño? ¿Vas a dejar aquí a Hiero?

Frunció el ceño.

—Ya se me ocurrirá algo, no sé el qué.

—Pues claro que sí, niña. Tú no eres de las que desaparecen sin decir nada.

Dio un respingo.

Me arrepentí en cuanto lo hube dicho, pero tenía el estómago hecho un nudo. Seguía dándole vueltas a la imagen de ella y el Niño cogidos del brazo en la tienda de Jean aquella tarde. Estábamos sentados a una mesa pequeña, contra la pared de la bodega y apoyé el hombro en el frío ladrillo mientras la miraba. La luz de las velas resaltaba el ángulo de sus pómulos. Y también su cuello espigado y elegante. Qué guapa era.

Bajó la cara e hizo girar su copa de vino trazando lentos círculos. Después apartó los ojos.

Yo me puse a jugar con el cuchillo y el tenedor. El cestillo de pan caliente estaba entre los dos y, aunque me moría de hambre, no cogí ni una sola rebanada.

—Yo no me quería ir —dijo con suavidad—. Lo sabes, ¿no?

—No hace falta que hablemos de ello, si no te apetece —dije—. Lo digo en serio.

—Fue horrible, Sid.

—Ya lo sé.

—No, no lo sabes.

Me callé.

Me miró con el ceño fruncido y suspiró.

—Habíamos vuelto al apartamento a por su medicina —dijo con voz neutra—. No sé para qué era. Paul no me lo explicó, por la cosa del inglés. Aunque creo que si yo hablara alemán tampoco me lo habría explicado. Parecía algo privado. El caso es que estábamos saliendo de mi hotel...

—¿De tu hotel?

—Sí, fuimos a por mi maleta. Yo me marchaba ya de Berlín.

—Mira, no tienes que contarme nada —la interrumpí—. No hay por qué hablar de ello.

—Sí —dijo—. Quiero contártelo.

La miré exasperado y hosco.

—Estábamos volviendo —continuó—, cuando oí que alguien lo llamaba por su nombre. No sé por qué se volvió, pero lo hizo y al minuto siguiente había echado a correr entre la gente. Yo me quedé allí con la maleta en la mano y entonces dos hombres pasaron a mi lado, empujándome y gritando el nombre de Paul. No tenía ni idea de qué iba aquello. Quiero decir que en ese momento no me enteraba de nada. Pero luego empezaron a gritar: «Judío», y entonces estuvo todo claro. Fue horrible, Sid, lo empujaron contra una ventana y la gente se quedaba allí, mirando, sin hacer nada. Yo intenté protegerlo, poniéndome delante de él con la maleta, pero me tiraron al suelo.

—¿Eran botas?

—No lo sé. No lo creo.

No quería enfadarme, lo único que quería sentir era tristeza por ella, pero no pude evitarlo.

—Pero, a ver, niña, a quién se le ocurre. Pasearse por Berlín con un judío y una maleta en la mano. ¿En qué estabas pensando?

Se sonrojó y miró hacia la calle, donde el sol ya casi se había apagado.

—¿En qué estabas pensando? —repetí.

Se echó a llorar.

—Yo no lo sabía, Sid. No lo sabía.

Lloraba en silencio y le temblaban los delgados hombros. Me quedé muy quieto con la mirada fija en el mantel y sintiéndome culpable. De repente ya no estaba enfadado con ella. Si lo llamaron por su nombre, pensaba, si lo llamaron por su nombre es porque lo conocían. La maleta no tuvo nada que ver.

De súbito una nube negra se instaló sobre nosotros. Levanté la mirada. Era un hombre negro y atractivo vestido con un elegante traje negro y una camisa tan almidonada que el cuello parecía un papel doblado en dos.

—¿Lilah? —dijo—. ¿Estás bien, niña?

Lilah rio enfadada entre lágrimas y levantó los ojos.

—Sí, Billy, estoy bien. —Sorbió—. Pensaba que te habías ido.

—He estado intentando llamarte, niña. —Sonrió dejando ver unos colmillos blancos y relucientes, igualitos que los de un lobo—. Eres una mujer muy difícil de localizar y sólo tengo un número tuyo.

—Bueno, es que sólo tengo un teléfono, así que ése no es el problema. —Le brindó una de sus sonrisas tristes mientras se secaba los ojos mojados con el pulgar.

—No quería interrumpir —dijo el hombre.

—No pasa nada, Billy. De verdad. Estoy viviendo en Abbesses ahora, en el apartamento que era del conde. Pásate cuando quieras.

Los ojos del hombre se posaron en mí y su expresión se apagó un tanto.

—Perdóname —dijo Delilah doblando su servilleta—. Bill, éste es Sidney

Griffiths. Sid, te presento a Bill Coleman. Creo que sois colegas.

¿Bill Coleman? Me levanté de la silla.

—Pues claro que sé quién eres, tío. Eres increíble. El segundo mejor trompeta de esta ciudad.

—Muy amable —dijo.

—No soy amable, es la verdad, tío. Lo sabes.

—Bueno, igual antes sí. Pero ¿quién es ese chico nuevo que anda por aquí? He oído que cuando toca es como una explosión de pólvora.

—La nueva generación —dije—. Nos llega el relevo.

—Pues supongo que ha llegado el momento de echar el cierre y volver a la isla.

Delilah le miró, sorprendida.

—¿Te vuelves a Nueva York?

—A Chicago, niña. La única isla que hay.

—Chicago no es una isla, Billy.

Éste sonrió.

—Es una isla en el mar de la mediocridad.

—Pero ¿no te irás por la guerra? —pregunté.

—Esa batalla ya la he perdido, tío. Los alemanes ya me han echado.

No dije nada a eso.

—¿Has venido con Chip Jones? —me preguntó.

—¿Conoces a Chip?

—Hombre —dijo con una sonrisa pícaro—, a ese hijo de su madre lo conoce todo el mundo. Dale un trompetazo de mi parte.

—¿Cuándo te vas?

Coleman encogió los hombros.

—No he hecho planes todavía, pero lo que es seguro es que me marchó. Y tú, ¿qué vas a hacer? ¿No pensarás quedarte por aquí?

Delilah sonrió.

—Yo voy a donde va Louis.

Llegó nuestra comida y Coleman farfulló una disculpa mientras se alejaba de nuestra mesa.

—Uno de estos días me paso a verte, Lillah. Hasta entonces, Sidney —me saludó con la cabeza.

Pero Delilah le llamó:

—Entonces, ¿vas a estar aquí todavía unos días? ¿Aunque el cónsul diga que se acabó la fiesta?

Coleman hizo un gesto de indiferencia y nos dirigió una sonrisa despreocupada e ingenua.

—Cariño, la fiesta soy yo.

Y se fue.

Comimos en silencio durante un buen rato. De alguna manera, volver al tema de

conversación no parecía apropiado. Delilah parecía estar muy tranquila, muy calmada y yo me sentía incómodo. El pescado que había pedido era seco e insípido, como serrín rociado con limón.

—Parece un tipo fabuloso —dije por fin, con voz más áspera de la que había sido mi intención poner.

Delilah frunció el ceño y miró hacia las puertas batientes que daban a la cocina.

—No me acuesto con él, Sid.

Reí con amargura.

—No estaba pensando en eso.

—Claro que sí.

—Delilah, no tienes...

Pero apoyó su mano enguantada en la mía y los ojos le brillaban y su mirada era afilada.

—A veces —empezó a decir y entonces se detuvo, como si el sonido de su propia voz le hiciera olvidar lo que, segundos antes, le había parecido tan fácil de decir. Se mojó los labios—, a veces la vida no te deja espacio para hacer lo que quieres. Lo siento —suspiró—. No sabes cuánto lo siento.

Me ardía la cara.

—No pasa nada. De todas maneras, lo pasado, pasado está —dije.

—Sí.

—Pero me alegro de que tú estés bien.

Me miró largo rato.

—No me despedí porque no quise, no quería tratar de endulzarlo. Pensé que cualquier cosa que dijera sonaría hueca y que eso sería peor que no decir nada. Por lo menos eso es lo que pensé entonces, que si te decía cualquier frase hecha, del tipo «Me acordaré de ti todos los días» o algo así pensarías que soy una frívola.

Se le ensombreció la expresión y apoyó las manos suavemente en el mantel con manchas de vino. Después jugueteó nerviosa con el primer botón de su traje de chaqueta.

Me sentía muy mal, decepcionado.

—¿Nos vamos? —dije.

—Sí. Ya no quiero comer más. —Apoyó el tenedor y el cuchillo en el plato con un ruido seco. Apenas había tocado la comida.

Salimos a la oscuridad de las calles que iban quedándose desiertas. Tenía tantas cosas en la cabeza, tantas cosas que no tenía intención de decir o que ni siquiera sabía cómo expresar... Miré hacia la avenida, a la brasserie iluminada y rebosante de gente, a la plaza con su escaso tráfico, a los toldos cubiertos de hollín y de excrementos de pájaros, iluminados por luces eléctricas.

Caminamos un trecho sin tocarnos. Entonces me cogió del brazo y noté de nuevo la vieja electricidad que me recorría el codo y los músculos; me estremecí mientras todo se acallaba en mi interior. Estábamos cruzando el puente sobre el río cuando

aminoró el paso y miró por encima de la baranda de piedra.

—¿Qué fue de *Lady Delilah II*? —preguntó.

—¿La gata? La devolvimos al hueco.

—¿De verdad?

—Claro. El Niño la empujó otra vez al otro lado de la pared. Era eso o echarla a la calle.

—Sid —dijo con brusquedad—. Ya no puedo estar contigo. No como antes.

—No pasa nada. —Me estaba poniendo malo—. Lo entiendo.

Pero me soltó del brazo y me miró fijamente.

—¿Cómo que lo entiendes? ¿Y te resignas así, como si tal cosa?

De repente no estaba seguro de lo que tenía que decir.

—¿No?

—¿No qué?

Esperaba que me diera alguna pista acerca de lo que esperaba de mí.

—¿No me resigno? —dije por fin. Y entonces, en un tono de voz más suave—. Pensaba que me habías traído aquí para decirme adiós. Pensaba que era eso lo que llevas intentando decirme toda la noche. ¿No es eso?

Estuvo unos minutos sin decir nada. Las farolas sobre el Sena iluminaban la suciedad aceitosa que flotaba en la superficie y vimos una barcaza pasar, atravesar el haz de luz y desaparecer río abajo. Un hombre cruzaba otro de los puentes, sus pisadas al compás de tres por cuatro. Me quité la chaqueta y se la puse a Delilah sobre los hombros.

—¿Tienes frío, niña? ¿Quieres que volvamos ya?

Me miró; estaba tiritando.

—Dime que me quieres.

—No.

—Dímelo.

Sonreí, un poco con tristeza.

—Ay, niña, me vas a matar.

Apoyó la cabeza en mi pecho mientras miraba las lentas aguas y súbitamente pensé: «Sid, tío, las cosas de verdad son así de sencillas, de evidentes».

Aquella noche hicimos el amor en su dormitorio. Fue la segunda vez. Después pasé la noche en duermevela en su estrecha cama, con su espalda caliente apretada junto a mí. Por la mañana, cuando la fría luz se coló por los cristales sucios, no conseguí recordar lo que había soñado.

2

Por fin llegó el día.

Yo ya iba tarde y al entrar le di un golpe al contrabajo contra la puerta como si ya estuviera puesto de garrafón.

—Entonces, ¿qué dices, tío? ¿No estás demasiado cansado para tocar un rato con nosotros? —me gritó Chip desde el escenario. Después se volvió hacia Armstrong—. El pobre no duerme mucho últimamente.

Hiero me sonreía con complicidad, el muy hijo de su madre.

—Pues debe de ser contagioso, —Louis rio con esa risa suya, como de trueno en la distancia—, porque Delilah no hace más que hablar del insomnio que tiene estos días. ¿Sabéis algo?

Me sonrojé.

—¿Dónde están los demás? ¿Vamos a ser sólo nosotros?

Chip dibujó un pequeño paso de baile con el pie.

—Sólo nosotros. La banda tal y como ha quedado. Es decir, en cueros.

—He pensado que es mejor empezar desde cero —dijo Armstrong con su voz ronca—, que sería más íntimo.

—A Sid se le da muy bien todo lo íntimo —sonrió Chip—. Y lo de estar en cueros también.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —le dijo Armstrong también sonriendo—. Ni la más remota idea.

Me subí a aquel escenario muerto de miedo y arrastrando los pies. Era Louis Armstrong, tío; un músico que hacía sombra a cualquiera hasta tumbado. Y allí estaba, bromeando con Chip como si sus madres hicieran punto juntas cuando eran pequeños. Como si tal cosa.

Era un local pequeño situado en un sótano, con los focos al fondo del escenario. El escenario no tenía iluminación y las mesas estaban arrinconadas y con las sillas patas arriba sobre los manteles blancos. Acaban de barrer el suelo y a uno de los lados de la habitación había pequeños montones de basura y polvo.

Chip tocó un poco para probar el tambor y yo miré a Hiero lleno de resentimiento. Tenía la trompeta de Armstrong apoyada sobre los muslos y el dedo meñique, afilado y largo, en ángulo agudo respecto de los pistones.

Armstrong nos miró.

—¿*Old Town Wrangler*? ¿En si bemol?

Hiero se encogió de hombros.

—¿Estás preparado, Sid? —dijo Armstrong.

De repente tenía la garganta seca, muy seca.

—Sí, está preparado —sonrió Chip—. Cuando tú nos digas.

Y con un gesto informal de la cabeza, sin decir una sola palabra, Armstrong nos fue haciendo entrar a cada uno, despacio. Y empezamos. La batería de Chip sonaba

fresca, limpia, arrastraba mi contrabajo haciéndolo descender hasta el sótano y una vez allí ponerse cómodo; empecé a sonreír. Entonces entró el Niño. Insolente, agudo, luminoso.

Y luego, pero mucho más tarde, entró Louis.

Quedé mudo. Ni la más mínima ostentación. Más bien un trino despreocupado, una brisa suave; como el gesto de quien se vuelve a mirar a una mujer por la calle sin aflojar el paso. Tan sereno, tan fluido que me dieron escalofríos.

Porque aquél era otro Louis Armstrong. El músico del do sobreagudo, el hombre-espectáculo que se obstinaba de tal forma en el registro agudo que hacía sonar la trompeta como una flauta, había desaparecido. Se había sosegado, madurado, y ahora transmitía una poesía tan pura que su voz parecía la voz de un músico muy, muy viejo, quemado por los excesos al que ya nada le importa, excepto darlo todo en cada nota.

Casi no lo podía creer. Hiero, Chip y yo tocábamos con tal armonía, con un color de tono tan parecido que era como si un mismo músico estuviera tocando tres instrumentos a la vez. Qué tersura.

Pero fue entonces cuando empezó.

Al principio no estaba seguro de lo que pasaba, una entrada a destiempo del contrabajo, un golpe con retraso en el suelo, pero el ritmo se había ido y yo sonaba plano. Al intentar arreglarlo, al intentar inyectar algo de sangre a la cosa, lo estropeé aún más.

Chip me dirigió una mirada afilada por encima de la batería, como diciendo, tío, estás tocando como si tuvieras doce dedos pulgares. Y era así, yo me daba cuenta perfectamente. Y cuando conseguí entrar y encontrar el tono bueno, otra vez me tranquilicé. Armstrong levantó la trompeta, miró al Niño y continuó tocando perezoso. Hiero le respondió, descarado, y en cuanto a Chip, acariciaba los parches con tal coquetería que parecía estar hablando con una mujer.

Y justo entonces, se me enredaron otra vez los dedos.

—¿Se puede saber qué haces? —me dijo Chip entre dientes inclinado sobre la batería—. Contrólate, ¡pero ya!

El sudor me bañaba los ojos y moví despacio la cabeza. Armstrong nos miró a todos y después siguió tocando.

Cuando paramos, Armstrong se acercó a nosotros mientras se secaba la frente con un pañuelo blanco. Se volvió, gruñó y nos estudió cuidadosamente.

Me puse colorado.

—Bueno. Ha estado bien la cosa —dijo entre jadeos—. Ha estado bien, aunque supongo que tenemos que darle otra vuelta, todavía. —Se volvió hacia Hiero—: Pero tú, Niño... ¿Pequeño maestro? Olvídate de eso. Pequeño Louis, es lo que eres. Pequeño Louis, Niño. Y ni se te ocurra cambiar. Lo que tú haces sí que es música.

Eres perfecto.

—No lo ha hecho mal el Niño, no señor —dijo Chip, sonriendo.

—Ni tú tampoco, señor mío —dijo el viejo titán—. Has echado las tripas ahí.

—Sí, hemos estado bien, muy bien —dijo yo, riendo.

Pero Armstrong se limitó a gruñir para sí, bajarse del escenario y dirigirse hacia el bar.

Me estaba poniendo enfermo, pero no podía dejar de sonreír. Me agarré el contrabajo, pero me temblaban las manos.

—Una cosa, chicos —dijo Armstrong desde el bar—. Explicadme lo de ese cavernícola de bigote postizo que se dedica a largar discursos por toda Alemania.

Chip estaba limpiando la batería.

—Está hablando de Hitler —le dijo a Hiero sin levantar la mirada.

—Hitler —asintió Hiero con expresión sombría.

—¿Qué quieres saber? —inquirió Chip—. La cosa allí está fea, muy fea. La gente está demasiado asustada como para abrir la boca.

—¿Tú qué dices, Griffiths? —preguntó Armstrong.

Bajé del escenario, sintiéndome agradecido por que se dignara preguntarme.

—Es tal cual —dije—. Las bocas están tan cerradas que los dentistas tienen que sacarle las muelas a la gente por la nariz. La ley no existe.

—Pero sí tienen un ministerio —dijo Chip.

Hiero me miraba, pero no me molesté en traducirle. Me sentía dolido, resentido y ver su cara de incompreensión no me ayudaba demasiado.

—Pero vosotros os librasteis.

—En realidad no —dije—. Perdimos un músico.

Armstrong asintió.

—Sí, ya me enteré. El pianista. ¿Cómo se llamaba?

—Butterstein. Paul Butterstein.

—Lo siento mucho —murmuró.

No dijimos nada, la herida todavía escocía.

—Aquí tampoco ha estado fácil la cosa, ¿no? —preguntó Chip pasado un minuto—. Lilah nos ha contado lo del diez por ciento.

Armstrong asintió.

—Los franceses también tienen sus problemas, y nosotros sólo somos uno de ellos. Pero a mí no me preocupa demasiado, la verdad. Llegó un momento en que teníamos que contar cuántos músicos negros éramos antes de subir al escenario y, aun así, el panorama era mejor que el que teníamos en casa.

—¿Te refieres a Chicago? —dije—. Pues Baltimore ni te cuento.

—Pues Nueva Orleans ni te cuento —dijo Armstrong.

Chip se sirvió un dedo de ginebra. Se volvió y se quedó apoyado sobre los dos hombros en la barra del bar, como un pájaro.

—De todas maneras, es raro. Hasta hace poco los boches se cortaban un poco

respecto a los negros. No era lo mismo que con los judíos. Si eras americano y negro, bueno, no te trataban mal. Si eras un estudiante extranjero, un cantante o algo así, lo mismo; no querían que volvieras a casa hablando mal de su país de cuento de hadas. Pero si eres boche y negro, un *Mischling*, vamos, como aquí, el Niño —Chip miró a Hiero—, entonces la cosa se pone fea.

—La música se muere —dije—. Sólo queda Wagner.

—Wagner y Horst Wessel —dijo Chip, con cara de asco.

—Horst Wessel —repitió Hiero frunciendo el ceño. Después agitó la trompeta con gesto despectivo.

—¿Qué es eso de Horst Wessel? —preguntó Armstrong—. ¿Una canción?

—Un putito himno.

—Wessel era un bota —dijo Chip—, un matón nazi. Se metió en algún tipo de lío con su casera. Ella le quería subir el alquiler o él quiso romper con ella, algo así. Wessel tenía una novia prostituta, me parece. Se me han olvidado los detalles. El caso es que la casera era viuda de un *kozi*.

—Un comunista —añadí.

Chip asintió.

—Así que algunos excamaradas de su marido fueron a la casa de Wessel y lo mataron de un tiro. Y así es como empezó la cosa. Los *kozis* intentaron hacer pasar a Wessel por chulo y delincuente. Pero los nazis, lo que hicieron fue convertirle en mártir, en un idealista que dio su vida por la Madre Patria. Menudo funeral le montaron.

Mientras Chip hablaba, el Niño se dedicaba a abrir las válvulas de la trompeta y limpiarlas. Miré hacia otro lado.

—Entonces el himno, ¿va sobre ese tipo? —dijo Armstrong.

—No va sobre él —dijo Chip—, es que lo escribió él. Era un poema y le puso música. ¿Cómo era?

Negué con la cabeza.

—Bandera en alto.

Chip se aclaró la garganta y empezó a marcar el ritmo sobre la barra del bar.

*Bandera en alto, la compañía en formación cerrada,
las SA marchan con paso decidido y silencioso.
Los camaradas fusilados por el frente rojo y la reacción
marchan en espíritu en nuestra formación.*

Entonces Hiero levantó la trompeta y, muy suavemente, empezó a marcar un compás de fondo a las palabras o, mejor dicho, *contra* las palabras, como si astutamente se burlara de ellas.

La calle libre para los batallones pardos,

*la calle libre para los soldados que desfilan.
Millones, llenos de esperanza, miran la esvástica;
el día rompe, para el pan y la libertad.*

Armstrong no dijo nada. Se limitó a coger su trompeta mientras Chip y Hiero tocaban y a llevársela a esos labios rotos suyos. Miró a Hiero y entonces, poco a poco, arrugó toda la cara. Y entró al compás.

Aquello no tenía que ver con lo que habíamos tocado antes.

Eran el sonido de los dioses, esas trompetas. Como si el Armstrong viejo y el joven tocaran juntos, la esencia madura y depurada del maestro y del niño que un día fue, aquel niño que sabía hacer que los *glissandos* sonaran como canicas entrechocando y que el do agudo te taladrara los oídos. Hiero tocaba una nota trémula detrás de otra, como luz del sol que rielara sobre la superficie de un lago donde Armstrong era el agua, toda profundidad y sentido, sin que sobrara una sola nota. Hiero intentaba llegar a la orilla donde estaba Armstrong, llamándolo. Las trompetas de ambos sonaban tan desnudas, tan incontestables que al oír las casi te sentías culpable, como si estuvieras espiando. Pasados algunos minutos, Chip paró de cantar y dejó que los dos hilos dorados de las trompetas se entrelazaran.

Entonces fue cuando verdaderamente me di cuenta. Cuando fui consciente del inmenso talento del Niño.

Y le odié.

—¡Y eso, queridos amigos, es música! —exclamó Armstrong dejando de tocar. Se sacó el pañuelo blanco del bolsillo para enjugarse la frente, reluciente por el sudor.

—Y que lo digas —dije con amargura.

—Te lo juro, Pequeño Louis, esa trompeta nunca ha sonado así de bien. —A Armstrong empezaban a arrugársele los ojos—. Díselo, anda —me dijo—. Cuéntale lo que he dicho.

—Dice Louis que sueñas muy bien —le dije a Hiero.

El Niño sonrió y se encogió de hombros.

—Dile que sólo le hace falta ir un poco más rápido entre frases —dijo Armstrong. Por Dios santo.

Después, Armstrong se metió la mano por la abertura de la camisa y sacó la cadena que llevaba al cuello.

—Venid aquí —dijo—. Venid todos.

Obedecimos despacio.

Era la estrella de David en una cadena de oro.

—La llevo siempre de amuleto. Siempre, desde que era un niño. Estuve trabajando para una familia, los Karnofsky. Eran de Lituania. Yo tenía sólo siete años pero no era ciego, me daba perfectamente cuenta de la mierda que tenían que soportar. Y sin embargo siempre, en todo momento, fueron cariñosos conmigo. Yo era sólo un niño y estaba necesitado de cariño, cualquier niño lo necesita para salir

adelante. Y ellos me lo dieron.

Ninguno dijimos nada, pero Hiero miraba a Armstrong como si le entendiera.

—Vamos a hacer esto —dijo Armstrong—. Lo vamos a hacer. Esto que está pasando no está bien. Así que vamos a meter el tema de Horst Wessel en el disco, nuestra aportación especial. ¿Qué os parece? Le damos un meneo, lo ponemos bonito y así le decimos algo al mundo, a los boches, algo que sólo la gente del *jazz* podemos decir. Vamos a hacerlo por vuestro compañero, por Paul.

Tenía la mirada fija en Hiero.

Después se volvió hacia mí con los ojos brillantes.

—Venga, Griffiths. Explícale lo que he dicho.

Más tarde, ya en la calle, donde soplaba la brisa y mientras apoyaba el contrabajo en un banco, vi a Chip acercarse a mí como si tuviera la peste.

—¿Qué te ha pasado? —dijo con cara larga y gris. Después se retorció los gemelos con gesto hosco. No se sentó. Como si lo mío fuera contagioso.

Reí enfadado y le miré.

—¿Crees que querrá volver a oírme tocar alguna vez?

Chip me miró largo rato con tristeza.

—No lo sé, tío. Me parece que le has hecho polvo los tímpanos. ¿Qué te pasó?

—¿Qué pasa? ¿Nunca te has atascado tocando?

Chip no dijo nada y me puso una mano en el hombro. De repente tenía los ojos como dos piedras negras.

—Como me hagas quedar mal, te parto la crisma —dijo en voz queda—. Te lo juro.

Se volvió, metió los puños en los bolsillos y echó a andar calle arriba, hacia el frío de la tarde.

Hice todo el camino de vuelta por Montmartre temblando de furia y de vergüenza. El apartamento estaba vacío y entré cargando con el contrabajo. Después me senté y me dediqué a poner cara de dolor y a estudiar las molduras del techo.

Oí un ruido quedo en el pasillo.

—¿Lilah? —llamé—. ¿Eres tú?

—Estoy aquí —dijo—, en mi habitación.

Cuando entré todo compungido se estaba poniendo una media de color oscuro.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué tal ha ido?

Me encogí de hombros, amargado; me sentía incapaz de contárselo.

Se acercó y me quitó el abrigo. Después me llevó hasta el asiento de la ventana y me hizo sentarme en medio de toda aquella luz blanca. Me pasó un dedo por la sien como si apartara una telaraña.

—Seguro que no ha ido tan mal —musitó—. Venga, no me lo creo. ¿Qué tal lo ha hecho Hiero?

Me aparté de ella, molesto. ¿Cómo que Hiero?

Entonces fue ella la que se apartó.

—Sid, ¿qué ha pasado?

—Pues que ha sido un desastre.

—¿El qué? ¿Has tocado mal?

—Mal no, niña, he tocado de pena.

—Lo dudo mucho.

—Porque no les has visto la cara, Lilah. Chip parecía... no sé, avergonzado de mí.

Arqueó una ceja.

—¿Qué? —dije.

—No he dicho nada.

—Pero vas a hacerlo. Vas a decir algo que me va a cabrear, niña; lo estoy viendo.

Se puso de pie.

—¿Adónde vas?

Soltó un bufido.

—Cuando hayas terminado de compadecerte de ti mismo, entonces hablamos. —
Se detuvo a la altura del tocador—. ¿Qué me dices? ¿Has terminado?

Me puse a pellizcarme los callos de las yemas de los dedos.

—Muy bien. —Se volvió a sentar y tomó aire como si se dispusiera a decir algo, pero se limitó a tocarme la muñeca. Tenía la mano suave y fresca—. Conozco a Louis —dijo por fin—. Sabe reconocer un buen músico mejor que nadie. Se va a dar cuenta de lo bueno que eres, Sid.

—Es que no he sido bueno, Lilah. He tocado como si estuviera hasta arriba de garrafón.

—Pero puedes serlo.

Negué con la cabeza, como si nada de aquello tuviera importancia.

—¿Te ha dicho Louis que no vas a estar en el disco?

—No.

—Entonces, se acabó todo esto —dijo, pero con suavidad. Después llevó uno de mis dedos al primer botón de su camisa y, sin prisa, lo fue deslizando por el ojal bordado—. Y ahora necesito que me ayudes con algo que se te da muy bien.

—Ay, Lilah —suspiré—. No estoy de humor, cariño.

Pero ya se estaba desabotonando la blusa y metiendo mi mano dentro.

Louis no volvió a hablar del disco. Con nadie. Las semanas fueron pasando y pronto la luz se volvió más tenue y nos encontramos caminando sobre una corteza de nieve crujiente que recubría el empedrado de los mismos callejones oscuros de siempre. Era casi noviembre y los árboles del Sena se habían vuelto de cristal brillante, blanco y delicado. Empecé a pensar que tal vez aún tenía una oportunidad. Que Louis se había

olvidado de lo mal que toqué.

Los meses transcurrían como si nada. Todo París parecía dormir una borrachera y aquella guerra de confeti ni parecía guerra ni nada. Los franchutes seguían atrincherados detrás de la línea Maginot y los soldados, con bigotillo fino y uniformes atildados, se dedicaban a jugar al fútbol y a cultivar rosas lo suficientemente resistentes para espantar el frío. Los que estaban de permiso deambulaban por las calles en la bruma de la mañana, y tiritaban mustios como poetas sin vino. A veces los veíamos durmiendo en los bancos de los parques, con el cuerpo encogido bajo la luz grisácea. Aquellos días dormíamos como muertos.

De Polonia no se sabía nada, misterio total. Yo imaginaba que los boches estaban devorando el oeste de Europa, pero no teníamos noticia de escabechina alguna. Soplaban un viento helador de levante que nos obligaba a dormir acurrucados los unos contra los otros en los sillones cuando estábamos en casa. Aquellos días el Niño parecía atormentado, con las mejillas hundidas y los ojos amarillos por la preocupación. Chip y yo reíamos nerviosos o no reíamos en absoluto. Estábamos todos demasiado tensos. Y Louis seguía sin decir una palabra.

Cuando escuchamos por la radio que los rusos habían entrado en Finlandia, Hiero se limitó a mover la cabeza, compungido.

—Es invierno —dijo Chip frunciendo el ceño—. Los van a masacrar.

Estábamos acurrucados alrededor de la chimenea, al calor de los suaves chasquidos de la leña al quemarse y con las manos en los sobacos, mientras la radio escupía y crepitaba en un rincón, como una segunda hoguera. Delilah, mi preciosa Delilah, tenía la cabeza apoyada en mi regazo. Nada parecía real.

Y entonces Louis convocó a sus músicos.

Me senté a una de las mesas del patio de la Mosca, pellizcando la corteza de una barra de pan duro intentando decidirme entre la ginebra y el garrafón, cuando entró Chip abriéndose paso entre los clientes vespertinos.

Parecía agitado.

—Estás aquí —dijo sin resuello y con ese brillo febril en los ojos—. Ya iba a dejar de buscarte.

—¿Qué pasa, tío?

—Tenemos que irnos. Louis acaba de llamar por teléfono. Quiere hablar del disco.

Noté una opresión en el pecho.

—Pero ¿cómo? ¿Ahora?

—Sí, si no le viene mal al señor —dijo sonriendo.

Yo ya estaba de pie y contando los francos con una sonrisa estúpida en la cara.

—¿Y ha dicho que vaya yo también? ¿Ha dicho que voy a tocar?

—¿Y por qué no ibas a estar?

Dejé de jugar con el pan.

—¿Qué quieres decir? Vamos, que Louis no ha preguntado por mí.

—No ha preguntado por nadie. Sólo ha llamado y ha dicho que era hora y que fuéramos al Coup a conocer a los otros músicos.

Mi alegría se esfumó en un momento. Pestañeando, miré a Chip en la escasa luz del atardecer.

—Pero quería decir que fueras tú, ¿no?

—Sid —dijo Chip frunciendo el ceño—, no se lo he preguntado y él no ha dicho nada tampoco. Así que ¿vienes o qué?

—Vaya mierda —murmuré.

—A ver, tío. Te ha oído en los discos, sabe cómo tocas.

—Pero ¿qué ha dicho? Cuéntame lo que ha dicho exactamente.

Chip me miró con gesto agrio.

—Está bien. Y cito textualmente. Ha dicho: «Chip, veníos al Coup. Ah, y no te olvides de decirle a Sid lo cariñosa que es conmigo su madre por las mañanas. Tío, eres imbécil». Haz lo que te dé la gana.

Y entonces se fue y no pude hacer otra cosa que seguirle.

Estaban en el café Coup de Foudre, sentados junto a la ventana. Habían juntado dos mesas para caber todos. Antes de cruzar el bulevar los vi a través de los cristales sucios. Abrimos la puerta acristalada y vadeamos el mar de humo, todavía jadeando por la caminata.

Cuando llegamos, Armstrong nos dirigió una mirada que me pareció rara y nos hizo un gesto para que nos acercáramos. Pensé: «Coño, Sid. No imagines cosas. Esa mirada no significa nada».

Pero no eran imaginaciones mías. La mirada era rara.

—Qué hay, Sid —me dijo Armstrong con su voz arenosa.

Se volvió hacia los músicos sentados a las mesas, todos mal encarados y de piel rugosa, como gánsteres de una película.

—Chicos, os presento a la quinta columna. Éste es Chip Jones, el batería. Toca y suena como un americano, pero viene de Berlín. Su amigo es Sid Griffiths.

—Conozco a algunos de estos chicos —sonrió Chip—. Les he ganado a los dados.

—Y que lo digas, tío —dijo riendo un tipo alto con bigote fino.

—Bertie, ¿qué tal está tu mujer? ¿Sigue cansada después del año pasado?

No me uní a las risas. Era como si tuviera la boca llena de galletas secas.

—¿Dónde está Pequeño Louis? —me preguntó Armstrong.

Me encogí de hombros.

—No le hemos visto —dijo Chip—. Pero si le han dado tu recado, seguro que aparece.

Uno de los músicos, un tipo bajo y corpulento con pelo rubio, murmuró algo en franchute a Louis. Los otros rieron.

—Perdonadme, chicos —dijo Armstrong—. Déjame que te presente, Chip. Éste es Jacques Painlevé, el trombón. Aquí, el amigo Bertie, va a tocar el piano. Herve es un genio del clarinete y creo que ya conoces a Jean. Estará contigo en la sección rítmica.

Menuda mierda. Notaba la cara roja como un tomate. Me miré las manos: me estaba clavando las uñas en las palmas.

Chip no parecía enterarse de nada. Jugueteaba con el vaso de ginebra del trombón y los otros músicos le escuchaban entre risas. Fue entonces cuando Armstrong se volvió hacia mí y me puso una de sus enormes manos en el hombro.

—Sid —dijo despacio—, si no te importa, esta vez no vas a tocar. Es sólo el primer disco y habrá otros, pero para éste necesito los dedos de Jean.

Hice un gesto despreocupado, como si no pasara nada.

—Pues claro, Louis —dije—. Pues claro. No pasa nada.

Pero sí pasaba.

Cuando volví al apartamento, todos los objetos me parecían raros, como sombras de sí mismos que viera por primera vez. Todo aquel polvo, las mesas destartadas con esquinas dentadas, el suelo de tarima lleno de grietas. Arrastré los pies entre sillas amortajadas como cadáveres y repisas cubiertas de mugre. La puerta del cuarto de baño de Delilah estaba abierta y la miré inclinarse sobre el lavabo, mojar sus delgados dedos en el chorro de agua y meterlos bajo el turbante dorado para rascarse la cabeza. Me oyó respirar y se volvió, alarmada.

—Ah, eres tú, cariño. Hola.

—¿Cómo es que estás en casa? —dije—. ¿No tienes nada que hacer?

Sonrió y se encogió de hombros.

—Hay días que no aguanto llevar este casco del calor que me da. Incluso en invierno soy como un caballo percherón. Necesito remojar me de vez en cuando.

—Siento que estés incómoda. —Mi voz sonaba rígida y forzada, como un tablón.

Me miró con los dedos goteando agua.

—Pareces enfadado. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—Y el que nada no se ahoga. Cuéntame.

Pero cuando conseguí hablar, la voz me temblaba.

—Chip y el Niño van a estar en el disco, pero yo no. Louis tiene otro músico para que toque con Chip.

Se quedó muy quieta, las manos a medio camino de la cabeza y la cara vuelta hacia mí.

—Sidney, cariño. Lo siento muchísimo, de verdad.

No dije nada.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con voz suave.

Hice un gesto de resignación.

—No hay nada más que hacer. Esta era mi única oportunidad de hacer algo de verdad. Lo único que me importaba.

—Ay, Sid.

—No me mires así, te lo pido por favor.

—Sid, lo siento mucho. Pero estoy segura de que no es por ti, de que Louis te ha dejado fuera por alguna otra razón.

Solté una carcajada aguda.

—Total, qué más da. El Niño sí va estar y eso es lo importante, ¿no?

—No, Sid, no lo es. Aunque me alegro por él.

—Por supuesto que te alegras.

—¿Y eso qué significa?

—¿Te lo tengo que explicar? Te pasas el día tonteando y coqueteando con él como si os trajerais algo entre manos. —Evité mirarla y en lugar de ello me concentré en el desagüe oxidado del lavabo y en el agua clara que borboteaba contra él. No me creía una sola palabra de lo que estaba diciendo, pero me daba igual. Tenía la sensación de que me lo habían quitado todo. Dije—: Como sigas así, el Niño se va a hacer ilusiones. Va a pensar que vas en serio o algo parecido.

Silencio, lleno del ruido del agua contra el hierro. Delilah cerró el grifo.

—¿Qué es eso de que voy en serio o algo parecido?

Tuve una punzada de remordimientos y pensé que sería mejor cerrar el pico, pero luego me fijé en su expresión terca, su mirada de superioridad... Vamos, que se me calentó la boca.

—Es muy fea, niña, esa manera que tienes de coquetear con él. Ya sé que no vas en serio y que no va a pasar nada. Pero los demás, ¿qué van a pensar? ¿Y qué me dices de Hiero? Te habrás dado cuenta de que está ya medio enamorado de ti. Me parece muy cruel lo que haces, dejando que se haga ilusiones.

Muy despacio, Delilah apoyó las manos en el respaldo de una silla de hierro forjado con la cara ensombrecida. Retiró la silla y se sentó.

Me quedé mirándola mientras me ardía el nacimiento del pelo. La vi mirarse las manos. Tenía la cara lisa como la superficie de un vaso de leche.

—¿Delilah? —dije por fin.

Levantó una mano como para decir basta y después la dejó caer sobre el regazo. Cuando por fin me miró, pasados unos instantes, sus ojos verdes estaban llenos de algún sentimiento extraño y subterráneo.

—Si le he dado a entender que estoy enamorada de él —empezó a decir, pero se interrumpió—, entonces me alegro mucho. Porque es lo que quería hacer. Todo lo que he hecho ha sido a propósito. Alguien tenía que hacerlo. Pero ¿tú te has fijado en el Niño, Sid? ¿Te has molestado en mirarle siquiera? Ese chico está hundido, más perdido que un gato abandonado. Tú sólo te preocupas por ti mismo, de lo que te pasa. Y él no es más que un niño. Y no tiene a nadie.

Me miraba con una frialdad que me ponía nervioso. La luz de sus ojos se había apagado.

—Tienes una manera bastante retorcida de ver las cosas. —Hizo una pausa para levantar la cabeza—. Hiero para mí es como un hermano pequeño.

Yo lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Era algo que llevaba repitiéndome a mí mismo y a Chip desde hacía meses. Los remordimientos me pesaban tanto que sentí ganas de acurrucarme en el suelo y abrazarme las costillas. Qué vergüenza, Dios. Me tembló la boca al mirar la cara de Delilah, vacía por completo de expresión. Y entonces comprendí hasta qué punto no estaba enamorada de mí.

—Lilah —dije.

—Cierra la puerta al salir.

La miré a la cara. Nada. Ni una sola lágrima. Nada.

Me di la vuelta para marcharme y mientras cerraba la puerta con suavidad seguía esperando oír su voz, llamándome para que volviera.

Pero no lo hizo.

¿Es que ese boche famélico y cabrón me lo iba a quitar todo: la banda, Armstrong, el disco e incluso a Delilah? ¿No pensaba dejarme ni siquiera las migajas? ¿En eso consistía ser un genio, en quitarle a los otros músicos lo que se le antojara?

Porque tenía que admitirlo. Talento tenía, y de sobra. Podías partirle en dos y una de sus mitades seguiría siendo mejor que tres como yo. Y no es justo. No es justo que yo me mate sólo para conseguir tocar como un músico de segunda y en cambio al Niño le baste con levantarse, soplar la trompeta y que suene como un rruiseñor. No es justo, coño. No hay justicia en la forma en que se reparte el talento. Es como si Dios dejara un saco lleno de talento tirado por cualquier parte y dijera: «El que llegue el primero, se lo queda». Porque en cualquier otro aspecto de la vida uno puede trabajar para conseguir lo que quiera. Pero si no naces con talento, ya puedes partírte la espalda que no te va a servir de nada. Los genios no se hacen, lo genios *son* y punto. Y yo... pues no lo era.

Estaba bebiendo sólo en una de las mesas rojas del estanco-bar que había al lado del apartamento cuando entró Hiero. La dependienta estaba inclinada sobre el mostrador con las mangas de la camisa remangadas y cada mejilla apoyada en un brazo flaco. La llamábamos la Mosca, por su cara delgada y masticadora, con ojos saltones.

Llegó a París procedente de Suiza después de la Primera Guerra.

—¿Qué va a ser, Hiero? —dijo en ese alemán entrecortado que hablan los suizos.

Al oírla levanté la mirada.

Al principio el Niño pareció confuso, como un actor que sale a escena antes de tiempo. La miró y después se encogió de hombros. Al volverse me vio, en la esquina.

—No tengo mucha sed —murmuró.

—Pues cuando te apetezca algo, que sepas que invita la casa —dijo la Mosca.

Ya estábamos. ¿Por qué todo el mundo tenía que ser tan amable con él todo el tiempo?

Hiero reparó en mi expresión seria y se quedó donde estaba. Yo seguía dándole vueltas a lo que me había dicho Delilah y pensaba, se puede ser muy joven y no ser un niño. Se puede dejar de ser un niño a cualquier edad, no tiene nada que ver con los años. Y Hiero... pues eso.

—Eres un farsante —le dije casi en voz baja—, un puto farsante, ¿te enteras?

—¿Sid?

Escupí en el suelo costroso de la Mosca.

Pero entonces puso una cara... Dios. Quise retirar todo lo que había dicho. Nunca había visto a nadie tan destrozado. Se notaba en la expresión del rostro cómo algo en su interior se marchitaba, languidecía poco a poco. Y esos ojos... tan tristes.

—Venga ya, Hiero. Estoy de broma. —Di una patada a la silla que tenía en frente—. Venga, pon aquí el culo y ayúdame a beberme esto.

Dudó sólo un segundo, mientras me miraba con expresión orgullosa.

—Hiero —dije enfadado.

Se dio la vuelta y salió a la calle con un portazo.

La Mosca me miró con gesto agrio pero no dijo nada.

Y así empezó aquel invierno surrealista.

Incluso cuando estaba despierto, dormía. Aparcado en una ciudad extraña, donde apenas conocía a un alma y siempre, en todas partes, la bofetada del idioma. Me pesaban la soledad y los celos. Me dediqué a evitar a Delilah siempre que podía, saliendo de casa tarde o muy temprano, comiendo en cafés en los que sabía que no me encontraría a otros músicos. Al Niño dejé de hablarle por completo y estoy seguro de que ni se dio cuenta.

Las calles de París se volvieron blancas como el moho bajo la fría luz de las farolas de gas.

El Niño y Chip salían a horas intempestivas; el Niño siempre con la trompeta de Louis. Yo me limitaba a darme la vuelta y a mirar la pared con cara inexpresiva en la oscuridad. No les preguntaba por el disco y ellos no decían nada. Armstrong enfermó de nuevo y de nuevo se recuperó. Desapareció durante un tiempo para irse de gira a algún país, pero después volvió y continuaron trabajando. Y yo seguía con el mismo veneno en las tripas.

Me sorprendía lo rápido que parecía transcurrir el tiempo. Pasó una semana, después otra y una tercera. Las navidades vinieron y se fueron sin celebración alguna. Supe que era enero porque de las pastelerías desaparecieron los lazos rojos y los dulces con forma de abeto.

Era un invierno oscuro, más oscuro aún por no tener nada que hacer. Me

acostumbré a pasar las tardes caminando por París con los pies doloridos por el frío y en la cabeza, como un disco rayado, la fea belleza de la trompeta de Hiero.

Hubo otra cosa más en aquellas semanas surrealistas.

Era mediodía y el cielo estaba completamente blanco. Acababa de cruzar el puente de la Concorde con las manos hundidas en los bolsillos, cuando una sombra se cruzó en mi camino. Levanté la mirada y allí estaba otra vez, Louis Armstrong en persona. De pie frente a mí con una bolsa de la compra, formando nubes con su aliento.

Me puse colorado.

—Griffiths —me dijo con esa voz suya espesa y arenosa—. ¿Cómo tú por aquí?

—¿Qué tal va el disco? —pregunté.

—Pues lento, muy lento. Vamos un poco a tuestas.

No estaba seguro de qué decir a eso. Echamos a andar sobre la nieve.

Armstrong me miró de reojo.

—Delilah ha estado preocupada por ti. ¿Estás bien?

—¿Eso le ha dicho?

Asintió.

—Ya no estamos juntos —dije—. ¿Eso también se lo ha contado?

—Sí, me he enterado.

—Ni siquiera me habla. Cada vez que entro en una habitación se marcha. ¿Eso también se lo ha dicho?

Se colgó la bolsa de la compra en un codo y me apoyó la mano enguantada en la espalda mientras caminábamos.

—Ya sabes cómo son las cosas, lo que pasa cuando se termina así una relación. Siempre hay uno que acaba con el corazón roto.

Yo seguía medio borracho por la ginebra de la mañana, así que me balanceé un poco hacia atrás y le miré sorprendido.

—Yo no tengo corazón —dije con amargura—. Por eso soy tan mal músico, ¿no?

Había un hombre mayor sentado junto al río sosteniendo una caña que mecía la corriente. Pensé que hacía demasiado frío para pescar. Pero allí estaba.

La voz de Armstrong se volvió entonces muy ronca, profunda y queda, como una alfombra de alpaca.

—Hay muchas clases de talento, Sid, tú eres muy bueno en lo tuyo, con el ritmo.

—Pero no tengo talento de verdad.

—Tú sabes lo que tienes, y que nadie te diga lo contrario.

Moví la cabeza, asqueado.

—Y además, tampoco tiene tanta importancia —añadió Armstrong—. Ahora piensas que sí, pero no es cierto. El talento no lo es todo. Pequeño Louis te necesita. Y para Jones eres como un hermano. Tienes talento para hacer que los demás se

sientan como de tu familia, de tu sangre. La música... pues es otra cosa. Muy importante, desde luego. Pero no lo es todo en la vida.

«Ya, claro, —pensé—, pero es lo único que me importa».

Después de aquello algo murió dentro de mí, parte de la furia que sentía. El dolor se evaporó y me sentía más ligero, más triste, pero menos solo. No estoy diciendo que fuéramos amigos otra vez, eso no. Pero convivíamos, Chip, el Niño y yo, en una suerte de apacible estado de gracia. Cada mañana los veía marcharse a grabar el disco y cada noche los veía regresar más cansados que burros de feria y parecía que cada ida y venida me dolía un poco menos. Como si por fin hubiera aceptado que estábamos juntos, para lo bueno y para lo malo.

En cuanto a Delilah, era incapaz de mirarla sin ponerme enfermo. Pero ya no estaba enfadado con ella. Ya no.

Y mientras tanto continuaba la guerra del confeti. Una noche de febrero caminaba de vuelta a casa cuando vi un resplandor en el cielo como de cámara fotográfica que sólo duró unos instantes. El silencio daba miedo. Por la mañana, Lilah nos tradujo lo que decía el periódico. Al parecer había sido un obús de los propios franchutes, que había explotado junto al río, en el distrito quinto, cerca de la estación Censier en la rue Mirbel. Abrió un agujero de medio kilómetro de ancho y destrozó un café. Mató a dos mujeres y a un hombre le arrancó la pierna derecha de cuajo. Ni siquiera sonaron las sirenas.

Entonces empezaron las restricciones. El pan empezó a escasear y se prohibieron las barras, sólo se vendían hogazas y cruasanes. Algunos días las carnicerías no abrían. Otros eran las confiterías las que permanecían cerradas. Pero a nosotros lo que nos mataba eran los martes, jueves y sábados, cuando no se servía alcohol y era imposible tomar un trago aunque estuvieras dispuesto a pagar por él todos los francos del mundo.

Pero ni siquiera aquello nos detuvo. Comprábamos garrafón y lo llevábamos encima como si fuéramos a una merienda campestre. Aquéllos fueron tiempos brumosos en más de un sentido, transcurrieron despacio y los dormimos de principio a fin.

En primavera, con las lluvias, llegó también la guerra.

3

Llegó a París una mañana radiante de mayo. El aire era cálido, el Sena empezaba a apestar con el creciente calor y los árboles de los bulevares estaban más verdes. Las palomas trastabillaban en el suelo adoquinado.

Yo ya estaba con Chip en el Coup dándole a la ginebra, los dos callados. Nos pesaban los ojos por las sirenas de la mañana y las explosiones de munición trazadora en el cielo del amanecer. Se me ocurrió que tal vez la buena vida tocaba a su fin, que aquellos años de ser un músico, de trasnochar, de mujeres, de grandes amistades y, por supuesto, de música, como no, se habían terminado. Quizá el destino me estaba diciendo: «A otra cosa, mariposa».

Durante todo el invierno, Chip y el Niño habían estado volviendo de trabajar en el disco muy entrada la noche y con los hombros hundidos. Pero habían pasado semanas desde que Louis se fuera de gira por el sur del país y, por lo que yo sabía, el disco estaba sin terminar. También sabía que no era depresión lo que tenían, sino una forma especial de cansancio, el agotamiento que produce trabajar en algo en lo que crees, pero cuyo final no está a la vista.

A aquella hora el café Coup estaba lleno. De repente alguien encendió la radio y el aparato empezó a hacer tanto ruido que varias mujeres se taparon los oídos. Con los cigarrillos encendidos, parecía que tenían la cabeza en llamas. Lo que decían por la radio era todo en francés, así que no entendimos una sola palabra. Pero por las caras crispadas y los gruñidos de sorpresa seguidos de un silencio solemne supimos que algo muy malo estaba a punto de pasar.

—¿Tú qué dices? —le pregunté a Chip.

Éste se encogió de hombros.

—*La guerre, la guerre* —musitó.

Pero el hombre que teníamos al lado me cogió del brazo y nos hizo una señal para que nos calláramos. La radio seguía retransmitiendo. Entonces fue como si de repente todo el mundo se despertara de un sueño, y la gente empezó a circular y a hablar entre dientes. Una mujer que estaba en el rincón se levantó de la mesa y se puso a gritar incoherencias. Los que estaban en la puerta empezaron a empujar en un intento por oír mejor. Aquello parecía una muchedumbre esperando a que pasara un desfile por la calle, presa de un miedo y una excitación desproporcionados.

En medio de la agitación, alguien rompió una botella. Luego otra. La gente nos empujaba, zarandeaba nuestra mesa.

Chip sonrió cansado y levantó su copa de ginebra.

—Por el fin del mundo, tío.

Bebimos.

Empezaba la ofensiva occidental. Los boches cruzaron sin titubear Bélgica, Holanda,

Luxemburgo. Las líneas de demarcación cambiaban cada hora. El día siguiente a lo del Coup, Lilah nos informó de que los británicos no tenían gobierno, y que un individuo llamado Churchill estaba ahora al mando. Entonces, los franchutes enviaron a sus ejércitos al norte y los rosbif abrieron un frente contra los boches. Después, éstos empezaron a enviar paracaidistas detrás de nuestras líneas. Dios. Cada noche saltaban las sirenas antiaéreas y los reflectores rasgaban la oscuridad. Y cada noche bajábamos al sótano para esperar apoyados en las paredes, cansados y muertos de frío.

Unos pocos días más tarde supimos que los boches habían bombardeado Rotterdam y quemado a veinticinco mil civiles en las calles. Al oír la noticia París entera se volvió loca, las caras de todos pálidas como muertos. Todo ocurría a la velocidad del rayo, un sobresalto detrás de otro. Un día Holanda cayó. Oímos los bombardeos de fondo durante la retransmisión del corresponsal de la RAF desde Flandes. Al día siguiente supimos que los rosbif estaban bombardeando el Ruhr.

Un día después de aquello oímos que los ejércitos franceses se batían en retirada, huyendo de Bélgica, y que los boches estaban entrando en Bruselas. A la noche siguiente cayeron bombas británicas sobre Hamburgo. El Reeperbahn había quedado hecho papilla. Pensé en Ernst. Después intenté no pensar en él. El noveno ejército francés entero fue capturado en Le Cateau y cayó Amberes. Y luego, de golpe y porrazo, los boches navegaban por el canal de la Mancha, remojando sus buques en agua salada mientras que miles de rosbif se retiraban por mar de Dunkerque lo más deprisa que podían.

Entonces empezó nuestra guerra.

Un martes por la mañana Delilah entró en el apartamento como una exhalación y cogió a Hiero por la muñeca. Después se dirigió hacia los ventanales, apartó las cortinas de un tirón y paseó la mirada por la habitación como si buscara algo.

—¿Qué te pasa ahora, niña? —dijo Chip, irritado, mientras levantaba la cabeza del sofá donde había estado durmiendo.

Yo me di la vuelta y me tapé la cara con la almohada. Dios, qué sol hacía.

—Están buscando a todos los alemanes de la ciudad —dijo Delilah. Soltó las cortinas y una fría oscuridad nos envolvió—. ¿Quién sabe que Hiero vive aquí?

—Pregúntale a Sid —dijo Chip, bostezando.

Hice un mohín desde el suelo.

—Nadie, sólo los de la banda.

—La Mosca lo sabe —dijo Chip frotándose la mandíbula—, pero no dirá nada.

Delilah se quedó pensando. El Niño seguía callado.

—¿Y qué hay del resto del edificio? —pregunté yo—. ¿No se van a acordar de él? Ha estado bajando al sótano todas las noches que ha habido sirenas.

Delilah frunció el ceño.

—Pensarán que es senegalés —dijo después de un momento—. Les voy a decir que es senegalés.

Noté un ligero temblor bajo la piel, muy leve, como si me hubiera bebido de un trago un vaso de garrafón. Y es que era la primera vez en semanas que Delilah se dirigía a mí. Y cuando te muerde un dolor, te clava los dientes hasta los huesos.

—¿Qué hacen con ellos? —preguntó Chip.

—¿Con quiénes?

—Con los boches. ¿Los arrestan? ¿Los deportan? ¿Qué hacen?

Delilah negó con la cabeza.

—No lo sé. Pero tienen que presentarse en el estadio de Mountrouge.

Hiero estiró sus piernas desgarradas y cruzó los brazos encima del pecho, pensativo. Desde la ventana, Lilah se volvió y le miró.

—Querrán hacer una fiesta —dijo Chip con esa voz cansada que tenía aquellos días. Algo le había ocurrido esas últimas semanas. Todo ese fuego, esa vitalidad, las palabras aceradas y la mordacidad habían desaparecido. Se sentó entre las mantas, desnudo de cintura para arriba y enseñando la espalda cubierta de vello ondulada y musculosa.

Delilah se volvió hacia él, sus ojos verdes estaban llenos de preocupación.

—¿Habéis visto esto? —Levantó una esquina de la cortina y el polvo se esparció como polen en el aire. Señaló la ventana y vimos una veta de humo negro que subía desde el Quai d'Orsay. Arriba, el cielo era de color gris plomo, una sombra que iban tiñendo lentamente flecos de hollín negros como el alquitrán. Casi podías oler el tufo a quemado.

—Están quemando documentos —dijo—. Los alemanes han cruzado el Mosa y vienen hacia aquí.

Pasados unos segundos, Chip preguntó:

—¿Quieres decir en este momento?

—En este momento, en tres semanas, en tres meses. —Se encogió de hombros—. Media ciudad está histérica y la otra media supongo que todavía no se ha enterado. París va a ser zona de guerra. Dicen que va a haber batallas en las calles.

—Esto va a ser una escabechina.

Delilah no dijo nada.

—Vienen los boches —le dije a Hiero.

Éste se limitó a asentir, sombrío y a pellizcarse sus largos dedos.

—Menuda suerte, el viejo Louis —dijo Chip con amargura—. Ya me gustaría a mí estar ahora haciendo turismo por el sur. —Cogió las mantas y se las enrolló alrededor de la cintura. Después se puso en pie y fue hasta la ventana.

Delilah se sentó al lado del Niño con cara de preocupación.

—Tenemos que conseguir visados y salir de Francia —dijo.

—¿Y qué pasa con Louis? —Chip se volvió desde la ventana—. ¿Vas a dejarlo tirado en el sur?

—Louis no es quien me preocupa.

Negué con la cabeza.

—No hay manera, niña. Todo el mundo quiere un visado y aquí el Niño es un boche. —Miré a Hiero—. Dice Lilah que va a conseguirnos visados. Para marcharnos.

Hiero miró a Delilah y después a mí.

—Es imposible —musitó—, yo no voy a poder salir. Soy el enemigo, Sid. ¿Es que no se da cuenta?

Me encogí de hombros.

—No me hace caso —dije.

—Entonces, ¿vienen de verdad, los botas? —preguntó el Niño.

Asentí.

—¿Y Louis sigue en Burdeos?

Asentí de nuevo.

—Supongo. Y supongo que ya no va a volver.

Hiero hizo un gesto de enfado y puso cara de total desilusión.

—Así que adiós al disco —dijo con voz neutral—. Adiós por las buenas. Como si tal cosa.

Sentí una satisfacción perversa al verlo tan decepcionado, pero me obligué a suprimirla.

Delilah se acariciaba la nuca, nerviosa.

—Necesitamos llegar a Lisboa. Desde allí podemos coger un barco.

—No vas a poder llevarte al Niño a Nueva York —dije—. ¿Me estás oyendo, Lilah? Es imposible.

—Sin papeles desde luego. Necesitará algo para poder salir.

Chip bufó.

—¿Y de dónde vas a sacar esos papeles mágicos?

Lilah le miró irritada y una arruga finísima se le dibujó entre los ojos.

—Conozco gente. A gente que conoce a gente.

—No, si ahora va a resultar que conoces a todo el mundo —dijo Chip—. Total, para eso podemos poner un anuncio en el periódico.

—Nos va a salir caro —dije.

—¿El qué? ¿El anuncio?

Le miré como diciendo: no eres más tonto porque no te entrenas, pero Chip se limitó a mover la cabeza. Delilah parecía agotada, como si no conociera el significado del verbo descansar. Verla así me entristeció.

Y entonces puso en marcha su plan.

Decidió que el Niño estaría más seguro con nosotros en Estados Unidos y desde luego yo no iba a llevarle la contraria. Europa entera estaba en llamas. Pero lo

primero de todo era conseguirle un pasaporte aceptable a Hiero. Después necesitaríamos visados para poder salir todos de Francia y llegar a Portugal pasando por España. Todos los días zarpaban barcos de Lisboa rumbo a Nueva York, nos dijo, y teníamos que conseguir subirnó a uno.

Algunos días más tarde concertó una reunión con un tipo de la resistencia. Salimos a las calles de verano dejando atrás a gente sentada en las terrazas sorbiendo sus vasos de agua mineral y charlando como si no ocurriera nada, como si la guerra no fuera más que un espejismo lejano. Me fijé en Lilah. Tenía los ojos hundidos como dos cuencas negras y movía sus delgados brazos atrás y adelante con cada rápido paso que daba. Me conmovía.

Al notar que la observaba, volvió sus ojos tristes hacia mí. Yo miré para otro lado y me concentré en la arquitectura, en los edificios impassibles y recargados.

—Por aquí no faltan sitios donde esconder armas —dije—, si la cosa se pone fea. Rio, pero sonaba enfadada.

—Están masacrando al ejército francés, Sid. ¿Qué crees que van a hacer con la población civil?

Me sonrojé un poco. Aquella mujer era una maestra en el arte de hacerle sentirse a uno un completo imbécil.

—¿Estás segura de que no prefieres que te acompañe Chip? —pregunté.

—Chip no es que pase desapercibido, que digamos.

Me sonrojé un poco más.

Me condujo a la otra orilla del Sena, hasta un cine grande donde ponían *Pigmalión* en sesión matinal. La gente entraba muy despacio, como si no le ilusionara demasiado ver aquella película pero no tuviera otra cosa que hacer. Me protegí los ojos del sol con una mano y mientras compraba las entradas en la taquilla ya notaba el sudor bajándome por la espalda. Entramos.

El cine estaba abarrotado y olía a humo de cigarrillo y a almendras tostadas. Me preocupaba que no encontráramos tres sitios contiguos, pero Delilah echó a andar decidida por el pasillo y se deslizó en una butaca con tapicería de terciopelo. Me ignoró mientras yo me sentaba y apoyó su echarpe y su bolso en el asiento vacío junto al suyo. Del bolso asomaba claramente el sobre marrón con nuestros pasaportes y el dinero.

—¿Está ya aquí tu contacto? —le susurré nervioso. Miré hacia atrás a las caras, a aquellos hombres con semblante cansado. Empezaban a apagarse las luces.

—Por Dios, Sid. ¿Quieres darte la vuelta?

Entonces empezó el noticiero y una luz azul afilada traspasó el humo de los cigarrillos. Y de pronto el cine se llenó de silbidos, gritos y abucheos. Eran imágenes de la infantería franchute agazapada en las trincheras, los soldados avanzando agachados con fusiles al hombro. No entendí nada de lo que decía el narrador, pero las imágenes hablaban por sí solas. Los soldados boches se rendían con las manos en alto. Aviones de combate británicos despegaban a gran velocidad hacia un cielo

hostilmente deshabitado. Imágenes de boches huyendo del campo de batalla, escapando de edificios y graneros. Había planos del rey Leopoldo con cara de malas pulgas y de Petain con cara de seguir en sus trece.

—¿Qué dicen? —cuchicheé.

Lilah hizo una mueca de asco.

—Estamos resistiendo a los alemanes en Bélgica. Estamos avanzando.

—Avanzando hacia París, a lo mejor —dije con amargura.

—Calla.

Pero al mirar el bolso di un respingo.

—¡Dios! —Señalé el asiento contiguo—. Ha desaparecido, Lilah. El sobre no está, niña.

Me di la vuelta y miré la sala llena de humo. Lilah me obligó a sentarme bien y me miró furiosa.

—Haz el favor de mirar la pantalla, Sid, por Dios.

Estaba nervioso y no hacía más que mover la rodilla. Me sequé el sudor de las manos en los pantalones.

—Entonces, ¿ya está? ¿Ahora sólo tenemos que esperar?

Apenas me escuchaba.

—Muy bien. Nos largamos, entonces.

Pero me agarró del brazo y me obligó a permanecer sentado. Sus muñecas me parecieron muy delgadas, como si no hubiera estado comiendo lo suficiente. Y seguía teniendo ese aroma a agua limpia.

—La pantalla, Sid —susurró de nuevo—. Hemos venido a ver una película, ¿te acuerdas? Así que disfruta.

Pigmalión, nada menos. Menuda estupidez de película.

Así que nos pusimos a esperar. Pasaron los días. Todos estábamos nerviosos y todos lo negábamos.

Entonces, de un día para otro, el Niño dejó de comer. Ya estaba delgado por la dieta a base de agua, garrafón, ginebra y almendras tostadas de los puestos callejeros, pero ahora parecía que nada le alimentaba. Ni la mejor cocina del mundo podía ayudarle, todo lo que comía le sentaba mal. Era como si la furia que recorría las calles de París y el miedo que iba creciendo poco a poco se le hubieran indigestado.

Claro que era difícil encontrar nada. La mantequilla, el pan, los huevos, todo escaseaba. En el apartamento nos quedamos sin café y nos acostumbramos a beber un repugnante zumo de achicoria hervida que traía Lilah, endulzado con sacarina. Pero el Niño se negaba a comer lo poco que conseguíamos rascar. Estaba cada vez más flaco, los pantalones se le caían incluso con el cinturón abrochado en el último agujero y llevaba las camisas sin remeter colgándole de los hombros huesudos. Al verle la garganta bailando dentro del cuello pensé: «Niño, estás más flaco que la

cuerda de un violín». Parecía un animal acorralado.

Y una mañana se vino abajo. Ni siquiera tenía fuerzas para levantarse. Algo oscuro parecía estar creciendo dentro de él y todos nos asustamos.

Encontré a Delilah en su habitación, muy seria, con el rostro arrugado por la preocupación. Yo sabía lo que la tenía así.

—No come —dije—, lo único que le pasa es que está débil.

—Es lo mismo que le pasó a Louis —dijo.

Fruncí el ceño.

—De eso nada.

Estaba sentada ante el tocador mirándose en el espejo pero sin verse en realidad.

—Louis también dejó de comer.

—Comía *matzá*.

Su sonrisa tenía algo de triste.

—Sí, es verdad.

—¿Crees que lo que tiene se lo ha pegado Louis?

Se encogió de hombros, desconsolada.

—No lo sé, pero Louis se curó. Así que si Hiero tiene lo mismo, estará bien.

Pero se la notaba muy nerviosa. Me quedé allí junto al tocador estudiando su reflejo mientras se quitaba el turbante. El silencio era tan delicado, tan íntimo que contuve la respiración. Tenía el cuero cabelludo terso y pálido, casi azul. Se pasó una mano por él, distraída mientras sus ojos viajaban hasta la ventana, donde las cortinas oscuras estaban descorridas y atadas. Fui hasta ella y le toqué un hombro con una mano encallecida, notando sus delgados huesos de pajarillo.

—Esto es grave, Sid —dijo con voz queda—. Tenemos que sacarlo de aquí.

Después bajó la mano y, uno a uno, fue separando mis dedos de su piel.

—No hagas eso, Sid —dijo—. Eso se acabó. Se ha terminado.

Me puse colorado.

—No estaba... a ver Lilah, no quería... —Pero me callé, sintiéndome un estúpido. Porque no era verdad, en el fondo una parte de mí se había hecho ilusiones. Y es que algo como lo que habíamos tenido nosotros no se termina así como así.

Pero al verla entonces, sin asomo de enfado, tan sólo triste, muy triste, supe que lo que había habido entre nosotros no era ya más que polvo y cenizas.

Sin embargo, algo se suavizó entre nosotros después de aquello, recuperamos una suerte de ternura. A todos nos aterraba no conseguir los visados y vivir apiñados en un pequeño apartamento no ayudaba demasiado. Estábamos cada vez más crispados, flacos, lánguidos.

Y entonces por fin llegaron noticias de Armstrong. No habíamos sabido nada de él en semanas y yo estaba seguro de que Lilah estaba preocupada, aunque se cuidaba mucho de demostrarlo. Pero cada mañana repasaba los periódicos con aparente

tranquilidad, unos periódicos que en realidad eran una sola página impresa por las dos caras y llena de párrafos en blanco resultado de la censura. Los boches aún no habían llegado, pero la guerra sí.

Aquel día llegó una carta por correo. Por su aspecto, había tardado bastante en alcanzar su destino. Parecía ser que Armstrong había decidido zarpar de Burdeos el 4 de junio. Rumbo a Estados Unidos con el resto de los músicos de su banda. Escribía para urgir a Lilah a que se reuniera con él para viajar juntos y a todos los demás a que saliéramos enseguida del país. Nos decía que no nos preocupáramos por los muebles, el muy hijo de su madre. Lilah leyó la carta con expresión tensa y mirada sombría.

—Y nosotros preocupados por él —dijo Chip con el ceño fruncido. Escupió en el suelo y se levantó de la mesa.

Pero Hiero estaba como si le hubieran despertado de un sueño placentero y se encontrara en una habitación fría. Encogió un hombro, volvió la cara y cerró los ojos.

Así que adiós al disco. Al final todo había quedado en nada. Pensé que me sentiría contento, aliviado al menos; pero las cosas no son nunca como uno espera. Me daba pena el Niño.

Nos sentíamos abandonados. Y la guerra se estaba poniendo cada vez más fea. Cada día veíamos pasar refugiados por los bulevares del sur de la ciudad tirando de carretas, carretillas e incluso cochecitos de bebé llenos de maletas. Familias holandesas y belgas, empujando bicicletas, todos exhaustos, arrastrando los pies como si no les quedaran ya fuerzas. Vi a una mujer con un vestido de fiesta negro y botas hecha un ovillo en un bordillo de los Champs-Élysées que ni levantaba la cara cuando los taxistas le pitaban. Nadie se molestó en mirarla siquiera.

Los autobuses de la ciudad desaparecieron de un día para otro. No se hablaba más que de los paracaidistas, de los espías alemanes, de la quinta columna. Entonces, la fachada de Notre Dame se llenó de sacos de arena, aunque los puestos de libros del muelle seguían abiertos. Vimos camiones de basura con ametralladoras aparcados en plazas, andamios de hierro sosteniendo bloques de cemento a lo largo de los Champs-Élysées y en la place de la Concorde. Un día, la Mosca desmontó el teléfono de la pared de su local con un gesto de resignación. A partir de entonces quedaban prohibidas en París las llamadas desde teléfonos públicos.

Y mientras tanto nosotros seguíamos esperando noticias.

Entonces, una mañana en que el sol lucía a raudales, Delilah entró en el apartamento descalza y jadeando, con las sandalias de tacón en la mano.

Me apresuré a ponerme en pie.

—Han llegado —dijo con ímpetu—. Han llegado nuestros visados.

El tiempo no es algo constante. Su velocidad depende por completo de la velocidad a la que uno se mueva. Es algo variable, lo digo en serio. Y en aquellos días se movía a una velocidad de vértigo.

Esa misma tarde Delilah me llevó a las Tullerías, ese gigantesco parque público bañado en la luz dulce y coralina de junio. Podía haber sido verano, cualquier tarde de verano; las abejas libaban ebrias de flor en flor y los árboles rebosaban de verde. Delilah caminaba a buen paso con los hombros relajados y su cara tenía de nuevo ese aspecto terso y libre de preocupaciones que yo recordaba. Llevaba un delgado vestido de algodón que aleteaba como una bandera en el viento. Pensé: «Si éste es el último día de mi vida, bienvenido sea».

La hierba de las Tullerías estaba irregular, como si no la hubieran segado en semanas. Un agente de policía se paseaba con un rifle colgado del hombro y el casco en la mano, sujetándolo sin ganas. Y de repente me di cuenta de que algo faltaba.

—¿Dónde están los niños? —pregunté—. No hay niños por ninguna parte.

Delilah se encogió de hombros.

—¿Es que no lees los periódicos? Los han evacuado al campo. Hace ya semanas.

Todo parecía irreal, vi un tipo leyendo un periódico de una sola hoja cerca de un quiosco de helados y le miré con desconfianza. Tenía unas manos enormes y anchas, enrojecidas y despellejadas, como si llevara toda su vida trabajando en una fábrica de jabón o algo así. Incluso desde donde estaba podía ver que cojeaba.

—La persona con la que te tienes que encontrar, ¿cómo es? —le pregunté a Lillah. Ésta no contestó. Después se giró y emitió un suave gruñido.

—Ahí está Simone. —Hizo un gesto en dirección a uno de los bancos del camino—. ¿Conoces a Simone?

—Ahora no tenemos tiempo para eso, niña. ¿Qué te pasa?

Simone era una mujer diminuta con gafas, vestida de *tweed* y un pelo de tazón que le llegaba justo a la altura de las mejillas, como si se lo hubiera cortado ella misma. Tenía pinta de maestra de escuela, la verdad. Estaba sentada con cara de pocos amigos en un banco arañado, viendo cómo nos acercábamos sin dirigirnos ni una triste sonrisa. En una mano tenía una revista enrollada y con la otra sacaba alpiste de una bolsa marrón y lo echaba a las palomas que había en el césped.

—Parece un encanto —dije—. Una auténtica corista. ¿De qué la conoces?

Las palomas zurearon y salieron volando al acercarnos, pero después volvieron a posarse a nuestro alrededor. Delilah se sentó justo al lado de la mujer mientras le decía algo en franchute.

—Habla en inglés —dijo la maestra de escuela. Menuda voz bonita tenía.

—Perdona —Lillah se puso colorada—, no me he dado cuenta.

La maestra se encogió de hombros.

—Viajaréis con pasaporte americano, pero asegúrate de guardar muy bien el canadiense. En estas situaciones siempre es mejor ser de un país neutral.

La miré perplejo. De repente estaba muy nervioso.

—¿Tú eres Sidney Griffiths? —preguntó la maestra.

—Desde luego Chip Jones no soy.

No le hizo gracia. Los cristales de sus gafas eran como culos de botella y no

parecía enfocar bien, cada ojo miraba a uno de los lados de mi cabeza. Aparté la mirada. Le dio la revista enrollada a Delilah. Era un número atrasado de *Life*.

—Comprobados todos con cuidado. Mi gente es buena, pero a veces hay errores. Y no os olvidéis de llevar también las partidas de nacimiento.

Las palomas habían invadido la hierba alta, picoteando como locas.

Delilah abrió la revista por la página que llevaba una señal y allí estaban nuestros papeles. Los miró como si no diera crédito. Despacio y con manos trémulas empezó a pasarlos. «Delilah Natasha Fummerton Brown. Charles Chippewah Jones. Sidney Roscoe Griffiths». Todos mecanografiados y repasados en la tinta roja de los documentos oficiales. Cada pasaporte iba unido a un fajo de papeles.

—Dios —murmuró Delilah—. Dios santo.

—Falk no está —dijo la maestra con voz neutra.

La miré de reojo. Se oían voces por el camino y pasaron dos mujeres en bicicleta que ni siquiera repararon en nosotros.

—¿Dónde están los papeles de Hiero? —pregunté.

La maestra suspiró y torció las comisuras de los labios.

—Lo suyo es un poco más complicado, me temo.

—¿Cómo de complicado?

Alargó la manó, cerró la revista y volvió a enrollarla antes de devolvérsela a Delilah.

—Guardad esto muy bien —dijo—. Complicado. Va a tardar un poquito. Además de visados, necesita un documento de identidad. Y los pasaportes son más difíciles de conseguir. Pero hemos estado trabajando en ello y lo vamos a conseguir.

—Tenéis que conseguirlo —le dije—. Como sea.

—Lo haremos. —Clavó en mí esos ojos desenfocados e inquietantes y yo no supe muy bien dónde mirar—. Que se quede en algún lugar seguro hasta que os demos sus papeles. Estáis nerviosos. No lo estéis, os encontraremos.

—Supongo que tendremos que confiar en vosotros una temporadita más —dije notando cierto resentimiento en mi interior.

—Pues sí.

—Y claro que confiamos —se apresuró a decir Delilah—. De verdad, Simone, lo que pasa es que estamos nerviosos.

—Esperad cinco minutos después de que me haya marchado y salid por la entrada del este. —Y sin decir una palabra más, la maestra de escuela se levantó, alisó su falda de lana y volvió su mirada miope hacia el sol—. Buenos días —dijo en tono despreocupado y, sin mirarnos, se alejó.

Delilah se inclinó hacia mí y me dio un apretón en el hombro.

—Esto es sólo el principio —dijo—. Lo vamos a conseguir.

Pero una atmósfera extraña parecía cernirse sobre el parque. De tristeza, quizá. Miré los cabellos iluminados por el sol de las muchachas que paseaban vestidas de verano en el calor de la tarde. Más allá, en las mesas de hierro forjado de una terraza,

varios tipos mayores reían en mangas de camisa, endomingados. Todo parecía discurrir con lentitud en aquella hora triste y lánguida, la amargura se proyectaba sobre mí como la sombra de días sólo olvidados a medias. Todo iba a salir mal, lo sabía.

Cuando llegamos a nuestra calle encontramos a Chip plantado en medio de la acera, apoyado en el quicio de un portal, como si necesitara un poco de aire fresco.

—¿Qué haces, tío? —le llamé.

Después de enderezarse, se sacudió el polvo de los pantalones y vino hacia nosotros.

—¿Qué? ¿Ha habido suerte? ¿Los habéis conseguido?

Me di una palmada en el bolsillo de la chaqueta.

—A pedir de boca, tío, ha salido todo.

—Mira qué bien.

—Pero falta lo de Hiero —dijo Delilah con voz suave. Levantó la vista hacia las ventanas y la seguí con la mirada. El Niño estaba de pie detrás del cristal de la esquina, una silueta oscura con los ojos fijos en nosotros. Tuve un pequeño escalofrío. No me había dado cuenta de que nos observaba.

—¿Qué hace allí arriba? —preguntó Delilah.

—Han robado el Horch de Ernst —dijo Chip.

No me lo podía creer. Me volví y miré calle arriba.

—Pero si es imposible encontrar gasolina. ¿Qué van a hacer? ¿Empujarlo hasta Burdeos?

Delilah movió la cabeza, preocupada.

—Tenemos que salir de aquí, lo digo en serio. En una semana París va a ser un erial.

—Eso díselo al Niño —dijo Chip—. Si seguimos aquí, es por él.

—No es culpa suya.

—No. Pero sí.

Delilah le miró irritada, cruzó la calle y entró en el portal. Levanté la mirada hacia el apartamento pero el Niño ya no estaba. Con una mano sobre los ojos a modo de visera, inspeccioné el resto de la calle. No se veía ningún coche, ni uno, y los edificios tenían un aspecto amenazador, solitario, inquietante.

—¿No tienes la sensación de que todo el mundo sabe algo que nosotros no sabemos? —dije.

—Supongo —contestó Chip con indiferencia.

Veíamos humo salir de la ciudad y soplar en dirección sur.

—Alguien está quemando algo —musitó Chip.

A la mañana siguiente, Chip se empeñó en denunciar el robo del coche del Ernst y no hubo forma humana de disuadirlo. Pero en cuanto pusimos un pie en las oficinas del

Gobierno, supimos que algo iba mal. Nuestras pisadas resonaban en el suelo de mármol pulido, los pasillos estaban en silencio y una lámpara de araña centelleaba siniestra sobre la mesa de caoba de la recepción. Dejamos atrás los grandes ascensores y subimos despacio por la escalera hasta el tercer piso. Había pilas de papeles en los pasillos, armarios archivadores abiertos en los despachos. Y ni un solo funcionario a la vista.

—¿Hola? —dije en voz alta.

—Por Dios santo, tío —dijo Chip—. Aquí pasa algo.

—Querrás decir que ha pasado algo, más bien. —Tragué saliva. Caminamos por los pasillos lúgubres echando un vistazo dentro de los despachos, que parecían saqueados, puestos patas arriba y abandonados. Al fin encontramos un funcionario en una pequeña sala de reuniones casi a la salida, de pie frente a un escritorio desordenado. En la mano sostenía una hoja de papel con la delicadeza de quien manipula la seda. Chip se quedó en el umbral de la puerta y tocó dos veces.

—Queríamos denunciar el robo de un coche —dijo.

El tipo se limitó a fruncir el ceño y a apuntar con el lápiz a un reloj que había en la pared del fondo.

—Mi jornada no empieza hasta dentro de diez minutos. Esperen ahí —dijo señalando una hilera de sillas.

—La hostia —dijo Chip—. El mundo se desmorona y a este tío sólo le preocupa su horario laboral.

Entonces el funcionario levantó la mirada y estudió a Chip con expresión pensativa.

—Ustedes son americanos, ¿no? ¿Por qué no nos manda aviones su país?

Sacudí la cabeza. Todo se había ido a tomar por saco y a aquel tipo no se le ocurría otra cosa que meterse con los americanos. Saqué a Chip de allí tirándole de la manga de la camisa.

Cuando volvimos al apartamento, estaba vacío. Fui por las habitaciones llamando al Niño a gritos, pero no obtuve respuesta y en cambio encontré una nota de Delilah en el aparador junto al sobre donde estaban nuestros papeles: «Llegan los alemanes. El Gobierno dejó París anoche. Nos vamos a la estación de Austerlitz a sacar billetes de tren. Os esperamos allí, no tardéis».

—Se ha llevado su visado —dije.

—Pero ha dejado los nuestros. ¿No lo pillas?

—¿El qué?

Chip me miró como si yo fuera el tío más estúpido del mundo.

—¿Cómo que el qué? Pues que quiere que nos larguemos. Tanto si la encontramos como si no.

—Pero el Niño no tiene visado.

—Ya lo sé —dijo Chip, hosco.

Se oía ruido de voces a manzanas de distancia, pero ni siquiera eso nos preparó para lo que nos encontramos al llegar a la estación de Austerlitz. El caos era increíble. Hordas de gente aterrorizada abriéndose paso a empujones, pisándose unos a otros y arrastrando baúles, maletas y cajas mientras algunas mujeres se desmayaban y los niños lloraban. Una inmensa marea humana trataba de avanzar hacia las afiladas verjas de hierro de la estación. El hedor que despedía la muchedumbre era insoportable. Y luego estaba el ruido, los gritos, gemidos, lamentos, los agudos chillidos de niños asfixiados en aquel calor sofocante. Cuando levanté la mirada vi las nubes cruzar el cielo y parecían estelas de humo amarillento, como si el aire también estuviera envenenado. Una luz icterica lo coloreaba todo. Me dieron arcadas.

—Joder —dije.

Chip me dio un puñetazo de ánimo.

—¿Qué te pasa, tío? ¿Nunca has ido a un partido de los Orioles? Es sólo mucha gente junta.

—Gente que muerde. Aquí no vamos a encontrar a Delilah en la vida.

—La gente siempre se las arregla para encontrarse. Ya verás, tú no te separes de mí.

Y se unió a la masa. Nos zarandearon y empujaron hasta separarnos, pero Chip me agarró de la pechera de la camisa, abriéndome todos los botones al tirar de mí. El calor nos envolvía como una ola de aire viciado e inspiré profundamente intentando inhalar cualquier brizna de oxígeno que hubiera en aquel vapor irrespirable. Tenía las sienes empapadas en sudor. Chip me obligó a avanzar tirando de mí.

De repente, un hombre se puso a gritarme al oído.

—¡De Senegal! ¡De Senegal! —chillaba. Cogió a Chip de la nuca y le gritó algo en franchute. Chip casi le desenchaja el brazo, después le dio un puñetazo en los riñones y el hombre se dobló de dolor.

—No me toques, hijo de puta —gritó Chip en inglés—. No me toques.

La riada de gente nos engulló de nuevo y nos empujó hasta alejarnos de él. En la parte delantera de la camisa de Chip, por donde el tipo le había agarrado, había sangre.

—¿Estás bien? —le grité.

—¿Qué?

—Que si estás bien.

Se limitó a encogerse de hombros como si no me hubiera escuchado y siguió avanzando.

No había ni rastro de Delilah o de Hiero. Nada. Eran miles las personas que había allí y ni siquiera estábamos cerca de las puertas de hierro. Nos detuvimos, incapaces de seguir empujando y nos quedamos allí en ese calor insoportable, con el cuello y los brazos empapados en sudor y sin mirarnos. Los ojos me escocían y al pestañear noté una mano en el hombro que me hizo volverme.

No sé, quizá tenía la esperanza de que fuera Delilah. Pero era una mujer joven

que sostenía a un niño con los brazos en alto. Me gritó algo en franchute.

—¡Inglés! —le grité—. ¿Habla inglés?

—*Le bébé* —dijo—. *Passez-luis aux portes.*

—¿Qué?

Un hombre alto con camisa azul nos miraba. Gritó en francés.

—*Le bébé* —repitió la mujer—. *Ils les laissent passer à la salle d'attente. C'est trop dangereux pour eux ici* —y, sin esperar a ver si la había entendido, me dejó aquella cosa suave y húmeda en los brazos e hizo una señal por encima de mi cabeza al hombre que tenía yo delante. El bebé empezó a llorar. Lo pasé.

—Dios —dijo Chip—. Así no vamos a ninguna parte.

Empezó a tirar de nuevo de mí a través del gentío, entre espaldas sudorosas. Entonces pisé algo blando y cuando miré al suelo se me encogió el estómago al ver a una mujer allí tirada tratando de protegerse la cara con las manos cubiertas de barro. Antes de que pudiera agacharme a ayudarla, otro tipo la levantó y la empujó hacia delante. Un mar de rostros jadeantes, mujeres envueltas en chales y aferradas a hatillos de ropa con manos descarnadas, hombres con maletas contra el pecho. El calor era intenso y húmedo y a cada paso que daba me venía un nuevo olor como una fuerte corriente. Tufo a cebollas, a berenjena cocida, a algo más añejo y acre que las pieles curtidas. Y, flotando sobre todo ello, un hedor rancio a meados.

Por fin logramos salir del tumulto. Después de liberarme de Chip me apoyé en una entrada y empecé a vomitar. Era algo asqueroso, todo aquel miedo.

—Venga, tío —dijo Chip, sin resuello—. Tenemos que encontrar otra manera de salir. Cuando lleguen los boches aquí no va a quedar nada.

Una vez salimos de la estación, el silencio resultaba casi abrumador. En las calles no había un alma. Echamos a andar hacia el boulevard Saint-Michel, donde se habían congregado todos los refugiados del norte en los últimos días. Sabíamos que así saldríamos de la ciudad por el sur. Antes de ver la multitud, la oímos. El inmenso estruendo de miles de parisienses dirigiéndose hacia el sur en una muchedumbre compacta como un río, arrastrando cajas, carretillas, bicicletas cargadas de maletas hasta arriba. Los coches, que obstruían el paso con su lentitud, llevaban colchones sujetos en el techo como si planearan protegerse así de los bombardeos de los stukas.

Ya no se oía fuego de cañones, sólo ruido de gente que salía en masa por las puertas de la ciudad, esquivando automóviles que se habían quedado sin gasolina y camiones con los neumáticos pinchados. El aire olía a caucho quemado. Los coches tenían las puertas abiertas y los asientos traseros llenos hasta arriba de relojes de pared rotos, cucharas soperas, latas de arenques en salazón. Había un carretón volcado con el chasis roto y un caballo muerto que empezaba a apestar por el calor. En la cara de la gente se leía un terror mudo, una obstinada y feroz desesperación mientras avanzaba.

Chip y yo nos unimos a la marea de gente. No llevábamos nada encima, ni comida ni agua y me di cuenta de que aquello era una estupidez. La cabeza me

estallaba. La cara de Chip era una tensa mueca y a mí empezaba a invadirme una inmensa sensación de impotencia. Una mujer mayor pasó a nuestro lado empujando a su marido lisiado en una carreta. Miré hacia otra parte.

Entonces, Chip me cogió por la manga y me hizo un gesto para que mirara a la acera contraria del bulevar. Un hombre mayor que pasaba a nuestro lado me clavó la carretilla en un muslo y siguió adelante.

—¿Es ése el Niño? —gritó Chip.

—¿Dónde?

—Ahí. Debajo del árbol. En la hierba, ahí.

Miré y volví a mirar.

—No —grité—. No es él. Vamos.

Pero Chip empezó a abrirse paso a empujones.

—¡Chip! —le llamé—. ¡Chip, coño!

No se detuvo.

Le seguí, jurando en arameo.

Pero resultó que sí era el Niño. Sentado con la cabeza entre las rodillas y las manos entrelazadas delante de él. A su lado estaba Delilah, agachada y de espaldas a la multitud. Las ropas del Niño le colgaban del cuerpo como si acabara de robarlas de un tendedero y allí sentado, en un charco de tela, parecía consumido. Bajo el mismo árbol había más gente sentada, familias, hombres solos. La luz amarilla iluminaba los pómulos de Delilah y su cara parecía afilada, angulosa y tétrica.

—Eh, niña —dijo Chip—. ¿Qué tal se ve el espectáculo desde aquí?

—Encontrasteis mi nota —dijo con tono cansado.

Chip guiñó sus ojillos.

—Sí. Y aquí el amigo Sid se puso especialmente contento.

Sus labios de ostra se ensancharon en una sonrisa.

Yo miré hacia otro lado. Hacía demasiado calor y todo era demasiado horrible.

—Habéis renunciado a lo del tren.

No era una pregunta.

Delilah acarició el cuello de Hiero.

—¿Está enfermo el Niño? —preguntó Chip antes de ponerse en cuclillas.

Pero cuando Hiero levantó la cabeza vimos la sangre. Alguien le había dado un puñetazo en la nariz y partido un labio.

—Qué hijos de puta —murmuró Chip—. Déjame verlo.

—Está bien —dijo Delilah, cortante—, ya se lo he limpiado. Lo mejor que he podido.

Yo me limité a mirarle. La cabeza le colgaba de los hombros como si llevara todo el día bebiendo.

La cara de Chip tenía una expresión rara.

—¿Qué ha pasado? ¿Le han tomado por africano?

Delilah asintió.

—Por un soldado senegalés. Pensaron que estaba intentando salir de la ciudad.

Yo seguía mirando a aquella masa de terror, a todas esas personas avanzando cargadas con sus absurdas pertenencias, pensando: «Como venga un stuka estáis perdidos. Os va a segar como hierba. Igual que un peine de arrancar piojos».

Chip me miró pensativo.

—¿Cómo lo ves?

La multitud crecía, se arremolinaba alrededor de un carro volcado y después lo dejaba atrás. Todos esos gritos, el llanto de los niños, la gente empujando todo tipo de cosas inútiles. Y esa desagradable luz amarilla que se desprendía de todas partes.

—Por allí no vamos a ninguna parte —dije.

Chip asintió.

—Como máximo, a algún sitio donde no habrá nadie para enterrarnos si nos comen los stukas.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que te entierren?

Sonrió con tristeza.

—A mí no me preocupa nada, tío.

—Nos volvemos —dijo Delilah con voz queda—. Hiero y yo nos volvemos.

Chip y yo nos giramos para mirarla, estaba sentada con un brazo alrededor de los frágiles hombros del Niño. Éste empezó a toser.

—Los boches van a liquidarse a todo el que se encuentren. —La voz de Chip era fría—. ¿Os vais a arriesgar a eso? ¿De verdad?

Delilah miraba al Niño con expresión triste.

—Esto ha sido una tontería, no hay que dejarse llevar por el pánico. Si perdemos la cabeza entonces sí que se acabó. No sé lo que vamos a hacer, pero esto no es una buena idea. En cuanto lleguen los aviones alemanes van a arrasarse esta calle en cuestión de minutos.

La miré. Era como si me estuviera leyendo el pensamiento. Chip negó con la cabeza pero yo sabía que opinaba lo mismo. Uno no puede huir de las guerras. Van demasiado deprisa.

Así que echamos a andar de vuelta a París, caminando por el borde de la carretera, vadeando la corriente de refugiados. Ninguno hablábamos. La luz amarilla era espesa, asfixiante. Volvimos a cruzar las puertas de la ciudad y caminamos por calles abandonadas, tapiadas hasta enfilarse la cuesta de Montmartre, con sus edificios oscuros y abandonados.

Al pasar delante de la tienda de la Mosca vi nuestro reflejo en el escaparate. Más que caminar, parecíamos ir a la deriva. Rostros borrosos. Fantasmas al fin y al cabo.

Al día siguiente el sol no salió.

Todo eran sombras en la ciudad vacía; el cielo de la aurora, negro como el carbón. Una piel de cenizas cubría los adoquines, las farolas y las ventanas clausuradas. Las calles parecían apaleadas, desoladas. Caminamos en aquella oscuridad espuria, atentos al continuo retumbar de la artillería pesada en la distancia. Cada tanto, una

ventana temblaba por la onda expansiva.

Las suelas de nuestros zapatos sonaban huecas en las plazas desiertas. Los escaparates estaban tapados con tablones. Las ventanas de los apartamentos, oscuras. Ni siquiera se veían palomas.

—La hostia —murmuró Chip pasándose una mano por la cara. Cuando la retiró estaba negra.

—¿Qué es? —preguntó Lilah—. ¿Carbón? ¿Están quemando las reservas de carbón?

—Se están dando por vencidos, niña —dije—. No tienen pensado defender nada. Sólo piensan en largarse mientras todavía puedan.

Chip gruñó.

En cuanto al Niño, no había dicho una palabra. Caminaba detrás de nosotros con la cabeza gacha y la cara desprovista de toda expresión. En cada manzana más o menos se enderezaba, se estremecía y regurgitaba una especie de barro líquido, como si la oscuridad se le hubiera metido hasta dentro.

Caminábamos por el centro de los Champs-Élysées entre barricadas de hierro oxidado y nudos de alambradas. No se movía un alma, no se veía una sola luz.

Al cabo de un rato, Delilah aminoró el paso y nos hizo un gesto con la cabeza con expresión adusta.

—¿Qué pasa, niña? —preguntó Chip.

—Tengo que ver a una gente. Nos vemos en el apartamento. —Miró al Niño—. Ve con cuidado.

Éste no respondió, sólo la miró con ojos apagados.

—¿No quieres que te acompañemos alguno? —pregunté—. Puede ser peligroso.

—Es una chica dura —dijo Chip—. Se las arreglará. ¿A que sí, niña?

—Me las arreglaré.

Se perdió en la oscuridad y no vimos adónde iba.

No teníamos un destino fijo, pero cruzamos el Sena y emprendimos la vuelta hacia el este. Al llegar al boulevard Saint-Michel nos encontramos otra vez con los refugiados camino al sur. Ninguno dijimos nada. El suave crujir de los ejes, el traqueteo de los carros sobre el asfalto. Un caballo cuyas costillas sobresalían como púas de un rastrillo bufó y pateó el suelo, nervioso. El murmullo constante y quedo de las pisadas era como agua, como brisa que mece la hierba.

Aquella gente no era de París, eso lo sabíamos. Venían de más al norte, del frente. No distinguía sus facciones, eran sólo el rostro borroso y pálido de la aspereza, el sufrimiento, la derrota. Encogí un hombro y hundí todavía más las manos en los bolsillos.

Después de un rato nos dimos la vuelta y nos dirigimos adonde la Mosca. Las ventanas estaban forradas de tablones y en las mesas sólo había velas, pero estaba abierto.

Me crucé de brazos y apoyé los codos en la barra.

—Tres cafés *au lait*.

Me dirigió una mirada extraña y hostil antes de asentir fuerte con la cabeza. Llevaba el pelo suelto, pegado a las sienes en mechones grises y ralos. Se rascó lo que parecía ser un sarpullido infectado en el dorso de una mano y me estudió como si estuviera tratando de decidir algo.

—¿Qué? —dije.

Arrugó el ceño y carraspeó.

—Tenéis que pagar primero.

—¿Me estás tomando el pelo? A ver, señora mía, somos nosotros. Nos conoces.

Se encogió de hombros.

—Son otros tiempos.

Solté una palabrota y estuve un rato rebuscando en el bolsillo. Nos habíamos repartido el dinero de Ernst entre los tres a partes iguales, pero ahora la cosa no parecía tan igualada. De hecho, me pareció que Chip se ponía colorado mientras Hiero y yo contábamos hasta el último *centime*. Al cabo de un minuto junté unos cuantos billetes arrugados y los apoyé con fuerza en la barra.

—Es el doble.

—Ahora sí que estás de guasa.

Me sostuvo la mirada. Uno de sus ojos saltones parecía vidrioso, gris. No me había fijado antes, pero ahora lo encontré directamente siniestro. Saqué más francos y, con cara de asco, volví a la mesa.

—Nos os vais a creer lo que nos ha cobrado —dije.

—El doble de lo que costaba antes —dijo Chip—. Y lo has pagado sin rechistar.

Le miré.

Levantó las manos.

—Oye, no me pongas esa cara. A ver, ¿por qué te crees que no he pedido yo los cafés? —Pasado un instante, sonrió irritado—. De todas maneras ya no importa, tío. En cuanto lleguen los boches los francos no van a valer una mierda.

Por entre las rendijas de la madera veía cambiar la luz de las calles, tornándose de un gris más pálido.

—Parece que hay menos humo —dije—. Al final va a resultar que no era el Apocalipsis.

De repente, el Niño se inclinó hacia delante con tal brusquedad que casi vuelca la silla.

—A tomar por culo —dijo entre dientes—. Vamos a hacerlo.

Chip sonrió con su sonrisa amarga.

—Tío, lo siento, pero no eres mi tipo. En cambio, aquí el amigo Sid...

Pero justo entonces llegó la Mosca con los cafés *au lait* y los dejó en la mesa con violencia y el Niño se calló otra vez y toda expresión desapareció de su cara. Ni siquiera miró a la Mosca. Pero cuando se hubo marchado nos miró de nuevo con los ojos brillantes.

—Vamos a hacerlo —repitió esta vez con voz más tranquila—. Vamos a hacer el disco.

Me disponía a coger mi taza.

—¿De qué disco habla?

Pero el Niño se limitó a mirar a Chip enfurruñado, como si la pregunta la hubiera hecho él.

—El de Horst Wessel —dijo Chip—. Supongo que es a lo que se refiere. ¿Es eso?

Entonces Hiero se volvió hacia mí con esa mirada salvaje suya. Tenía una luz en la cara, como un fulgor febril que emanaba de su piel como calor. Tragué saliva, nervioso. No era seguro mantener una conversación así en boche. Acercamos las cabezas y empezamos a cuchichear.

—Es lo que dijo Armstrong —dijo Hiero—. Tenemos que hacerlo. De todas maneras vamos a estar muertos en un par de días.

—No tenemos segunda trompeta —dijo Chip.

—Coleman —dije sin pensarlo siquiera. Era tan obvio que ninguna otra respuesta habría tenido sentido—. Billy se apunta seguro, si es que sigue aquí.

—Pero no tenemos dónde grabar —añadió Chip. Dio un sorbo de café pero vi en sus ojos que se le estaba encendiendo de nuevo el interruptor—. Aunque igual Delilah sabe de algún sitio. ¿Qué opinas, Niño? ¿No estás demasiado enfermo para tocar?

Hiero le miró desdeñoso.

De repente noté una nueva ligereza que me recorría, una emoción verdadera pero tamizada, como el eco de algo que hubiera sentido en otro tiempo, en otra vida.

—Adelante, señores, vamos a por ello —dije imitando la voz gutural de Armstrong—. Hagamos historia.

Chip hizo una mueca.

—Corta el rollo, que pareces imbécil.

Los rayos de sol caían oblicuos sobre la calle. Delilah recorrió los edificios a sotavento de la acera de enfrente y, después de cruzar, subió al apartamento. Se movía despacio, como si tuviera malas noticias. Pero cuando el Niño la miró nervioso, sacó un llavero oxidado y lo dejó en el aparador.

—El estudio no está lejos —dijo—, pero es viejo, bastante rudimentario.

—Seguro que nos sirve —dije—, mientras se pueda grabar. ¿Has hablado con Coleman?

—Billy se apunta.

Delilah había pegado una bandera americana en la ventana delantera del apartamento, delante de las cortinas oscuras, para mantener alejados a los boches. Todos los barrios de París se habían quedado vacíos y la gente seguía aglomerándose en las estaciones. Aunque ya no venía ningún tren. Ahora oíamos las explosiones y el

retumbar de la artillería todo el día, cada vez más cerca, y también de noche. Permanecíamos despiertos, todos, escuchando el ruido de la guerra y a Hiero gimiendo. También nuestros estómagos rugiendo. Qué hambre teníamos, Dios, y en los bistrós no servían más que sopa de cebolla y en los mercados sólo había zanahorias apergaminadas traídas de más allá del Bois de Boulogne. Aquel día las oficinas de correos echaron el cierre para siempre y las líneas telefónicas dejaron de funcionar más allá de París. Nos habíamos quedado aislados del resto del mundo.

—Si nos mataran de un tiro nadie se enteraría —dijo Chip—, desapareceríamos sin más.

—Esta noche empezamos a grabar —susurró el Niño, apretando los dientes.

Delilah rio, escéptica.

—Esto está por ver todavía. Tú descansa esta noche y a ver cómo te encuentras mañana.

—De eso nada —dijo Hiero—. No hay tiempo que perder.

—¿Crees que a los boches les va a importar si estás enfermo? Van a entrar en la ciudad pegando tiros a todo bicho viviente. ¿Quieres estar enfermo cuando pase eso?

El Niño se estremeció.

Chip estaba junto a la ventana, pensativo.

—No pasa nada, tío —dije. Había sacado mi contrabajo y estaba comprobando de nuevo que las cuerdas estaban en buen estado. Miré al Niño.

—Vamos a hacer esto, lo vamos a hacer. Que empiecen los bombardeos cuando quieran. En cuanto tú estés preparado, empezamos a grabar. Pero si casi no puedes ni respirar no vamos a conseguir gran cosa.

Todos estábamos asustados. Pero al día siguiente la radio dio la noticia y había carteles pegados por todas las calles. París era una ciudad abierta. Nadie luchaba por ella.

Ahora, si levantabas un solo dedo a los alemanes, estabas infringiendo la ley.

Un blues mestizo. Así íbamos a llamar a nuestra versión de Horst Wessel. No era un blues de verdad, de acuerdo; los acordes no tenían la estructura, pero al Niño eso le traía sin cuidado.

—El blues —dijo tosiendo ásperamente— nunca ha tenido nada que ver con los acordes.

Y yo me dije: «Al fin y al cabo, hoy ya nada es lo que se supone que es».

Así que a la noche siguiente el Niño cerró la puerta del apartamento, comprobó que el cerrojo estaba bien echado y nos fuimos. Caía una fina lluvia mientras caminamos por las calles adoquinadas, atravesando plazas desiertas. Hiero llevaba la caja de Armstrong debajo de un brazo y la cabeza agachada, pero los hombros erguidos. Desde el norte llegaba un rumor constante de explosiones. Era la artillería boche. Las farolas aún no estaban encendidas y caminamos por la oscuridad con el

cuerpo pesado como sábanas mojadas.

—¿Adónde vamos, Niño? —pregunté por fin.

Pero Hiero se volvió a medias, parpadeó para quitarse el agua de las pestañas y tosió. Su mirada era febril.

—Vamos a trabajar.

Chip escupió.

—Querrás decir que vamos a tocar.

—Bueno, pues arreando, colegas —dije—, porque no pienso pasarme la noche andando. A no ser que alguno quiera llevarme el contrabajo un rato.

Entre las sombras alargadas pude ver los carteles que anunciaban que París era una ciudad abierta. Los habían pegado en los cierres de las tiendas o colgado medio rotos de las farolas y el agua de lluvia los deshacía poco a poco. «Esto sí que va rápido», pensé.

Doblamos una esquina, cuidando de permanecer en las sombras. Había una silueta apoyada en un portal al otro lado del callejón. Chip la miró nervioso hasta que la silueta dio un paso bajo la lluvia. Era Bill Coleman.

—Tío, me ha parecido que llevabas una pistola —comentó Chip jadeando y señalando con la cabeza la trompeta que colgaba junto al muslo de Coleman.

—Sí claro. Ya sé yo lo que te habría gustado que fuera esto —dijo Coleman sonriendo—. ¿Cómo estáis, muchachos?

Todos le saludamos aliviados y después miramos a Hiero mientras sacaba aquella reliquia de llavero y metía una de las llaves en el cerrojo de una puerta estrecha y blanca. Eché un vistazo al otro lado de la calle, a las ventanas con cortinas en la negrura pensando: «Todo lo que estamos tardando, no puede ser bueno». Pero entonces el Niño tiró de la puerta y la abrió. Con la luz de cielo del atardecer sólo acertamos a distinguir un angosto pasillo de paredes enladrilladas, y después oscuridad. Olía a caca de rata y a desinfectante fuerte y tóxico. Miré al Niño con cara de asco, pero se encogió de hombros.

—Vamos, pasad —dijo—. ¿A qué estáis esperando?

Cerró la puerta detrás de nosotros con un chasquido.

Chip buscó a tientas un interruptor.

—Oye, Niño. Aquí no hay luz.

—No sólo no hay luz —comentó Coleman—, sino que está cortada la corriente.

Chip soltó una ristra de palabrotas y, al oírle, sonreí. Entonces sonó un fuerte golpe y Chip volvió a blasfemar.

—¿Se puede saber quién ha puesto estas sillas en medio de la habitación?

Me sequé la lluvia de la cara con las dos manos.

—¿Cómo vamos a grabar sin electricidad?

—Estamos en guerra, tío —contestó Coleman—. ¿Qué quieres?

Entonces oímos raspar una cerilla y una llama iluminó la mano huesuda de Hiero. Tenía las cuencas de los ojos envueltas en sombras.

—Vamos a tocar. No podemos hacer otra cosa.

—Pero no vamos a poder grabar nada.

El Niño se dio la vuelta.

—La electricidad volverá en algún momento —dijo Coleman—, entonces grabaremos. No te preocupes, Sid.

Alguien había encontrado un trozo de vela y lo había colocado sobre un vaso dado la vuelta encima de una silla, en medio del estudio. Eché un vistazo a mi alrededor. El local era estrecho, estaba lleno de muebles y tenía unos techos extrañamente altos. Las paredes insonorizadas estaban agujereadas, como si hubiera habido allí un tiroteo. Los suelos de madera bajo nuestros pies habían sido pintados de blanco y los tablones bailaban al pisarlos.

—Eso va a quedar precioso en el disco —dijo Chip con el ceño fruncido.

El Niño estaba en un rincón mirándonos como a través de la oscuridad. Daba bastante miedo, no se le veían los ojos.

Apoyé el contrabajo contra una pared.

—Pues, vamos, entonces.

Lo cierto es que yo estaba un poco nervioso. No había vuelto a coger el bajo desde aquella perra mañana con Armstrong, en la otra vida. Deslicé los dedos por las cuerdas brillantes en aquella luz que parpadeaba sintiendo algo parecido a la tristeza, como si me hubiera estado mintiendo a mí mismo largo tiempo. Pensé: «Ahora ya no importa, ¿no? No importa si metes la pata. Ya no tienes nada que demostrar».

Había una batería en un rincón y Chip empezó a calentar motores. Yo miré al Niño y el Niño me miró a mí y entonces Chip nos estaba dando la entrada. Todo fue muy rápido, y sin que cruzáramos una palabra. Increíble. Simplemente nos subimos a bordo de aquella música como si todos lleváramos un billete para el mismo tren.

Y sonaba bien. Yo me pegué a Chip, limitándome a subir y bajar las escaleras de sonido que me marcaba y Coleman nos siguió con un lamento atrevido y espasmódico de la trompeta. El resultado era redondo, generoso, quejumbroso pero de una manera provocadora. Alegre y serio al mismo tiempo.

De repente, Chip me miró sorprendido desde la oscuridad del rincón.

El Niño apenas escuchaba, al parecer. Sujetando la trompeta con una suerte de dejadez inesperada, con descuido casi, le arrancó un pequeño lamento. Era como si hubiera un miedo atrapado, un caos apenas contenido y Hiero fuera el muro de contención.

Cuando entró él yo aflojé, no fuera a ahogar su trompeta en aquel estrecho cuartucho. Pero entonces él empezó a tocar más suave, acompañándome, difuminándolo un poco. Y después soltó una última nota pura y magnífica y pensé: «Madre mía».

Tal vez lloré. Desde luego era el sonido de una costra formándose, de algo acuoso cuajando por fin. El sonido de la madurez, de hacerse mayor, de rabia adolescente atemperada por un corazón de hombre. Sí, eso era. Era el sonido del Niño dejando de

ser niño. Como si le hubiera pegado algo de la colosal tristeza de Armstrong.

Hizo que incluso yo sonara solar, caliente pero con una efervescencia lenta, como de otro mundo. Y entonces comprendí de golpe lo que el Niño era para mí. Que únicamente él lograba sacarme de mi manera de tocar. Yo solo no era nada, una voz sin personalidad, un encargado más de la sección rítmica. Pero él con su trompeta me arrastraba al primer plano. Como si fuera él quien me marcara el compás y no al contrario.

Quizá es que me estaba perdonando a mí mismo por haber fracasado. Quizá lo que salía de mi contrabajo era el sonido del perdón, porque lo cierto es que aquella noche, mientras tocábamos a la luz de las velas, todas las batallas que llevaba tanto tiempo librando en mi interior cesaron.

Y supe, sin ningún género de duda, que nunca en mi vida volvería a participar en algo tan grande como aquello. Y es que fuimos libres. Por lo menos aquella noche, fuimos libres.

A la mañana siguiente nos despertó un tronar sordo que subía del suelo y hacía temblar los cristales de las ventanas. Al principio pensé que era un sueño, que estábamos soñando con todo el *jazz* que habíamos tocado, pero después me espabilé con el corazón a mil por hora. Me levanté de prisa, descorrí las cortinas y expuse mi soñolienta cara a la luz del sol. Las calles estaban vacías y la luz del sol desvaía el empedrado. Pero a través de los edificios, de las plazas, aquel murmullo continuo se hacía cada vez más perceptible. Era el ruido de miles de botas sobre el asfalto.

—Dios —dijo Chip—. Por favor, dime que no es mi cabeza.

—No es tu cabeza —carraspeé y escupí por la ventana hacia la alcantarilla. Después volví a meter la cabeza en el apartamento—, sino los boches.

Era 14 de junio.

El Niño temblaba arrebujado entre varias mantas.

—¿Cómo está?

Chip se tapó mejor. El Niño no despegó un párpado.

—Tanto tocar anoche lo ha dejado para el arrastre. Esto no pinta bien, tío. ¿Tú qué dices?

Yo no sabía. Los dedos todavía me dolían de la noche anterior y me notaba inquieto, extrañamente contento. Fui hasta el interruptor y lo bajé. Había vuelto la luz.

—Mira qué bonito —gruñó Chip—. Resulta que ahora, que es de día, tenemos luz.

—Demos gracias a los boches —dije levantando el brazo—. *Heil!*

Pero Chip no sonrió. No como lo hacía antes.

—Tenemos que largarnos de aquí, Sid —dijo en voz baja—. No podemos quedarnos y lo sabes.

Pero yo estaba todavía dando saltos por la sesión de la noche anterior.

—Somos yanquis, tío, podemos quedarnos. Ésta no es nuestra guerra.

—¿No has oído nunca hablar de alguien al que le pegaran un tiro, sólo por ser imbécil?

—Chip —dije—, venga ya. No van a venir a por ti. Ni siquiera sabían que estabas en Berlín.

—He dicho un imbécil, tío. Luego, no estaba hablando de mí. —Pero no sonaba convencido y se limitó a mirar por la ventana el cielo azul con gesto compungido—. Parece que se ha ido el humo.

—Ya te digo. Es el día perfecto para invadir una ciudad.

Entonces salió Delilah atándose el cinturón de su bata de seda. Se quedó en la puerta, estudiándonos. Tenía la cara de un color ceniciento.

—Están aquí —fue todo lo que dijo.

Nos levantamos, nos vestimos y calzamos y salimos del apartamento, Delilah, Chip y yo. Al Niño lo dejamos durmiendo, con la esperanza de que el sueño lo curara, al menos en parte. Nos llevamos nuestros papeles.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó Chip cuando salíamos a la calle.

Miré las ventanas del edificio de enfrente. Imaginé que ya no quedaría nadie viviendo allí.

Delilah no dijo nada.

—¿Qué pasa, que no vamos a comer nada? —refunfuñó Chip—. Mi estómago no entiendes de boches, así que venga, por lo menos una paradita donde la Mosca.

Pero no íbamos en absoluto en esa dirección, sino que bajábamos hacia la place de la Concorde. Había gente diseminada por las esquinas y unos cuantos vendedores montando sus puestos de los viernes. Los dejamos atrás sintiéndonos raros y como flotando en un extraño sueño. Una mujer en bicicleta pasó junto a nosotros, llorando. Oí maldecir a Chip.

De pronto me di cuenta de que en toda la mañana no habíamos oído ni un solo cañonazo y que el aire estaba quieto, excepto por el temblor bajo los adoquines. Seguimos adelante, dejando atrás bistrós tapiados, farmacias y cafés cerrados, el cielo azul sobre nuestras cabezas terrorífico en su vaciedad.

Al llegar a la place de la Concorde nos encontramos con una multitud de espaldas. Vi un tanque alemán reluciente como recién lavado y un soldado con casco y uniforme gris de pie junto a la torreta. Severidad y belleza convivían bajo aquel sol de junio. En los tejados de los edificios cercanos había apostadas grandes ametralladoras. Y miles, pero miles de botas desfilando.

Joder.

Nos abrimos paso entre la gente hasta que pudimos ver mejor lo que pasaba. Yo no hacía más que tragar saliva, pero tenía el gáznate más seco que una tostada sin mantequilla. Los botas marchaban desde las entradas a la plaza y sobre el suelo de piedra, volviendo bruscamente la cara a la derecha al pasar junto a los oficiales. Ese

asqueroso giro de cabeza de cuarenta y cinco grados. Y correteando por todas partes, como comadreas, fotógrafos boches arrodillándose aquí y allí, tratando de capturar hasta el último perverso plano de aquel desfile. Los botas avanzaban en una marea constante de uniformes grises y verdes, su calzado relucía y el sonido de sus pisadas resonaba en las columnas de la fachada del palacio. Todos los edificios parecían avergonzados.

Entonces, una señora mayor cuchicheó a nuestra espalda.

—Senegaleses, senegaleses.

Chip levantó la cabeza, repentinamente enfadado.

—Americanos —gritó y sostuvo el pasaporte en alto como si quisiera demostrar algo—. Los EE. UU. de A. ¿Está claro, señora? Dios.

—¿Qué pasa tío? ¿No puedes hacer más ruido? —le dije en un susurro.

Delilah sólo movió la cabeza y Chip la miró con cara de asco.

—¿Te parece que ya ha llegado la hora de irnos? Tenemos los visados. ¿Todavía quieres que nos quedemos? No es que vayamos a pasar desapercibidos, precisamente.

El rostro de Delilah se ensombreció.

—El visado de Hiero tiene que estar a punto de llegar, de verdad que sí.

—Sí, por los cojones. Me apuesto lo que quieras a que tu contacto ni siquiera sigue por aquí.

Delilah se mordió el labio y se dio la vuelta.

Los botas seguían pasando, hordas de grises, verdes, verdes y grises y más grises. Los filos de los tacones resonando como disparos.

Un hombre se abrió paso detrás de nosotros. Miró las columnas y se puso a aullar, aliviado. Yo no entendía nada, tenía una mano apoyada contra el corazón.

Delilah nos miró y movió la cabeza.

—Se cree que está salvado, que es el ejército británico. —Se volvió hacia el hombre y le dijo algo en francés y tono cortante.

—Venga ya, Lilah, déjale en paz —susurré.

Pero era demasiado tarde. El tipo abrió la boca y miró a Delilah con expresión horrorizada. Sus ojos iban de Delilah a los botas y de éstos a Delilah. A continuación miró las caras sombrías del resto de la gente y dejó escapar un sollozo. Se alejó unos cuantos pasos y se detuvo con la mirada fija en el edificio desierto.

No podíamos hacer gran cosa aparte de mirar cómo la bandera de sangre se alzaba en el horizonte: sobre el Hôtel de Ville, el Palais Bourbon, toda la place de la Concorde. Incluso la torre Eiffel estaba cubierta de aquella araña negra danzarina.

—¿Habéis tenido ya suficiente? —pregunté asqueado.

—Espera un poco, tío. Ahora es cuando empiezan a tirar caramelos.

Tragué saliva y miré hacia otro lado. Entonces noté una mano fría en la muñeca.

—Sid —dijo Lilah—. No te puedes ir ahora, Sid. No pueden verte marcharte. Sid, por favor.

—No quiero seguir viendo esto. No me da la gana.

Chip me miró con dureza.

—¿Quieres que te peguen un tiro, tío?

Me solté de la mano de Delilah.

—¿Qué pasa, que van a disparar por ir al cuarto de baño? No pienso quedarme aquí; nos vemos en el apartamento.

Era el fin. El fin de todo. Me volví y emprendí el camino de vuelta a través de la multitud congregada en la plaza. Era como abrirse paso entre cera reblandecida, aquella gente apenas se movía.

Cuando entré en casa, Hiero seguía durmiendo, tendido sobre el sofá antiguo en la media luz de la sala de estar, la frente brillante por un sudor frío. Todavía dormido, arrugó el ceño y encogió las piernas hasta colocarse en posición fetal. El sofá rechinó bajo su peso. Me arrodillé junto a él, cogí un frasco de bálsamo y empecé a restregárselo por el pecho lampiño.

—Tranquilo, tío —dije—. Mucha tranquilidad. ¿Estás bien?

Sólo tosió, una tos penetrante y fea, sin abrir siquiera los ojos.

Le puse una segunda almohada debajo de la cabeza y empezó a respirar mejor. Me sentía más impotente que todas las cosas.

Y entonces los oí, tres golpes secos en la puerta.

Me quedé muy quieto, esperando.

Los oí de nuevo, esta vez no había duda.

Cristo bendito. El corazón me latía a toda velocidad. Me asomé con muchísimo cuidado al alféizar de la ventana que daba a la calle pero no vi botas, ni tanques ni nada. Apoyé un dedo en los labios resecaos del Niño.

—Ahora estate muy callado, tío —susurré—. No hagas el más mínimo ruido.

Llamaron por tercera vez, esta vez fuerte, con impaciencia.

Me detuve junto a la puerta de roble escuchando. Nada. La única mirilla que teníamos era una abertura con un pestillo de hierro en mitad de la puerta, vamos, lo menos sutil y seguro del mundo. Me temblaban las manos pero entonces pensé: «Vamos a ver, tío, si fueran los botas dirían algo, o echarían la puerta abajo. No van a ponerse a llamar como si tuvieran todo el día».

Aun así, no me moví. Durante no sé cuánto tiempo, una eternidad.

Por fin dije en inglés:

—Hola, ¿hay alguien ahí?

Nada, no hubo respuesta.

Inspiré profundamente, descorrí los cerrojos y abrí la puerta.

No había nadie en el rellano.

Eché un rápido vistazo al pasillo, me asomé y miré por encima del pasamanos al patio de abajo. Nadie tampoco. Pero no había oído pisadas alejándose y algo en todo aquello me puso extremadamente nervioso. El rellano olía a polvo, a goma mojada y,

como de fondo, había una intensa peste a cebollas hervidas.

Fue entonces cuando lo vi. Metido debajo del felpudo, una sola esquina marrón asomando. Lo cogí y eché un último vistazo rápido a mi alrededor antes de volver adentro.

Papeles. Incluso antes de abrir el sobre supe lo que era, no podía ser otra cosa. Y allí estaba, en tinta roja: «Hieronymus Thomas Falk», el nombre recién escrito en un visado para salir de Francia, visados de tránsito y un permiso para entrar en Suiza.

Me invadió una sensación de euforia y todo se iluminó de repente, como si hubiéramos conseguido un salvoconducto para salir del infierno. Me apoyé en el aparador temblando. Tenía un nudo húmedo en la garganta, como si estuviera a punto de llorar. Parpadeé con fuerza.

Entonces me di cuenta. Revisé de nuevo los papeles, abrí el sobre y rebusqué en el interior. No había pasaporte americano. No había un visado para Lisboa. Dios. El Niño podía hacer cualquier cosa menos volver a casa con nosotros. Adiós a nuestra vida juntos. Adiós a levantarme por la mañana y ver su cara entre asustada y sarcástica. Mierda.

Adiós al disco.

Miré al final del pasillo, a la sala de estar. El Niño gemía suavemente en sueños. Sin pensarlo siquiera, volví a meter los papeles en el sobre y fui hasta la cocina, busqué y tiré del frigorífico hasta separarlo de la pared y escondí el sobre en el hueco. Y mientras lo hacía me repetía una y otra vez: «No te preocupes, Sid, ya se te ocurrirá algo. Sólo hace falta que el Niño se recupere. Bastarán unas pocas horas, una toma buena y ya está».

Cuando entré en el salón, Hiero estaba despierto y se volvió a mirarme.

—¿Qué era todo ese ruido? —dijo con voz somnolienta—. ¿Han venido los botas?

—No, no ha sido nada. Un cuchillo que se ha caído al suelo en la cocina. ¿Tienes sed?

—Creía que estaban aquí los botas, te lo juro. —Cerró de nuevo los ojos.

Unos minutos más tarde la puerta principal se abrió de golpe, como un disparo y entró Delilah como una exhalación, sin molestarse siquiera en cerrar detrás de ella.

—¿Dónde están? —preguntó mientras sus tacones hacían rechinar el suelo de madera—. Sid, ¿dónde están?

—Por Dios, niña, qué susto me has dado. ¿Dónde está Chip? ¿Está bien?

Se detuvo, jadeando.

—¿Qué? No. Sí, está perfectamente. He venido para ver cómo estabais vosotros. ¿Dónde están los visados?

Yo tenía la boca muy, muy seca.

—¿Visados?

—Los visados —dijo asintiendo con la cabeza y mirando alrededor de la habitación.

La miré con cara de no entender.

—¿Quieres decir los nuestros?

—Por favor, Sid, ahora no es el momento. Los visados de Hiero. Déjame verlos. Me he encontrado a Giles en la calle y me dijo que acababa de dejarlos. Hace unos minutos.

Hice como que me encogía de hombros, dando a entender que no sabía de lo que estaba hablando.

Hiero empezó a murmurar desde el sofá. Delilah le miró, preocupada.

—¿De verdad que no has cogido los visados?

—¿Crees que te estoy mintiendo, niña? ¿Te ha dicho ese tío que me los ha dado?

Frunció el ceño y se volvió hacia la puerta abierta.

—Me ha dicho que llamó. Y que los dejó debajo del felpudo.

Mientras hablaba se arrodilló deprisa y levantó el felpudo, pasó la mano por el suelo de debajo como si los visados pudieran ser invisibles.

Después me miró con una expresión extrañamente hostil.

—¿Qué? —dije—. A mí no me mires así. Igual se ha confundido de piso. O ha llamado a la puerta que no es.

Se marchó, sus tacones resonando en el rellano. La oí levantar los felpudos a la puerta de los otros apartamentos, bajando deprisa la escalera, cruzando el patio. Dios.

—Sid —dijo Hiero en voz baja—. ¿Sid?

—Sí, Niño, estoy aquí —contesté—. Lilah se ha vuelto loca de repente, no le hagas caso.

—No dejes que me cojan —dijo de repente en voz muy clara—. No les dejes.

—Claro que no —murmuré—. No pienso. No pienso dejar que nadie te coja.

La puerta se cerró a mi espalda y me volví. Era Delilah, jadeando. Nos estudiaba a los dos con expresión angustiada.

—¿Qué está pasando, Sid? —preguntó con suavidad. Después carraspeó un poco y se acercó más a mí, apoyándose en el quicio de la puerta—. No me mientas. ¿No has cogido los visados de Hiero?

—Ya te lo he dicho. No he cogido nada.

—¿Y no has oído a nadie llamar a la puerta?

Fruncí el ceño y puse cara de exasperación.

—Entonces, ¿por qué no has venido conmigo a buscar en los otros apartamentos?

Notaba cómo me ponía colorado.

—¿Y tú cómo sabes que ese tío no es una sanguijuela? ¿Que no te está mintiendo? ¿Le conocías de antes?

—Es sobrino de uno de mis contactos —dijo Delilah con frialdad—. Y no está mintiendo. ¿Qué está pasando aquí, Sid?

Abrí los brazos como en señal de protesta.

—Y yo qué sé, Lilah, igual los han robado. A ver, si hasta se han llevado el Horch de Ernst, por Dios bendito. No hay gasolina y aun así se lo han llevado. Ese tipo

nunca debió dejar una cosa así de importante en el descansillo, no me fastidies.

—En este edificio no queda nadie, Sid, sólo nosotros. Así que, ¿quién iba a robarlos?

Me volví en la media luz, notando cómo sus salvajes ojos verdes me traspasaban. La habitación estaba en silencio, tan sólo se oía la respiración febril de Hiero entre las sábanas. Me pasé la lengua por los labios.

—¿Qué estás insinuando, niña?

En aquella luz, el rostro de Delilah tenía una expresión severa. Muy bajito, me dijo:

—Si haces cualquier cosa que pueda perjudicarlo lo pagarás. Te lo juro.

Se me helaron los huesos al oírle decir aquello.

Y entonces se marchó y escuché cerrarse la puerta. Seguí el ruido de sus tacones en la escalera. Cuando me volví, el Niño me miraba con ojos llorosos.

—¿Estás bien, Niño? —pregunté.

—No te vayas, Sid —pidió y se echó a llorar—. Sid, no te vayas. No te vayas.

Le pasé un trapo húmedo por la frente caliente para limpiarle el sudor.

—No voy a dejar que te pase nada —dije con voz firme—. ¿Me estás oyendo, Niño? Eres como mi hermano. Así que no te va a pasar nada, vamos a salir de ésta.

La luz de junio entraba suavemente por las ventanas. Fuera, las calles seguían muertas. Todo estaba en calma, apacible. Le pasé de nuevo el trapo por la frente. Las sábanas lo envolvían como un sudario.

Tomé su mano ardiente.

SEXTA PARTE

Polonia, 1992

Me desperté y abrí los ojos a toda aquella claridad; las paredes amarillas del autobús hervían de luz, intensa y resplandeciente. Miré a mi alrededor buscando a Chip, pero no le vi. Las puertas de la parte delantera estaban abiertas y me dirigí hacia ellas. Después bajé la escalera, en dirección a aquella extraña luz blanca.

—¡Chip! —llamé protegiéndome los ojos con la mano y pestañeando—. ¿Dónde estás, tío?

Escuché mi propia voz y no la reconocí. Sonaba extraña, como cuando hablas debajo del agua.

Alguien había sacado mi maleta del autobús y estaba en el suelo de tierra.

—Qué bien —murmuré—. Bienvenidos a Polonia.

Nos habíamos detenido en un pequeño y polvoriento claro junto a un camino de tierra. Por todas partes había robles y alerces, oscuros y amenazadores. El aire olía a leña y todo parecía nuevo y fresco, nítido. Como si toda esa tierra, todos esos árboles, no hubieran conocido nunca la mano del hombre.

Empecé a frotarme las piernas para que volviera a circularme la sangre y entonces vi a Chip, de pie en el camino, junto a sus maletas de postín.

—¿Ya hemos llegado? —pregunté mientras iba hacia él. Los ojos me escocían una barbaridad—. El conductor se ha largado, supongo.

Chip se encogió de hombros.

—Cuando me he despertado ya no estaba. Habrá ido a comer algo.

Miré a mi alrededor. Ni un solo cartel. Nadie.

Pero Chip hizo un gesto con la cabeza hacia el camino y entonces me pareció ver, extrañamente velado por el exceso de luz, un tejado inclinado entre los árboles. De la chimenea salía una columna de humo blanco, apenas visible contra el cielo también blanco. Miré hacia el camino. Un cielo inmenso sin nubes, una llanura baja extendiéndose hasta el infinito.

Y qué otra cosa podía hacer si no seguir adelante. Hiero no había preguntado por mí, pero ya no había marcha atrás. Estaba allí, irremediabilmente.

Entonces se me ocurrió una cosa.

—¿Y si Hiero no está? ¿Dónde vamos a dormir, tío?

—Está aquí —dijo Chip—. Hemos llegado.

Algo en la manera en que dijo aquello, no sé, me estremeció el corazón.

Chip echó andar y le seguí, arrastrando dos de sus maletas además de la mía. No se veía un alma y la luz del cielo desprendía destellos marfil. Tenía la sensación de que algo iba mal, pero no sabía qué, y de repente caí en la cuenta. El silencio, la quietud, eran absolutos. Como si en aquellos robles no hubiera vida, ni pájaros ni nada. Era como estar en los confines del mundo.

Mientras caminábamos bajo aquella luz sobrecogedora, atravesando campos vacíos también llenos de luz, empecé a pensar en aquellos a los que habíamos perdido, en Ernst, Paul, Big Fritz. En Delilah.

Pensé en Ernst, al que se le había metido en la cabeza que la única manera de

vengarse de su padre era alistarse en la Wehrmacht y pedir que lo destinaran al frente ruso. Cualquier cosa con tal de hacer daño al hombre que le había destrozado por dentro. No habían pasado ni cinco semanas cuando, en una misión cerca de Orel, recibió un disparo en el ojo y murió.

Pensé en Paul, intentando llegar hasta nuestro antiguo apartamento. Necesitaba coger su medicación para la epilepsia, una enfermedad que jamás mencionó y que nosotros nunca sospechamos que tuviera. Caminaba en compañía de Delilah cuando un antiguo rival suyo, un pianista de *jazz* reconvertido en esbirro de la Gestapo, lo sorprendió tratando de esconderse en un callejón y salió corriendo detrás de él. Lo arrestaron, acusado de traición al régimen y de contaminar la raza y lo enviaron en un camión a Sachsenhausen, a las afueras de Berlín. Nunca volvió.

Éramos todos tan jóvenes... Incluso Fritz, Big Fritz, que se quedó en Berlín cuando nosotros nos marchamos. No pasó mucho tiempo antes de que, para evitar que lo arrestaran por ser músico de *jazz*, tuviera que huir a Hamburgo poco después de que nosotros saliéramos para París. En Hamburgo un amigo le consiguió un trabajo tocando *jazz* en el Regina, un burdel de mala muerte en St Pauli. Allí lo protegían las putas, que le avisaban cada vez que aparecía la Gestapo. Entonces se iba al sótano y se escondía detrás de unos barriles. Incluso sobrevivió a los bombardeos en aquel sótano oscuro. Después de la guerra, hambriento y sin hogar, se dedicó a vagabundear por el campo, completamente solo. El muy hijo de puta murió de hambre en un bosque alemán.

¿Se arrepentiría alguna vez de habernos abandonado? Imagino que sí. Big Fritz no era ningún nazi, sólo un muchacho tratando de salvar el pellejo. Sufría al acordarme de él.

Pero Delilah, mi niña preciosa, mi Lilah. Pensé en cómo, después de que arrestaran a Hiero, escondió nuestros discos, todas las grabaciones de los Hot-Time Swingers en distintos bolsos antes de salir de París. Incluso cosió *Un blues mestizo* en un bolsillo secreto en el forro de su abrigo. No llevábamos ni una hora en Marsella cuando un cabrón de los de Vichy los confiscó, también *Un blues*... La expresión de la cara de Lilah... te daba ganas de llorar. Todos lo estábamos pasando mal, pero Lilah... veías en sus ojos que no iba a superar aquello. Imposible saber cómo influyó ese dolor en su vida a partir de entonces. No quiso volver a saber nada de mí desde que nos despedimos en el puerto de Nueva York. Después de un frío beso en el muelle, regresó a Montreal y desapareció por completo de mi vida. Otra vez. Poco después supe que se había casado y, dos años más tarde, que había muerto. Parece que todo fue muy rápido. Leucemia. Su marido dijo que había muerto en paz. Por lo menos tuvo eso.

No exagero si digo que no he superado todo aquello, que permanece como una quemadura en mi memoria, como una sombra detrás de cada pensamiento. Todos los días de mi vida.

Chip se salió de la carretera y enfiló un estrecho sendero de hierba. Mientras lo

subíamos, ambos sin resuello, empecé a tener un presentimiento de lo más extraño, de que alguien nos estaba observando.

Y entonces, al doblar una curva, llegamos a un claro y lo vimos.

Por un minuto pensé que eran restos de maquinaria. Medía más de dos metros y estaba hecho de hierro retorcido. Sus cuencas vacías miraban con horror a algo en el cielo. Era una cara humana monstruosa.

Nos detuvimos ante aquella cosa, perplejos. Chip silbó, soltó las maletas y echó a andar entre la hierba.

—Pero ¿qué haces, Chip? —le llamé—. Déjalo.

—¿Qué crees que es? —preguntó. Pasó las manos por el hierro—. Mira, está toda agujereada y rayada —añadió cuando me acerqué—. Y no es por estar a la intemperie. ¿Tú sabes el trabajo que ha debido de costar hacer esto?

—No, no lo sé —contesté—. Y tú tampoco. ¿Nos vamos ya o qué?

Pero Chip dio un paso atrás y miró la cara largo rato.

—No te lo vas a creer, vamos, que vas a pensar que estoy loco. Pero ¿no se te parece a alguien?

No dije nada.

—¿No te recuerda un poco al Niño?

—Sólo que sin ojos —dije.

Pero la verdad es que Chip tenía razón. Se parecía a Hiero.

—Vamos —dije—. Es repulsivo. Vamos a seguir.

Chip sacudió la cabeza mientras regresaba al sendero.

—Pues no sé —comentó—. ¿A ti te parece repulsivo? Yo lo encuentro más bien triste.

Pero pocos metros adelante nos esperaba una nueva escultura oxidada, esta de una figura humana de más de tres metros de alto con las piernas dobladas en actitud de sumisión y los brazos retorcidos como siniestros tenedores. No tenía cabeza, sólo un cuello largo terminado en un muñón.

—¿Estás seguro de que vamos bien? —pregunté.

Chip siguió andando. Había muchas más. Sillas de hierro desvencijadas, caras derretidas y dobladas sobre sí mismas, manos sarmentosas hechas de hierro y del tamaño de molinos de viento, palas gigantescas sostenidas por manos sin cuerpo. Todas a punto de derrumbarse sobre la hierba o ya caídas.

Entonces atravesamos un último bosquecillo de alerces y allí estaba la casa. Madre mía, yo en mi vida había visto un lugar así. Tenía aspecto oxidado, lo mismo que aquellas esculturas de pesadilla, pero detrás de un amplio porche de madera —casi oscurecido por periódicos amarillentos, botas de goma y mesas viejas— las paredes grises de la casa estaban recubiertas de escayola y sobre ella se apoyaban palas y escaleras. Había tres puertas delanteras separadas entre sí unos tres metros y todas abiertas.

—¿Vive aquí? —murmuró Chip mirándome.

Me encogí de hombros.

—¿Qué hacemos? ¿Entramos?

Chip carraspeó. Dejamos el equipaje en el jardín y nos acercamos. Subió al porche haciendo crujir los tablones. Se acercó a la primera puerta.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hola?

Nadie contestó.

Después de mirarme, se limpió los zapatos en felpudo y entró.

—Espera, Chip —le pedí.

Pero cuando entré para seguirle de repente fue como si se me hubieran muerto las piernas, no las sentía. Y las manos me empezaron a temblar. Me invadió una sensación rara, un calor insoportable que recorría mi cuerpo. Después se me pasó y empecé a tiritar.

Seguí a Chip adentro, a la cocina. Era toda ella de madera clara: los techos, el suelo, las paredes, las mesas y las sillas, unas estanterías gigantescas en el centro e incluso los utensilios que colgaban sobre la cocina de leña. Era como entrar en un bosque de abedules. Y todo perfectamente ordenado. Detrás de un arco se veía el comedor. De las paredes colgaban mosaicos enmarcados junto con cuadros de vivos colores y formas geométricas, además de máscaras africanas. Había una sola mesa de comedor, pequeña, y una silla también pequeña.

Toda la casa olía a dulce, como a coñac.

Chip estaba de pie junto a una encimera, mirando a la puerta.

—¿Hola? —llamó de nuevo. Me miró interrogante mientras permanecíamos a la escucha, atentos a cualquier ruido.

Negué con la cabeza.

—Igual ha salido —dije.

Pero Chip levantó una mano.

Y entonces lo oímos, un leve ruido sordo proveniente de alguna parte de la casa, como de una puerta cerrándose. Y después una voz aguda que decía:

—*‘Kto tam jest?*

Se me heló el gaznate. Sonaba más vieja y herrumbrosa y no había entendido una sola palabra. Pero conocía esa voz.

Entonces todo pareció transcurrir despacio, como en un sueño, como si nos deslizáramos bajo aquella luz de la misma manera que uno rema en el agua de un lago. Chip fue hasta el arco, lo cruzó y yo le seguí. Era la habitación más luminosa que había visto nunca, las paredes entreveradas de ventanales altos e inmensos por donde entraba el sol a raudales reflejándose en la madera clara.

Los dos nos detuvimos. En el extremo opuesto de la habitación, sentado en una butaca de cuero desvencijada, con el pelo y la barba completamente blancos resaltando contra la piel oscura, estaba el hombre al que todos aquellos años habíamos supuesto muerto.

—*‘Kto tam jest?* —repitió con el ceño fruncido—. ¿Ewa?

—Hola, Niño —saludó Chip con voz muy queda.

El anciano parecía no entender. Volvió la cabeza hacia Chip, como taladrándole con la mirada. Y entonces sus facciones se relajaron, se animaron.

—¿Chip? —dijo. Y después, en un alemán apolillado—: ¿Eres tú, Chip?

Dios bendito. Vi aquellos ojos lechosos, el gesto de su cara hacia nosotros y después, apartándose, cómo la inclinó mientras aguardaba una respuesta y entonces me di cuenta.

El Niño estaba ciego.

Chip fue hasta la butaca y se agachó delante de él.

—Soy Chip, tío.

Le pasó un brazo por los hombros, después el otro y a continuación le hizo levantarse de la silla y ambos se abrazaron.

—¡Arriba! —dijo Chip riendo pero con un hilo de voz. Dio un paso atrás y examinó los cambios en la cara de Hiero. Las mejillas aún más hundidas, la barba blanca como cenizas puras. Y en los labios, el viejo mohín asustado de siempre—. Te veo muy bien, tío —dijo y soltó un leve gruñido—. Pero que muy bien. Hecho un Sidney Poitier.

—No eres el único que no me ha visto la cara en años —dijo Hiero sonriendo. Después levantó la barbilla y ladeó la cabeza hacia la pared—. ¿A quién has traído?

Me entró el pánico y me quedé en blanco.

Chip le soltó para que se acercara a mí.

—Vamos tío. Salúdale.

Entonces ocurrió algo de lo más extraño. Fui hacia Hiero incapaz de decir una palabra y me limité a ponerle la mano en el hombro. Éste levantó sus ojos ciegos hasta situarlos casi a la altura de los míos y dijo en voz muy baja.

—¿Sid?

Me pasó una palma áspera por la cara, recorriendo mis ojos cerrados, mi nariz, mi barbilla con las yemas de los dedos. Yo asentía con la cabeza como un tonto.

—Estás llorando —dijo.

—No estoy llorando —dije yo.

Y entonces me abrazó con fuerza y todo lo que sentí fue ese cuerpecillo flaco suyo temblando.

—Antes era una fundición —nos contaba Hiero con su voz profunda y quebrada—. Durante años producía todo el acero de la región. Yo aprendí el oficio y cuando la cooperativa cerró nos dejaron quedarnos, a mí y a otros pocos. Convertimos la fábrica en una casa. Después, poco a poco todos se fueron marchando, pero yo sigo aquí. Ya no pienso irme.

—¿Esas esculturas de fuera son tuyas? —Miré hacia las radiantes ventanas, tratando de evitar sus ojos.

Hiero sonrió.

—No.

—¿No los has hecho tú? —dijo Chip sonriendo—. ¿Esos monstruos que hay fuera?

—No —repitió Hiero—. Ya estaban aquí cuando yo llegué.

Sí, ya. Estaba más viejo y más frágil, pero el Niño seguía sin saber mentir. Estaba clarísimo que eran suyas. Cuando miré a Chip me di cuenta de que él también lo sabía.

—Bueno —dijo éste—, pues son bastante impresionantes, sean de quien sean.

Hiero parecía complacido.

—¿Te gustan?

—Desde luego no me voy a olvidar de ellas así como así —contestó Chip.

—¿Y a ti, Sid?

—No lo sé —respondí—. No es cuestión de que te gusten o no. ¿No?

—No —dijo Hiero—. No lo es. Os voy a enseñar las otras.

Le seguimos mientras recorría la casa sin titubear, como si no fuera ciego en absoluto, enfilando pasillos y abriendo puertas para que pasáramos.

—¿Estás seguro de que estás ciego, tío? —preguntó Chip.

—Llevo años viviendo aquí, Chip —dijo Hiero—. Pero cámbiame de sitio un solo mueble y verás como la cosa se pone fea enseguida.

Nos condujo afuera y a lo largo de uno de los muros de la casa, hasta unas puertas grandes que había en el suelo. Las retiró, arrastrándolas sobre la hierba. El interior estaba en penumbra y olía a humedad, a ropa recién lavada.

—Hacer esta obra fue un infierno —continuó hablando—, porque tuvieron que trabajar a toda prisa. Yo quería convertir el sótano en almacén, pero dijeron que la única manera de conseguir más espacio era cavando debajo del suelo, a cincuenta centímetros de profundidad. Al oír aquello casi me da algo, porque significaba retirar el cemento y poner nuevos cimientos, con tubos de calefacción nuevos debajo. Fue una obra de la leche y tuve la casa llena de gente durante meses. Pero ya está terminado.

Mientras hablaba le miré la cara, esperando ver un atisbo de algo, de amargura, de resignación. Algo que me dijera cómo se sentía después de todo aquel tiempo. Pero no había nada, sólo placer, alegría. El pobre hombre no sabía nada, no tenía ni idea de lo que había pasado años atrás.

Entramos. La bombilla estaba fundida y Hiero no se había molestado en cambiarla, así que la única luz que había venía de fuera, la que entraba por las puertas. Entre las sombras distinguí docenas de formas extrañas. Y al mirar aquellas estatuas monolíticas, las gigantescas caras rotas, los cuerpos grotescos, empecé a pensar. Puede que sí lo sepa. Puede que lo supiera nada más ser arrestado y tal vez, después de todos estos años, me ha perdonado.

—Sid —me llamó Chip—. Ésta se parece un poco a ti.

Mis zapatos arañaron el suelo cuando me acerqué.

Era grande, delgada y de mandíbula estrecha y tenía a otra figura agarrada, como en gesto protector. La segunda figura tenía un vientre abultado, como una mujer embarazada. Y entonces me di cuenta. No era una mujer, sino un contrabajo.

—No creo —dije con suavidad.

Miré la cara de Hiero y supe sin lugar a dudas que no tenía ni idea de lo que yo le había hecho hacía años. Después miré la escultura.

—¿Así que Hiero está ciego y ahora tú te has quedado sordo? —dijo Chip.

—¿Qué dices?

—Hiero nos acaba de preguntar si queremos comer.

Hiero sonrió pero con los labios casi cerrados.

—Por favor, llamadme Thomas.

—Thomas —dijo Chip mientras me miraba—. Perdona.

El Niño parecía buscar mis ojos con los suyos, ciegos.

—Sid, ¿tienes hambre?

—Comería algo —contesté.

La comida consistió en arenque en escabeche y ensalada con unos bollos pegajosos comprados en una tienda. Nos sentamos en unas banquetas que sacamos de un armario, ya que en la mesa sólo había una silla.

—Mis disculpas, caballeros, por el despliegue, entre comillas —dijo Hiero dibujando una floritura perfecta con el cuchillo—, pero es que estoy en las últimas. Tengo una chica, Ewa, que viene cada tres días. Me trae la compra, cambia las bombillas y limpia. Le toca mañana. Yo puedo hacer la mayoría de las cosas, pero no todas.

Chip y yo nos miramos y después apartamos la vista, avergonzados. Los dos sabíamos que queríamos preguntarle lo mismo, por la ceguera. Queríamos preguntarle por todo su pasado, por cómo se las había arreglado para llegar a Europa del Este, por qué se había cambiado el nombre a Thomas, por todo. Pero Hiero no mencionó nada de aquello. Estaba ingenioso, agradable, hablando con animación de cualquier tema. Excepto de nada que estuviera mínimamente relacionado con aquellos años.

Después de comer sacó tres vasos y una botella de *whisky*.

—Lo he estado guardando para una ocasión especial —dijo—. Estaba empezando a preocuparme que esa ocasión no llegara nunca.

Chip rio.

—Así se habla, tío, ponme dos dedos.

Empezaba a anochecer, pero a Hiero no se le ocurrió encender la luz y nosotros no dijimos nada. Nos limitamos a seguir allí sentados en la creciente oscuridad, bebiendo. Por fin, Chip carraspeó.

—No voy a intentar convencerte, tío. A ver, te confieso que lo pensé, de verdad. Lo de venir aquí y llevarte de vuelta a rastras para que por fin recibas algo de lo que

mereces. Sería bíblico. Pero no voy a insistirte.

Que imbécil soy. Imbécil y ciego. Porque entonces comprendí por qué Chip había tenido tanto interés en ir allí. Negué con la cabeza.

—Me estás insistiendo ahora —dijo Hiero con una sonrisa amable—, pero no merece la pena, Chip. Todo eso pasó en otra vida.

Chip se sirvió otro vaso.

—¿Me estás diciendo que lo has olvidado? ¿De verdad me lo dices?

—¿Acaso importa? —contestó Hiero—. Eres famoso, Chip, no me necesitas.

Chip pareció triste al oír aquello. Pasados unos instantes, dijo:

—¿Por eso no has escrito en todos estos años? ¿Porque pensabas que intentaría hacerte volver?

Hiero no contestó.

—¿Y no lo echas de menos?

—No.

—¿No echas de menos el sentido que daba a tu vida?

—Lo que da sentido a la vida de un hombre es lo que hace, Chip.

—Ah ¿sí?

Hiero se volvió hacia mí.

—Pregúntale a Sid. Él también lo dejó.

Me encogí de hombros y permanecí callado largo rato.

—¿Sid? —dijo Hiero—. Sé que sigues ahí. ¿Sid?

—Aquí estoy —murmuré. Y después, puesto que parecía estar esperando una respuesta, añadí—: Pero yo no tenía talento. No como vosotros dos, así que es distinto.

—¿Crees que eso hace más fácil dejarlo?

Me puse colorado.

—Más fácil no, sólo distinto. Después de la guerra, después de todo lo que pasó, no sé, ya no me apetecía seguir tocando.

—¿Por qué no? —insistió Hiero.

—No lo sé. —Abrí las manos en un gesto de impotencia y miré a Chip en la creciente oscuridad. No dijo nada—. No lo sé —repetí—. Se suponía que era una música alegre. Y yo ya no le encontraba alegría alguna.

—Eso no lo entiendo —me interrumpió Chip—. No lo entiendo en absoluto. —Sonaba impaciente—. La alegría está en la música. Así es como la recuperas, tocando.

Al oír aquello Hiero pareció entristecerse.

—Hay muchas maneras de vivir la vida, Chip. Algunas te dan muchas cosas; en otras eres tú el que das. El arte, el *jazz* tiene más que ver con dar, darte al público, darte a ti mismo.

—Pero lo que recibes a cambio es mucho.

—¿De verdad lo crees, Chip? —dije—. Eres un gran artista, pero también un

infeliz.

Chip se calló mientras hacía girar su vaso.

Hiero no dijo nada.

Por fin Chip habló:

—Yo lo único que sé es esto. Que la vida es bella, pero es una belleza accidental. Todo lo que hacemos es deliberado y ése es el único consuelo que puedes ofrecer, no sólo a ti mismo, sino a personas que ni siquiera conoces. —Miró a Hiero, pensativo—. Tú no le debes nada al mundo, Thomas, eso lo sé. Y también que eres un buen hombre. Pero echo tanto de menos tu música que me duele el alma. Llevo toda la vida cargando con ese vacío brutal que no es otra cosa que tu maravillosa música. Nunca he dejado de echarla de menos.

Hiero, con esa desconcertante precisión de los ciegos, alargó la mano y cogió la manaza de Chip en la oscuridad.

—Ésa era mi antigua vida —puntualizó—. Mi antigua vida.

Me sentía desamparado allí sentado. Tosí un poco y me puse en pie, vacilante.

—Creo que me voy a la cama. La vejez es así.

—Como quieras —dijo Hiero—, pero supongo que sabes que vamos a pasarnos la noche hablando de ti.

Le miré con atención pero sonreía; sólo había sido una broma.

—Como queráis —dije—. Así os entrará el sueño antes.

Hiero se levantó de su silla y golpeó la mesa con los nudillos.

—Sírvenme otra, Chip. Vengo enseguida.

Me condujo por un pasillo oscuro que olía a mollejas hasta un dormitorio estrecho y austero. Por la ventana veía el cielo oscuro de los campos, los miles de millones de estrellas como cabezas de alfiler.

—Las sábanas están limpias —explicó Hiero con la mano apoyada en el pomo de metal. Después hizo un gesto como diciendo, qué más se le puede pedir a la vida.

—Gracias —dije—. Gracias, Thomas.

Seguía mirando hacia donde yo había estado de pie un minuto antes.

—Me alegro de que hayas venido, Sid. Pensé que... bueno, que me alegró.

Entonces se me hizo un nudo espantoso en la garganta. Me lo tragué.

—Vaya cosa, encontrarte así.

—¿Así cómo?

Me encogí de hombros, pero me di cuenta de que no podía verme.

—Vivo.

Sonrió con tristeza y asintió.

—Pues sí. Descansa un poco. Con un poco de suerte, mañana seguiremos los dos en pie.

Cerró la puerta detrás de él. Y entonces lo supe, allí sentado en el borde de la cama de aquella habitación a oscuras, supe con absoluta certeza que tenía que contarle lo de los visados. Que ésa era la razón por la que estaba allí. No para

encontrarme con un amigo, sino para, por fin y de una vez por todas, perderlo.

Dormí. Pero lo que vi no fue un sueño. Se produjo un salto en el tiempo, una ausencia, y de nuevo me encontré allí, viviéndolo en primera persona. Veía a Hiero obligado a permanecer en fila en una hilera de estatuas oxidadas. Después vi cómo le sacaban de la fila y a los hombres de las SS tan asombrados por el color de su piel que se la restregaban, a ver si así desaparecía el negro. Decidieron que tenía que ser un atleta, como Jesse Owens, como Joe Louis, y le amenazaron con vigilarlo muy de cerca, no fuera a usar su forma física para escapar. Vi a un hombre de las SS seguirle hasta el depósito de efectos personales y ordenarle que se quitara todo: abrigo, sombrero, pantalones. Después lo metió todo en un saco que llevaba su nuevo número.

No era un sueño. Vi cómo le daban salitre hasta que empezaron a hinchársele las extremidades, para mantener a raya esa desenfrenada libido africana. Así, día tras día, hasta que la cara entre las manos se le hinchó como un trozo de pan empapado en agua.

Después vi al Niño con todo el cuerpo afeitado, de pie en una habitación fría, en carne viva, como un animal cazado y con las delgadas piernas temblando. Sólo que aquél no era el Niño, sino el anciano en que se había convertido, de manera que lo que resplandecía era su barba blanca contra el suelo de tierra, sus ojos lechosos atormentados mientras le alargaban un uniforme a rayas y un gorro de vagabundo. Y le escuché decirles:

—Ésa era mi antigua vida. Mi antigua vida.

Le vi incapaz de dormir, Dios, mirando a sus compañeros de barracón, con las extremidades como tenedores retorcidos y la expresión de quien ha visto cómo le quemaban todo por dentro. Incluso vacíos como estaban, le miraban sorprendido, asombrados por el color de su piel. Y vi que Hiero apenas se daba cuenta de ello. Para él, aquellos hombres eran como humo, caminaba a través de sus cuerpos. Incluso les tenía un poco de miedo, como si estar cerca de ellos pudiera chuparle la médula de los huesos, tallar la luz de sus ojos.

Le vi pasar los días con escalofriante lentitud. Obligado a tocar en una orquesta. La gente se había llevado todo tipo de instrumentos, suponiendo quizá que podrían tocar una vez llegaran a su destino, cualquiera que éste fuera. Le oí tocar la canción del cañón en *La ópera de los tres peniques* mientras cadáveres eran cargados en camiones y prisioneros marchaban hacia el patíbulo. Le vi tocando en un burdel de prisioneras, cuyos gritos rasgaban el aire mientras él estaba allí de pie, moviendo los labios, tocando notas metálicas y alegres.

No fue un sueño. Después me dormí.

Salió el sol y trajo de nuevo consigo aquella luz abrumadora. Me levanté con las ropas arrugadas en las que había dormido, salí y me senté en el borde del porche de Hiero con las piernas colgando.

Me había servido una taza de café pero solo, porque no había leche en la nevera. Al darme cuenta me sobresalté. ¿Los tres juntos de nuevo en una casa sin leche? De repente supe que no podía contarle al Niño la verdad. De ninguna manera.

Alrededor de una hora antes Chip había salido, bostezando y me había pedido que le acompañara a dar un paseo. Pero yo no tenía bien las piernas así que le miré alejarse solo, vencido por el peso de sus ochenta y tres años. Fue algo triste darme cuenta de lo viejo que era.

Estaba pensando en volver adentro cuando de repente noté una presencia a mi espalda. Al darme la vuelta di un respingo. Hiero estaba de pie y en silencio, con la cara vuelta hacia el sol.

—Buenos días —dije mientras le miraba despacio. No parecía real. Que estuviera vivo.

—Buenos días, Sid. —Llevaba una camiseta que no era de su talla, vaqueros raídos y unos tenis tan viejos que parecía que había corrido diez maratones con ellos. Desarrapado y zarrapastroso pero, de alguna manera, digno.

Hice ademán de ponerme en pie para ayudarle.

—Por Dios, Sid, siéntate. —Me sonrió amable—. Llevo tanto tiempo en esta casa que podría recorrerla de espaldas sin chocarme con nada.

Palpó con ambas manos el borde del porche y se sentó con cuidado.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó, algo falto de aliento.

—Bueno, ya sabes, se me hacía rara la cama. —Le miré y añadí—: Pero gracias por todo, eres un anfitrión excelente.

—Por lo menos tengo buen *whisky*.

Reí.

—He hecho café, por si te apetece. Aunque no he encontrado leche.

Hiero sonrió.

—Todos estos años... —dije—. Todos estos años estabas vivo y yo no tenía ni idea.

No contestó nada a eso, así que nos quedamos sentados en silencio. Miré su perfil, su piel de un oscuro tan intenso que resaltaba contra el cielo blanco. Sus ojos como ópalos, fijos en un territorio ignoto.

Y entonces, no sé por qué, de repente empecé a hablar.

—Hiero, tengo algo que decirte. No quiero, pero tengo que hacerlo.

—Me llamo Thomas.

Me puse colorado y carraspeé.

—Lo que tengo que contarte es malo.

Frunció el ceño.

—¿Qué es?

Tiré el café a la hierba, sacudí la taza y miré hacia otro lado.

—Pues... hace años, en París. Fue culpa mía que no consiguieras los visados.

No dijo nada, como si esperara a que yo siguiera hablando. Parecía una estatua hierática, sin reacción alguna.

Yo tenía la garganta seca.

—Llevo toda la vida —dije—, toda la vida queriendo contártelo. No sabes cómo me arrepiento, Thomas.

Cuando se volvió hacia mí sonreía desconcertado.

—Por eso precisamente invité a Chip a que viniera. Porque no quería que pensara que le echaba la culpa de lo que pasó. No culpo a nadie, Sid, de verdad.

—No me estás escuchando. Fue culpa mía. Escondí tus visados.

—Pero si ni siquiera los conseguí, Sid.

—Pues eso es lo que te estoy diciendo, que sí los conseguiste. Un día o dos antes de que te cogieran. Los llevó alguien a casa en persona uno de esos días en que estabas enfermo y yo te cuidaba. Los dejaron a la puerta del apartamento y los escondí.

Movía la cabeza.

—No lo entiendo —dijo—. No entiendo nada. ¿Por qué lo hiciste?

Yo temblaba. No quería decirlo.

Y entonces lo dijo él, como si hablara consigo mismo.

—Por la grabación.

—Thomas —dije—. Lo siento. Lo siento muchísimo, tío. Lo siento.

Pero me hizo un gesto brusco con la mano para impedir que le tocara. Se quedó allí sentado bajo la luz del sol durante un minuto, con la cara vuelta hacia otro lado. Después se levantó muy despacio, fue hasta la segunda puerta y entró, cerrando detrás de él.

El porche estaba silencioso a más no poder. Todo, la piel, el pecho, el cuerpo entero me pesaba bajo aquella luz casi cegadora. Un escozor en los ojos, una opresión que desdibujaba los contornos del jardín. Me aferré a la taza de café como si me fuera la vida en ello. Y entonces comprendí que lo importante no era hacer lo correcto, sentir compasión, ofrecer consuelo. Nada de eso.

Chip llegó arrastrando los pies, sin resuello por la caminata.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada —contesté—. No ha sido nada.

Con una mueca, Chip se sentó en el mismo lugar que un minuto antes había ocupado Hiero.

—Creo que no debo quedarme aquí —dije—. Chip, me parece que tengo que irme.

—Pero, Sid, ¿se puede saber qué le has contado? ¿Qué es lo que has dicho?

Pero era incapaz de repetirlo. Miré a Chip sintiéndome purgado, vaciado por dentro. Y entonces decidí que no importaba que él lo supiera también.

—Fui yo quien escondió los visados de Hiero hace muchos años. En París. Lilah y tú estabais fuera y los dejaron en la puerta cuando el Niño estaba dormido. —Sentía extrañas punzadas de angustia en el pecho—. Quería que termináramos la grabación.

Chip se volvió hacia mí con rapidez como para decir: ¿qué es lo que hiciste? Pero enseguida su rostro pasó de la sorpresa a la serenidad. Miró hacia los campos y a las gigantescas esculturas de Hiero.

El silencio entre los dos era tan doloroso que me levanté para irme.

Chip me puso una mano en el brazo.

—Todos hemos hecho cosas de las que nos avergonzamos, Sidney. Sobre todo en aquella época. —Se volvió hacia mí con el ceño fruncido—. No fue culpa tuya que los botas lo arrestaran. No podías saber que iba a pasar algo así.

—Pero de no ser por mí, ni siquiera habría estado allí. Se habría marchado a Suiza.

Durante un minuto, Chip no dijo nada.

—Lo que hiciste es imperdonable, Sid. Estuvo muy mal, y esto lo dice alguien que se ha beneficiado de ese disco. Pero sé perfectamente que habrías dado la vida por evitar lo que le pasó. El Niño y tú erais de la misma sangre y si dices lo contrario estarás mintiendo.

Me sentía morir. Intenté levantarme, pero Chip me puso una mano en el hombro.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—Tengo que decirle algo más. No puedo dejarle así.

—Mira, dale tiempo. Digerir una noticia como ésa lleva tiempo.

Chip me llevó hasta el cuarto de estar de Hiero, con su pared de luz.

—Esto es lo que te perdiste anoche, por acostarte tan pronto.

Su sonrisa era amable, pero yo todavía me sentía morir y no dije nada. Entonces abrió la puerta de un armario y se arrodilló con una mueca de dolor. Sacó una caja para botellas de leche llena de discos y empezó a sacarlos de sus fundas.

—¿Tiene nuestros discos? —murmuré.

—No, no son de *jazz* —dijo Chip—. No conozco ninguno. Mira. Adamo Didur, Miliza Korjus, Georg Malmstén, Marcella Sembrich. Según el Niño son casi todos polacos, con algún finlandés y sueco. Pero no te vas a creer lo bien que suenan. Dios. Escucha.

Apoyó la aguja en el surco de un tocadiscos del año de la polca y poco a poco, con un chisporroteo, como venida de muy lejos, un hilo de voz dorada empezó a cantar. Sonaba muy mayor. Una voz femenina que subía a los agudos, se saltaba un registro y volvía a subir, como llena de una luminosidad natural, cantando en un idioma que me era desconocido. Podía ser polaco. La voz era pálida y quebrada,

áspera al principio, y luego sólo plenitud, una plenitud tan asombrosa que, cerrando los ojos, sentí que todavía había muchas cosas posibles.

Y entonces el momento pasó y abrí los ojos. Hiero estaba en el umbral de la puerta con una expresión extrañamente serena.

Chip se estaba levantando de la silla cuando Hiero le detuvo.

—No necesito tu ayuda, Chip.

—No te la estaba ofreciendo —dijo éste—. La naturaleza me llama. Espero que haya papel de sobra ahí dentro, porque pienso estar un buen rato. —Me miró y se fue.

El disco seguía dando vueltas y el ruido estático que salía de los altavoces rompía el repentino silencio. Hiero se quedó en la puerta unos segundos con los ojos bajos. Después los fijó en mí y la mirada le brillaba como una cuchilla.

Se adelantó y tomó asiento en su pesada butaca de cuero. Tuve la sensación de que me obligaba a retroceder de nuevo en el tiempo, a confesarme una vez más. Con un suave gruñido y respirando fuerte, se volvió hacia los campos al otro lado de las ventanas y a las grotescas esculturas.

—Este cielo, Sid, es el cielo de las grandes epopeyas. De la gran epopeya polaca. De *Pan Tadeusz*. —Frunció un poco los labios—. Es lo único que echo de menos, el cielo.

Asentí.

—Aunque lo he visto, ¿sabes? Este cielo fue lo que me convenció, toda esa maravillosa luz. La seguí hasta aquí y por ella me quedé.

Sabía lo que estaba diciendo, lo que parecía estar diciendo. Que su ceguera no era por los campos de concentración y que quería que yo lo supiera. Los campos no le habían costado la vista. Le miré, miré aquellos ojos tan pálidos que se diría habían contemplado la muerte de un mundo, la muerte y el renacer de un mundo.

Apoyó las palmas de las manos en las rodillas.

—¿Qué era lo que estaba sonando? ¿Marcella Sembrich? Hacía años que no oía ese disco. Su voz es igual que la luz de la que te hablo.

Tosí un poco.

—Supongo que sí.

Volvió hacia mí sus ojos ciegos.

—Te veo, Sid —dijo desde la oscuridad—. Te veo como si fuera hace cincuenta años. Tal cual.

No dije nada.

El vinilo chisporroteó cuando la aguja llegó al centro del disco.

—Dale la vuelta —dijo Thomas sin sonreír—. Ponlo otra vez.

Agradecimientos

John Williams, Rebecca Gray, Pete Ayrton a todo el mundo en *Serpent's Tail*; todo el mundo de Key Porter Books, en Toronto; Jackie Baker; Anne McDermid y sus excelentes asociados; Hannah Westland y Margaret Halton de RCW; Marie-Lynn Hammond; Sarah Afful; Todd Craver; Michelle Wright; Jack Hodgins; los Price; los Edugyan; Jeff Mireau; Richard Hess; Graham Newton; Art Schiffrin; Andrew Hamilton.

Jane Warren, eres increíble.

Akademie Schloss Solitude; The Canada Council for the Arts; The British Columbia Arts Council; Stiftung Kuenstlerdorf Schoeppingen; Fiskars A-I-R program; Collegium Budapest/JAK; Het Beschrijf/Passa Porta; Hawthornden Castle; Klaustrid; Fundación Valparaíso.

Bibliografía

Lusane, Clarence: *Hitler's Black Victims: The Historical Experiences of Afro-Germans, European Blacks, Africans, and African Americans in the Nazi Era*, Routledge, 2003.

Kater, Michael H.: *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Oxford University Press, 1992.

Massaquoi, Hans J.: *Destined to Witness: Growing Up Black in Nazi Germany*, HarperCollins, 1999.

Shack, William A.: *Harlem in Montmartre: A Paris Jazz Story Between the Great Wars*, University of California Press, 2001.



ESI EDUGYAN (1977, Calgary, Canadá). Hija de inmigrantes de Ghana, es máster de Escritura de los Seminarios de la John Hopkins University. Sus trabajos han sido publicados en diversas antologías, entre ellas *Best New American Voices*, editada en 2003 por Joyce Carol Oates, y *Revival: An Anthology of Black Canadian Writing* de 2006. Su primera novela, *The Second Life of Samuel Tyne* (2004), fue traducida a varios idiomas, nominada al Hurston/Wright Legacy Award y fue elegida por la Biblioteca Pública de Nueva York como uno de los «Libros para recordar» del año 2004. *Un blues mestizo*, en un récord de tiempo, ha arrasado en las listas de ventas y de premios literarios, consiguiendo el famoso Giller Prize y quedando finalista del Man Booker Prize, del Governor General's Award for English Language Fiction y el Rogers Writer's Trust Fiction Prize de Canadá.

Notas

[1] Cuando mi cama está vacía, me siento triste y sola. Cuando mi cama está vacía, me siento triste y sola. Me estoy apolillando, de tanto dormir soltera. [Esta nota, como las siguientes, es de la traductora]. <<

[2] Si encuentras un amor, no lo cuentes por ahí. Porque te engañará, sí, y entonces tendrás el blues de la cama vacía. <<

[3] Mi dulce Delilah Brown. Es mi flor, de mis rosas la más rosada. Mi isla Delilah, yo seré tu Sansón. <<